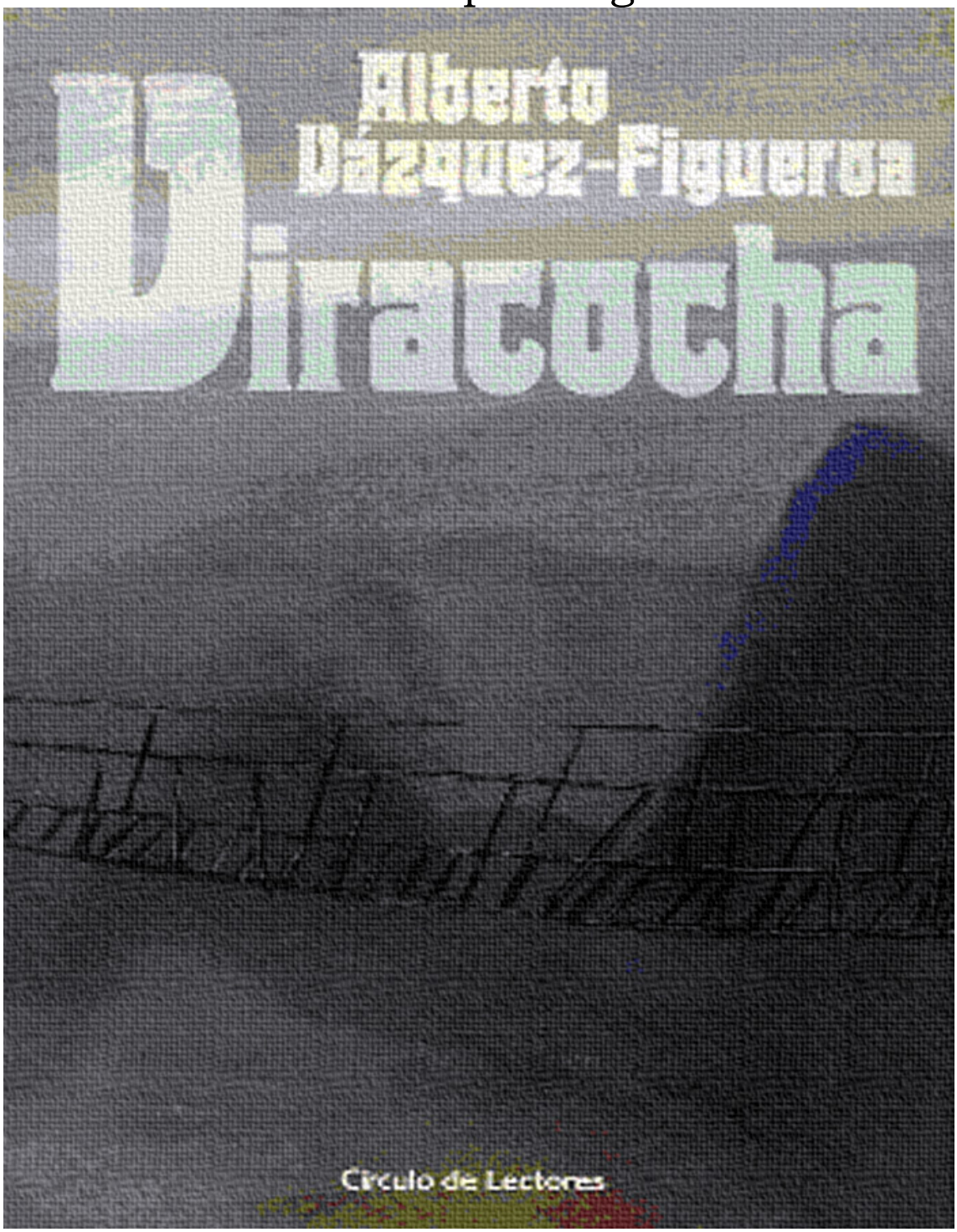
Viracocha

Alberto Vázquez-Figueroa



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo de autor
para la presente edición

A menudo me suelen preguntar las razones por las que decido escribir un determinado libro, y si acostumbro a hacerlo pensando en el gusto de los lectores, en el posible éxito de ventas que el tema ofrezca a priori, o guiado tan sólo por un simple capricho.

La respuesta es siempre la misma: se trata de un capricho aunque matizando, desde luego, que en mi caso debería considerarse casi como una necesidad fisiológica.

Cuando comencé a escribir -hace ahora treinta y dos años- jamás abrigué la menor esperanza de que éste fuera un oficio con el que se consiguiera ni tan siquiera malvivir, y por lo tanto siempre me lo planteé como un solitario placer del que no debería esperar más que la satisfacción que me proporcionase en sí mismo.

Recuerdo que un viejo editor de aquellos tiempos, al comentarle un día cuál era mi actitud al respecto, me contestó: «Haces bien al tomártelo como un simple pasatiempo porque las probabilidades de que en este país alguien viva de la pluma son, como mínimo, de una entre diez millones...»

Al preguntarle cómo había llegado a tan pesimista conclusión, señaló convencido:

-Muy fácil...: cuando alguien quiere ser médico, le hacen la competencia los médicos, «titulados» y «vivos», de la ciudad en que vive... Y en casos muy extremos algún especialista extranjero. Lo mismo les ocurre a los arquitectos, ingenieros, banqueros e incluso a los políticos. Sin embargo, a ti te harían la competencia todos los escritores muertos, porque yo, entre editar a Tolstoi, que siempre vende, o a ti, que nadie te conoce, prefiero a Tolstoi. Luego, te harían la competencia todos los autores vivos, cualquiera que sea su nacionalidad, porque en el mundo del libro no existen aranceles de protección y entre un novelista famoso y tú me inclino por traducir al que ya viene precedido del éxito; y por último, te harían también la competencia todos los aficionados del mundo que están dispuestos a publicar gratis y aun pagándoselo de su propio bolsillo.

Fue, desde luego, un buen consejo, lo seguí al pie de la letra, y continué escribiendo por mero placer hasta que de pronto, veintiún años más tarde, y ya con catorce libros editados a trancas y barrancas, el público decidió ayudarme a vivir de aquello que más me gustaba.

Entendí bien pronto que eran los lectores los que se habían pasado a mi bando y que, por lo tanto, las reglas del juego establecían que debería continuar escribiendo a mi gusto, y ellos lo aceptarían o no según les apeteciera. Cambiar de estilo, buscando agradar a toda costa, hubiera significado traicionar su confianza y traicionarme a mí mismo.

Admito que alguna vez caí en la tentación de hacerlo pero el resultado fue que siempre salí a disgusto y malparado y, por lo tanto, desde hace ya mucho tiempo tan sólo escribo aquello que me gusta, como en el caso de este Viracocha, una historia que me interesaba a tal

punto, que hace ya más de veinte años llegué a dar a luz una muy mediocre obra de teatro basada en la azarosa vida del capitán Alonso de Molina.

No sólo me atraía el personaje, un aventurero un poco loco, revolucionario e intelectual, sino también el lugar en que se desarrollaron los hechos -en los fastuosos paisajes de los Andes peruanos y sus ciudades de piedra- y la curiosa época histórica en que tuvieron lugar, durante los años que precedieron a la Conquista, con el brutal choque que debió significar el encuentro entre dos civilizaciones tan dispares.

Aunque la idea me rondaba la cabeza desde hacía ya dos décadas, quizá nunca me consideré lo suficientemente preparado como para arriesgarme con una novela de connotaciones históricas y geográficas que presentaba infinitas dificultades, hasta que al fin -el día en que cumplí cincuenta años- llegué a la conclusión de que si con medio siglo a la espalda no me decidía a abordarla, ya no me atrevería a hacerlo nunca.

El resultado, después de muchos estudios y muchos viajes al Perú, es este libro que ahora tienen en sus manos los lectores de Círculo, pero cuyo posible éxito de crítica y público importan ya muy poco, porque lo cierto es que llevarlo a cabo me produjo en sí mismo un gran placer, y como aseguraba aquel viejo y querido editor, eso es lo único que en realidad importa.

Escribir, como amar, son círculos perfectos que no precisan de elementos externos...

¡...pero ojalá les guste...!

Alberto Vázquez-Figueroa

A Carlos Ares, de profesión gallego

Por allí se va a Panamá, para vivir para siempre en la miseria y la deshonra... Por aquí, a lo desconocido y sufrir penalidades o a conquistar nuevas tierras y conseguir la gloria y la riqueza. Que cada cual escoja, como buen castellano, lo que mejor le plazca...

Le vino a la mente una vez más la tragicómica imagen del anciano esquelético y mugriento cuyo enfebrecido rostro, oculto tras una enmarañada barba grisácea, reflejaba la desesperación a que le habían conducido años de hambre, enfermedades y miserias, pero cuyos penetrantes ojos demostraban, más que un millón de palabras, que pese a la infinidad de contratiempos, traiciones y malquerencias que había tenido que soportar desde niño, continuaba siendo -ya casi en el ocaso de su vida- el más osado y testarudo de los capitanes extremeños.

Acababa de trazar una raya en la arena con la roma punta de su maltrecha espada y, al observar cómo le bailaba la herrumbrosa armadura en torno al descarnado pecho que semejaba un desvencijado cesto de mimbres ya resecos, experimentó una dulce piedad hacia lo poco que quedaba de su pasada hidalguía, y sacudió la cabeza alejando el triste pensamiento de que había llegado la hora de que alguien encerrara por loco a aquel viejo y cansado luchador.

Pero allí estaba, solo al otro lado de la profunda raya, desafiándoles una vez más con sus ojos de fuego, firme como una roca sobre sus flacas patas de cigüeña, con la espalda levemente cargada por el peso de la edad y el sufrimiento, y tres blancos mechones de ralos cabellos asomando impertinentes por los bordes de un abollado yelmo que más parecía cacerola de cocina miserable que casco protector.

Hasta allí habían llegado; aquél era sin duda el fin de la más estúpida aventura de la última centuria y, sin embargo, una piltrafa humana con más hambre que aliento aún insistía ciegamente en que en el desconocido Sur aguardaba la gloria y la riqueza, mientras que el regreso al hogar tan sólo acarrearía la vuelta a las desgracias.

Un murmullo de hastío y descontento se extendió como una ola sobre los cansados hombres que observaban la escena.

Alonso de Molina miró a su capitán que le miró a su vez como si pretendiera hipnotizarle, y tuvo que apartar el rostro a sabiendas de que sería capaz de convencerle sin pronunciar ni una nueva palabra.

Luego el anciano se volvió a Bartolomé Ruiz como si se tratara en verdad de su última esperanza, y tras unos instantes de duda, el

arriesgado piloto andaluz dio tres largas zancadas y atravesó la ridícula raya.

Le siguieron varios hombres cuyo nombre había olvidado, y al fin el propio Alonso de Molina, sin que ni siquiera él mismo llegara a saber jamás qué le impulsó a dar semejante paso y si lo hizo en quinto o sexto lugar, porque había pasado más de un año, los detalles carecían de importancia y nadie debía acordarse ya de lo que ocurrió en la desolada isla del Gallo y cuántos fueron los ilusos que una vez más confiaron en las locas fantasías del viejo Pizarro.

Todos habían regresado ya definitivamente al Norte; a la miseria y a la paz de sus hogares de Panamá, Santo Domingo, España o Nicaragua, y él era probablemente el único en cuyos oídos continuaban resonando las palabras del maltrecho capitán, que sin más ayuda que una docena de lunáticos hambrientos aún soñó con intentar la conquista de un gigantesco imperio.

Si hubiera imaginado aquella triste mañana, todo cuanto ahora comenzaba a intuir sobre el tamaño y poderío del imperio que Pizarro se empecinaba en invadir con sus menguadas huestes, la patética escena se le hubiera antojado aún más ridícula y en lugar de sentir piedad y admiración por el postrer gesto de audacia de su indomable líder, hubiera acabado por reírse en sus largas narices, escupiéndole a la cara por su idiota arrogancia.

-«Cortés lo hizo.»

Mil veces había escuchado aquel vano argumento y otras mil lo esgrimió tratando de convencerse o convencer a los incrédulos, pero ya lo encontraba gastado por socorrido y necio, y tanto más inconsistente se le antojaba cuanto más se adentraba en aquel mítico reino del que nadie supo contar jamás más que sandeces.

Eran otros los tiempos y otras las gentes que acompañaron a Cortés en su aventura por tierras mexicanas, y sobre todo debió ser otro bien distinto el pueblo al que tuvo que enfrentarse, pues no cabía en mente humana que con tan escasa tropa hubiera conseguido inquietar en lo más mínimo a una organización como la incaica.

Recorrió con la vista los gruesos muros de la amplia estancia en que había pasado la noche, admiró una vez más la exquisita técnica con que estaba labrada cada piedra para que encajara con matemática precisión en las vecinas, y se autoconvenció de que ni los más afamados canteros italianos habrían conseguido un trabajo semejante.

Recordó luego la magnificencia de la ciudad de Túmbez; la colosal obra de ingeniería de los regadíos de los valles costeros, o la delicada belleza de su cerámica, sus tejidos y sus joyas, y llegó nuevamente a la conclusión de que ni Cortés, ni Alvarado, ni Balboa, ni ningún otro de los grandes capitanes de su tiempo, hubiera osado intentar siquiera la conquista de un imperio semejante.

Y, sin embargo, estaba convencido de que el testarudo Francisco Pizarro volvería.

A estrellarse contra su negro destino una vez más sin duda alguna, pero tan decidido como siempre a alcanzar la gran victoria que los cielos le negaban a porfía, porque podría creerse que por sus venas no corría la roja sangre del cristiano bien nacido, sino el negro veneno de quien no está dispuesto a irse a la tumba sin haber dejado su nombre marcado a sangre y fuego en la memoria de los hombres.

A su edad, los ancianos allá en Úbeda no aspiraban más que a un rayo de sol en las mañanas, un vaso de buen vino a media tarde y un banco en la puerta de las casas desde el que ver pasar las mozas y los últimos flecos de la vida, pero aquel indestructible extremeño sarmentoso aún aspiraba a vencer en mil batallas, levantar cien ciudades y ganar para su rey un millón de súbditos sumisos.

Sí; Pizarro era muy capaz de plantarle cara a la muerte y derrotarla si de ello dependía la huella que dejara de su paso por la tierra.

Alonso de Molina, nacido en el seno de una familia feliz y habiendo pasado su juventud rodeado por el aliento de los suyos hasta el punto de que a pesar de haberse sacrificado para pagarle los estudios en Sevilla, Toledo y Roma supieron aceptar que prefiriese abandonar los libros para lanzarse a la aventura de las armas, comprendía sin embargo, mejor que muchos, que aquel pobre porquerizo analfabeto, hijo bastardo de un gentilhombre de dudosa alcurnia, necesitase más que nadie destacar por encima del resto de sus contemporáneos.

Para Pizarro, conquistar un imperio constituía ya la única esperanza de justificar una vida de la que tan sólo había recibido golpes y vejaciones, sin ofrecerle como alternativa de futuro más opción que la victoria total o la más negra derrota.

Volvería para vencer o morir, pero él, que había aprendido a apreciar a aquel viejo gruñón y cabezota, no deseaba convertirse una vez más en testigo de su indudable fracaso.

Escuchó un rumor de voces en la estancia vecina, luego unos seguros pasos que se aproximaban a la gruesa cortina, y tomó asiento en la estera en el momento en que se hacía su aparición un hombre de corta estatura pero semblante enérgico y altivo que vestía una rica túnica multicolor, calzaba sandalias de fino cuero y se adornaba el pecho con el distintivo de los «curacas».

Se observaron unos instantes en silencio y se diría que al recién llegado le impresionaba la presencia de aquel altísimo ser de ojos claros y barba espesa, pese a que se encontrase sin duda prevenido ante lo inusitado de su aspecto.

-Soy Chabcha... -dijo al fin yendo a tomar asiento sobre un banco de piedra con la espalda apoyada contra el muro-. Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, y me envían a buscarte.

-¿Para llevarme adónde?

El otro tardó en responder como si necesitase tomarse un tiempo para aceptar el hecho de que aquel extraño individuo hablara su propia lengua y lo hiciera con un vozarrón que retumbaba en la amplia estancia de oscura piedra pulimentada.

-Para llevarte al Cuzco –se decidió a replicar-. El «inca» quiere verte.

-¿Huáscar?

-¿Acaso existe otro?

-He oído decir que su hermano también aspira al trono.

-Atahualpa tan sólo es su hermanastro; un bastardo sin derechos sucesorios. Únicamente la condescendencia de Huáscar ha impedido que el castigo de los dioses caiga sobre su impía cabeza, pero la paciencia de mi señor se está acabando.

-Pues por lo que tengo visto tu Señor debiera andarse con ojo porque el poderío de su hermanastro se acrecienta.

-No creo que sea asunto de tu incumbencia. ¿Cuál es tu nombre?

-Molina… Capitán Alonso de Molina, natural de Úbeda.

El indígena se tomó de nuevo un tiempo para asimilar el desconcertante nombre que acababa de escuchar y, cuando pareció haberlo memorizado a la perfección, señaló con su sequedad habitual:

-Escúchame bien, Capitán Alonso de Molina, natural de Úbeda… No soy quién para decidir si eres un dios o un simple mortal llegado de tierras muy lejanas, pero hay algo que debes tener presente si pretendes vivir en paz entre nosotros; la suprema autoridad del «Inca» no admite discusión y quien la pone en entredicho es reo de muerte.

-Escúchame tú también a mi, Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo… Desembarqué en tu país dispuesto a aceptar la autoridad de su soberano, quienquiera que fuese, pero desde el día en que puse el pie en Túmbez, unos me hablan de Huáscar y otros de Atahualpa; unos quieren que les acompañe al Cuzco y otros a Quito; unos pretenden adorarme como a un dios, y otros apedrearme como a un perro… ¿Qué actitud quieres que adopte si os negáis a ofrecerme una pauta?

-¿Por qué lo hiciste?

-¿Qué?

-Desembarcar en Túmbez cuando tus acompañantes volvieron al mar.

El español le observó largamente mientras se entretenía en rascarse con fruición el enmarañado bigote, hecho que había descubierto que desconcertaba a los barbilampiños indígenas, y al fin optó por encogerse de hombros y negar con un gesto:

-Esa es sin duda una buena pregunta que me repito a menudo… -señaló-. ¿Por qué diantres se me ocurrió la idea de quedarme en un país desconocido cuando todo lo que amo está tan lejos? –Se encogió de hombros con sincera indiferencia-. Aún no conozco la respuesta exacta, pero confío encontrarla.

-¿Cómo aprendiste nuestro idioma?

-Por unos prisioneros tumbecinos que Bartolomé Ruiz encontró en una balsa que andaba a la deriva y trajo a la isla del Gallo. Los idiomas siempre fueron mi fuerte. De niño aprendí latín y griego; de muchacho, portugués e italiano, y de soldado ya, alemán y flamenco…- Rió divertido-. Pero supongo que todo eso a ti te suena a chino…

El «curaca» hizo un gesto a sus espaldas; hacia el punto en que se suponía que quedaba el océano.

-¿Existen muchos países más allá del mar de donde vienes?

-Muchos -admitió Alonso de Molina-. Demasiados, quizás, a juzgar por los líos que arman... ¿Acaso vosotros no tenéis vecinos que hablen otros idiomas?

-Los tenemos -admitió el inca-. Pero no son más que «aucas», salvajes sin ley, orden, ni dios, que incluso se devoran entre sí... -Permaneció unos instantes ensimismado, como si su pensamiento se encontrase muy lejos, se alisó levemente el borde de la túnica con un gesto instintivo que repetía con frecuencia, y súbitamente pareció tomar una decisión poniéndose en pie casi de un salto-: Es hora de marcharse -dijo-. El camino es largo.

Fuera hacía frío.

Dos docenas de hieráticos soldados y algunos pacientes porteadores aguardaban sin embargo al borde del camino, y aunque sus impasibles rostros de nariz aguileña y rasgados ojos oscuros raramente mostraban sus emociones, resultó evidente que al aparecer el español algunos se agitaron, pues la monstruosa presencia del gigante barbudo que vestía de metal reluciente y se armaba con una larga espada y un «Tubo de Truenos» superaba con mucho cuanto pudieran imaginar que verían nunca.

Alonso de Molina sostuvo su mirada con firmeza, y por último se volvió a su acompañante:

-¿Dónde están «El Orejón» «Cara de Flauta» y sus hombres? -quiso saber.

-Volvieron a Túmbez -fue la agria respuesta-. Y ese «Orejón» «Cara de Flauta», como le llamas, es Chili Rimac, pariente directo de mi Señor, el «Inca»... Te aconsejo que muestres más respeto hacia cuantos tienen sangre real.

-Poca sangre tenía ése -replicó Molina en tono abiertamente despectivo- Y más miedo que siete viejas... Veía enemigos por todas partes y a Ginesillo ni siquiera le permitía que se le aproximara porque es negro...

-¿Negro? -repitió incrédulo el «curaca»- ¿Un hombre negro.... «negro»?

-Como el carbón. Ginesillo es más negro que las piedras del muro.

-¿Y con qué se pinta?

El andaluz lanzó una sonora carcajada que inquietó a los soldados y espantó a los porteadores:

-No se pinta -replicó- ¡Qué más quisiera que tener que pintarse...! Nació así.

-No es posible -negó el indígena agitando convencido la cabeza---. Nunca se ha oído hablar de un hombre negro.

-Pues si quieres convencerte no tienes más que bajar a Túmbez y lo encontrarás revolcándose con todas las muchachas que le acosan. El maldito «Orejón» no quiso que viniera y aún no entiendo por qué. Hace años que vamos juntos a todas partes...

El otro pareció profundamente preocupado.

-Nada me comentó de un hombre negro -musitó casi para sus adentros- Ni en el Cuzco nadie conoce tampoco su presencia. Los mensajeros hablaron de un hombre alto, blanco y barbudo. Señor del Trueno y de la Muerte, pero ni una sola palabra se dijo acerca de un... «negro». ¿Seguro que no sueñas?

-¡Oh, vamos! -protestó Alonso de Molina- Conseguirás decepcionarme. ¿Tan difícil resulta imaginar que exista una persona cuya piel sea del color de tu cabello ... ? -Aproximó su antebrazo al del inca- Yo soy blanco, tu cobrizo, ¿qué tiene de extraño que otros hayan nacido más oscuros?

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, necesitó reorganizar su mente ante la enorme cantidad de novedades que se veía obligado a asimilar en tan corto espacio de tiempo, y tras alisarse una vez más el borde de la túnica, sacudió la cabeza y se encaminó hacia el más cercano de sus hombres al que musitó algo en voz baja.

El español aprovechó la ocasión para orinar sobre un matojo, ajeno al desconcierto que su acción provocaba entre quienes cuchicheaban tratando de ponerse de acuerdo sobre si se trataba de un dios o un simple mortal, al tiempo que extendía la mirada sobre el sucio desierto que se perdía de vista a la orilla de un mar gris y plomizo, pues desde que dejaran atrás las últimas manchas de verdor que rodeaban Túmbez, el paisaje se había convertido en una monótona llanura seca y estéril, cubierta eternamente por un cielo turbio y polvoriento que filtraba la luz desdibujando los contornos de las cosas.

Aquél era sin duda el lugar más desolado y triste que hubiera contemplado a lo largo de sus treinta y tantos años de existencia, ya que la seca calima nada tenía que ver con las brumas de las altas montañas ni aun con las densas nieblas de los amaneceres en las profundas selvas, y más bien se trataba de un aire pastoso y viejo, como sin vida, que transmitía a los objetos, las bestias y aun los hombres el deprimente aspecto de encontrarse arrinconados en el desván del universo.

Salvo el «tambo» o fortín en que acababa de pasar la noche y que se alzaba negro y altivo, desafiante y poderoso, al borde del camino dominando estratégicamente una pequeña garganta que daba paso a un largo valle que se elevaba hacia la serranía, el resto de las edificaciones que se desparramaban por las proximidades se hallaban construidas a base de un adobe reseco y tan poco consistente que unas gotas de agua hubieran bastado para descomponerlo como un terrón de azúcar.

-¿Cuándo fue la última vez que llovió aquí?

El «curaca», que se había aproximado nuevamente mientras dos de sus hombres emprendían a toda prisa el camino que conducía de regreso a Túmbez, lanzó una sorprendida mirada a su alrededor, como si la pregunta le tomara por sorpresa y por último negó con un ligerísimo ademán de cabeza:

-Desde que «Viracocha» creó los mares y las tierras jamás ha caído una gota de agua a este lado de las montañas. Fue un castigo por la maldad de sus habitantes que trataron de matarle apedreándole. Les

maldijo para siempre, privándoles de la visión del azul del cielo y de la bendición de la lluvia.

Observando a los escasos lugareños que encontraron más tarde a su paso, Alonso de Molina llegó a la conclusión de que el castigo del dios debió ser sobradamente merecido, puesto que aquellas gentes se le antojaron los seres más sucios, polvorientos, toscos y malencarados con que hubiera tropezado en sus múltiples correrías por todos los confines del planeta, e incluso los soldados y porteadores de Chabcha Pusí les rehuían como si les temieran o se tratara en verdad de seres apestados.

El inca tampoco parecía encontrarse a gusto en sus proximidades, Y en cuanto se adentraba en alguno de sus mugrientos y malolientes villorrios chascaba secamente la lengua para que los que le transportaban a hombros iniciaran una corta carrera.

El español había rechazado desde el primer instante el ofrecimiento de realizar parte del viaje en otra litera, no tanto por el hecho de que le desagradara obligar a nadie a que le cargara, como porque le asaltaba la instintiva sensación de que en semejante circunstancia se encontraría indefenso frente a cualquier imprevisto.

Los años de luchas y emboscadas le habían acostumbrado a vivir eterna- mente alerta, y tanto en Panamá como en Nueva Granada había escapado de la muerte en más de una ocasión gracias a la rapidez de sus reflejos y al hecho indiscutible de que una especie de sexto sentido parecía avisarle con décimas de segundo de anticipación de que algo desagradable estaba a punto de ocurrir.

Ahora le aguardaba un larguísimo viaje a través de un país que ningún europeo había pisado siquiera anteriormente, ignorando qué clase de peligros acechaban a cada vuelta del camino, y no se encontraba por tanto dispuesto a consentir que la molicie de un viaje en litera quebrase sus defensas porque sabía cómo hacer frente a sus enemigos con los pies sobre la tierra, pero jamás lo había intentado a metro y medio del suelo.

Por ello, cuando cruzaba junto a los terrosos campesinos de aviesa mirada que inclinaban sumisamente la cabeza ante el cortejo pero seguían luego sus pasos con el rabillo del ojo al tiempo que ocultaban las manos bajo sus anchos ropajes, lo hacía siempre con el gesto altivo, el arcabuz firmemente aferrado y el plomo de la espada tintineando apenas contra el peto de la refulgente coraza.

Alonso de Molina había aprendido que su altura -casi dos cuartas superior a la del más corpulento de los soldados indígenas-, sus armas, sus ropas, y sobre todo su oscura y poblada barba aterrorizaba a los nativos casi tanto como atraía a sus mujeres, y tenía clara conciencia de que aunque en apariencia aquél era un pueblo pacífico, tampoco estaba de más dejar desde un principio bien sentado que a la hora de la verdad podía convertirse en un terrible enemigo.

-¡Gente mala! -masculló con desprecio Chabcha Pusí escupiendo ostensible- mente cuando hubieron dejado atrás uno de aquellos puñados de casuchas que ni tan siquiera podían considerarse comunidad humana-. Mala, traidora y holgazana. Cuando mi Señor Huayna Capac vivía, les impuso la obligación de presentar cada luna

llena un canuto de pulgas para obligarles al menos a esforzarse en buscárselas. Serían capaces de permitir que les comieran vivos con tal de no molestarse en aplastarlas. cuando las cosas vuelvan a la normalidad, aconsejaré a mi Señor Huáscar que reimplante ese impuesto.

-¿Conoces bien a Huáscar?

-Nadie- se atreve a intentar conocer al «Inca» -fue la sorprendente respuesta pronunciada en voz muy baja, como si en verdad temiera que alguien más pudiera oírle-. Desciende del Dios Sol, y sabido es que quien osa mirar directa- mente al Sol se queda ciego.

-No en esta tierra... -le hizo notar el andaluz señalando con la barbilla el descolorido disco que apenas se entreveía a través de la espesa atmósfera gris y polvorienta-. No en esta tierra, ya que jamás vi tanto ciego y tuerto juntos... ¿A qué se debe?

El otro se detuvo, le miró fijamente como tratando de leer en sus ojos aunque resultaba evidente que su color azul le producía un rechazo instintivo, y por último bajó de nuevo la mano para alisarse el borde de la túnica mientras musitaba de modo casi inaudible:

-Eres muy observador. Peligrosamente observador, diría yo. Nuestros sabios tardaron años en advertir que éste es un pueblo al que los dioses infligen reiteradamente el supremo castigo de la ceguera, y sin embargo tú lo has notado tan sólo de atravesarlo... ¿Por qué?

Alonso de Molina sonrió mostrando abiertamente su ancha dentadura:

-Tal vez se deba a que mi abuelo, al que adoraba, quedó ciego siendo yo un niño y ésa fue una impresión que me marcó para siempre... En Almería, cerca de donde yo nací, es tradición que también sus gentes sufren mucho de la vista. ¿Acaso resulta peligroso para la seguridad del Imperio que me fije en esas cosas?

-Los espías acostumbran a fijarse siempre en todo.

-Pero se libran de comentarlo... -rió el español-. Les va en ello la vida...

Fue a añadir algo, pero le interrumpió una brusca agitación entre los soldados que les precedían, se escuchó un confuso murmullo y la columna se detuvo al tiempo que se abría un espacio y el oficial que iba en cabeza se aproximaba con aire compungido.

-Una culebra verde ha cruzado el camino de Norte a Sur -señaló seriamente-. Lucía dos manchas blancas cerca de la cabeza.

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, pareció vivamente impresionado e inquirió en el mismo tono, grave y profundo:

-¿Qué tamaño tenía?

El oficial dudó unos instantes y al fin abrió las manos hasta casi todo lo que le daban de sí los brazos, lo que hizo que el ceño del inca se frunciera aún más, y por último ordenara con sequedad:

-Nos detendremos hasta que el sol alcance su cenit e inicie su descenso.

Tomó asiento sobre la litera que los porteadores habían dejado en el suelo, dispuesto a esperar pacientemente la hora señalada, y Alonso de Molina se le aproximó acuclillándose frente a él desconcertado:

-¿De verdad piensas detenerte por una tontería semejante?

-¿Tontería? -repitió el «curaca», sorprendido-. Nada hay de peor agüero que una serpiente cruzando de Norte a Sur cuando vas hacia el Cuzco... Loco estaría si no me detuviera...

-¡Diantre! -exclamó el andaluz, estupefacto- En Úbeda las viejas y los tontos se asustan si cruza un gato negro, e incluso muchos hombres lanzan conjuros y maldiciones cuando ven una «bicha», pero de eso a retrasar un viaje en mitad del desierto media un abismo.

-El tiempo puede recuperarse, pero nadie recupera el favor perdido de los dioses. Tienen sus normas y debemos respetarlas.

Resultaba evidente que no parecía dispuesto a continuar discutiendo sobre el tema, el español lo entendió así, y se limitó por tanto a recostarse contra una roca dedicándose a contemplar el árido y repelente paisaje, y a un distante grupo de lugareños que se afanaban sin convicción revolviendo la reseca tierra con ayuda de toscas herramientas de madera.

Cansado de observar su estéril esfuerzo, y a la vista de los escasos rendimien- tos que debían proporcionarles semejante pedregal, comentó en voz alta:

-¿Qué hacen? ¿Por qué no se largan de este lugar infecto? Al Norte la tierra es abundante y fértil y allá arriba, en las montañas, deben existir lugares menos inhóspitos. ¿Por qué se empeñan en morirse de asco en este infierno?

El inca se volvió y se diría que necesitaba tomarse un tiempo para asimilar lo que estaba diciendo. Por último, señaló con naturalidad:

-Ésta es la tierra destinada a su tribu, y nadie está autorizado a abandonarla sin permiso. ¿Quién podría gobernar un país en el que sus gentes fueran adonde quisieran y se establecieran en las tierras de otros? ¿Quién les impon- dría sus deberes, recaudaría sus impuestos o les entregaría los alimentos a que tienen derecho?

-¿Nadie es libre aquí entonces? -se asombró el español, negándose a dar crédito a lo que oía.

-¿Libre? -repitió el «curaca»-. Las aves del cielo y las fieras de la selva son dueñas de ir adonde quieran, pero como castigo se ven privadas del sumo bien de contar con la presencia del Hijo del Sol. Las tribus «aucas» del otro lado de las fronteras vagan a su antojo por las selvas, pero las sometemos porque nuestra fuerza se basa en el hecho de aceptar siempre las órdenes del «Inca». «Él» nos hace libres, y fuera de su ley no existe más que el caos, la derrota y la esclavitud. Todo pueblo que pretenda gobernar tiene que aprender ante todo a ser gobernado.

-En ese caso... -señaló Alonso de Molina, más para sí que para que le escuchara el otro-, no creo que nuestro dominio sobre las tierras que hemos conquistado en este Nuevo Mundo dure mucho, porque si existe un pueblo al que no le agrada que le gobierne nadie, ése es el mío.

A la caída de la tarde divisaron en la cima de un lejano montículo un nuevo «tambo» de piedra y se vieron obligados a acelerar la marcha para llegar a él antes de que fuera ya noche cerrada, porque aquellas pequeñas fortalezas parecían haber sido alzadas calculando la distancia que un caminante podía recorrer en una jornada cómoda, y el tiempo que aguardaron a que se deshiciese el maleficio de la serpiente había trastocado el ritmo del viaje.

Cuando llegaron, sus guardianes habían encendido ya un buen fuego y preparaban el único condumio de la jornada consistente en espesas gachas de maíz, un poco de carne seca y unos extraños tubérculos de áspera piel y corazón harinoso que colocaban directamente sobre las brasas de la hoguera.

-¡Pues sí que estamos buenos... ! -protestó Alonso de Molina arrugando con desagrado la nariz ante una de aquellas gruesas bolas de corteza chamuscada-. Nunca he comido carbón, y la verdad es que el cuerpo me pide algo más consistente después de semejante caminata... -Señaló hacia las altas cimas de la cordillera que se distinguían ya muy cerca-. ¿No existe otro camino para llegar al Cuzco? -añadió-. Yo soy de tierra llana y eso de trepar riscos es cosa de cabras.

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, que tomaba asiento a su lado en esos momentos, sonrió levemente, cosa notable en él, por lo común serio y arisco, y replicó:

-No. No existe porque fue fundado por el «Inca» Manco Capac a las puertas del cielo donde habita su padre. Muchas montañas tendremos que coronar para llegar al Cuzco.

Mordisqueando sin demasiada convicción una de aquellas bolas calientes y olorosas, Molina añadió casi temiendo la respuesta:

-¿Cuánto tardaremos?

-Eso dependerá de tus piernas y de que las lluvias desborden o no los ríos arrastrando los puentes... Probablemente con la siguiente luna llena estaremos allí. Nada hay más hermoso que llegar al Cuzco con luna llena y contemplar la ciudad brillando bajo su luz...

-¡Un mes! -se horrorizó el andaluz-. ¿Pretendes hacerme caminar por esas montañas durante todo un mes? ¡Tú estás loco!

-No -respondió el otro muy serio-. No estoy loco. Y si no quieres caminar, mis porteadores te llevarán a hombros.

-¡A hombros! ¿A quién se le ocurre? ¡Si por lo menos tuviera un caballo...!

-¿Un qué?

-Un caballo...

-¿Qué es eso?

-Un animal. Un animal de cuatro patas, como las llamas o las vicuñas, pero más grande. Te montas en él y te lleva...

El nativo le observó de reojo, tomó una de las negras bolas, y mientras comenzaba a pelarla, señaló:

-No existe ningún animal lo suficientemente grande como para cargar con un hombre.

-¿Cómo que no? ¡Y con dos ... ! Y con cinco... Una vez pasaron por Úbeda unos gitanos llevando un elefante tan alto como ese muro. Podía con media docena de hombres sin esfuerzo.

Chabcha Pusí masticó despacio, y sin alzar la voz ni darle inflexión especial alguna musitó:

-Eso es mentira.

Alonso de Molina echó mano instintivamente a la empuñadura de su espada, lo que provocó que los soldados que se acuclillaban en torno al fuego se abalanzaran de inmediato sobre sus propias armas, pero su jefe hizo un leve gesto conciliador, y señaló calmosamente:

-Disculpa si te he ofendido, pero es que tú estás tratando de ofenderme pretendiendo que me crea una historia semejante. ¡Un animal tan alto como ese muro y que carga seis personas...! ¿Dónde se ha visto?

El español, que había hecho un notable esfuerzo por calmarse y tomaba plena conciencia del peligro que había corrido, permaneció unos instantes pensativo, lanzó una larga mirada a los soldados que no cesaban de observarle un solo instante, y por último señaló con sorprendente seriedad:

-¡Escúchame bien, Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo... ! Vamos a tener que pasar mucho tiempo juntos, a mí me interesan las costumbres de tu país y a ti las del mío. Por lo tanto, lo mejor que podemos hacer es llegar a un acuerdo: cuando no queramos responder a una pregunta no lo hagamos, pero si respon- demos, que sea tan sólo con la verdad.

-De acuerdo.

-¿Estás seguro?

-Totalmente... ¿Eres o no eres el dios «Viracocha»?

-Ésa es una de las preguntas a las que, de momento, prefiero no responder.

-Estás en tu derecho... -El inca señaló el arcabuz que permanecía apoyado en la pared-. ¿Es cierto que ese « Tubo de Truenos » puede matar a un hombre a cien pasos de distancia?

-Es cierto.

-¿Cómo pretendes negar entonces que eres «Viracocha», si dominas el trueno y la muerte... ?

-Yo no he negado nada; tan sólo me he reservado la respuesta.

-De acuerdo... ¿Insistes en que en tu país existen animales tan grandes como dices...?

-Insisto... Los caballos sirven para ir de un lado a otro o para tirar de un carro.

-¿Un qué?

-Un carro. No sé cómo se dice en tu idioma. Un palanquín con ruedas.

Tras unos segundos de duda, el inca inquirió:

-¿Qué es una rueda ... ?

-¡Pues una rueda...! Una cosa redonda con un agujero en medio por el que se le pasa un eje y gira...

Se interrumpió porque de pronto había caído en la cuenta de que durante su larga estancia en Túmbez no se había tropezado con un solo medio de transporte que utilizara la rueda. Una vaga sospecha cruzó por su mente, pero la desechó por estúpida.

-¡No es posible! --exclamó lanzando una especie de manotazo al aire.

-¿Qué es lo que no es posible?

-Que una civilización tan avanzada desconozca el uso de la rueda.

-¿Una cosa redonda con un agujero en medio por el que pasa un eje para que gire...? No me parece que sea gran cosa... --comentó el «curaca» visiblemente molesto- ¿Para qué sirve?

-Para transportar bultos. Con su ayuda un hombre puede mover un peso diez veces superior al que trasladaría normalmente.

-No es verdad.

-¿Empezamos de nuevo?

-¡Perdona, pero pretendes que me crea cada cosa...

-Las normales... Tú hace un rato pretendías que me creyera que esta especie de boñigas de burro chamuscadas servían para comer, y ya ves... ¡Sirven! A la tercera te acostumbras y descubres que están buenas... ¿Cómo dices que se llaman?

-Patatas. Es nuestro principal alimento en la sierra y cuando se congelan al viento helado se conservan durante años.

-Bueno... ¡Pues tus patatas pueden causar tanta impresión allí de donde vengo, como en tu país los caballos y las ruedas...!

El otro le miró largamente, como si pretendiera calar en lo más profundo de su espíritu, frunció el ceño, se alisó por enésima vez el borde de la túnica y por último, moviendo la cabeza de un lado a otro como reconociendo la inmensidad de su ignorancia, comentó:

-Eres un ser extraño. Extraño y desconcertante. Mitad hombre y mitad dios, como si «Viracocha», durante su largo viaje al confín de los mares, hubiese engendrado un hijo en una mujer mortal. Cuando se fue prometió que regresaría o que enviaría a sus descendientes, pero nunca dijo nada sobre que éstos fueran únicamente semidioses.

Molina sonrió golpeándose con gesto entre condescendiente y afectuoso la rodilla:

-¡Está bien! -señaló-. Háblame de tu dios «Viracocha». Quiero que me lo cuentes todo sobre él. De dónde vino, qué es lo que hizo y por qué se fue.

Se diría que Chabcha Pusí aún recelaba de las auténticas intenciones del español, o que temía que estuviera tratando de burlarse, pero al fin, tras dudar unos instantes, replicó:

-«Viracocha» es el Sumo Hacedor, Creador del Universo. Él dio vida a las plantas, los animales y los hombres a los que dejó en herencia su obra pidiéndoles que se amasen entre sí. Pero pronto surgieron las disputas y los odios, y en castigo les envió las grandes lluvias que inundaron el mundo durante noventa días y noventa noches y de las que tan sólo se salvaron los tres más justos. Luego «Viracocha» volvió pero los habitantes de Cachá no le reconocieron y trataron de matarle, apedreándole. Por eso los maldijo y en el lago Titicaca creó también al

Sol y a sus hijos, los «Incas». Por último embarcó de nuevo en una nave muy grande y se marchó por el mar, por donde había venido, prometiendo regresar. Por eso, su nombre, «Viracocha», significa «Espuma de Mar».

-Conozco una historia semejante -admitió Alonso de Molina-. Sé de otro pueblo al que también el Creador castigó con un diluvio del que se salvaron muy pocos, y luego les envió a su hijo al que apedrearon, matándole. Pero prometió volver y muchos aún le esperan.

-¿También le llaman «Viracocha»?

-¿Qué importancia tiene un nombre? El concepto es el mismo y la historia se repite. -Alzó el rostro y le miró de frente-. ¿Por qué tu gente asegura que soy «Viracocha»?

-Porque llegaste por mar en una nave de blancas velas; también tienes largas barbas, eres muy alto, y vistes ropas de metal.

-¡Curioso! -musitó el español para sí- Muy curioso, y me gustaría saber qué habría opinado el Almirante Colón al conocer esta historia... ¡Bien! -añadió al tiempo que se ponía en pie- Voy a salir a respirar un poco y a hacer algunas cosas que incluso los hijos de «Viracocha» necesitan efectuar a solas. -Señaló con un gesto el montón de patatas que aún quedaban- Ha sido una cena magnífica, apetitosa e instructiva...

Agradeció el fresco aire de la noche tras el cargado ambiente que se respiraba en el interior del «tambo», alejándose unos metros de la gran hoguera que los centinelas habían encendido ante la puerta. Se despojó del peto y el jubón dejando a un lado la espada y el arcabuz y se disponía a acuclillarse, cuando una informe sombra que se agazapaba en las tinieblas comenzó a moverse lentamente, lo que le obligó a dar un salto echando mano a sus armas.

-¡Diantre! --exclamó- Ni evacuar en paz le dejan a uno... ¿Quién vive?

A la sombra, que había iniciado su avance, se unieron media docena más y no cabía duda ya de que se trataba de seres humanos pese a que constituyeran una aparición casi fantasmagórica por lo silenciosas, grisáceas e imprecisas.

Desenvainó el acero y lo esgrimió amenazante, permitiendo que brillara a la tenue luz de la hoguera.

-¡Alto ahí! -gritó-. Un paso más y no respondo. Al que se acerque lo atravieso...

El pánico, o el desconcierto, cundió por unos instantes entre los intrusos, que se detuvieron como clavados en la noche, pero al poco se dejó sentir un cuchicheo y de nuevo avanzaron penetrando en el campo de luz de la hoguera.

Asombrado, Alonso de Molina descubrió que se trataba de mujeres; media docena de sucias y desgreñadas nativas de aspecto repelente, que a medida que se aproximaban alzaban más y más sus mugrientos vestidos mostrando provocativamente sus vergüenzas. Algunas incluso chistaban o emitían extraños sonidos agitando rápidamente la lengua, y por unos segundos el desconcierto del español fue tan profundo, que no acertó a reaccionar dudando entre liarse a

mandoblazos o echar mano a sus ropas y correr con el culo al aire en busca del seguro refugio del fortín.

Le salvó sin embargo la presencia de Chabcha que comenzó a arrojar piedras a las intrusas tachándolas de «Puercas Hijas de Sopay» y amenazando con ordenar a los soldados que les aplastasen la cabeza con sus mazas si no desaparecían de su vista de inmediato.

Cuando, ya satisfechas sus necesidades, el andaluz penetró de nuevo en el salón central del «tambo» tuvo que soportar malhumorado las burlonas miradas de todos los presentes mientras el «curaca» comentaba mordaz aunque sin aparente ánimo de herirle:

-Probablemente creyeron que todo en tu cuerpo está en proporción a tu estatura y te siguieron...

-Pues a punto estuvieron de darme un susto.

-Peor hubiera sido que llegaran a atraparte. Casi todos los miembros de esta tribu transmiten el «Mal».

-¿El «Mal»? ¿Qué «Mal»?

-El «Mal» de las mujeres. La marca que Sopay, el espíritu demoníaco, imprime a sus discípulas. Esconde su fuego en lo más íntimo de su cuerpo y tras haber tenido trato con ellas a los hombres se les comienza a llagar el sexo. Luego el « Mal » se extiende cubriéndolos de pústulas apestosas, el cabello se cae a puñados, muchos se quedan ciegos y acaban muriendo entre horribles dolores.

-¡Santo cielo! -exclamó el español, impresionado-. Eso aplaca los ímpetus amorosos con mucha más eficacia que el infierno con que amenazan los curas. ¿Y no existe remedio contra ese mal?

-Algunos curanderos consiguen combatirlo a base de hongos y conjuros, pero lo cierto es que, en la mayor parte de los casos, el que fornica con una elegida de Sopay acaba muriendo de esa forma. Antes de tocar a una mujer asegúrate de que es limpia, no se acuesta con demasiados hombres, no presenta pústulas, ni se le cae el cabello sus dientes se mantienen firmes en las encías.

-Parecerá que estoy tratando de comprarle un burro a un gitano... -se lamentó Molina- En Túmbez tuve tratos con seis o siete mujeres... ¿Cómo puedo saber si eran o no discípulas de Sopay?

-En Túmbez el «Mal» no abunda. Sólo algunas prostitutas lo padecen, pero las prostitutas están obligadas a vivir lejos de la ciudad y no suelen acostarse más que con «chasquis» y soldados...

Esa noche, tendido en una estera de la más protegida de las estancias del fortín, Alonso de Molina pasó recuento al agitado día y cuanto había visto o escuchado, y una vez más llegó a la conclusión de que merecía la pena haber tomado la decisión de pedirle a Pizarro que le permitiese quedarse para siempre en el reino que acababan de descubrir, y que algún día el impulsivo extremeño pretendería conquistar.

Al igual que era cosa sabida que el anciano analfabeto jamás se cansaría de luchar o alimentar el insaciable fuego de su ambición, él, Alonso de Molina, natural de Úbeda, capitán y bachiller, intérprete y avanzadilla de cuantas expediciones armadas tomó parte a lo largo de su más que azarosa existencia, aborrecía la idea de seguir matando, y

no ambicionaba más riquezas ni más tierras que las que le aguardaban si algún lejano día decidía regresar a su casa.

Así como en un tiempo su espíritu se alimentó del estudio de los libros y las lenguas, ahora su más íntima satisfacción se centraba en aquel vagar por países ignorados, consciente de que se convertía en el primer europeo al que se le brindaba la oportunidad de desvelar libremente los secretos del Nuevo Mundo. Conquistar y destruir tal como hicieran Cortés o tantos otros capitanes españoles, a muchos de los cuales incluso secundara en un tiempo, ya no le apetecía, al igual que tampoco le hubiera apetecido volver a poseer por la fuerza a una mujer.

Luchar en una docena de batallas y haber atravesado a un centenar de indígenas nada positivo le había aportado nunca; al menos nada que pudiese compararse a la sensación de saber que era la primera vez que un hombre de su raza ascendía por aquel empinado sendero rumbo a la más alta cordillera de la Tierra, en cuyo centro se alzaba una ciudad sagrada que nadie conocía.

-«Manco Capac: la construyó a las puertas del cielo donde habita su padre... »

Las palabras del severo «curaca» aún resonaban en sus oídos junto a los relatos de quienes en Túmbez aseguraban que el palacio del «Inca» refulgía de oro del techo a los cimientos, pero aunque aquél no fuera un oro que despertase en absoluto su avaricia, sí era en verdad un oro que avivaba el fuego de la curiosidad.

-«Esa incansable curiosidad será tu perdición...», solía decirle su abuelo cuando al fin se cansaba de responder a sus preguntas, pero aunque hubieran transcurrido treinta años desde entonces, el vicio seguía siendo el mismo y el ansia de aventuras, más que de gloria o de riquezas, le había impulsado a atravesar la Mar Océana y a seguir a Pizarro hasta la malhadada isla del Gallo.

Se durmió imaginando los mil prodigios de los que sería testigo a partir del momento en que comenzaran a ascender hacia la fastuosa cordillera que se alzaba a las puertas del «tambo», y abrió los ojos cuando la primera claridad del alba pretendía hacer su aparición sobre las más altas cumbres.

Dos centinelas dormitaban arrebujados contra el muro, junto a los rescoldos de la hoguera, y las nieves perpetuas de los inmensos picachos destacaban en la distancia reflejando los primeros rayos de un sol que parecía tener allí más prisa por nacer que en ninguna otra parte del planeta.

Le fascinaba la rapidez con que surgía o se ocultaba el sol en aquel continente, acostumbrado como estaba a contemplar de niño los lentos atardeceres en compañía de su abuelo, y le asombraba también la rigurosa puntualidad con que la jornada se dividía en dos partes iguales sin que le afectaran los cambios de estación evocando los, larguísimos días de verano allá en los campos de Úbeda, y las inacabables noches de invierno de sus años de Flandes.

Todo era diferente y amaba aquella eterna sorpresa que espoleaba de continuo sus sentidos, puesto que incluso el olfato descubría a cada

paso nuevos aromas embriagantes y el oído captaba sonoridades a menudo tan distintas como la de la melancólica flauta que comenzaba a resonar en la distancia.

Venía de arriba, de muy lejos, cabalgando sobre la suave brisa que descendía de las cumbres, y era como un canto de saludo al día que llegaba; una bienvenida a la vez esperanzada y triste; un despertar a la vida y el trabajo diarios, o un réquiem por la larga y oscura noche que había muerto.

Respiró hondamente y le pareció descubrir que aquel aire húmedo, cristalino y perfumado, era el que había estado buscando desde que tenía uso de razón.

«Éste es mi mundo -musitó para sí-. Aquel por el que quise abandonar mi casa.»

Iniciaron el ascenso con frío aún en los huesos, pero pronto el sudor comenzó a chorrearle por la espalda y al poco le asombró la agilidad de aquellos hombrecillos incansables que trepaban por el serpenteante y empinadísimo sendero con la misma facilidad con que recorrían los llanos, mientras que a él cada vez le costaba más trabajo respirar un aire que parecía empobrecerse a medida que se iba haciendo más limpio.

La costa había quedado atrás definitivamente y cuando se detenía a descan- sar y se volvía a mirar desde el borde del camino, se maravillaba al advertir la perfecta exactitud con que el desierto se encontraba encajonado entre el gris océano y el pie de las montañas como una sucia franja de detritus que la Naturaleza se hubiera encaprichado en colocar para diferenciar dos universos absolutamente dispares.

Al doblar un recodo le divirtió descubrir que la totalidad de sus acompa- ñantes se habían adelantado permitiendo que el helado chorro de agua de un manantial que surgía de las rocas les empapara por completo mientras se frotaban con fruición los cuerpos y las ropas.

-¡Ven tú también! -le señaló el «curaca» haciendo grandes aspavientos-. No es bueno que ni una gota de polvo de esa tierra maldita, guarida de Sopay, nos acompañe arriba.

Lavaron incluso las sandalias aquellos que las tenían, y como si fuera el punto exacto que marcaba la frontera entre costa y montaña, cruzaron una estrecha garganta, y el desierto y el mar se perdieron para siempre a sus espaldas.

Se detuvo un instante alzando el rostro hacia la cumbre de un picacho que parecía acariciar el cielo con sus nieves y le asaltó la angustiosa pero reconfor- tante sensación de que acababa de dejar definitivamente atrás toda su vida y su pasado y ya jamás volvería a ser «El Capitán» Alonso de Molina.

Cuando un «chasqui» se aproximaba a la carrera con sus características cintas multicolores al viento, los viajeros se apartaban

respetuosamente dejando libre el paso, pues severísimas penas aguardaban a quien cometiese el grave delito de interponerse en su camino, retrasarle o dirigirle tan siquiera la palabra.

Los «chasquis» habitaban en minúsculas chozas al borde de las principales rutas del Imperio, a veces casi a la vista unas de otras, y su única misión consistía en aguardar pacientemente durante días y semanas a que un compañero hiciese su aparición transmitiéndole un mensaje palabra por palabra, para reemprender de inmediato la carrera memorizando una y otra vez el texto sin cambiar una letra.

De ese modo, las noticias y las órdenes podían recorrer largas distancias en muy corto espacio de tiempo, y desde su palacio del Cuzco el «Inca» permanecía siempre informado de cuanto ocurría en la inmensidad de sus vastos dominios.

Pero en aquella ocasión, a la caída de la tarde, y mientras ascendían por una escalinata de piedra tallada en la roca con más que infinita paciencia, el corredor que llegaba de Túmbez no les sobrepasó, sino que preguntó directamente por Chabcha Pusí, lo apartó unos metros y recitó de carrerilla el mensaje que le habían transmitido y que repetía por última vez con la obligación de olvidar de inmediato.

El rostro del «curaca», ya de por sí inexpresivo, pareció transformarse súbitamente en una máscara de piedra, y tras despedir al «chasqui» con un leve gesto de la mano, permaneció largo rato meditabundo antes de aproximarse con marcada lentitud al español y comentar con voz ronca:

-Tengo malas noticias para ti. Muy malas ... : Chili Rimac, ha mandado matar a tu amigo negro y lo ha convertido en «runantinya».

Alonso de Molina experimentó un vahído, un hierro al rojo vivo pareció atravesarle las entrañas, y tuvo que tomar asiento pesadamente en un peldaño para evitarse rodar escaleras abajo.

-¡Cristo misericordioso...! -sollozó- ¡No es posible! ¡No es posible...! Ese pobre negro jamás le había hecho daño a nadie.

Ocultó el rostro entre las manos, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de vo- luntad para evitar que le vieran llorar, porque había compartido con Ginesillo años de correrías y aventuras; borracheras y batallas; hambres; frío y mujeres, y era tan grande la amistad que les unía, que el negro no había dudado un instante a la hora, de seguirle en aquella loca idea de quedarse en un país extraño para siempre. Más que amigo o compañero de armas lo consideraba casi un hermano, y era ya el único vínculo de unión que le ligaba a España y a todo cuanto había constituido su pasado.

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, tomó asiento en un escalón superior y permaneció en silencio, respetuoso y circunspecto, consciente al parecer de la profundidad del dolor que aquel extraño ser, mitad dios mitad hombre, parecía estar experimentando. Cuando él alzó el rostro para inquirir simplemente: «¿Por qué?», se encogió de hombros y extendió las manos con las palmas hacia arriba como queriendo demostrar la intensidad de su ignorancia.

-Tal vez le daba miedo su piel negra; tal vez lo mandó matar por pura superstición, o tal vez deseaba una «runantinya» que nadie más

tuviera en este mundo... Tiene sangre real y por lo tanto tan sólo al «Inca» debe darle explicaciones de sus actos.

-¿Qué es una «runantinya»?

El otro pareció dudar, pero al fin, con notable esfuerzo y desagrado, replicó:

-Una especie de tambor que se fabrica con la piel de los enemigos que han sido importantes... El trofeo más preciado de un guerrero.

-¡Hijo de la gran puta! -exclamó el andaluz, poniéndose en pie de un salto y lanzándose decidido escaleras abajo- Me haré un tambor con su piel, como Molina que me llamo... Se enterará ese hijo de perra de lo que vale la vida de un cristiano.

El «curaca», que había corrido precipitadamente tras él, le aferró con fuerza por el brazo.

-¡Espera! -suplicó-. Espera, no te precipites. ¡No puedes volver a Túmbez! Tengo órdenes de conducirte al Cuzco.

-¡Métete tus órdenes en el culo! -fue, la tajante respuesta---. Yo me voy a cortarle los cojones a ese maldito «Orejón», y no se te ocurra impedírmelo.

-¡Lo siento! -insistió el indígena tercamente- Mis órdenes son conducirte al Cuzco vivo o muerto.

El español le dirigió una larga mirada de desprecio y de un seco manotazo le apartó el brazo y lo empujó con violencia arrojándole contra las escaleras.

-¡Déjame en paz, indio de mierda! -gritó- No sois más que una pandilla de salvajes, y el capitán Pizarro tenía razón: No entendéis más que a patadas...

Reemprendió la marcha a grandes zancadas, y cuando unos minutos después advirtió que la totalidad de los soldados le seguían con aire amenazante, se detuvo, preparó el arcabuz, y apuntando cuidadosamente al que marchaba al frente, disparó.

El estampido pareció multiplicarse por mil al rebotar contra las paredes de las montañas, fue y volvió de una a otra como si se tratara de una pelota de goma en un frontón, descendió hasta lo más profundo de la estrecha garganta y se unió al desesperado aullido de agonía que lanzó el soldado al caer golpeándose contra las rocas para estrellarse al pie del alto acantilado.

La tropa se detuvo horrorizada y Alonso de Molina aprovechó para cargar de nuevo el arma, pero a la vista de que nadie osaba dar siquiera un nuevo paso, giró sobre sí mismo y continuó apresuradamente su camino hacia Túmbez.

Marchó todo lo aprisa que le permitían sus piernas hasta que dos horas más tarde el aire enrarecido de una altura a la que no estaba acostumbrado amenazó con hacer que le estallara el pecho, y aun contra su voluntad tuvo que hacer un alto en el camino y tomar asiento en una roca porque la cabeza comenzaba a darle vueltas y sentía una incontenible necesidad de vomitar. El oxígeno parecía no llegar con facilidad a sus pulmones, y los brazos le pesaban como si en lugar de un arcabuz cargara un cañón.

Pocos minutos después Chabcha Pusí hizo su aparición en el recodo del camino, pero se detuvo en cuanto advirtió que le apuntaba con el «Tubo de Truenos».

-¡No voy armado! -gritó alzando los brazos- ¡No voy armado! Soy hombre de paz y tan sólo deseo hablar contigo.

-No tengo nada que hablar hasta que acabe con ese hijo de puta, y si no quieres salir mal parado mantente al margen de este asunto.

-¡No puedo! -se lamentó el otro- Comprendo que tienes razón, pero no puedo. Si no te llevo al Cuzco me costará la vida. La mía y la de mi familia. Así es la ley aquí.

-Pues yo no la hice. Aguántate con ella, ya que lo aceptas.

-¡Escucha ... ! -suplicó el indígena-. Antes de que hayas recorrido la mitad del camino, Chili Rimac sabrá que vas en su busca y escapará de Túmbez. El país es grande, jamás lo encontrarás, y lo único que conseguirás es que sus soldados te maten... Pero si vienes conmigo al Cuzco y le pides justicia a Huáscar haciéndole ver que uno de sus parientes puso en peligro la seguridad del Imperio y provocó las iras de los dioses asesinando sin razón a un amigo de «Viracocha», yo te garantizo..., ¡te garantizo por mi honor!, que mi Señor hará que despellejen vivo a Chili Rimac y puedas beber «chicha» en el interior de su cabeza.

Alonso de Molina le observó largamente, meditó a fondo sobre cuanto acababa de decirle, y al fin bajó el arma apoyándola en la roca.

-Eres un zorro astuto... -masculló-. Un sucio enredador condenadamente listo, aunque en este caso creo que tienes razón, maldita sea. Pero te garantizo que si tu amo no me entrega la piel de ese cerdo, le arrancaré la suya a cachos... Y ahora déjame en paz porque estoy agotado. Caminar por estas putas monta- ñas mata a cualquiera.

El indígena no obedeció sino que continuó aproximándose al tiempo que de una bolsa de piel que llevaba colgando del cinturón extraía un puñado de pequeñas hojas verdes y una piedrecita de cal.

-¡Toma! -dijo- Te quitará el cansancio.

-¿Es que intentas envenenarme?

Por toda respuesta el otro se echó las hojas a la boca y comenzó a masticarlas con fruición al tiempo que replicaba:

-La coca es el regalo que nos hizo «Viracocha» para combatir el hambre, la sed, el frío y la fatiga. Crece al otro lado de la cordillera, y sin su ayuda tal vez nuestros ejércitos no hubieran conseguido vencer en tantas batallas... -Le ofreció de nuevo- ¡Toma! -suplicó-. No rechaces el alimento de los dioses, o me obligarás a creer que nada en común tienes con ellos.

El sabor era amargo y provocaba por tanto escupir de inmediato, pero el andaluz se esforzó, dado el interés que el indígena mostraba, y al poco advirtió que una confusa sensación de euforia y alivio le invadían, respiraba a pleno pulmón, y el cansancio parecía escapar de sus músculos como si una suave brisa lo arrastrara muy lejos.

Se dejó resbalar por la roca hasta quedar sentado, y experimentó unos incontenibles deseos de echarse a reír pese a que no se encontrase de humor para bromas.

-¡Rayos! -exclamó. ¡Qué cosa tan curiosa...! Me siento alegre, lo veo todo con mayor claridad, los colores parecen más vivos, y se me ha pasado el agotamien- to. ¡Es como un milagro...! ¿Cómo dices que se llama?

-Coca.

-¡Coca...! -repitió meditabundo-. ¿Y qué es: un árbol, una yerba, un matojo...?

-Un arbusto de los valles calientes... Se da espontáneamente aunque también puede cultivarse en grandes plantaciones pero únicamente con un permiso especial del «Inca».

-Veo que el «Inca» lo controla todo. No me extraña; si en España se conociera la coca seguro que el emperador tendría la exclusiva. ¡Virgen santa! No quiero ni imaginar la fortuna que amasaría plantando todo Jaén de patatas y coca...-Lanzó un hondo suspiro de satisfacción y sonrió abiertamente- ¡Dios, qué bien me siento!

-Me alegra -replicó Chabcha Pusí intencionadamente- Me alegra que te sien- tas a gusto y descansado porque tengo que decirte algo importante: la muerte de tu amigo no fue la única noticia que trajo el «chasqui».

Alonso de Molina se encogió de hombros.

-Me tiene sin cuidado -señaló-. Después de lo Ginesillo todo lo que me puedas decir carece de importancia. Yo quería a ese jodido negro -se lamentó-. Le quería como he querido a poca gente en este mundo, y aún no comprendo cómo permití que ese maldito «Orejón» «Cara de Flauta» me convenciera para que le dejara en Túmbez. Está claro que pensaba asesinarle en cuanto me alejara con el «Tubo de Truenos» que es lo que en verdad le asusta.

-¿Pero por qué ese interés en matarle? -quiso saber el otro visiblemente desconcertado.

-No tengo ni idea. Ginesillo era incapaz de hacer daño a nadie. Lo único que le interesaba era el vino, los naipes y las mujeres.

-¿Se acostó con alguna de las de Chili Rimac?

-¿Quién puede saberlo? Desde que desembarcamos aquello era un desfile y ese negro, que me consta que estaba especialmente bien dotado, debió beneficiarse treinta o cuarenta mozas. Si además no hablaba vuestro idioma, ¿cómo podía saber si alguna de ellas pertenecía al «Orejón»?

El «curaca» rumió meditabundo su bola de coca, y tras escupir a un lado el líquido verde y espeso que producía pareció darse por vencido.

-¡Está bien! -admitió- Ésa es una cuestión que únicamente mi Señor podrá averiguar en su momento. Ahora lo que importa es la otra noticia...: Atahualpa ha ordenado a su gente que te capture.

-¿Por qué?

-Porque lo seas o no, todos aseguran que eres «Viracocha» o uno de sus hijos y Atahualpa debe creer que si estás a su lado sus posibilidades de derrocar a Huáscar son mayores que si te tiene enfrente. Cuando el Imperio atraviesa por un trance tan delicado, contar con la ayuda de un dios... -hizo un significativo gesto hacia el

arcabuz- y su «Tubo de Truenos», podría romper definitivamente el equilibrio.

-¿Pretendes insinuar que puedo convertirme en un elemento desestabiliza-dor?

-En estos momentos, sí... -admitió el «curaca»-. Por primera vez en nuestra historia alguien se atreve a poner en entredicho la autoridad del «Inca», y eso lo cambia todo. Con Huayna Capac no hubieras sido más que un huésped, pero ahora significas un peligro, teniendo en cuenta que nos encontramos muchísi- mo más cerca de Quito, donde gobierna Atahualpa, que del Cuzco, donde reside Huáscar.

-¿Cuánto de cerca?

-Tres veces más cerca. Forzando la marcha se podría llegar a Quito en poco más de una semana y eso hace que en estos momentos atravesemos territorios supuestamente bajo influencia de Atahualpa.

-¿Supuestamente...? -repitió el español con ironía-. ¡Vamos, no trates de engañarme! Cuéntame la verdad.

-¿La verdad? -repitió el inca lanzando un corto resoplido---. La verdad es que en estos momentos te andan buscando los soldados de Atahualpa, y como le conozco, imagino que sus órdenes habrán sido tajantes: o te llevan vivo, o le llevan tu cabeza.

-Aproximadamente lo mismo que te ordenó su hermano, ¿no es cierto?, ¡Menuda familia...! ¿Por qué diablos la han tomado conmigo?

-Porque eres la piedra que inclina la balanza. Atahualpa es bastardo, pero ambicioso y tiene a su lado a los príncipes de la familia de su madre, gente tradicionalmente rebelde y belicosa. Huáscar es el primogénito, controla un territorio mayor, y la ley está de su parte, pero es amigo de la paz y sus generales se han vuelto decadentes y cómodos... Por eso Rumiñahui está de parte de Atahualpa.

-¿Quién es Rumiñahui?

-«Ojo de Piedra», un general tuerto, pero tan arriesgado e inteligente que ante su solo nombre cunde el pánico. Sí Atahualpa ocupara el trono, iniciaría un largo período de guerras de expansión. Con Huáscar la paz y la consolidación de lo que ya se ha obtenido quedarían aseguradas.

-¿Y tú te inclinas por la paz?

-Yo acepto lo que el «Inca» ordene, pero personalmente prefiero la paz.

-Empiezo a entender: con Rumiñahui y conmigo Atahualpa caería sobre su hermano, le arrebataría el trono se lanzaría a la conquista de las tribus vecinas. Dime ¿Qué piensa hacer Huáscar cuando lleguemos al Cuzco?

-Enfrentarte a su tío Yana Puma, el Sumo Sacerdote, para que decida si eres o no «Viracocha».

-¿Y con respecto a Atahualpa?

-Confirmarle como gobernador de Quito, aunque obligándole a que licencie a sus ejércitos y le jure fidelidad.

-¿Sin castigarle por su actual desobediencia?

-Lo quiera o no, sigue siendo sangre de hijo de Huayna Capac, y descendiente por tanto del Sol... El único castigo que Atahualpa

aceptaría sin sufrir humillación sería la muerte, pero nadie osaría nunca matar a un «Hijo del Sol».

-Entiendo... Y entiendo también que se escude en tal inmunidad.

-La situación como ves es delicada, y mi deber por tanto conducirte sano y salvo ante el Sumo Sacerdote... -Hizo una significativa pausa---. O impedir que te pases al bando de Atahualpa.

-No me dejas mucho donde elegir -admitió el español- ¿Y qué ocurrirá si el Sumo Sacerdote opina que no tengo nada que ver con «Viracocha»?

-No lo sé

-¿Seguro que no lo sabes? ¿Seguro que no harán un tambor con mi piel como acaban de hacer con Ginesillo?

-Un extranjero ilustre, aunque no sea necesariamente un dios, puede vivir en paz en el «Incario» sin necesidad de que nadie lo convierta en «runantinya». No todos somos tan salvajes como Chili Rimac.

-Supongo que ése es un riesgo que tendré que correr -admitió el español resignadamente-. Al fin y al cabo, ya el capitán Pizarro me advirtió que nos jugábamos el pellejo al quedarnos en Túmbez, aunque nunca pude imaginar que su predicción fuera a cumplirse tan al pie de la letra.

Se puso en pie, recogió su arcabuz y ensayó una animosa sonrisa.

-¡En marcha! -añadió-. Cuzco espera...

El río, frío, oscuro e impetuoso, se abría paso por entre los riscos que causaban vértigo, golpeando rocas, arrastrando piedras, desgajando ramas y provocando un estruendo ensordecedor que se percibía desde que se coronaba a montaña, y que iba ganando intensidad a medida que el empinado y serpenteante sendero descendía hacia su cauce, tan perfectamente empedrado de pulidas lajas, que hubiera constituido una magnífica vía de circulación de no haber sido porque de tanto en tanto media docena de escalones salvaban bruscamente pequeñas diferencias de altura.

Tras cuatro agotadores días de marcha trepando riscos, bordeando gargantas o cruzando enfangados páramos, Alonso de Molina comenzaba a entender las razones por las que aquella civilización desconocía –o al menos jamás había prestado la más mínima atención- el uso de la rueda, ya que por semejantes caminos de continuos desniveles cualquier vehículo rodante se convertiría a los pocos minutos en un engorroso estorbo.

Desde que el mar había quedado definitivamente a sus espaldas, el paisaje se había convertido en un universo de roca y nieve a la vez dantesco y fascinante; un mundo tan insólito, que incluso el andaluz, que creía haberlo visto ya todo en este mundo, se sentía profundamente impresionado.

Grandiosidad era la palabra más acertada para intentar definir de algún modo los sentimientos que le asaltaban al alzar los ojos y enfrentarse a un risco cortado a pico que se elevaba a más de mil metros sobre su cabeza, o contemplar desde un altozano la intensidad de una montaña cuya base no cabría probablemente en media provincia de Jaén. Las distancias, y sobre todo las alturas y los volúmenes, nada tenían que ver con cuanto conociera hasta el momento, pues si bien era cierto que había tardado más de un mes en cruzar el océano, en él cada día el paisaje amanecía idéntico a sí mismo, la plana extensión de agua apenas variaba, y no ofrecía puntos de referencia que permitieran hacerse una clara idea de los auténticos tamaños.

En aquella inaudita cordillera, comparable tan sólo a la que Marco Polo describiera en sus viajes a China, las dimensiones y las distancias cobraban sin embargo vida y relieve gracias a una luz cambiante que especialmente en las horas tempranas acentuaba al máximo los contornos y las sombras.

El aire, de tan limpio, a menudo daba la sensación de no existir, y cuando hacían un alto y dejaban de escucharse las pisadas, el silencio era tan hondo y tan profundo que el español tenía la impresión de que se encontraban en mitad de la nada.

A mediodía, cuando el sol caía a plomo casi sobre la línea misma del ecuador, a más de tres mil metros de altitud, se diría que sus rayos se transformaban en fuego derretido que se derramara inclemente sobre los hombres arrancándole la piel a tiras, aunque de improviso, cuando se interponía una nube, la temperatura descendía bruscamente treinta

grados para dispararse de nuevo en un instante en cuanto había pasado.

Si ni tan siquiera las piedras soportaban semejante suplicio y estallaban, cuánto menos conseguiría resistirlo la cabeza de un hombre nacido en tierras bajas cuyos pulmones aún no habían logrado habituarse a una atmósfera pobre en oxígeno que le obligaba a detenerse de continuo a tomar aliento retrasando desesperadamente el ágil ritmo de sus compañeros de viaje.

-¡Sube a la litera! -insistía Chabcha-. Deja que mis hombres te lleven o no llegaremos nunca.

-No.

Ni la coca le bastaba ya para vencer la pesadez de las piernas o la angustiosa sensación de asfixia que experimentaba cuando los altiplanos superaban los cuatro mil metros de altitud, y el peto de acero al calentarse se iba transformando en un tormento, el arcabuz parecía que recibiera una perentoria llamada de lo más profundo de la tierra aumentando de peso por minutos, y hasta la espada se permutaba en yunque que tuviera que arrastrar cansinamente por todo un Continente.

Alonso de Molina siempre se había considerado un hombre fuerte y no obstante, pese a encontrarse perfectamente alimentado y bien de salud, empezaba a creer que las largas hambrunas y las enfermedades y miserias de los meses de abandono con Pizarro y sus compañeros en la isla del Gallo, nada significaban frente al martirio de aquel continuo subir y bajar por los infinitos caminos del Imperio.

Los nativos parecían por su parte tanto más animosos cuanto más ascendían, y su paso se iba haciendo más y más vivaz a medida que se aproximaban a las zonas frías, ya que se diría que la rápida caminata era lo único que les permitía entrar en calor, puesto que ni soldados ni porteadores tenían derecho a una coca reservada en exclusiva a las clases dirigentes.

-Proporcionársela al pueblo significaría condenar las mejores tierras a su cultivo, y significaría también que muchos se volverían viciosos y holgazanes. El único defecto de la coca es que puede llegar a convertirse en hábito para quien no tenga fuerza de voluntad. Por eso me preocupa que la utilices con tanta frecuencia. No debes habituarte.

-Te garantizo que en cuanto entremos en el Cuzco me olvidaré de ella -señaló el español-. Pero también te garantizo que si no existiera, jamás conseguiría llegar hasta allí.

Se habían detenido en la cima de una pelada montaña a contemplar el sendero que descendía en zigzag hacia el rugiente y ancho río que nacía al pie de un gigantesco nevado que reflejaba los rayos del sol como un espejo, y el español se maravilló por la matemática precisión con que el camino había sido trazado, puesto que incluso un ciego podría avanzar por él a base de contar los pasos y girar alternativamente a izquierda o derecha en el momento preciso.

-Cuando no es tiempo de siembra o de cosecha, cada pueblo tiene la obligación de mejorar sus caminos y los inspectores se preocupan luego de que no exista un solo bache ni una piedra desde el Cuzco hasta Quito.

-¿Todo está tan perfectamente organizado?

-Sin un orden estricto nadie conseguiría gobernar tantos pueblos distintos que habitan en zonas tan diversas. Tribus de las montañas, los valles tórridos, las costas o las selvas de Oriente, que hablaban lenguas incomprensibles y se regían por costumbres estrafalarias, se entienden ahora en «quechua» y se comportan de idéntica manera. Al igual que el sol sale cada día a la misma hora por la misma garganta al este del Titicaca lanzando su primera luz sobre la isla de la Luna, y se oculta a la misma hora en el mismo punto del mar, así sus hijos, los «Incas», organizaron el Imperio. Todo está medido y previsto

-¿Incluso mi llegada?

-Incluso tu llegada. Hace dos años un gran cometa de larga cola cruzó el cielo, y según nuestros profetas su aparición significaba la muerte de Huayna Capac y el regreso de «Viracocha». Te esperábamos.

-¿Qué más está escrito sobre mí en vuestras profecías?

-¿Escrito? -se sorprendió el «curaca»-. ¿Qué significa «escrito»?

-Lo que está en los libros.

-¿Qué es un libro?

El andaluz lanzó un sonoro resoplido:

-¡A ver cómo te explico yo lo que es un libro...! Empecemos por enterarnos de si conoces el papel... -De su faltriquera sacó la única carta que había recibido desde su llegada al Nuevo Mundo y se la mostró-. ¡Esto es un papel! -señaló-. ¿Sabes para lo que sirve?

El otro lo tomó con dos dedos y un cierto recelo, lo estudió detenidamente por uno y otro lado, y al fin se lo devolvió como si oliera mal.

-¿Para qué sirve?

-Es una carta... En ella, y por medio de estos signos, mi familia me cuenta todo cuanto ha ocurrido en mi casa en los últimos tiempos. ¿Usáis algo semejante...?

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, que parecía sinceramente interesado por lo que el español trataba de darle a entender, meditó unos instantes y al fin, sacando de su bolsa un grueso cordón del que pendían varias cuerdecitas de distintos colores hábilmente anudadas, replicó:

-Tenemos los «quipus». Según su tamaño, su color o el número y disposición de sus nudos nos cuentan cosas. Éste, por ejemplo, me recuerda cuántas llamas y alpacas hay actualmente en Acomayo; éste, cuántas túnicas, y éste, cuántas espadas y escudos...

Alonso de Molina lo tomó a su vez y lo observó haciéndolo girar entre los dedos, tratando de captar el conjunto de sus aplicaciones. Por último, se lo devolvió asintiendo:

-Entiendo... -admitió-. Es una buena manera de acordarse de las cosas... Pero lo que me gustaría saber es si, en el caso de que tu mujer te enviase uno, serviría para que supieras si está bien de salud, la cosecha ha sido mala, o tu prima se ha casado con el tonto del pueblo...

-¿Por qué iba a hacerlo? Todo eso lo sabré cuando regrese.

-¡De acuerdo...! Pero imagínate que quisieras saberlo antes. ¿Cómo te enterarías?

-¿Para qué quería saberlo si estando tan le)os no podría ponerle remedio...? Prefiero viajar tranquilo haciéndome a la idea de que todo

continúa como lo dejé, a saber que Naika ha enfermado y tal vez se muera. Resultaría un sufrimiento absurdo, ¿no te parece?

Podría tratarse de una respuesta idiota, o de una lógica aplastante, aunque el español no dispuso de tiempo para meditar sobre ello, ya que su acompañante se puso en pie dando por concluido el tema para iniciar, con su vivaz paso de siempre, el descenso hacia el río.

Le siguió de buen ánimo por la acusada pendiente hasta que al doblar el último recodo del sendero el espectáculo que apareció ante sus ojos le obligó a detenerse como si de pronto se hubiera convertido en blanca estatua de sal: el ancho cauce se encontraba atravesado por un inconcebible puente de cuerdas cuyo centro se balanceaba amenazadoramente sobre turbulentas aguas que se abrían paso, rugientes, por entre afiladas rocas que semejaban negros colmillos de lobo hambriento.

-¿No pretenderás que crucemos por ahí? -protestó.

Chabcha Pusí le observó sorprendido:

-¿Por qué no? -quiso saber-. ¿Qué tiene de malo?

Los primeros soldados se encontraban ya sobre la endeble pasarela, aferrándose como buenamente podían a los pasamanos de desgastada soga, y a Molina le asaltó el convencimiento de que en cuanto se descuidaran el viento que descendía rugiente y encajonado desde la cordillera se los llevaría volando sobre el abismo hasta los mismísimos confines de la tierra.

-¡Están locos! -masculló horrorizado-. Completamente locos. Me niego a pasar por ahí.

-No queda otro remedio -fue la tranquila respuesta-. No existe otro camino.

-Siempre existe otro camino.

-No en estas montañas. ¿Acaso no hay ríos en tu país?

-Sí, los hay; ríos tranquilos con hermosos puentes de piedra. No eso.

El primer grupo de hombres había puesto ya el pie al otro lado, desparraman- dose por la ladera con las armas a punto, listos para el combate, y al observar sus evoluciones y la insistencia con que estudiaban las rocas y los arbustos de la cima, le asaltó una sospecha:

-¿Esperas un ataque? -quiso saber.

-¿Qué mejor lugar puede existir para una emboscada? -fue la respuesta-. Si las gentes de Atahualpa pretenden atraparte, éste es el lugar idóneo. Aguardaremos hasta que el oficial compruebe que no hay peligro.

-Me preocupa más el puente que todos los soldados de Atahualpa juntos.

Chabcha Pusí se limitó a sonreír sin apartar los ojos de la otra orilla, atento a los más nimios detalles de la escarpada pared que nacía a pocos pasos de la entrada del puente, hasta que la figura del oficial que mandaba la guardia se destacó sobre una roca y agitó los brazos ordenando que iniciaran el avance.

-¡Vamos! -dijo-. Y recuerda que ese puente lleva más de un siglo sin caerse.

-¡Hermoso consuelo! ¡Un siglo...!

-Pero cada tres años lo recomponen... -añadió el indígena-. Las gentes de estas montañas no tienen más obligación en esta vida que trenzar las mejores cuerdas y mantener el puente en perfecto uso. Si los inspectores de caminos detectasen el más mínimo fallo, el «curaca» sería lanzado al abismo en compañía de toda su familia. ¿Te tranquiliza eso?

-Debería tranquilizarme, pero al viento..., ¿quien lo para?

Sin aguardar respuesta echó a andar con aire resignado, pero apenas hubo avanzado una treintena de metros le impresionó el súbito estruendo que ascendía desde lo más profundo del cañón, y que era como un rugido o un sollozo incontenible en el que se entremezclaban el violento golpear del agua contra las paredes de granito, el murmullo de las piedras al ser arrastradas por el fondo, y los aullidos de un viento que cambiaba de tono de un minuto al siguiente.

Era tal la fuerza del continuo huracán que pugnaba por introducirse por el estrecho cuello del inmenso embudo natural que formaba el desfiladero, que veinte pasos antes del comienzo del puente existía ya una soga muy tensa a la que aferrarse para no correr el riesgo de resultar irremisiblemente arrastrado al cauce del río.

El español hizo un alto en el camino, se cruzó el arcabuz en bandolera asegurándose la espada y la impermeable bolsa de piel en que guardaba la pólvora, y tras maldecir a voz en grito, seguro de que nadie alcanzaría a percibir ni una sola palabra, se lanzó a la desagradable aventura de atravesar el río sin mirar hacia abajo, porque hacerlo significaría tanto como lanzarse de cabeza al agua ya que el simple torreón de un castillo le producía vértigo.

-Yo soy de Úbeda -fue lo último que acertó a murmurar a modo de disculpa-. Yo soy de Úbeda, que por la Gracia de Dios es tierra llana, y aún no sé por qué demonios se me ocurrió explorar el país más montañoso de este mundo.

Fueron aquéllos, sin duda, unos minutos angustiosos; tan inacabables como la más cruel batalla en que hubiese tomado parte a todo lo largo de su azarosa existencia, porque no luchaba allí contra hombres y armas, sino contra un viento indomable y un vértigo mortal que se le había clavado entre las piernas consiguiendo que se negaran a obedecerle.

Dedicó por tanto toda su atención y todo su esfuerzo a aferrarse a cuanto encontraba a mano sin reparar en los confusos acontecimientos que estaban desarrollándose a su alrededor, hasta que puso de nuevo pie en tierra firme y se percató de que a uno y otro lado del puente se estaba librando una brutal refriega.

De dónde habían salido tantos hombres, nunca pudo saberlo, pero lo cierto era que nacían de entre las rocas y los matojos de la cumbre del cerro y se dejaban caer esgrimiendo cortas espadas y pesadas mazas para precipitarse sobre los soldados de Chabcha Pusí que a su vez se defendían bravamente tratando de proteger a su jefe, al tiempo que los porteadores, que habían arrojado precipitadamente sus cargas, huían en loca desbandada.

Tardó tan sólo unos segundos en preparar su arma y disparar acertadamente contra el más próximo de los agresores, que se llevó la mano al pecho lanzando un grito de dolor, pero en contra de lo que

hubiera cabido imaginar, el pánico no cundió esta vez entre los atacantes, puesto que el estruendo del río y el viento ahogaron por completo el estampido del «Tubo de Truenos», y pocos parecieron reparar en el hecho de que el herido lo hubiera sido por una bala de plomo que llegaba de lejos, y no a causa de un mandoble de su enemigo más cercano.

Alonso de Molina, el único en percatarse del exacto significado de tal hecho, se sintió por unos momentos totalmente ridículo; experimentó unos incontenibles deseos de comenzar a silbar mirando hacia otro lado y fingiendo que nada tenía que ver con todo aquello, y concluyó por aferrar de un brazo al «curaca» protegiéndole con su cuerpo convencido de que los soldados no conseguirían resistir durante mucho tiempo el empuje de un enemigo que les triplicaba en número.

Asistió con desagrado a la fría demostración de gratuita crueldad que daban los recién llegados lanzando al abismo a los heridos y los muertos, y aguardó sereno a que el que parecía comandarlos, un hombrecillo de cabeza rapada y deformadas orejas adornadas con anillos de oro que le colgaban casi hasta los hombros, se le aproximara no sin un cierto recelo para señalar con un tono de voz que pretendía ser autoritario y sonaba a falso ya que tenía que elevarlo excesivamente para dejarse oír.

-Yo soy Poma Yaguar, gobernador de Huancabamba, y te doy la bienvenida en nombre de mi señor, «Inca» Atahualpa... -Luego señaló imperativamente a Chabcha Pusí que aparecía casi completamente oculto a espaldas del español-. Entrégame a ese hombre para que pague con la vida su traición.

Molina negó con firmeza.

-Este hombre es mi amigo. Para matarle tendrás que intentar matarme a mí también, y tu Señor te pedirá cuentas por haber alzado tu mano contra un «Viracocha»... ¡Fuera de mi camino!

Lo apartó a un lado bruscamente y tomando del brazo a Chabcha Pusí lo empujó ante él para iniciar con paso firme el ascenso de la escarpada ladera, convencido como estaba de que tan sólo su serenidad y su altivez conseguirían salvar la vida del «curaca».

El «Gobernador» Poma Yaguar dudó unos segundos, impresionado tal vez por la firmeza o por la ronca voz del andaluz, pero ese tiempo bastó para que sus hombres se apartaran dejando el paso franco hacia la cumbre, no sin que algunos alargaran la mano para rozar, asombrados, la reluciente coraza metálica que devolvía destellos plateados al ser herida por el sol.

La empinada pendiente era sin duda la más estrecha, impresionante y agotadora de cuantas habían encarado hasta el momento, pero Molina se esforzó por no demostrar la fatiga que sentía, y pese a que el enrarecido aire de las cumbres parecía negarse una vez más a llenar sus pulmones y la cabeza amenazaba con estallarle, apretó los dientes con firmeza y continuó avanzando consciente de que un «dios» no podía dar muestras de debilidad.

-¡Coca! -musitó por lo bajo cuando creyó advertir que las piernas estaban a punto de traicionarle-. Necesito coca... ¡Rápido!

Chabcha Pusí captó de inmediato su deseo e introduciendo disimuladamente la mano en la bolsa de piel, le entregó un puñado de hojas

y una piedra de cal que el español se echó a la boca masticando con fruición y rogando al cielo que la droga hiciera pronto su efecto y le permitiera alcanzar la cumbre sin caer desfallecido.

Los últimos metros constituyeron un auténtico calvario en el que más que empujar al «curaca» se aferró a él buscando que le ayudara a mantenerse en pie para evitar ofrecer a quienes les seguían el bochornoso espectáculo de un «dios» de carne y hueso al que las piernas se negaban a sostener.

Ya en la cima fingió extasiarse ante la grandiosa belleza del paisaje que se abría ante sus ojos; una extensísima altiplanicie de corta hierba salpicada por centenares de pequeñas lagunas plomizas que semejaban manchas de mercurio y que reflejaban como espejos los agresivos picachos blancos que formaban, a unos treinta kilómetros, una nueva cordillera interminable.

El aire -ya no el viento- era seco y transparente, y el silencio tan profundo en contraste con el estruendo del río, que el simple rodar de un guijarro parecía violar por primera vez un universo que fue creado así millones de años antes y así seguía como si ningún ojo humano lo hubiera visto antes.

-¡Es hermoso! -musitó en cuanto recuperó el suficiente aliento-. El lugar más hermoso y desolado que jamás haya visto.

Chabcha Pusí se volvió a mirarle profundamente desconcertado, porque en verdad le costaba un inmenso trabajo aceptar que alguien que acababa de pasar por momentos tan críticos, se encontrase en condiciones de entusiasmarse por la belleza de un paisaje. No hizo comentario alguno, sin embargo, puesto que el diminuto Poma Yaguar acababa de colocarse frente a ellos irguiéndose de puntillas en un vano intento de alcanzar al menos la altura del peto del español.

-Tengo orden de mi Señor, «Inca» Atahualpa, de conducirte ante su presencia, en Quito, capital de los Reinos del Norte... -señaló con voz aflautada al tiempo que un soldado se arrodillaba ante Molina alargándole una pequeña caja de paja trenzada-. Y mi Señor te ofrece este hermoso presente en prueba de su amistad y sus deseos de alianza.

El andaluz tomó la caja y al abrirla se encontró frente a dos pesados anillos de oro finamente trabajados, idénticos a los que el «Gobernador» lucía en los deformados lóbulos de sus orejas. Los examinó con detenimiento y sonrió con una cierta ironía.

-¡Muy bonitos! -admitió-. Pero de momento no se me ocurre dónde colgarme- los... -Su tono de voz cambió súbitamente volviéndose autoritario y casi agresivo-. Aunque no entiendo que Atahualpa me brinde semejantes pruebas de amistad al tiempo que manda matar a mi guardia. Una cosa no concuerda con la otra.

-Esos hombres no eran tu guardia, sino tus guardianes. Te llevaban, preso, ante Huáscar... Yo te he liberado.

-¿Te has convertido a tu vez en mi guardia o en mi guardián? ¿Acaso soy libre de dirigirme adonde quiera? ¿Estoy en condiciones de elegir entre Quito o el Cuzco?

El otro se volvió unos instantes a mirar a Chabcha Pusí con gesto furibundo, como si le considerara culpable por semejante pregunta, y por

último, aferrándose a una idea que se le antojó salvadora, replicó desasosegadamente:

-Quito está más cerca, y justo es que visites en primer lugar al hermano más próximo. Luego, mi Señor te brindará la oportunidad de continuar hasta el Cuzco si ése es tu deseo. No hacerlo así significaría que no consideras de igual modo a dos hijos del «Inca» Huayna Capac y eso constituiría una terrible ofensa para mi Señor y sus más fieles súbditos…

Alonso de Molina pareció comprender que no resultaba en absoluto convenien- te insistir en el tema, vista la velada amenaza que se ocultaba tras las palabras del diminuto hombrecillo, por lo que optó por abrir las manos en un gesto que pretendía significar que igual le daba una ciudad que otra y señalar al tiempo que reiniciaba la marcha.

-¡De acuerdo! No perdamos más tiempo… ¡Quito espera!

Al atardecer llegaron a un diminuto villorrio de chozas de adobe y paja que se alzaba, huérfano, en mitad de la nada de aquel altiplano de agua y fango, y cuyos habitantes -silenciosos fantasmas de rostros curtidos por el sol y vestidos terrosos- se ocultaron en lo más profundo de sus habitáculos en cuanto distinguieron la presencia de hombres armados.

Tan sólo el «Llaqta Kamayoc», o inspector de trabajos públicos que constituía la máxima autoridad en una zona alejada de todo núcleo de población importante, se atrevió a adelantarse a recibir a la comitiva, pero su presencia resultó en realidad inútil, pues apenas vio al «hombre-dios» de la refulgente armadura, el altivo yelmo y la larga y espesa barba, cayó al suelo como abatido por un rayo para esconder el rostro en el barro presa de incontenibles espasmos.

El «Gobernador» Poma Yaguar se limitó a propinarle una furiosa patada en el trasero para continuar de inmediato su camino y tomar posesión de la mayor de las chozas de la que expulsó sin miramientos a sus aterrorizados habitantes.

-Dormiréis aquí -le indicó a Molina-. Al amanecer continuaremos por el páramo para atravesar el paso al sur del lago.

-Será un viaje muy pesado -protestó Chabcha Pusí-. ¿Quién mejor que un «Viracocha» merece transitar por el Camino Real?

-El Camino Real se encuentra infestado de espías -replicó el otro con acritud-. Y mantén la boca cerrada si no quieres acabar con mi paciencia. El «Viracocha» es mi huésped, lo sé, pero tú eres mi prisionero, no lo olvides.

Salió de la estancia dejándolo junto a un humeante y apestoso fuego de excrementos de alpaca, y Alonso de Molina se despojó de inmediato del pesado casco y la coraza para ir a tomar asiento en una estera apoyando la espalda contra el muro.

-No me gusta ese hombre -masculló frotándose las manos y alargándolas hacia las llamas en un intento de entrar en calor-. Tenías tú razón y no me gusta la gente de Atahualpa…

-Quieren la guerra.

-La guerra no me asusta -fue la firme respuesta-. Siempre fui hombre de guerra, pero no admito que alguien se alce contra su propio hermano, ni que se remate a los heridos como mandó hacer ese enano. -Lanzó un hondo suspiro que tanto podía ser de desagrado como de resignación-. Me siento traicionado -añadió al poco-. Los prisioneros de la isla del Gallo me hablaron de un hermoso país donde reinaba el orden, nadie se acostaba nunca sin cenar y prevalecía la justicia... -Hizo un amplio gesto a su alrededor-. ¡Y he aquí lo que encuentro...! Odio y muerte; traiciones y luchas fratricidas... No me gusta. No; decididamente no me gusta.

-¿Y qué esperabas? -quiso saber el indígena que había tomado asiento al otro lado de la estancia-. ¿Una excursión campestre? Desde el primer momento me extrañó tu actitud. Si eres un dios te comportas como un hombre, y si eres un hombre te comportas como un loco. No puedes llegar, solo, al mayor de los imperios existentes y mostrarte tan frívolo. Ahora sé que no eres un dios aunque por lo que a mí respecta tu vida no corre peligro. ¿Pero qué ocurrirá cuando Poma Yaguar, Chili Rimac, Atahualpa o cualquier otro lo descubra? Produces miedo y el miedo es siempre el peor consejero de los hombres. Te matarán.

-¡Hermoso consuelo brindas!

-No es consuelo: es consejo. Me has salvado la vida y la única forma que tengo de pagarte es salvar a mi vez la tuya. ¡Hazme caso!; si no quieres acabar también en «runantinya» cambia de actitud... Te gusta reírte de las cosas y las gentes, pero el mío es un pueblo con escaso sentido del humor. La risa es cosa de locos.

-Loco es aquel que nunca ríe -sentenció Alonso de Molina-. Yo vengo de una tierra de risas, alegría, cantos, bailes, vino y mujeres, porque en Andalucía es mucho más probable que te acuestes sin cenar, que sin reírte... Pero acepto el consejo y lo comprendo: quien vive en estas soledades, a esta altura, con este frío y este viento, poco ánimo debe tener para las juergas... Dime: ¿Qué pretendes que hagamos?

-¿Hacer? -se sorprendió el «curaca»-. Nada. Nuestro destino está ahora en manos de Atahualpa. Él será quien decida.

-Te equivocas -replicó el español calmosamente-. No he llegado hasta aquí para convertirme en instrumento de nadie. Tenías tú razón: prefiero a Huáscar. Nos iremos al Cuzco.

El otro agitó la cabeza y por unos instantes se diría que renunciaba a responder. Aquel monstruoso hombretón de ojos de mar que hacían daño al mirarlos, se comportaba a menudo como un iluso sin cerebro. Por último, tras resoplar furiosamente, inquirió con un deje de ironía:

-¿Y qué harás con Poma Yaguar? ¿Le dirás que nos vamos? ¿Sabes lo que le haría Atahualpa si regresa con las manos vacías...? Le despellejaría vivo después de haber matado en su presencia a toda su familia...

-Por lo visto es lo mismo que haría Huáscar contigo... Y tú me caes mejor que ese enano de mierda.

-¡Pero es él quien tiene los hombres y la fuerza...!

Alonso de Molina sonrió levemente:

-Y yo la astucia... -Hizo una significativa pausa y golpeó con afecto su arcabuz...-. Y el «Tubo de Truenos».

-¿Piensas matarle?

-Si no me obliga, no.

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, se sumergió en una profundísima medita- ción sin apartar los ojos del fuego, y por último, cuando alzó de nuevo el rostro, señaló:

-Me duele decirlo, pero si no matas a Poma Yaguar no iremos muy lejos. Él sabe lo que se juega y nos perseguirá hasta las mismísimas puertas del Cuzco si es necesario. Sin embargo, si muere no corremos peligro. Conozco a su gente; si se quedan sin Jefe no tomarán ninguna decisión hasta que envíen otro. Ésa es la ley: nadie que no pertenezca a las clases dirigentes está autorizado a actuar por su cuenta sin una orden expresa. Y entre los hombres de Poma Yaguar todos son siervos o soldados. Ninguno osará mover un dedo tratándose de un tema tan delicado como la vida de un «Viracocha».

-Aborrezco la idea de asesinar a un hombre a sangre fría, aunque se trate de un carcelero. -Agitó la cabeza pesaroso-. Cuando desembarqué en este país creí que había dejado definitivamente atrás los tiempos de la lucha y la violencia, y sin embargo el otro día maté a uno de tus hombres y hoy a un soldado. No me pidas que además elimine a ese enano.

El indígena señaló con un ademán de la cabeza el arcabuz.

-Si no querías matar, ¿por qué trajiste tus armas?

-Para defenderme.

-Es lo que has hecho hasta ahora. Y lo que harás si matas a Poma Yaguar... ¡Desengáñate! Si aceptas que te conduzca a Quito pronto o tarde Atahualpa descubrirá que no eres un dios, sino un hombre que no le resulta de mucha utilidad y puede convertirse en un peligro. En ese caso tu vida no valdrá más que la mía, que, este momento, es nada.

Alonso de Molina se tomó unos instantes para replicar, y tras alargar la mano y apoderarse de un caramillo de caña que colgaba de la pared, lo hizo sonar soplando con fuerza aunque sin conseguir apenas resultado.

-Hay que tener muchos pulmones para tocar esto -señaló, y por último agitó la cabeza afirmativamente-. ¡Está bien! -añadió-. Si no queda más remedio, mataré a Poma Yaguar, pero que conste que no me apetece en absoluto...

Media hora más tarde abandonaban juntos la choza para encontrarse, justo frente a ella y protegidos del viento por dos altas paredes que pretendían formar una especie de plaza central del inmundo poblacho, a la totalidad de los soldados acuclillados en torno al fuego, mientras Poma Yaguar tomaba asiento en un minúsculo taburete en la confluencia de ambos muros.

Era ya noche cerrada, la luna aún no había hecho su aparición y un cierzo que helaba los huesos corría por el Altiplano aullando más lúgubre que nunca.

Al español no pudo por menos que maravillarle la fortaleza de que hacían gala unos seres que se atrevían a habitar en aquella desolada y gélida puna, estepa en la que no crecían más que tristes matojos y escuálidos hierbajos que apenas permitían sobrevivir a sus escasos rebaños de llamas, alpacas y vicuñas. Nada, más que redondos y

harinosos tubérculos, parecía poder cultivarse en los diminutos pedazos de tierra útil que se desparramaban anárquicamente aquí y allá, y ni un solo árbol o arbusto leñoso se distinguía en cuanto alcanzaba la vista en todas direcciones. Hasta el aire, enrarecido por la altura, era allí tan pobre que se diría que incluso al fuego le costaba trabajo cobrar fuerza, y era más el apestoso humo que el calor que brindaba al consumir muy lentamente las montañas de excrementos resecos al sol que constituían su único alimento.

Observó unos instantes al «Gobernador» arrebujado en su poncho de un
rojo desteñido, y se le antojó una momia inexpresiva o un chimpancé aletargado
por el frío.

Dudó unos instantes y por último, con gesto de resignación, abrió levemente la pesada manta de lana de alpaca que Chabcha Pusí le había proporcionado para que se protegiera en las alturas, con lo que permitió que la armadura reflejara las llamas hiriendo los ojos de los soldados que le observaban temerosos.

-¡Nos vamos! -dijo dirigiéndose directamente a Poma Yaguar cuyo cuerpo se tensó de inmediato como volviendo de improviso a la vida-. Mi amigo y yo nos marchamos y no pretendas seguirnos o tendré que matarte.

-No puedes irte -replicó el hombrecillo con voz temblorosa-. Tengo órdenes de llevarte a Quito vivo o muerto.

-Vivo no quiero ir... -señaló Alonso de Molina con su voz más ronca y petulante-. Y ninguno de vosotros tiene poder para matar a un «Viracocha». -Mostró su mano derecha armada del pesado arcabuz-. Mi «Tubo de Truenos» sí que lo tiene para acabar contigo y con todo el que se oponga a mis designios, pero te perdonaré la vida si juras no intentar detenerme.

Resultaba evidente que tanto Poma Yaguar como sus hombres se encontraban aterrorizados por las palabras de aquel «hombre-dios» que por primera vez amenazaba con emplear sus mágicos poderes, y de inmediato todos los ojos se volvieron al hombrecillo que tenía que esforzarse por refrenar su espanto y no ponerse a temblar.

-No puedo jurar eso -musitó al fin casi con un sollozo-. Si regreso sin ti, mi destino y el de mis esposas, mis hijos y mis siervos será terrible. La ira de mi Señor no tiene límite. -Le miró de frente, con lágrimas en los ojos-. Mátame si has de marcharte porque en ese caso seré glorificado como héroe que pereció en combate y mi familia vivirá honrada eternamente, pero no me pidas imposibles.

El andaluz sintió lástima por la indefensión de aquel enano escuálido y altivo, pero abrigó la absoluta seguridad de que Chabcha Pusí tenía razón y si lo dejaba con vida se arriesgaba a tenerlo continuamente pegado a los talones durante el larguísimo viaje hasta el Cuzco.

Se encogió de hombros al tiempo que agitaba el caramillo de cañas que sostenía en la otra mano.

-Tú lo has querido -dijo-. Te mataré para que seas un héroe. -Se volvió a los soldados que no se atrevían ni a pestañear-. De mi «Tubo de

Truenos» surgirá el rayo que matará a vuestro Jefe, y de esta flauta las roncas voces de los dioses que os volverán sordos y ciegos si osáis tan siquiera mirarme. Os aconsejo que cerréis los ojos si queréis conservarlos y conservar la vida, porque la furia de los dioses es mil veces más cruel que la de Atahualpa. ¡Cerrad los ojos! ¡Cerrad los ojos!

Lanzó el caramillo al fuego, alzó el arma y apuntando directamente al pecho de Poma Yaguar disparó.

El estampido atronó el silencio de la noche, surgió una llamarada y el pobre hombre cayó hacia atrás lanzando un espantoso alarido de dolor y miedo. Se hizo un corto silencio y luego, súbitamente, la pólvora comprimida dentro de los tubos de caña de la flauta reventó bruscamente esparciendo humo, ceniza y llamas en derredor.

Presas de un pánico irrefrenable, los soldados se arrojaron al suelo cubriéndose la cabeza con las manos y gritando de horror.

Alonso de Molina aprovechó la confusión para aferrar del brazo al tembloroso «curaca» y alejarlo de allí antes de que el humo se disipase por completo.

Cuando a los diez minutos el más valiente de los soldados se atrevió por fin a abrir los ojos, no distinguió más que muerte, desolación, y un desagradable y picante olor que flotaba en el ambiente: el olor de los dioses que con sus rayos y sus sonoras voces protegían al gigantesco y terrible «Viracocha».

Se perdieron de vista en las tinieblas alejándose sin rumbo, aprisa y en silencio, hasta que no se advirtió ya rastro alguno de la hoguera, y el viento dejó de traer en volandas los aullidos de terror de los soldados.

Chabcha Pusí aún temblaba.

Cuando al fin consiguió recuperar su entereza, alzó el rostro, estudió las estrellas y marcó decididamente un rumbo.

-Hacia el Sur -dijo-. Cruzaremos el lago.

Poco después hizo su aparición la luna, y su rostro de plata hizo que el frío aumentase y el cierzo soplara con más fuerza empujándolos como si se tratara de una mano invisible que quisiera alejarlos de inconcretos peligros.

Pero ese viento era en sí mismo el mayor de los peligros.

El viento y el frío que trasportaba a cuestas como si le complaciera arrancarlo de las cumbres nevadas para desparramarlo caprichosamente por la puna abortan- do de ese modo cualquier brote de vida.

Los charcos -infinitos charcos- les sumergían a menudo en agua helada hasta las pantorrillas, y al tropezar y caer se les mojaban igualmente las ropas cuyo contacto comenzó a volverse muy pronto insoportable.

-Tenemos que encontrar un refugio o nos congelaremos -masculló convencido el español-. No puedo dar un paso.

-¡No te detengas! -le respondió la ronca y decidida voz del inca-. Si dejamos de caminar moriremos de frío. Vamos... ¡Vamos!

Compartieron las últimas hojas de coca que quedaban, y una suave tibieza les reconfortó hasta que distinguieron en la penumbra una minúscula choza y una especie de primitivo aprisco protegido por un muro de barro en el que se amontonaban dos docenas de alpacas.

Se mezclaron con ellas, agradeciendo que el calor de sus cuerpos les permitiera reaccionar, y Alonso de Molina acabó por dejarse caer sin importarle en absoluto la pestilencia de los excrementos ni el agrio olor que despedían las bestias. Incrustado entre dos de ellas, que apenas protestaron, cerró los ojos y permitió que el sueño le alejara de la difícil noche. Sus manos eran ya como garfios que se negaban incluso a aferrar el arma, y las piernas dejaron de obedecerle desde el momento mismo en que cesó de moverlas.

Era tan grande el frío y tan profundo su cansancio, que llegó a imaginar por un instante que la muerte se presentaba más tranquila que nunca, y no le importó en absoluto no volver a despertar jamás.

Pero lo hizo con la primera claridad del alba, cuando advirtió una leve inquietud entre los animales, y alzando el rostro atisbo la presencia de un hombre fornido y sucio que había hecho su aparición surgiendo de la minúscula choza, y que tras lanzar un sonoro bostezo se alzaba los mugrientos ropajes y orinaba largamente contra el muro.

El español se volvió hacia Chabcha Pusí, que desde su refugio, a no más de tres metros de distancia, le hizo significativos ademanes para que permaneciera agazapado, pero le costó un gran esfuerzo obedecer, porque al concluir su tarea, el pastor lanzó una breve ojeada a su alrededor, se cercioró de que no se distinguía a ser humano alguno en la inmensa soledad de la llanura, y sin bajarse el poncho se aproximó con naturalidad a la bestia más cercana que no hizo gesto alguno de apartarse, se colocó tras ella, y comenzó a sodomizarla mientras chasqueaba la lengua con la evidente intención de evitar que se espantara.

El manifiesto horror del español no pareció ser compartido en absoluto por el «curaca», que desde su escondite se limitó a encogerse de hombros como dando a entender que debían armarse de paciencia, ya que no les quedaba otro remedio que aguardar a que el hombre concluyera de satisfacer aquella perentoria necesidad fisiológica.

Cuando quince minutos después el indecente pastor se alejó por la llanura seguido por su rebaño sin haber reparado siquiera en la presencia de los intrusos, Alonso de Molina no pudo refrenar su indignación.

-¿Has visto eso? -exclamó-. ¡Maldito cerdo! Ganas me daban de cortarle los huevos.

El «curaca» le observó desconcertado.

-¿Por qué? -quiso saber-. Si no consigue una mujer resulta comprensible que se desahogue como pueda. La mayoría de los pastores lo hacen.

-¿Y nadie los castiga? En mi pueblo lo quemarían vivo. El bestialismo es una aberración diabólica.

-¿Qué tiene que ver el diablo con esto? Yo no lo apruebo, pero la gente de la puna no tiene donde elegir. Si quemáramos a todos los que mantienen relaciones con sus animales pronto no quedaría quien cuidara el ganado. -Se habían encaminado a la minúscula choza en la que penetraron venciendo el rechazo que producía el espantoso olor que se encerraba entre aquellas cuatro renegridas y mugrientas paredes-. Y los rebaños constituyen la principal riqueza del Imperio. Sin llamas, alpacas

o vicuñas no tendríamos lana, leche, carne o bestias de carga y el hecho de que los pastores las monten no parece que las perjudique en absoluto. Incluso se asegura que sus llamas predilectas suelen tener el pelo más lustroso...

Pareció dar por concluido el tema, y apoderándose de una gran vasija de barro repleta de leche bebió largamente ofreciéndosela a continuación.

-¡Toma! -dijo-. Llénate la tripa porque cualquiera sabe cuándo encontrare- mos algo de comer.

Poco después reemprendían la larga caminata, pero como si se tratara de una burla, el helado viento de la noche cesó de soplar, una quietud de muerte se apoderó del Altiplano y un sol violento, que estaba allí más cerca que en ninguna otra parte de este mundo, les abrasó hasta el punto de que a media mañana el español pudo advertir cómo la piel de la nariz y la frente se le desprendía a pedazos.

El agua de las lagunas y los charcos no llegaba sin embargo a calentarse, y andaban por lo tanto con los pies congelados y la cabeza ardiendo.

-¡Hermoso clima! -masculló el español malhumorado-. Supongo que a estas gentes tampoco les estará permitido vivir en otra parte... ¿O sí?

Chabcha Pusí hizo un amplio gesto indicando a su alrededor al tiempo que replicaba:

-Al igual que Dios creó las plantas y los animales dándole a cada cual sus características particulares, su función en la vida y su lugar sobre la tierra, el «Inca» marca a los hombres el trabajo que deben efectuar y dónde deben hacerlo. Así lo dispuso nuestro padre el Sol, y así debe cumplirse.

-A menudo me pregunto si hablas en serio o me tomas el pelo -respondió Molina ciertamente confuso-. Te considero un hombre inteligente, pero en todo cuanto se refiere al «Inca» tu entendimiento se debilita. ¿Cómo puedes aceptar que un hombre hijo de otro hombre resulte al propio tiempo un dios?

-Mal te irá en el Cuzco si no aceptas eso. Negar la divinidad de Huáscar significará tanto como negar tu posible divinidad. Piénsalo bien porque tengo la impresión de que en ese caso cada paso que demos hacia la capital puede ser un paso que des hacia la muerte.

Tenía razón el «curaca», Molina lo sabía, y comenzaba a preguntarse cuál sería su reacción cuando se encontrase al fin ante Huáscar y se viera en la necesidad de acatarle como a un dios, ya que la existencia de «reyes-dioses» no entraba en sus cálculos cuando tomó la decisión de desembarcar en un país aparentemente pacífico que le recibía con los brazos abiertos.

«Tú serás mi Embajador... -le había dicho Pizarro al despedirle-. Me representarás a mí, y por lo tanto al Emperador, y cuando vuelva, ¡que volveré!, me servirás de lazo de unión con estas gentes...»

Pero aquéllas habían sido palabras e ilusiones de Pizarro, no suyas, porque él, Alonso de Molina, jamás aspiró a actuar como embajador de nadie, servir de lazo de unión entre un posible Conquistador y un pueblo

conquistado, y menos aún ser considerado la reencarnación de «Viracocha». Él siempre tuvo otro tipo de sueños mucho más íntimamente ligados a los sueños de aquel niño que allá en Úbeda aspiraba a emular al audaz Marco Polo de que su abuelo ciego recitaba las hazañas de memoria.

Las aventuras narradas por Marco Polo iluminaron en cierto modo la oscuridad que se había apoderado de los últimos años de la vida de su abuelo -un arquitecto lombardo afincado primero en Toledo y más tarde en Sevilla- y años después iluminaron también los ojos de la inquietante Beatriz de Aguirre, que intentaba llenar con su lectura el vacío de largas horas de navegación.

A Beatriz de Aguirre, morena, menuda, ingeniosa y atractiva, que acudía a Panamá a reunirse con su hermano -un trepador astuto que aspiraba medrar a la sombra del intrigante Pedrarías Dávila- le entusiasmó que un simple alférez fuera capaz de recitar de memoria pasajes enteros de aquel libro y de otros muchos que sin duda tenían que haber sido leídos en su idioma original.

-Un hombre así no debería perder su tiempo en guerras ni conquistas -dijo-. Su futuro está en la Corte.

-Aborrezco la Corte y cuanto significa... -había replicado convencido el andaluz pese a que se veía en la obligación de admitir que resultaba sumamente agradable sentarse en proa durante horas en compañía de aquella muchacha vivaz e inteligente que compartía su afición por los libros y por el exótico país de Ku-blai-Kan.

Y resultó luego agradable acudir en los atardeceres a casa de su hermano para continuar aquellas maravillosas charlas, pero él seguía siendo un simple soldado de fortuna obligado a enrolarse en absurdas aventuras que más hambre y calami- dades que oro y fama proporcionaban, y al regreso de una de aquellas inútiles correrías por el interior de Tierra Firme, la encontró comprometida con uno de los muchos elegantes parásitos que sin exponer jamás la vida obtenían más beneficios de la Conquista que los más esforzados capitanes.

Comprendió sus razones. Para una mujer como Beatriz de Aguirre el descubri- miento de nuevos mundos era cosa de libros y relatos en los atardeceres y no una forma de vida que compartir con un hombre que jamás sería dueño más que de su yelmo, su arcabuz y su espada.

-Soy «Viracocha» -dijo de pronto.

Chabcha Pusí se detuvo bruscamente y le miró con sorna:

-El «soroche» te está afectando a la cabeza -dijo.

-¿Qué es el «soroche»?

-El mal de las alturas que ataca a los que no están habituados a la montaña... ¿A qué viene eso de proclamar de pronto a voz en grito que eres efectivamente «Viracocha»? ¿Acaso pretendes convencerte a ti mismo?

-¿A ti no te convence?

-En absoluto. Yo ya sé perfectamente quién eres.

-Y dime... ¿Qué le responderás a Huáscar, tu «Inca», tu Dios, cuando te pregunte tu opinión sobre mí.

-Supongo que si efectivamente es Dios, averiguará de inmediato la verdad. Y si no lo es, pondrá el caso en manos de sabios y sacerdotes. Y a ésos sé cómo tratarlos.

-¿Empiezas a dudar?

-Tal vez. Me he dado cuenta de que el principal problema que hay en ti, no se centra en el hecho de que poseas un «Tubo de Truenos» que mata de lejos o que consigas extraer terroríficas voces de una flauta. Tu principal peligro estriba en que obligas a pensar.

Habían alcanzado la orilla de un ancho lago cuya margen opuesta apenas se distinguía, oculta por una especie de cortina formada por millones de juncos, y el «curaca» lo estudió con detenimiento para acabar agitando la cabeza con gesto de fastidio:

-Rodearlo nos llevará por lo menos tres días ya que el terreno es blando y pantanoso, pero pedirle a un pescador que nos cruce significa arriesgarnos a que cuente que nos ha visto.

-No necesariamente.

El otro le miró con expresión adusta.

-Si le ordeno a un pescador que no le diga a nadie que nos vio, no lo dirá, pero si alguien superior a mí se pregunta, tendrá que decir la verdad. Ésa es la ley.

-¿Existe algo en tu país que no esté previsto por las leyes? A veces me pregunto si no tendréis regulado incluso el aire que puede respirar cada persona dependiendo lógicamente de su jerarquía o grado de parentesco con el «Inca». Resulta un tanto... asfixiante.

-El Sol regula los movimientos de los astros con matemática precisión año tras año y siglo tras siglo. De él aprendieron sus hijos a regir los destinos de su pueblo Hay un lugar para cada hombre, y cada hombre debe estar siempre en su lugar. Y todo marcha.

-Sí. Ya veo que todo marcha, aunque muchos no recen demasiado felices de cómo marchan las cosas. El español se encogió de hombros- Pero supongo que no venido a criticar, ni hacer política, sino tan sólo a conocer. -Señaló el lago con un gesto-. ¿Intentamos cruzarlo?

-¿Cómo?

-Buscando una barca. -únicamente los pescadores pueden cruzar los lagos. Sólo ellos tienen los conocimientos y la autorización necesarios.

Alonso de Molina lanzó un resoplido que pretendía mostrar a las claras su fastidio.

-¡Escucha, Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo...! -exclamó-. Empiezo a estar hasta las narices de tantas directrices... Para cruzar este lago lo único que necesitamos es una barca; de los conocimientos y la autorización nos ocuparemos más adelante... ¿De acuerdo?

El otro pareció resignarse.

-De acuerdo -aceptó de mala gana.

Poco más de una hora después descubrieron una embarcación varada en la desembocadura de un riachuelo, pero cuando el inca se dispuso a trepar a ella, Alonso de Molina le detuvo con un gesto:

-¿Adónde vas? -quiso saber---. ¿Qué es esto?

-¡Pues una barca! -fue la impaciente respuesta-. ¿No es lo que querías?

-¿Una barca? -se asombró el andaluz-. No es más que un amasijo de cañas mal atadas. En mi país las barcas son de madera.

-¿Y de dónde quieres que la saquen...? No hay un árbol en más de diez días de marcha alrededor. Aquí las barcas se hacen de juncos. La «totora» es el junco más útil del mundo: sirve para construir casas o embarcaciones, y también se utiliza como combustible o alimento... En el Titicaca, que es el mayor lago del Universo y en el que «Viracocha» creó al Sol y a la Luna, todo gira en torno a la «totora». La vida es «totora».

-Será lo que tú quieras, pero yo no atravieso un lago en semejante trasto -replicó Molina malhumorado-. Da la impresión de que en cualquier momento se va a empapar para hundirse como un pedazo de pan mojado.

-Lo que Dios quiere que se hunda, se hunde, y lo que quiere que flote, flota. «Viracocha» ordenó a la piedra que se fuera al fondo y al junco que se quedara en la superficie y así ocurre... ¡Sube!

El otro obedeció a regañadientes al tiempo que comentaba en tono mordaz:

-¿Y a qué se debe cuando alguien que está nadando de repente se ahogue?

-A que dejó de confiar en las leyes de Dios y éste le castigó.

Había soltado la amarra que sujetaba la embarcación y ésta comenzó a deslizarse aguas adentro impulsada por la suave corriente del riachuelo de tal modo que a los pocos instantes se encontraron flotando mansamente a unos cien metros de los últimos juncos.

Fue únicamente entonces cuando Alonso de Molina reparó en que la embarcación no disponía de timón, y que no se distinguía a bordo nada que hiciese las veces de remo.

-¿Y esto cómo diablos se maneja? -inquirió confuso.

Su acompañante se volvió a mirarle hoscamente:

-Creí que sabías cómo hacerlo -replicó con acritud

-A condición de tener con qué. ¿Cómo hacen los pescadores?

-Cuando están cerca de la orilla utilizan una pértiga, y cuando se alejan, una vela.

-Pues aquí no hay ni pértiga ni vela.

Se observaron largamente, sentados el uno frente al otro mientras la balsa se iba adentrando más y más en un lago que era como un inmenso espejo azul que reflejaba las nevadas cumbres de las altas montañas, y sobre el que caía, vertical, un sol equinoccial que abrasaba el cerebro.

El español no pudo evitar sonreír divertido.

-Me gustaría ver al Capitán Pizarro en esta situación. Jamás tuvo sentido del humor. Estaría echándole en cara al Cielo su amargo destino y pidiéndole explicaciones a los hados por semejante crueldad.

-Nadie tiene derecho a lamentarse por sus propios errores. Te dije que deberíamos buscar un pescador.

-No vamos a ponemos a discutir ahora. Con la espada y el arcabuz podemos construir una vela, pero mi poncho no basta. Tendremos que utilizar tu túnica.

-¿No pretenderás que me desnude?

-Elige entre desnudarte o pasarnos el resto de la vida en mitad de este lago. Y empiezo a tener hambre.

El indígena dudó y por unos instantes pareció a punto de negarse, pero al fin, y a duras penas, se despojó de sus ropajes y se los tendió al andaluz que improvisó como pudo una tosca vela.

El resultado no fue sin embargo el apetecido, porque la extraña embarcación, carente de timón y de quilla, se limitaba a girar sobre sí misma o a ir de un lado a otro a impulsos de las escasas y caprichosas rachas de viento que llegaban indistintamente desde todos los puntos cardinales.

Les sorprendió la caída de la tarde luchando, sudando y rezongando en un inútil intento de alcanzar tierra firme y comenzaban a hacerse a la temible idea de sufrir toda una noche de insoportable frío en mitad del lago, cuando de improviso Chabcha Pusí hizo un imperativo gesto para que se quedara muy quieto, y prestando atención a cuanto le rodeaba, murmuró horrorizado:

-¡Oh, no...! No puede ser... ¡Ahora no!

Alonso de Molina siguió la dirección de su mirada, y sin ver nada extraño percibió no obstante que algo fuera de lo común sucedía, como si de improviso el mundo hubiera cesado de moverse y respirar, y el universo todo detuviera su andadura unos segundos.

-¿Qué ocurre?

La respuesta le llegó en forma de una especie de mano gigantesca que elevó la embarcación siete u ocho metros y que al instante descendió de nuevo al igual que en un tobogán de feria, pues el hasta ese momento tranquilo espejo azulado que reflejaba las nieves de las cumbres había pasado a convertirse en una alfombra inmensa a la que alguien se entretuviera en sacudir por una esquina provocando altísimas ondas que iban de Norte a Sur como si de una monstruosa serpiente enloquecida se tratase.

Se aferraron como buenamente pudieron a los juncos, abrazándose a las armas desesperadamente, subiendo y bajando con una angustiosa sensación de vacío en el estómago, conscientes de su total y absoluta impotencia frente al brutal salvajismo de la Naturaleza desmandada.

Un rugido ensordecedor nació de lo más profundo de las entrañas de la Tierra, una nube de polvo se elevó al cielo, oscureciéndolo, y el caos más absoluto reinó durante unos segundos que parecieron siglos en la agitada vida del Capitán Alonso de Molina.

Con tanta brusquedad como se había roto volvió de súbito la calma, la tierra cesó de moverse, pero el agua continuó ondeando como en un cadencioso vals que iba bajando de tono a medida que avanzaba con rapidez hacia la costa, cruzaba por encima de los bosques de juncos, se adentraba en la llanura y acababa por depositar dulcemente

la embarcación a más de un kilómetro de la orilla natural del amplio lago.

Cuando esas aguas regresaron de nuevo a sus dominios el español y el inca se sorprendieron estúpidamente sentados el uno frente al otro sobre una balsa de «totora» que parecía navegar en seco en el centro del llano.

-Un terremoto... -musitó Chabcha Pusí a modo de disculpa.

-¡País de locos! -replicó el otro enfurecido-. Todos locos... -Saltó a tierra y observó la embarcación que aparecía intacta- Pero lo que resultaba evidente es que con semejantes sacudidas una barca de madera se habría convertido en astillas. ¿Nos vamos?

Reemprendieron la marcha, siempre hacia el Sur, advirtiendo cómo, de tanto en tanto, la tierra se estremecía bajo sus pies al igual que un animal inmenso que jadeara agotado por un tremendo esfuerzo.

-Durará varios días... -señaló el «curaca» tras una sacudida que a punto estuvo de tirarlos al suelo-. Y es muy probable que el temblor más grande aún no haya llegado. Los sacerdotes lo anunciaron, pero se ha adelantado cuarenta días.

-¿Pueden predecir los terremotos? -se interesó el andaluz---. ¿Cómo?

-Leyéndolo en las entrañas de una llama recién degollada.

-¡Ah, ya...! ¡Supersticiones...! No cabe duda de que para todo tenéis una ley y una superstición. Sin ellas os sentiríais como niños perdidos en el bosque.

--Constituyen la esencia de nuestro pueblo y nuestra historia. El conjunto de las experiencias del pasado.

-Me asusta pensar cómo puede reaccionar un pueblo que tan sólo se rige por las experiencias del pasado cuando de improviso se enfrente a situaciones nuevas que no estén previstas por leyes o tradiciones.

-Todo está previsto. Nunca nada es absolutamente nuevo.

-Está claro que no conoces al Capitán Pizarro. Todo en él resulta imprevisible.

-A menudo hablas de él. ¿Es tu amigo?

-Es mi jefe. Una bestia sanguinaria con corazón de oro. Alguien a quien deseas estrangular y al día siguiente adoras; un viejo egoísta y cruel al que desprecias durante el resto del tiempo que no admiras y que recuerda a una de esas barraganas de taberna que te engañan con cualquiera, pero que a solas te hacen sentirte un dios y el único hombre de su vida.

-¿Te hace feliz en la cama?

El español dio un respingo, echó mano a su espada, y le hubiera separado la cabeza del tronco de un solo tajo, sí el otro no hubiese echado a correr precipitadamente.

-¿Pero qué dices, hijo de puta? --exclamó furibundo---, ¿Cómo te atreves...?

Chabcha Pusí se detuvo a unos quince metros de distancia y extendió las manos intentando calmarle.

-¡Espera! -suplicó-. No te enfades. No he pretendido ofenderte.

-¿Cómo que no has pretendido ofenderme? -se escandalizó Molina-. Acabas de preguntar si me acuesto con Pizarro. ¿Qué crees que soy? ¿Un sucio maricón?

-¡Hablabas de él con tanto afecto y entusiasmo! Con odio y amor al propio tiempo, tal como se suele hablar de una mujer amada.

-¡Vete al infierno, maldito enredador de los demonios! Y recuerda: una sola insinuación semejante y eres hombre muerto. En mi país el «Pecado Nefando» se castiga cortándole a los culpables los testículos y metiéndoselos en la boca para colgarlos luego boca abajo y permitir que se desangren. ¿Está claro?

-Muy claro... Pero dime: ¿Eso lo hacéis por ley, por tradición o únicamente por superstición?

Pasaron la noche en una choza abandonada, y aunque el terremoto había conseguido que el adobe de las paredes se resquebrajase y la techumbre se cayera a pedazos cualquier riesgo se les antojó más soportable que la seguridad de morir de frío en plena puna.

A la tierra le rugieron las tripas sin descanso, agitándose con escalofríos de enfermo enfebrecido, sin permitir que nadie durmiera ni siquiera una hora, contenida fuerza, agazapada, pero atenta a lanzar su violento zarpazo cuando todos creyeran que al fin se había calmado.

Chabcha Pusí parecía otra persona. Su rostro, ya de por sí excesivamente adusto y ceniciento, se transformó durante el transcurso de la noche en una especie de pétrea mascarilla mortuoria, y cuando sentado en un rincón cerró los ojos y comenzó a canturrear una monótona canción que se repetía sin descanso, el Capitán Alonso de Molina abrigó la sensación de que se encontraba asistiendo a un velatorio en el que actuaba al propio tiempo de cadáver y testigo.

El suelo continuaba estremeciéndose, y al percibir a través de las palmas de las manos la inconmensurable violencia que ocultaba, tomó más conciencia que nunca de la infinita pequeñez del ser humano frente a la grandiosidad de la Naturaleza, y la absoluta impotencia con que tenía que limitarse a aguardar, con el alma en un puño, a que los hados marcaran su destino.

-Pachacamac está furioso -había comentado el «curaca» seguro de sí mismo-. Me pregunto si no fueron las voces de tu flauta las que le despertaron de su largo letargo.

-¡Déjate de sandeces! -fue la respuesta de Molina-. Los dioses nada tienen que ver con todo esto. No es más que un terremoto de los que ya he sufrido cuatro desde que llegué a este Nuevo Mundo que aún parece estar en obras... La única diferencia estriba en que aquí dura más tiempo.

-Cuando yo era niño un temblor destruyó mi casa -musitó muy quedamente el inca-. Todos murieron.

Fue luego cuando se sumió en aquel canturreo sin descanso, dejando al andaluz a solas con sus negros pensamientos.

Por allí se va a Panamá, para vivir para siempre en la miseria y la deshonra... Por aquí, a lo desconocido y sufrir penalidades o a conquistar nuevas tierras y conseguir la gloria y la riqueza. Que cada cual escoja, como buen castellano, lo que mejor le plazca...

Evocó una vez más las palabras de Pizarro y se preguntó qué clase de gloria o de riquezas estaba obteniendo por haber sido tan idiota como para cruzar la raya que el viejo marrullero trazara en la arena.

Estaba allí, en la cima del mundo, en mitad de la noche, helado, hambriento y asustado; estaba allí, lejos de todo -lo más lejos que nadie estuvo jamás de su hogar y su familia-, sentado frente a un iluso que esperaba aplacar las iras del dios Pachacamac con un simple canturreo sin sentido, prisionero de una curiosidad absurda que le había empujado a un país también absurdo y se preguntó una vez más por qué demonios estaba allí.

Y no obtuvo respuesta.

Y en el fondo... ¿Qué importancia tenía?

Recordó nuevamente a Marco Polo y admitió que le apetecería regresar algún día a su Úbeda natal y sentarse -ya viejo- a escribir sus andanzas por tierras del Gran Inca en compañía de un adusto «curaca» siempre malhumora-do. Ansiaba entrar pronto en el Cuzco y comprobar si eran ciertas las historias de palacios de oro que en nada envidiaban los fastos de la corte del Gran Mogol, le fascinaba la idea de que Europa conociera a través sus relatos las extrañas costumbres de un país en el que todo -excepto la libertad personal- se encontraba perfectamente regulado. Tal vez, con suerte, él, Alonso Molina, pasaría a la Historia como habría de pasar sin duda alguna el osado mercader veneciano, aunque de nadie podría decir nunca que lo hizo con ánimo de lucro, sino que fue tan sólo su espíritu aventurero el que le empujó a conocer nuevas tierras.

Tembló más fuerte, rugió más hondo, y un pedazo de muro se derrumbó con estrépito lanzando cascotes sobre el halda de Chabcha Pusí que salió de su ensueño:

-He visto a tu Señor Pizarro -dijo-. Vestía de metal de los pies a la cabeza y montaba una bestia inmensa que lanzaba espuma y fuego por la boca... Su aspecto era más terrorífico que el del mismísimo Sopay.

-Cualquier demonio podría aprender muchas cosas de Pizarro. Y no sólo en cuanto al aspecto se refiere.

-Causará mucho daño.

-Él sabe cómo hacerlo.

-¿Cuántas son sus legiones?

-¿Legiones? -Molina no pudo evitar una sonrisa irónica- La última vez que le vi contaba con catorce hombres, pero lo más probable es que la mayoría le hayan abandonado a estas alturas. Nada tiene más que coraje, mal genio, y un fuego que le consume las entrañas.

-¿No ofrece peligro entonces?

El andaluz se encogió de hombros.

-Eso depende... -dijo-. Más temible resulta Pizarro, solo, que un Tercio de Flandes. A un Tercio se le puede aniquilar, pero Pizarro renace siempre de sus cenizas.

Una levísima claridad, filtrada en aquel turbio amanecer por el polvo que se había ido alzando de la tierra inquieta comenzó a insinuarse al otro lado de los sucios muros que aún se mantenían en pie, y Molina se irguió lanzando una larga ojeada a la muerta llanura que se ofrecía a los ojos bajo el aspecto de un desolado campo de batalla del que incluso los cadáveres hubieran preferido escapar.

Las nevadas cumbres parecían haber desaparecido en el horizonte, tragadas por la bruma, y en su lugar no se percibía más que una gran mancha informe, oscura y amenazante, que ensombrecía aún más la árida puna.

-Este país me queda grande --comentó el español sin volverse-. Todo es tan desmesurado, a lo alto, lo largo y lo ancho, que me siento minúsculo y como sin ánimo para luchar... Empiezo a temer que jamás llegaré al Cuzco...

-Llegarás -replicó el otro convencido---. Pero lo mejor será regresar al Camino Real, porque por estos montes, con este frío y este hambre apenas avanzamos.

-¿Y la gente de Atahualpa?

-Se me antojan el menor de los males.

El andaluz fue de la misma opinión, por lo que reemprendieron la marcha, pero ahora lo hicieron en busca del gran camino de piedras pulimentadas que a lo largo de miles de kilómetros a través de montañas, altiplanos, profundos valles, espesas selvas e inhóspitos desiertos, unía Quito y Cuzco, capitales Norte y Sur del gigantesco imperio.

La puna, a más de cuatro mil metros de altitud entre dos interminables cadenas de montañas paralelas, aparecía recubierta en cuanto alcanzaba la vista de una vegetación corta, áspera y amarillenta, como manojos de corta paja que naciera a trompicones entre los pedregales, o lajas de negra roca recubierta de musgo sobre las que vagabundeaban salvajes rebaños de guanacos.

El polvo que se había alzado de la tierra al sacudirse se fue limpiando con una lluvia fina y sin ruido que ganaba en intensidad hora tras hora, y los dos hombres eran corno dos puntos perdidos en la inmensidad de aquel grandioso paisaje silencioso, del que podría creerse que jamás había sido pisado por ser humano alguno.

-Yo soy «Hijo del Trueno» porque mi madre me parió una tarde de tormenta en la montaña, y todos los que nacemos así, lanzados fuera del vientre por el estruendo de los rayos, tenemos poderes de adivinación y la facultad de combatir las maldiciones de Sopay, el maligno...

El anciano, sarmentoso y retorcido como una cepa de vino lista para ser echada al fuego, se acurrucaba en el fondo de la inmensa caverna maloliente mientras fuera llovía ahora con tanta intensidad que podría creerse que un nuevo Diluvio Universal estaba a punto de adueñarse del mundo.

-Sabía que vendrías... -añadió al cabo de un rato d contemplar el fuego-. Hace años que los augurios predicen el comienzo de una era de esclavitud que no tendrá final. La raza que fundó Manco Capac se hundirá en olvido y los demonios que parecen dioses gobernarán e mundo... -Hizo una pausa y le miró a los ojos-. Pero tú no llegarás a verlo. Ni tú ni el otro.

-¿Qué otro?

-El otro «Viracocha» que se encuentra entre nosotros.

-¿Otro «Viracocha»? -se sorprendió Molina- No de ningún europeo que haya llegado anteriormente a este país.

-Pues existe. Yo sé que existe.

-¿Dónde está?

-Muy lejos.

-¿Cómo podría encontrarlo?

-No lo sé. Pero puedo hacer que hables con él.

-¿Cuándo?

-Esta noche.

Alonso de Molina se volvió sorprendido a Chabcha Pusí que asistía silencioso a la escena.

-¿Qué estás diciendo? -protestó-. ¿Cómo puedo hablar esta misma noche con alguien que está muy lejos...?

-Algunos de estos «Hijos del Trueno» aseguran poseer poderes ocultos que tu mente no alcanza a imaginar...

El español dudó y se agitó incómodo en su asiento.

Nunca me gustaron los negocios de brujería -dijo- Ni los engaños de charlatanes... –Miró severamente al anciano-. Si tratas de engañarme te demos- traré que mi «Tubo de Truenos» puede acabar en un santiamén con un «Hijo del Trueno».

-Amenazar con la muerte a un hombre de mi edad es como orinar en el río -fue la respuesta-. Nada añadirás a su caudal, ni en nada aumentarás mi angustia... -Permaneció un largo rato contemplando la cortina de lluvia que ocultaba el paisaje más allá de la entrada de su cueva, y por último inquirió-: ¿Quieres o no hablar con ese otro «Viracocha»?

El andaluz observó largamente a Chabcha Pusí que parecía más ausente e impasible que nunca.

-¿Qué opinas tú? -quiso saber.

-No quiero opinar.

-¿Por qué?

-Nadie debe aconsejar a nadie en un caso como éste. Tú eres el único responsable de tus actos.

Había algo en el tono de su voz que hizo que la inquietud de Molina aumentase, y a punto estuviese de rechazar de plano la oferta del extraño anciano, pero la curiosidad fue una vez más su peor

enemiga, y la posibilidad de ponerse en comunicación con alguien de su raza después de tanto tiempo le impulsó a aceptar con un leve ademán de cabeza.

-¡Está bien! -dijo- Consigue que hable con él, quienquiera que sea...

-Hay que esperar a que se duerma -le hizo notar el otro-. Tan sólo cuando duerme su espíritu se libera y vuela hasta nosotros.

Aguardaron. Cayó la noche, cesó la lluvia, el llorar del viento se apoderó de la planicie, y el levísimo crepitar del fuego fue todo cuanto se escuchó en el interior de una caverna en la que nadie se atrevía a mover un sólo músculo.

El «Hijo del Trueno» dormitaba. Apoyado en la pared de roca, muy cerca de la humeante hoguera que manchaba de sombras su rostro hecho de surcos, permanecía muy quieto y muy lejano, hasta que casi al amanecer pareció relajarse, abrió mucho la boca, y de lo más profundo de su garganta surgió una voz apenas perceptible que susurró en un perfecto castellano.

-¿Quién eres?

Alonso de Molina, que se había quedado traspuesto, advirtió de improviso que una mano helada le apretaba la garganta hasta impedirle respirar, y no pudo emitir ni siquiera un sonido, limitándose a observar con los ojos casi fuera de las órbitas aquella boca desdentada e inmóvil, de la que surgía nuevamente idéntica pregunta:

-¿Quién eres? ¿Por qué me buscas?

-Soy el Capitán Alonso de Molina -acertó a barbotear al fin- ¿Quién eres tú?

-¡Capitán...! -repitió la voz- ¡Capitán...! ¡Ayúdeme...!

-¿Quién eres?

-¡Por amor de Dios...! -suplicó nuevamente la angustiada voz- ¡Ayúdeme...!

-¿Pero quién eres...?

-Guzmán Bocanegra... ¿Es que no me recuerda...

-¡Bocanegra...! -repitió el andaluz estupefacto-. ¡No es posible! Te ahogaste en el mar...

Se sumió súbitamente en un profundo abismo, perdió la noción del tiempo y el espacio, viajó hacia atrás en sus recuerdos y no volvió a tener una conciencia exacta de la realidad de cuanto le rodeaba hasta que ya el sol estuvo muy alto y Chabcha Pusí le agitó bruscamente:

-¡Despierta! -dijo-. ¡Despierta de una vez...! No podemos perder toda una jornada de camino.

El español tardó en hacerse una clara idea de dónde se encontraba, y al advertir que no había nadie más caverna, inquirió señalando al rincón de la hoguera:

-¿Dónde está?

-Se fue muy temprano a la montaña.

-¿Qué ha ocurrido?

-Algo debió echar en el fuego que nos durmió. Son trucos de hechicero.

-¿Tú lo oíste?

-¿Qué?

-Lo que dijo... Habló en mi idioma.

-Yo no oí nada. Supongo que dormía... ¿Qué dijo?

-Me pidió ayuda... Aseguró que era Guzmán Bocanegra y me suplicó que le ayudara.

-¿Quién es Guzmán Bocanegra?

-Un marinero... Cuando recorrimos la costa descendimos muy al Sur, y únicamente fue luego, al regreso, cuando decidí desembarcar en Túmbez... Pero una semana antes un marino medio loco, Guzmán Bocanegra, se lanzó al agua de noche. Era un hombre triste y melancólico y supusimos que se había suicidado.

-Tal vez ganó la costa a nado.

-Nos encontrábamos muy lejos. Jamás imaginé que pudiera sobrevivir.

-¿Estás seguro de que fue él quien te habló?

-¿Cómo podría estarlo ... ? No creo que hubiera cruzado con él más de media docena de palabras. Era un hombre corpulento, malencarado y de ojos de loco que vivía obsesionado por la falta de mujeres. A veces se golpeaba la cabeza contra los mamparos y otras se hundía en profundísimas depresiones. Nadie lamentó su desaparición.

-¿Por qué te pedía ayuda? -quiso saber el «curaca».

-No tengo ni la menor idea... ¿Tú qué opinas?

-Te advertí que no quería opinar sobre este asunto -fue la seca respuesta- De niño aprendí a desconfiar de los «Hijos del Trueno». Son gente extraña que no suele traer más que desgracias... ¡Olvida ese asunto!

-¿Y Guzmán Bocanegra?

-Lo más seguro es que muriera en el mar.

-¿Y cómo es que me habló?

-Quizá soñabas e imaginaste que te hablaba porque es el único de tu raza a quien no viste emprender el regreso... -Le tendió la mano para ayudarle a ponerse en pie---. Y ahora vámonos; el Camino Real está cerca...

Al andaluz le impresionó desde un principio la perfecta ingeniería de aquella calzada en la que podrían haberse cruzado dos grandes carretas sin rozarse, y la matemática precisión con que las enormes lajas de piedra encajaban las unas en las otras conformando un pavimento sin más accidentes que los cómodos escalones que, de tanto en tanto, salvaban los diferentes niveles del terreno.

Calculó la velocidad que podría alcanzar un ejército con caballos y rápida infantería avanzando por aquellas perfectas vías de penetración hacia el corazón mismo del Imperio, y llegó a la conclusión de que los incas, concentrados en su afán conquistador, habían olvidado por completo el más elemental sentido de la defensa.

Convencidos de su absoluta superioridad sobre cuantos habitaban más allá de sus amplias fronteras, se diría que no se les había cruzado nunca por la mente la idea de que poderosos enemigos pudieran llegar

algún día a través del océano, y les habían facilitado por tanto el libre acceso a un país que, de otro modo, hubiera resultado absolutamente inconquistable.

Nadie soñaría con domeñar un imperio en el que cada uno de sus ríos, barrancos o montañas constituía de por sí un obstáculo infranqueable, a no ser que contara con la impagable colaboración de aquellos caminos que a lo largo de años –y aún de siglos- habían ido venciendo las incontables barreras de una orografía desmesurada.

-«La prepotencia suele ser el principal enemigo del poderoso -aseguraba siempre Pizarro-. Y la confianza la máxima debilidad del fuerte… Acepta que tu enemigo te menosprecie y aprovecha al límite la oportunidad que pronto o tarde acabará brindándote…»

Si alguna vez volvía, aquel Camino Real sería a buen seguro la oportunidad que el astuto extremeño sabría aprovechar, aunque resultaba ampliamente improbable que, a su edad y en las condiciones físicas y materiales en que le había dejado, el viejo capitán contara aún con aliento suficiente como para iniciar una nueva aventura.

Pero había otros; muchos otros: Orellana, De Soto, Almagro o Alvarado, con menos años e idéntico coraje que Pizarro, y pronto o tarde alguno acabaría por fondear sus naves frente a Túmbez, desembarcar sus tropas, e iniciar, con el indomable ánimo de lucha que él tan a fondo conocía, el asalto a aquella inconmensurable fortaleza natural, porque un castillo sin puertas nunca sería un castillo, y un bastión con tan fantásticos caminos, dejaba automáticamente de encontrarse protegido.

Mediada la tarde alcanzaron una especie de diminuto oasis que se alzaba al borde de una quieta laguna protegida de los vientos del norte por altos contrafuertes y en cuyo centro se alzaba un sólido edificio de piedra unido a tierra por un puente de cuerdas.

-Es un templo consagrado a Pachacamac, «El que Mueve el Mundo» -señaló Chabcha Pusí-. Cuando el dios se enfurece y agita la cabeza, se producen los terremotos… Tal vez esté molesto porque no le presentaste sus respetos al llegar. No sería mala idea que visitaras a sus sacerdotes pidiéndoles su protección para continuar en paz nuestro camino.

-¿Nos darían de comer?

-¿Es en eso en lo único que piensas? –protestó el «curaca» visiblemente molesto-. ¿Tan poco respeto te merecen mis dioses pese a que has podido comprobar cuán grande es su poder…?

-De poco les valdrá ese poder, si muero de hambre… -fue la burlona respuesta-. ¡Vamos, no te enfades…! Visitemos a tu dios Pachacamac y roguémosle que deje de hacer bailar la tierra por un rato…

Comenzaron a cruzar el puentecillo de cuerdas pero cuando se encontraban a mitad de camino, el español, que iba en primer lugar, se detuvo sorprendido. Tres figuras humanas habían hecho su aparición a las puertas del templo y aunque eran al parecer tres hombres, o más bien tres muchachos hermosos y espigados, se adornaban con tal cantidad de plumas y abalorios y se contoneaban de tal modo dentro de

sus femeninas vestiduras, que constituían en verdad una visión entre esperpéntica y dantesca.

-¡Maricas! --exclamó Alonso de Molina retrocediendo hasta tropezar con el «curaca», lo que consiguió que el frágil puentecillo oscilara amenazando con lanzarlos al agua-. ¡Por todos los diablos, son sodomitas!

Trató de apartar a Chabcha Pusí en su afán por regresar lo más rápidamente posible a tierra firme, pero el otro le impidió el paso aferrándose con fuerza a ambas barandillas.

-No van a violarte... -dijo- Son sacerdotes y excelentes anfitriones educados para alegrar la vida de los hombres. Saben bailar, cantar, cocinar y contar bellas historias... -Rió divertido- Además de otras cosas.

-¡Degenerados! -masculló el andaluz mordiendo las palabras- Sois una partida de sucios degenerados que aceptáis tratos con animales y otros hombres... ¿Sabes lo que hizo el capitán Balboa con los sodomitas...? Se los echó a los perros que les devoraron en primer lugar aquello por donde más pecaban.

-¡Qué bestia...! -se asombró el indígena- ¿Con qué derecho se permitió enmendar las decisiones de los dioses? Si la Naturaleza los ha hecho así sus razones tendrá y ningún capitán puede juzgarlos... ¡Vamos! Te prometo un auténtico banquete.

Lo fue en efecto, y por primera vez el español tomó conciencia de hasta qué punto aquel extraño pueblo llegaba a ser refinado y culto, porque cabía pensar que afeminados sacerdotes constituían el ejemplo viviente de todo cuanto de bueno habían ido acumulando a través de los siglos. Podían hablar inteligentemente de astronomía, arquitectura, música, cerámica, amor, geografía y sobre todo historia, puesto que todos ellos recitaban de carrerilla los acontecimientos, nombres y fechas más importantes del pasado de los incas desde el día mismo en que Manco Capac fundó la ciudad del Cuzco e inició la estirpe de los Hijos del Sol.

Los sodomitas, de los que a veces costaba trabajo admitir que no fueran auténticas mujeres, se desenvolvían con la absoluta delicadeza y naturalidad de quien se considera una hembra a todos los efectos, mostrando desde el primer momento, la misma atracción por el gigantesco ejemplar de macho que acababa de llegar a su puerta que cualquiera de las muchachas que Alonso de Molina hubiera encontrado durante su largo recorrido por el agreste país. El temor que en un principio pareció inspirarles la espesa barba, el bronco vozarrón o las pesadas armas del «hombre-dios», dio paso bien pronto a una mal disimulada ansiedad al detener la vista sobre sus gigantescas manos, sus fuertes brazos o la marcada entrepierna, y al punto se estableció entre ellos una especie de divertida rivalidad por ver cuál de los tres atraía sobre su persona el interés del extranjero.

Los manjares fueron tantos y tan exquisitamente condimentados, acompaña- dos de un delicioso «chicha» que se subía levemente a la cabeza, que al concluir el pantagruélico banquete Alonso de Molina no pudo evitar que se le escapara un sonoro pedo, lo cual tuvo la virtud de

conseguir que sus rendidos admirado- res dejaran caer de improviso cuanto tenían en las manos, le contemplaran entre incrédulos y horrorizados, enrojecieran como amapolas y abandonaran precipitadamente la estancia entre gritos histéricos.

El español se volvió sorprendido a Chabcha Pusí.

-¿Qué pasa? -quiso saber---. Sólo es un pedo. El otro, al que se le advertía también ligeramente incómodo, abrió las manos en un ademán que no quería decir nada y lo decía todo al propio tiempo.

-Entre nosotros.... y sobre todo entre los de su clase, es la peor prueba de educación de que puede hacer gala un ser humano. Y una demostración de absoluto desprecio hacia quienes te acompañan. Un miembro de la familia real haría que te lapidaran por eso.

-Se me escapó.

-Lo supongo... Pero deberías cuidar tus modales. Sobre todo delante de ellos.

-Te juro que no lo he hecho con mala intención ni para mostrarles el camino, pero no cabe duda de que visto el resultado puede constituir una magnífica defensa en caso de apuro...

-Nunca te molestarán si no los buscas. Saben muy bien cuál es su sitio, y han sido adiestrados desde niños para agradar al hombre en todo.

El otro le observó largamente y por último no pudo evitar expresar una idea que le rondaba obsesivamente en la cabeza:

-Confiésame una cosa... --quiso saber-: ¿Realmente han nacido así o les han obligado a serlo?

-Unos nacen... -admitió de mala gana el « curaca »-. A otros los hacen... Buscan entre los niños de familias campesinas a los más hermosos, y desde que tienen cuatro o cinco años los educan para satisfacer determinadas apetencias de algunos miembros de la realeza... Cuando alcanzan la pubertad el señor de la región los inicia el día de la fiesta del dios al que están consagrados.

-¿Aunque no lo deseen?

-Observo que continúas teniendo el mal hábito de preocuparte por lo que un determinado individuo pueda o no desear. Aún no has comprendido que aquí tan sólo la voluntad del «Inca» cuenta. Todos, ¡absolutamente todos!, vivimos sometidos a su ley, que emana del Dios Sol y únicamente él está capacitado para discernir qué es que conviene a cada cual. Si establece que, unos determi- nados niños deben sustituir en ciertas funciones a las mujeres, nadie es quién para ponerlo en tela de juicio. Y el elegido menos aún, teniendo en cuenta que se transforma, de miserable campesino, en privilegiado sacerdote agasajado y respetado...

-Excepto por aquellos que le den por el culo -replicó el español groseramen_ te- Ya te expliqué lo que hacemos en mi país con esa gente: le cortamos el pene y los colgamos boca abajo.

-Mala conciencia debéis tener al combatir con semejante barbarie una debilidad humana. Mala conciencia, o miedo.

-¿Miedo a qué?

-¡Tú sabrás...! A mí, que nunca se me pasó por la mente la idea de acostarme con un hombre, tampoco se me ocurriría nunca matar a quien lo hace...

-Entiendo lo que intentas insinuar y en cualquier otra circunstancia te obligaría a tragarte esas palabras, pero me encuentro en tu país, son otras las costumbres y lo menos que debo hacer es aceptarlas... Al fin y al cabo cada cual puede hacer con su culo lo que le venga en gana...

Esa noche, cuando en un par de ocasiones el andaluz escuchó al otro lado de la cortina sospechosos rumores de faldas junto a mal contenidas risas y suspiros, se limitó a optar por dejar escapar dos estruendosos cuescos, que surtieron el efecto de conseguir que la paz y la quietud regresaran al pequeño templo del dios Pachacamac, aquel que «Movía el Mundo».

Pese a ello, tardó en conciliar el sueño, inquieto como estaba por cuanto había sucedido en la cueva del «Hijo del Trueno» y que en cierta forma había continuado bulléndole en la cabeza a lo largo del día...

La explicación dada por Chabcha Pusí de que todo se limitaba a una pesadilla y Guzmán Bocanegra jamás podía haberle hablado a través del esquelético anciano, era probablemente la más lógica, pero no desde luego la más convincente viniendo de un hombre que había demostrado una espacialísima inclinación por cuanto se relacionase con la hechicería y la superstición.

Cuando, durante la cena, Molina había preguntado a los homosexuales sobre si tenían noticias de algún otro «Viracocha» llegado con anterioridad al país, advirtió que el «curaca» se mostraba sumamente incómodo e intentaba por todos los medios a su alcance desviar la atención de un tema que en apariencia le repelía.

-Nadie te tomará en serio si descubren que haces caso de las locuras de un «Hijo del Trueno» -dijo- Se supone que eres un «Viracocha» y te encuentras muy por encima de semejantes paparruchadas... Esos tipos no son más que embaucadores y charlatanes sin prestigio alguno.

Era más probable que el adusto inca tuviera razón, pero, pese a ello, en la quietud de la noche a Molina le parecía estar escuchando de nuevo aquella angustiada voz que pedía ayuda, y se negaba a aceptar que algo tan real y que le había marcado con tanta fuerza se debiera únicamente a un sueño.

Era posible -remotamente posible- que Guzmán Bocanegra hubiera alcanza- do a nado la costa, pidiese ayuda en el único idioma que conocía, y su llamada llegara a la única persona que en aquel inmenso país comprendía ese idioma.

¿Pero cómo?

¿Cómo y por qué a través de un viejo hechicero con fama de charlatán embaucador?

Se durmió repitiéndose una y otra vez la misma pregunta, y con la primera claridad del día Chabcha Pusí, acudió a despertarle comunicándole que por el Norte avanzaba una numerosa tropa

fuertemente armada que ofrecía todas las apariencias de ser gente fiel al traidor Atahualpa.

-Presentaremos batalla.

-Son muchos.

-Por más que sean. Cortando el puente puedo hacerme fuerte aquí e impedir que lleguen.

-¡No seas loco! Nos rendirían por hambre. He hablado con los sacerdotes. Si tú se lo pides están dispuestos a escondernos.

-¿Si yo se lo pido? -se asombró el español- ¿Por qué yo? ¿Qué quieren a cambio?

-No seas mal pensado -se impacientó el «curaca» No quieren nada a cambio. Tan sólo buscan agradarte.

-¡Pues no me agradan...! -fue la áspera respuesta-. Además, no sé dónde diablos van a escondernos en un lugar tan pequeño.

-Ellos saben cómo hacerlo.

Sabían, en efecto, porque en cuanto Alonso de Molina, suplicó que no permitieran que las gentes de Atahualpa les apresaran, comenzaron a corretear de un lado a otro preparándolo todo con laboriosidad digna de encomio. Fue así cómo en el justo momento que el primer grupo de soldados atravesaba el puentecillo, el español tomó asiento sobre un estrado de la mayor de las salas, vistiendo, túnica cubriéndose el rostro con una mascarilla idéntica a la de las cuatro momias que se alineaban a su izquierda, pero obligado a efectuar un sobrehumano esfuerzo evitar soltar la carcajada ante el grotesco aspecto que ofrecía el adusto y malhumorado Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, engalanado con los ropajes, las plumas y los abalorios de un sacerdote sodomita del templo de Pachacamac.

-¿Qué hacernos ahora?

El indígena le observó y resultaba evidente que no encontraba respuesta a semejante pregunta.

-Dime ... : ¿Qué hacernos ahora? -insistió Alonso de Molina al tiempo que comenzaba a despojarse de la amplia y maloliente túnica de momia con la manifiesta intención de devolvérsela a su primitiva propietaria que había quedado momentáneamente oculta bajo un montón de esteras-. Tenernos que continuar hacia el Cuzco, pero esos soldados nos preceden por el único camino que existe. ¿Se te ocurre algo?

-No -replicó de mala gana el otro- No se me ocurre nada. Si fueras una persona «normal» podríamos intentar pasar inadvertidos fingiéndonos sacerdo- tes, recaudadores o inspectores de caminos, pero

con tu corpulencia, tu coraza y tu barba se te reconoce a mil pasos de distancia.

Permanecieron sentados en el suelo, desconcertados y en silencio, observados fijamente por los homosexuales que parecían haber hecho causa común con ellos y compartían su preocupación por las escasas perspectivas de éxito del azaroso viaje.

-Si consiguierais llegar a Cajamarca todo resultaría más fácil -hizo notar al fin el más joven del trío- El gobernador Hanco Queché es fiel a Huáscar, de eso estoy seguro.

-¿A qué distancia queda Cajamarca?

-A unos tres días de marcha por el Camino Real.

-¿Existe alguna otra ruta?

-Ninguna que sepamos.

-¡Pues vaya...!

El mariquita no dijo nada, meditó unos instantes, y por último se inclinó a cuchichearle a sus compañeros que en un principio parecieron muy sorprendidos pero al fin asintieron con un leve ademán de cabeza y una sonrisa.

-Quizás exista una fórmula -añadió al poco el efebo con cierto embarazo-. Cuando un personaje importante muere, solemos acompañar su momia hasta su ciudad de origen, donde reposará con los suyos para siempre. -Señaló con un gesto la corta túnica que Molina acababa de dejar en el suelo- Si ha dado resultado una vez, puede seguir dándolo.

El andaluz le observó horrorizado, negándose a dar crédito a lo que estaba oyendo:

-¿Insinúas que tengo que pasearme por medio país disfrazado de muerto? -se asombró.

-Más vale parecer muerto que estarlo -fue la incuestionable respuesta.

-Eso va en opiniones. Y no creo que diera resultado.

-Podríamos conseguir media docena de porteadores fieles y nadie sospecha- ría de un cortejo fúnebre. Los muertos son sagrados.

Alonso de Molina intentó protestar nuevamente, pero Chabcha Pusí, que parecía haber recuperado su adustez y su dignidad a la par que sus ropas, intervino conciliador:

-Tal vez sea una solución acertada -admitió-. Avanzaríamos aprisa y sin riesgos. -Su voz cobró un matiz más profundo y transcendente- Y recuerda que no son únicamente nuestras vidas las que están en juego; es muy posible que una guerra civil dependa de que Atahualpa se apodere o no de ti. Saber que estás de parte de Huáscar enfriará mucho sus ánimos.

-Yo no estoy de parte de nadie -le hizo notar el español-. No he venido hasta aquí para involucrarme en una nueva guerra. Desde los dieciocho años no he hecho otra cosa que participar en guerras, y he llegado a la conclusión de que únicamente favorecen a los Poderosos. Docenas de mis mejores amigos han perdido la vida en la conquista de nuevos mundos, y el Emperador ni siquiera se ha molestado en dar las gracias. Le presta más atención a la última intriga palaciega o a una

nueva sospecha de herejía que a la más sangrienta batalla que sus ejércitos hayan ganado.

-Los Emperadores no tienen que dar las gracias por nuestros sacrificios -replicó el «curaca» convencido-. Nacimos para servirles.

-¡Y una mierda! ---exclamó el otro furibundo-. Hace tiempo que me cansé de que todo en mi vida dependiera de un Emperador que a duras penas farfulla mi propia lengua y no siente el más mínimo afecto por todo aquello a lo que consagré mi vida. Dime...: ¿Te sacrificarías por un «Inca» nacido más allá de tus fronteras y al que apenas entendieras?

-Si es «Inca», es Hijo del Sol, y si es Hijo del Sol, mi vida le pertenece.

-Me asquea tu servilismo... -sentenció Alonso de Molina, aunque tras unos instantes de meditación, añadió--: Perdona; no tengo derecho a atacarte porque cierto es que, hasta no hace mucho, pensaba como tú, pero desde que he llegado a este país he roto con mi vida anterior y todo lo veo distinto. Aquí me encuentro solo, a nadie puedo recurrir ni a nadie debo dar cuentas de mis actos. Ni las leyes ni las costumbres por las que siempre, me regí, sirven de nada, y me agrada la idea de sentirme dueño absoluto de mi vida.

-No entiendo de qué me estás hablando… -replicó Chabcha Pusí, y tras señalar a los homosexuales que permanecían expectantes añadió-: Ni ellos tampoco.

-¿Y qué importancia tiene? En vuestro mundo no existe el concepto de libertad y ahora me doy cuenta que en realidad en el mío tampoco. Tan sólo ahora descubro su auténtico valor. Yo soy Alonso de Molina, natural de Úbeda, y ya no soy más que eso, ni capitán, ni nada, pero tampoco nadie es más que yo. ¿Lo comprendes?

Chabcha Pusí negó con la cabeza:

-No.

El español se volvió a los sacerdotes:

-¿Y vosotros?

Los pintarrajeados sodomitas se observaron y resultaba evidente que no tenían ni la menor idea de a qué se estaba refiriendo porque su vida se limitaba al hecho de servir al dios que «Movía el Mundo» y a aquellos señores que en un momento determinado quisieran disfrutar de sus particularísimos encantos.

-Es inútil... -musitó el español desalentado- Veo que cuanto trate de explica- ros resulta inútil.

-¿De qué te sorprendes...? –le respondió Chabcha Pusí visiblemente molesto- Te cuesta aceptar costumbres que tienes a la vista y que se adaptan al mundo que nos rodea, y sin embargo pretendes que entendamos cosas extrañas de países de los que desconocíamos siquiera la existencia. No estás demostrando ser mucho más listo que nosotros; tan sólo más intransigente.

-¡De acuerdo! -admitió el español con impaciencia-. No es cuestión de ponerse a discutir sobre quién es más listo o más intransigente. Ahora es cuestión de llegar vivos al Cuzco... ¿A nadie se le ocurre una solución mejor que hacerse el muerto?

No existía al parecer, o por lo menos no fueron capaces de encontrarla, por lo que poco antes del mediodía el fúnebre cortejo pareció dispuesto a iniciar la marcha, aunque a última hora, y ya resignado a su papel de difunto embalsamado, Alonso de Molina protestó una vez más furiosamente:

-¿Qué quieres decir con eso de que tengo que viajar sentado? En mi país los muertos van siempre acostados.

-¡Hermoso papel harías acostado y con las piernas cruzadas en el aire! -fue la agria respuesta del «curaca»-. Nosotros momificamos y enterramos a los muertos sentados, y por lo tanto ésa es la única posición en que pueden viajar... -Sonrió arrugando la nariz como un ratón y enseñando los dientecillos-, Y así podrás contemplar mejor el paisaje...

Resultaba ciertamente una extraña y absurda comitiva, con tres «locas» que comenzaban de pronto a canturrear o dar gritos histéricos alabando las virtudes difunto, ocho desconcertados porteadores que no tenían ni la menor idea de por qué tenían que llevar en andas el pesadísimo «cadáver» de un monstruoso «hombre-dios» que en realidad estaba vivo, un «curaca» mortal- mente asustado, y un andaluz de Úbeda que había concluido tomarse a broma una situación a todas luces disparatada.

Sentado muy recto sobre una frágil angarilla, protegido del violento sol andino por un palio y un toldo de colores, manteniendo sus armas bien ocultas al alcance de la mano y el rostro cubierto con una mascarilla dorada a la que habían practicado únicamente dos delgadas aberturas para que pudiese atisbar lo que ocurría su alrededor, el viaje no resultaba en absoluto cómodo, teniendo en cuenta, además, que la mayor parte de tiempo se veía en la obligación de permanecer inmóvil y conteniendo la respiración, consecuente con su papel de difunto que atraviesa un país a todo lo largo de su principal vía de comuni- cación.

El Camino Real presentaba un aspecto bien distinto a los desolados paisajes que habían recorrido hasta el momento. A medida que avanzaban hacia la capital del Imperio la actividad humana iba creciendo a ojos vistas, y extraño resultaba por tanto que transcurriese más de una hora sin cruzar frente a algún minúsculo poblado, una vivienda aislada, el refugio de un corredor «chasqui» o algún viandante que de inmediato se echaba a un lado inclinando respetuosa- mente la cabeza al paso del cortejo.

-Tengo pis.

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, que trotaba a su lado alzó desalentado el rostro.

-¿Qué has dicho? -quiso saber.

-¡Que me estoy orinando...! Llevo cuatro horas aquí arriba y ya no aguanto. O se paran o les meo en la cara.

--¡Pues sí que estarnos buenos...!

Tuvieron que apartarse del sendero buscando unas rocas que les protegieran de la curiosidad de los extraños, y Alonso de Molina saltó rápidamente a tierra, se desahogó contra un matojo con un sonoro

suspiro de satisfacción y paseó luego de un lado a otro, buscando estirar unos músculos que amenazaban con agarrotárseles.

Constituían en verdad una visión esperpéntica, cubierto con una túnica que le tapaba apenas las rodillas, paseando como un oso enjaulado y observado con cara idiotizada por unos perplejos porteadores que jamás pudieron imaginar que algún día se convertirían en forzados protagonistas de tan pintoresca aventura.

El trío de homosexuales por su parte parecía ser el que más a fondo disfrutaba del sorprendente viaje, tanto por lo excitante que resultaba transportar a semejante ejemplar de hombre por medio país, como por el hecho de que estaban convencidos de que el «Inca» Huáscar sabría recompensarles por su esfuerzo y valor proporcionándoles un nuevo destino en algún hermoso templo del Cuzco, sin obligarles a regresar a unas soledades en las que raramente recibían visitas que pudieran considerar «reconfortantes».

De virtuales desterrados en un minúsculo y perdido templo de Pachacamac pasarían a convertirse en los «héroes» que habían osado desafiar las iras del temible Atahualpa, y en los únicos miembros de su casta que hablan mantenido una auténtica relación personal con el «Viracocha» de la espesa barba y el «Tubo de Truenos».

Cuando fueran muy viejos y sus carnes hubieran perdido ya la tersura y morbidez que atraía a los poderosos, éstos continuarían buscando aún su compañía aunque tan sólo fuera para que les contasen una vez más la excitante historia de cómo habían salvado a un «hombre-dios» de las garras de un cruel bastardo de instintos asesinos.

Por su parte, Chabcha Pusí no parecía compartir en absoluto el frívolo entusiasmo de los inconscientes sodomitas, convencido como estaba, dado su firme y pertinaz pesimismo, de que antes o después los soldados descubrirían el burdo engaño y acabarían despellejados en mitad de la plaza de Quito.

-La crueldad de Atahualpa es tristemente famosa en el Imperio -señalaba una y otra vez amargamente-. Le gusta ver sufrir a sus víctimas durante días, e incluso hay quien asegura que los gritos de agonía le excitan a la hora de hacer el amor.

Alonso de Molina, que había sido involuntario testigo en infinitas ocasiones de las abundantes muestras de gratuita vesania de que hacían gala algunos capitanes españoles en su trato con los nativos, había aprendido a aborrecer visceralmente cualquier tormento que se infligiera a un ser humano, y comenzaba a despreciar por tanto íntimamente a un hombre que había convertido la tortura en una forma de entender la justicia, el poder y vida.

Tal vez su hermano no fuera en esencia diferente a la hora de aplicar castigos, pero al menos –y atendiendo a lo que el «curaca» había contado- Huáscar se limitaba a actuar según las normas heredadas de sus antepasados, sin que aparentemente se complaciera en el hecho de presenciar la agonía de sus victimas.

-Háblame de Huáscar -dijo de pronto.

-¿De Huáscar? -se sorprendió el indígena-. ¿Qué quieres que te diga?

-Me gustaría que me contases algo más sobre él para saber a qué atenerme cuando me encuentre en su presencia -señaló el español- Es muy posible que para entonces él ya sepa muchas cosas sobre mí.

-¿Cómo puedo yo, miserable «curaca», hablarte de la magnificencia de un dios? Sus ojos son como oscuros topacios refulgentes y de todo él emana una fuerza magnética heredada de su padre Huayna Capac que la recibió a su vez del Sol que es quien todo lo puede. Cuando toma asiento en un trono de oro y te observa, un escalofrío te recorre el cuerpo de la nuca a los talones y tiemblas de terror aguardando la muerte.

-Sé lo que es eso -admitió el español-. Una vez asistí a una audiencia del Emperador y experimenté algo semejante, aunque llegué a la conclusión de que se trataba únicamente de la impresión causada por la teatralidad con que el poder acompaña sus actos. En el fondo, y despojándole de sus atributos, aquél no era más que un hombre cansado y aburrido que prestaba más atención a sus perros que a sus súbditos.

-¿Cómo es?

-¿El Emperador? Alguien a quien el destino se encaprichó en proporcionarle mucho más de lo que a todas luces merece. Su madre era una loca de atar y su padre un bello imbécil y sin embargo se comporta como si la Tierra y la Luna no bastaran para cantar sus glorias. Los mejores soldados de este siglo le ofrecen a diario nuevos reinos, pero en el fondo los desprecia y en sus cárceles se pudren muchas veces aquellos a quien les debe todo.

-Hablar así aquí te costaría la vida.

-Y allí también y fue por eso quizá por lo que decidí marcharme. Matar y morir por un ideal compensa a veces, pero después de tanta lucha y sufrimientos llegué a la conclusión de que le estaba ofreciendo las margaritas de mis mejores años a los cerdos, y nadie..., ¡y el Emperador menos que nadie!, se merecía una sola gota más de mi sangre o mi sudor.

-Me das miedo. A veces, cuando hablas así, me asustas.

-¿Por qué? ¿Porque destruyo los esquemas sobre los que forjaron tu vida? También destruyo los míos desde luego, pero las largas noches de hambre y frío, y el abandono en que nos dejaron en la isla del Gallo me enseñaron que los poderosos se limitan a jugar con nosotros sin respetar norma alguna, y por lo tanto su propio comportamiento nos libera de nuestros juramentos. Quien me negó un pedazo de pan no se merece que le ofrezca un reino, y al poner pie en esta tierra rompí completamente las cadenas que me unían al Emperador. Por mí puede irse al infierno.

-¿Y piensas someterte a las normas del «Inca»?

-¿Crees que he venido a cambiar de tirano? Si Huáscar es como dices, obtendrá mi respeto, pero no mí sumisión. Conoceré vuestro país y si me acepta como huésped tal vez me quede un tiempo... Luego continuaré mi camino en busca de otros paisajes y otras gentes o

volveré a mi casa el día en que sepa que el Emperador está muerto y enterrado.

-¿Y qué cambiará con eso? El que le suceda hará lo mismo.

-En ese caso me marcharé de nuevo.

-Nadie puede pasarse la vida huyendo eternamente -sentenció el «curaca» con firmeza---. Y si los dioses hubieran preferido que no tuviéramos amos, nos habrían hecho nacer en las selvas, donde los hombres son apenas algo más que simples bestias en continua lucha con fieras y serpientes. Si pretendo que un ejército proteja mi ciudad, un juez castigue a quien me ofende, un ingeniero construya los puentes que debo atravesar y un sacerdote oficie mis funerales, debo aceptar que una autoridad suprema controle todo eso, y esa autoridad no puede ser otra que un «Inca».

No estaba en el ánimo de Alonso de Molina ejercer de revolucionario o cambiar de algún modo las firmes convicciones de su compañero de fatigas, y aun a pesar de que en ocasiones discutieran, respetaba los criterios del «curaca» consciente como estaba de que la rígida estructura social en que había nacido y se había educado no le permitiría nunca actuar de otra manera.

Por lo que estaba viendo, el Imperio incaico había sido edificado sobre unas bases tan firmes como los cimientos de sus prodigiosos edificios, y su estructura piramidal inamovible ofrecía menos fisuras que las compactas piedras con que habían sido construidos. Nada parecía allí confiado al azar, y podría llegar a creerse que las leyes y normas de comportamiento habían sido creadas con anterioridad al hombre, y éste había llegado mucho más tarde para adaptarse a ellas. Aquélla no era una sociedad diseñada según las necesidades de unos determinados seres, sino unos seres acoplados a una determinada sociedad.

La mejor prueba de ello la tuvo dos días más tarde cuando se cruzaron en el camino con todo un pueblo que avanzaba en silencio y cabizbajo -hombres, mujeres, niños y ancianos-, cargando a duras penas hasta con el último de sus enseres y arrastrando tras ellos sus pobres reatas de animales en una obligada mudanza colectiva ordenada por la indiscutible autoridad del «Inca».

-¿Por qué?

-Razón de Estado -fue la sorprendente respuesta del «curaca»- Cuando un pueblo recientemente conquistado se muestra rebelde o no adopta con la suficiente rapidez nuestras costumbres, se le trae al corazón de tierras que ya pertenecen al Incario desde antiguo, intercambiándolo con los habitantes de otro pueblo que, como éste, siempre ha sido fiel. De ese modo, los rebeldes, al encontrarse lejos de su entorno acaban integrándose al medio, mientras que los que han sido trasladados colonizan las nuevas tierras e irradian su influencia a las tribus vecinas.

-Arrancar por la fuerza de su lugar de origen a todo un pueblo constituye a mi modo de ver un premio un tanto injusto a una fidelidad de siempre.

-Acatar una orden del «Inca» constituye en sí mismo un premio.

-Sus rostros no demuestran que les haga felices. -Nadie puede amar a su tierra, su casa o su familia más de lo que ama al «Inca», y por lo tanto, pasado el primer momento de nostalgia se sentirán dichosos sabiendo que su esfuerzo y sacrificio resultan gratos a los ojos de Huáscar.

Alonso de Molina se preguntó si realmente el «curaca» creía que llegaría el momento en que aquellos desgraciados dejarían de sentir nostalgia por sus casas y sus tierras; unas tierras que ahora comenzaban a aparecérsele como realmente hermosas, ya que la puna iba dando paso, poco a poco, a paisajes mucho menos inhóspitos.

Fértiles valles surgían de improviso ante su vista al coronar una colina o doblar un recodo del sendero, y cada metro de terreno útil parecía haber sido cultivado con idéntico mimo que el más primoroso jardín de Aranjuez, mientras oscuras chozas de techo de paja se desparramaban junto a cristalinos arroyos o diminutos bosques que las protegían del helado viento de la sierra. Las desérticas inmensidades de silencioso vacío se alternaban con núcleos de población en los que el aire parecía espesarse y olía a comidas y fuego de leña, y a menudo, en los atardeceres, descendía de la montaña el melancólico sonar de un caramillo de pastor que parecía anunciar el final de la jornada.

Las tórtolas le disputaban el cielo a los lejanos cóndores, los diminutos colibríes manchaban de color los verdes campos, y cuando sobre la cima de una roca hacía su aparición la imponente silueta de una inexpugnable fortaleza, se tomaba conciencia de que verdaderamente existía el poderoso Imperio del que Chabcha Pusí tan orgulloso se sentía, y en el que unos sencillos ciudadanos trabajaban en paz bajo la protección de un bien organizado ejército.

Cuadrillas de obreros mejoraban continuamente la calzada, rebaños de llamas cargadas de grano transitaban sin cesar de un lado a otro, y altivos puentes de madera y cuerda salvaban los abismos contribuyendo a dar sensación de que aquél era un inmenso país en el que todo funcionaba con la mecánica precisión de una máquina perfectamente engrasada.

No había mendigos; ni uno solo de aquellos implorantes pordioseros que infestaban los caminos de Europa, tampoco holgazanes que gandulearan a la sombra de un arbusto, pues hasta los niños parecían tener asignada obligación de cuidar del ganado o ayudar a sus padres en las labores del campo, y tan sólo algunos ancianos ya impedidos permanecían muy quietos observando el paso del cortejo con la espalda apoyada en un muro y el aire ausente de quien se encuentra ya más al otro lado de la raya que de ésta, mientras sus curtidos rostros marcados por mil soles aparecían surcados por grietas tan profundas que recordaban de inmediato la accidentada tierra en se habían hecho tan asombrosamente viejos.

La columna de soldados hizo su aparición a media tarde, bajo un cielo encapotado y negro y en mitad de una ancha llanura que no ofrecía más lugar para esconderse que un saliente de rocas a medio centenar de pasos del camino.

Venían del Sur y los mandaba un oficial al que faltaba un ojo, reventado sin duda por una cuchillada que le había dejado una profunda cicatriz que le marcaba de la frente a la barbilla.

Resultaba imposible evitarles saliéndose del sendero sin levantar sospechas, por lo que el «curaca» suplicó a Alonso de Molina que permaneciese más quieto que nunca, ordenando al propio tiempo a los porteadores que avivaran el paso procurando cruzar lo más aprisa posible.

El oficial les detuvo sin embargo con gesto autoritario, saludó respetuosamente al «difunto» y comenzó a hacer preguntas sobre las razones del viaje, la ruta que habían traído y las personas con las que se habían tropezado a lo largo del camino.

Fue entonces cuando descargó la tormenta con toda su furia de agua y su fragor de truenos y centellas, y casi de inmediato soldados, maricas y porteadores corrieron a buscar refugio bajo el estrecho saliente de rocas, abandonando en mitad de la calzada las angarillas sobre las que se sentaba una «momia» a la que en buena lógica no debía importar gran cosa empaparse.

Chabcha Pusí dudó, observó al español que ni a pestañear osaba, y optó por seguir al tuerto al minúsculo refugio, consciente de que nada podía hacer más que alertar a los soldados si se mantenía al descubierto.

Allí se quedó por tanto Alonso de Molina, estatuario bajo el diluvio, y ciego y sordo a los rayos que parecían buscarle, contemplado por los indiferentes soldados y los divertidos porteadores que parecían estar aguardando a que en cualquier instante una descarga eléctrica acabara pulverizando su valor para obligarle a remangarse las cortas faldas y echar a correr puna adelante ante el pasmo de la aterrorizada tropa.

No le faltaron ganas ciertamente, y se vio en la necesidad de echar mano de todo su coraje para mantenerse inmóvil en su papel de difunto amortajado, preguntándose si no resultaba aquélla una forma ridícula y absurda de acabar para un esforzado capitán español que se había enfrentado mil veces a la muerte con las armas en la mano.

Hizo su aparición el frío y comenzó a tiritar castañeteando los dientes hasta el punto en que llegó a la conclusión de que por tuerto que estuviera el oficial no podría por menos que advertir sus espasmos, y cuando el primer estornudo le subió a la nariz con lo que la dorada máscara a punto estuvo de resbalar al suelo, encomendó su alma a Dios y tanteó en busca de su espada dispuesto a vender cara su vida y llevarse por delante a unos cuantos enemigos antes de caer derrotado definitivamente.

Por fortuna la espesa cortina de agua dificultaba la visión de unos soldados que a decir verdad parecían estar únicamente atentos a los encantos de los tres «sacerdotes», que no cesaban de mariposear alegremente repartiendo caricias a destajo, conscientes como estaban

de que el fin del «hombre-dios» traería aparejada de inmediato su propia desgracia.

Oscureció muy pronto y al amparo de las sombras y el saliente de rocas más de un militar dio rienda suelta a sus secretas apetencias olvidando sin duda que aquellas especiales criaturas se encontraban destinadas a satisfacer a más altos personajes, ocasión que Alonso de Molina aprovechó para abandonar su forzada postura y protegerse de la lluvia tumbándose cuan largo era debajo del palanquín.

Una hora más tarde tropa y cortejo reanudaron la marcha, los unos satisfechos por haber desfogado de forma expeditiva sus ardores, y los otros felices por haber salvado la vida y a una empapada «momia» sucia de barro que no cesaba ni un instante de estornudar sonoramente.

Al amanecer divisaron Cajamarca.

Presa de fiebres y tiritando, Alonso de Molina apenas pudo reparar ni en la ciudad ni en sus alrededores, ya que a duras penas conservaba las fuerzas necesarias corno para mantenerse medio erguido sobre las angarillas, y creyó estar soñando cuando advirtió cómo le introducían en una estancia caliente, le despojaban de las heladas ropas y le acostaban sobre una mullida alfombra cubriéndole con pieles y avivando el fuego de un brasero que no apestaba a excrementos de alpaca.

Durmió dos días seguidos salvo durante los momentos en que le espabilaban para obligarle a ingerir un brebaje repugnante, y cuando al fin recuperó la conciencia fue para encontrarse frente al familiar ceño del «curaca» cuyos ojos parecieron brillar en una sonrisa que pugnaba por mostrarse aun en contra de la expresa voluntad de su dueño.

-¡Bien venido al mundo de los vivos! -fue lo primero que dijo-. Creí que te habías tomado en serio tu papel de difunto.

-Deberíais cambiar vuestras costumbres -replicó Seriamente el español---. Incluso para un muerto debe resultar un castigo insufrible pasarse la eternidad sentado mirando al infinito... -Se palpó las nalgas-. Aún me duele el culo y confío en que no se deba a la proximidad de nuestros amigos sodomitas. ¿Dónde andan?

-Haciendo las delicias del gobernador Hanco Queché, que les ha tomado un afecto inusitado... Aparte de sus encantos habituales no cabe duda que han desarrollado una gracia especial a la hora de contar las desventuras de una «momia» resfriada.

-Debo ser el hazmerreír de la ciudad.

-Tan sólo el gobernador y sus más fieles sirvientes conocen tu existencia. Los espías de Atahualpa están por todas partes.

-¿Aún corremos peligro?

-Espero que no. En cuanto te recuperes, cien soldados nos escoltarán al Cuzco. Huáscar te aguarda.

-Te debo la vida.

-Y yo a ti... Y no olvides que lo hago porque el «Inca» me lo ordena, mientras que tú obraste por tu cuenta. -Extendió la mano y apretó el

brazo del andaluz en el ademán más tierno y humano que había tenido nunca-. Te aprecio mucho -dijo.

-Yo también -replicó el español en idéntico tono-. Después del negro Ginés, eres el mejor amigo que he tenido. Si alguna vez te rieras, serías perfecto.

-Tal vez algún día vaya a tu tierra donde al parecer la gente se ríe aunque no coma... -Apartó la mano como si aquel simple contacto hubiera sido la máxima expresión de su forma de sentir y en cierto modo le avergonzara haberla exteriorizado-. Sentado aquí, observándote, me he preguntado si tendría el valor suficiente como para ir a conocer ese extraño mundo del que tanto me hablas, pero debe estar muy lejos...

-Yo he venido.

-Somos distintos -puntualizó el «curaca»-. Por lo que sé de ti, el lugar donde naciste es tan sólo un recuerdo al que poco más te ata. Eres como esas plantas de los desiertos de la costa que jamás echan raíces y logran sobrevivir de la niebla allí donde las deposita el viento. Para mí la tierra lo es todo y lejos de ella me marchito y me quiebro como un tallo de maíz a destiempo. Sé que pasaré el resto de mi vida soñando con visitar tu país y ver de cerca un caballo, una rueda o un libro, pero también sé que jamás reuniré el valor suficiente como para abandonar a mi familia y emprender el viaje. -Hizo una corta pausa y se podría asegurar que sonreía-. De todas formas gracias por enseñarme a soñar con tales cosas...

-Nunca me has hablado de tu familia -le hizo notar Alonso de Molina-. ¿Tienes hijos?

-Nueve... -fue la orgullosa respuesta-. Nueve hijos y cuatro esposas. La última, Naika, es más joven que tres de mis hijos... Y la criatura más hermosa que existe.

-A nosotros tan sólo nos está permitido tener una esposa -le hizo notar el andaluz-. Siempre la misma, para toda la vida.

-¿Y cuando envejece? -se sorprendió el «curaca»-. ¿Qué hacéis con ella?

-También el hombre envejece al mismo tiempo.

-Eso no es cierto -sentenció el indígena-. La mujer, por culpa de los hijos y el trabajo envejece muy pronto. Al igual que se hace adulta más joven, su vida sexual acaba antes, pero no por eso debe dejar de ser querida y respetada. Cuando ya su energía se agota, pasa a convertirse en la dueña de la casa, la suprema autoridad doméstica, pero acepta -e incluso a menudo agradece- que una esposa más joven venga a ocuparse de atender las necesidades del hombre y ofrecerle nuevos hijos.

-En mi país eso nadie conseguiría entenderlo.

-Por lo que veo os reprimen en demasiadas cosas. No me sorprende que os lancéis a la guerra y la conquista de otras tierras. El hombre a quien le esperan muchos hijos y una esposa como Naika siente mucha más necesidad de regresar a casa que quien se encuentra solo. ¿Nadie te espera en Úbeda?

-Nadie. -¿Por qué? -Me fui a la guerra muy joven.

-Mal hecho. La guerra debe ser cosa de hombres maduros que hayan traído hijos al mundo... Dejarse matar sin tener descendencia es tanto como arrancar una planta antes de que florezca. Si muriera mañana mi ciclo natural estaría cumplido, pero si muriera uno de mis hijos algo quedaría en el aire. Aquí, cuando un muchacho cumple dieciocho años sin haber elegido esposa se le asigna una obligatoriamente. Los hijos de padres jóvenes son más sanos y fuertes que los de padres maduros.

-Y el Imperio necesita hombres fuertes... -puntualizó intencionadamente Alonso de Molina- Ni una hoja se mueve entre vosotros si no es en función de la mayor gloria del «Inca». -Agitó la cabeza como tratando de desechar una amarga pesadilla---. Anoche soñé con Guzmán Bocanegra. Le vi tan claramente como te estoy viendo ahora. Le tenían encerrado en una especie de mazmorra. ¿No será eso también lo que me reserva el «Inca»?

-¿Por qué habría de hacerlo?

-No lo sé, pero tal vez tú lo sepas. -Hizo una corta pausa---. Estuve pensando en ello: si unos hombres extraños a los que algunos pudieran considerar semidioses 11egaran a mi país, el Emperador quizá no se atreviera a matarlos, pero procuraría mantenerlos a buen recaudo... Es posible que Huáscar haya capturado a Bocanegra y ahora me quiera a mí.

-Te aseguro que cuando salí de Cuzco nada se sabía del tal Bocanegra. Tú eras el primer «Viracocha» de que se tenía noticias.

Alonso de Molina observó al «curaca» como si pretendiera leer en el fondo de su mente, y por último asintió convencido:

-Te creo. Es muy posible que entonces no se supiera nada... o que a ti no te lo dijeran. Pero ha pasado mucho tiempo desde entonces...

-Sí -admitió el indígena---. Ha pasado mucho tiempo... Y muchas cosas: la peor de ellas es que has hecho caso de las fantasías de un loco. -Lanzó un sonoro, soplido de cansancio- Te consideraba un hombre inteligente y razonable; alguien de quien se podían aprender muchas cosas, pero últimamente me estás decepcionando.

-¿Por creer en lo que vi con mis propios ojos?

-¡Tú no viste nada! -se impacientó el «curaca»-. No fue más que un burdo truco de enredador; lo sé por experiencia. Naika era tan sólo una niña sobre la que apenas me atrevía a poner los ojos cuando visité a un «Hijo del Trueno», que me hizo creer que me amaba y deseaba ser mi esposa. Pero ahora me siento como si hubiera robado un objeto que nunca debió pertenecerme.

El español experimentó una profunda ternura por aquel hombre excepcionalmente sensible.

-¡Lo siento! -musitó.

-No tienes que sentir nada -fue la áspera respuesta---, Naika se esfuerza por hacerme feliz a su manera y a veces lo consigue. Lo que en verdad importa, es que no le des más vueltas a ese asunto... Y, sobre todo, que no se te ocurra comentarlo delante del gobernador.

Resultó evidente que la presencia del inmenso «Viracocha » de ojos de agua y voz de tormenta inquietaba profundamente al obeso Hanco Queché, gober- nador de Cajamarca, ya que tomó asiento muy rígido no lejos de la puerta, mientras sus deformadas y larguísimas orejas se agitaban como las de un vicio elefante que temiera un ataque.

Los múltiples anillos de oro que colgaban al final de los lóbulos tintineaban de continuo produciendo una musiquilla que acababa volviéndose obsesiva, y al cuello lucía una esmeralda tan enorme que al andaluz le costó trabajo aceptar que fuera auténtica.

-El «Inca» Huayna Capac permitió que me quedara con ella cuando derroté a los «aucas» -dijo- Constituía el distintivo de su jefe y se aseguraba que al este de donde habitaban se encuentran por docenas.

-¿Dónde es eso? -Al norte del gran río que parte en dos el mundo. -Irguió el pecho con lo que pareció aumentar el volumen de su abultada barriga de cerdo bien cebado- Cuando era joven comandé el ejército que más lejos penetró nunca en las selvas de Oriente. -Pretendía impresionar a sus interlocutores y tal vez vencer sus propios miedos relatando sus antiguas proezas, por lo que añadió sin dar ocasión a que nadie le interrumpiera-: Cuatro mil hombres descendimos por el cañón del Urubamba y más allá de su confluencia con el Apurímac la corriente se hizo tan ancha que pudimos construir balsas y embarcarnos, aunque cuatro naufragaron y perdimos más de cien hombres. Quince jornadas después llegamos al gran río donde, comenzaron las luchas con los «hombres-monos» que reducen las cabezas de sus víctimas al tamaño de un puño, y los «hombres-caña» que matan soplando un corto dardo envenenado. Pero aún éramos fuertes y seguimos adelante hasta que el inmenso río tomó la anchura del mar y, tragó tres nuevas balsas. Fue entonces cuando nos adentramos en uno de sus afluentes imaginando que podría llevarnos por el Norte hacia Quito y mantuvimos los más duros enfrentamientos con los «aucas». Cuando ordené volver quedamos trescientos, pero durante el viaje de regreso murieron la mayoría. De cuatro mil sobrevivimos veintitrés... -Hizo una pausa y tras observar a Molina con aquella especie de temor supersticioso que no conseguía abandonar añadió quedamente-: Un prisionero me contó que muy al Norte, más allá del país de las esmeraldas, había visto a un hombre blanco de larga barba y ropas de metal con un «Tubo de Truenos» que mataba de lejos... ¿Eras tú acaso?

-No. No era yo, pero pudo ser muy bien un español de Nueva Granada o Tierra Firme... Algunos navegantes aseguran que al otro lado del continente desemboca un río tan ancho como el mar... Tal vez sea el que tú seguiste.

-Ese río no desemboca en parte alguna –sentenció Hanco Queché convencido-. Los salvajes aseguran cae por un abismo que es el confín del mundo.

-Lo mismo creían mis abuelos de la Mar Océana -admitió Alonso de Molina-. Pero resultó que no era cierto; el mundo no acaba nunca: es redondo.

-¿Cómo has dicho? -se asombró el adiposo gobernador de Cajamarca.

-Que el mundo es redondo -le aclaró Chabcha Pusí por si temía haber entendido mal- Según él es una bola inmensa mucho más grande que la luna.

-¡Ya ... ! ¿Y quién la sostiene: Pachacamac o «Viracocha»?

-Nadie -replicó el español serenamente- Flota en mitad de la nada y gira en torno al Sol.

Hanco Queché permaneció unos instantes pensativo contemplándose absorto la punta de las sandalias, y por último se puso en pie pesadamente y se encaminó con paso bamboleante a la salida.

-He de irme -dijo-. Graves asuntos me aguardan. Considérate en tu casa.

Salió con el aire altivo de quien por exceso de dignidad no quiere sentirse ofendido, y tras un largo silencio Chabcha Pusí alzó el rostro hacia el andaluz y comentó con acritud:

-Te lo advertí: no todos tienen mi paciencia... Tan sólo te faltó contar que una vez te subiste a uno de esos elefantes que son tan grandes como esta habitación y pueden con media docena de hombres... ¡Nos buscarás la ruina!

Le despertó un alarido de dolor que le obligó a dar un salto colocándose de inmediato a la defensiva empuñando la espada.

Durante unos instantes que se le antojaron una eternidad permaneció muy quieto tratando de adaptarse a la oscuridad y aguardando un ataque, pero éste no llegó y resultó evidente que no había nadie más en la habitación y el grito había llegado de la estancia vecina.

Se escucharon voces, luego alguien trajo una luz, y penetró en la amplia sala contigua al tiempo que Chabcha Pusí, Hanco Queché y un grupo de sirvientes y soldados, lo hacían por la otra puerta. Tendido en el suelo en mitad de un charco de sangre, con el vientre abierto y los intestinos fuera, el más joven de los homosexuales agonizaba, con un ronco estertor y los ojos dilatados de espanto.

Cuando se arrodillaron frente a él, se volvió a mirar a Alonso de Molina, y podría creerse que por unos instantes su crispada expresión se relajaba.

-Quería matarte -musitó roncamente-. No sabía que eres un dios y quería matarte, pero yo te velaba.

-¿Quién? -La voz de Hanco Queché mostraba a las claras la magnitud de su ira-. ¿Quién era? Di. ¿Lo conoces...?

El moribundo negó muy lentamente. La vida se le escapaba a borbotones, y el dolor convertía su rostro en una auténtica máscara. Cerró los ojos, aspiró hondamente, extendió una mano ensangrentada hasta rozar la de Alonso de Molina, y con un hilo de voz susurró apenas:

-¡Costeño...! Era un costeño. Apestaba a pescado y sudor: era un costeño.

-¡Buscadlo...! -La orden no admitía réplica y se diría que el congestionado rostro del Gobernador de Cajamarca presagiaba un ataque de apoplejía-. ¡Buscadlo dondequiera que se esconda! ¡Pronto!

Se quedó allí sentado sobre su inmenso trasero, atónito ante el hecho increíble de que hubiesen asesinado a un hombre en su propio palacio, y cuando la víctima exhaló el último suspiro y entre cuatro criados lo sacaron de la estancia, comenzó a arrancarse los cabellos a puñados para lanzarlos al aire como si con ello pretendiera espantar a los demonios que se habían adueñado de su casa.

-La maldición de Sopay ha caído sobre Cajamarca... -sollozaba-. Cosas horribles ocurrirán en los tiempos venideros ya que no supe dar protección a un huésped... -Se empapó las manos con la sangre que encharcaba el suelo y manchó con ella las paredes y sus vestiduras-. La sangre de un elegido de Pachacamac ensucia mis muros y mis manos... -añadió-. La venganza del dios que mueve el mundo se abatirá sobre mi cabeza, mi familia y mi ciudad...

Resultaba de todo punto inútil tratar de consolarle, puesto que se diría que se había vuelto sordo y ciego a cuanto no fueran sus lamentos y sus tenebrosas predicciones de desgracias sin cuento, y tan sólo volvió a recuperar el juicio cuando varios soldados hicieron su aparición arrastrando a un hombrecillo ensangrentado, tembloroso y escuálido que ni fuerzas tuvo para intentar erguirse cuando le depositaron en el suelo.

-Es «costeño»... De Túmbez -señaló el oficial que mandaba el grupo-. Escapaba hacia el Norte.

-¿Por qué lo has hecho? -quiso saber Hanco Queché---. ¿Quién te envía?

-Mi señor Chili Rimac -fue la respuesta, apenas perceptible.

-¿Chili Rimac? -se asombró el gordinflón-. ¡No puedo creerlo!

-Nos obligó a matar al dios negro para curtir su piel, y luego nos ordenó acabar con el dios blanco donde quiera que estuviese... -puntualizó el «costeño»- Ninguno de nosotros puede regresar a Túmbez hasta que haya muerto.

-¿Cuántos sois?

-No lo sé.

-¿Por qué tenéis que hacerlo?

Se diría que la pregunta sorprendía profundamente al hombrecillo que jamás se había atrevido a analizar las razones de una orden de su amo.

-No lo dijo -replicó al fin.

-¿Hay alguno otro en Cajamarca?

-No, que yo sepa.

Hanco Queché permaneció unos instantes rumiando cuanto acababa de escuchar, y por último hizo un gesto con la mano indicando que lo sacaran de allí.

-Quemadlo a fuego lento para que sobreviva una semana. Si muere antes os quemaré a vosotros... Quiero que sus gritos se escuchen en toda Cajamarca para que alejen a los demonios de Sopay y aplaquen las

iras de Pachicamac. Que sufra lo que ningún ser humano haya sufrido nunca.

-Él no tiene la culpa -intervino Alonso de Molina-. No es más que un siervo de Chili Rimac...

-¡No te metas en esto! -suplicó Chabcha Pusí-. El Gobernador sabe lo que hace.

Éste por su parte le había dirigido una larga y severa mirada, y tras arrancarse violentamente un nuevo mechón de cabellos que dejó caer a sus pies, masculló mordiendo casi las palabras.

-Chili Rimac tiene sangre real y por lo tanto nada puedo hacer contra él, más que elevar mis quejas a Huáscar... Y a este hombre debo castigarle, no sólo por haber ofendido mi honor, sino por no haber sabido cumplir la orden de su Señor... -Lanzó un hondo suspiro y resultaba evidente que se sentía profundamente desorientado-. Si Chili Rimac tiene razones que desconozco para matarte, no soy yo quién para oponerme a ellas, y tanto te ruego que abandones cuanto antes Cajamarca.

-¿Sin escolta...?

Hanco Queché dudó un instante, lo que aprovechó Chabcha Pusí para intervenir en un tono de voz altivo y firme que sorprendió a todos.

-Te recuerdo, Hanco Queché, Gobernador de Cajamarca, que tengo órdenes directas de Nuestro Señor el «Inca», de llevar sano y salvo a este hombre a su presencia. Tu obligación por tanto es ayudarme porque, además, acuso a Chili Rimac de asesino, traidor a Huáscar y vasallo del bastardo Atahualpa, a cuya causa sirve.

El gordo le miró como si estuviese viendo a todos los demonios del infierno.

-¿Te has vuelto loco? -exclamó- ¿Cómo te atreves a lanzar semejante acusación contra un miembro de la familia real...? ¿Sabes a lo que te expones?

-A ser quemado a fuego lento en la plaza del Cuzco... -admitió el «curaca» seguro de sí mismo-. Pero mi acusación ya ha sido lanzada y por lo tanto estás obligado a recibirla y obrar en consecuencia. Si no la escuchas se te podrá acusar de cómplice de Chili Rimac y recibirás idéntico castigo si resulta culpable.

-¡Sopay, el maligno, me visitó esta noche y se quedó en mi casa para siempre...! -se lamentó el adiposo hombretón cerrando los ojos en un ademán que mostraba a las claras su profunda desolación-. Después de una larga vida de lucha y sacrificios, se me ofrecía una vejez tranquila y una muerte honorable, pero he aquí que todo resulta destruido en un instante... -Se volvió a Alonso de Molina-. Te daré cinco hombres pero vete... -Luego fulminó al «curaca» con la vista- En cuanto a ti, si nadie me pregunta prefiero olvidar la acusación que has hecho, pero no quiero volver a verte jamás por Cajamarca. Ni a ti, ni a ningún hombre blanco, sea o no «Viracocha». Traen mala suerte.

Abandonó la estancia con toda la dignidad que le permitía su abultada barriga y su enorme trasero, y una hora después Alonso de Molina, Chabcha Pusí y cinco tristes soldados atravesaban la plaza en que comenzaban a prepararse las parrillas sobre las que un asesino

sería asado a fuego lento, para emprender decididos el camino hacia el Sur...

A poco más de un kilómetro de la ciudad, y aprovechando la primera luz del alba, el español se volvió a admirar su hermoso emplazamiento en mitad de un fértil valle bañado por dos limpios arroyos, asombrándose por la perfección con que estaban construidos sus macizos edificios de piedra, el majestuoso palacio del Gobernador dominado por una altiva torre, o la plaza empedrada y triangular.

Poco podía imaginar entonces, que aquella tranquila ciudad y aquella amplia plaza serían testigos de la sangrienta batalla que permitiría a sus antiguos compañeros de armas apoderarse del «Inca» y de su Imperio.

El «curaca», que marchaba en primer lugar todo lo aprisa que le daban de sí las piernas, reparó muy pronto en que se había detenido y le chistó imperativa- mente para que reiniciara la marcha.

-¡Vamos! -dijo---. No es momento de pararse. Tenemos que buscar un lugar donde escondernos antes que el camino comience a transitarse. Viajaremos de noche.

-¿Por qué?

-Porque me preocupan más los asesinos de Chili Rimac que los soldados de Atahualpa. -Le miró desconcertado-. ¿Qué demonios le hiciste para que te persiga de ese modo?

-No tengo ni idea, pero te juro que no pienso abandonar este país sin haberle ajustado las cuentas...

-Ya oíste al Gobernador: únicamente el «Inca» puede juzgar a un miembro de la familia real.

El español le apuntó acusadoramente con el dedo.

-¡No me vengas con ésas! --exclamó-. Acabaré con ese cerdo donde quiera que se meta.

-De momento es él quien parece tener más posibilidades de acabar contigo -sentenció el «curaca» que, alzar el rostro y observar cómo el sol pugnaba por su aparición entre dos cumbres, lanzó una rápida ojeada a su alrededor y acabó señalando el espeso bosquecillo que coronaba una diminuta colina-. Nos escondemos allí hasta que oscurezca -dijo.

Lo hicieron, y Alonso de Molina agradeció el descanso, puesto que aún no se sentía con fuerzas como para emprender una larga caminata y necesitaba tiempo y calma para meditar a fondo, ya que los acontecimientos se precipitaban de tal forma y tan confusamente, que aún no había tenido ocasión de reflexionar sobre ellos y sobre cuánto pudieran significar de cara al futuro.

Tumbado bajo un árbol, contemplando el sereno vuelo de un cóndor que giraba una y otra vez en el cielo al acecho de una posible presa, se preguntó una vez más las razones por las que Chili Rimac le odiaba con tanta intensidad y no encontró respuesta.

Pasó recuento, punto por punto, a sus relaciones con el hombre que había acudido a recibirle a la playa convirtiéndose en su primer anfitrión en Túmbez, y no pudo recordar que durante todo el tiempo que pasaran juntos tuviera un solo gesto agrio, una palabra dura o el

más mínimo detalle que hiciese sospechar que había incurrido en su desagrado hasta el punto de desear su muerte.

Sus relaciones con el altivo «Orejón» de sangre real habían sido siempre correctas y nada en su forma de comportarse permitía predecir que estuviera esperando su marcha para matar y despellejar a Ginesillo, ni para enviar tras su pista a toda una manada de asesinos.

¿Por qué no le mató en Túmbez? ¿Por qué no aprovechó su sueño o cualquiera de aquellos momentos en que se encontraba inerme en compañía de una de las innumerables muchachas que con tanta prodigalidad le facilitaba...?

Tras mucho darle vueltas llegó a la conclusión de que no entendía a Chili Rimac porque en el fondo aún no había conseguido adaptarse a la idiosincrasia de una raza totalmente distinta a todas cuantas hubiera conocido hasta el presente, pues ni árabes, ni negros, ni aun aquellos fríos y distantes nórdicos que tratara en Flandes, se le antojaron nunca tan extraños como los menudos y cetrinos habitantes del Gran Imperio del Tihuntinsuyo. Podía deberse a una cuestión de temperamento, de costumbre o de clima, pero lo cierto era que, excepto Chabcha Pusí, con quien había logrado intimar hasta el punto de romper en contadas ocasiones la eterna coraza con que parecía protegerse, el resto de los incas que había conocido se le antojaban seres de otro planeta que a su vez le trataban como si fuera él el habitante de una distante galaxia.

¿Qué se podía esperar de un pueblo que apenas se reía? ¿Cómo adivinar lo que pasaba por la mente de aquel orgulloso «Orejón» de expresión tan altiva e impasible como una alpaca del páramo, que habitaba en un lujoso palacio rodeado de mujeres hermosas y atendido por criados y sin embargo se diría que la vida no le proporcionaba más que continuos sinsabores ... ?

Unas gentes cuya música se limitaba a caramillos, tambores y flautas melancólicas tenían sin duda enferma el alma, o al menos así se le antojaba a alguien que, como Alonso de Molina, había crecido al son de guitarras y pan- deretas.

«¡Qué lejos estoy de casa...! -fue lo último que murmuró al quedarse dormido- ¡Qué lejos!»

Naika se enamoró de Alonso de Molina en el momento mismo en que le vio.

Fue como si de improviso sus más íntimos sueños de niña, adolescente, o mujer, hubiesen cobrado forma en la figura de aquel gigantesco ser de espesa barba, ojos de color de cielo y manos como mazas que se adornaban con un peto de metal reluciente y hablaba con una voz tan profunda que parecía surgir de las entrañas mismas de la tierra.

Era como un dios llegado de una lejana estrella, pero era al propio tiempo un dios de fascinante envoltura humana; un hombre que abultaba casi el doble que cualquier otro hombre que hubiera visto

nunca, y junto al cual su esposo, Chabcha Pusí, semejaba un chiquillo indefenso.

Llegó de noche, sucio y cansado, pero animoso y sonriente, como si el hecho de atravesar el país perseguido por los esbirros de Atahualpa o amenazado por los asesinos de Chili Rimac no constituyese más que una simple anécdota intrascendente, y Naika lo contempló mientras comía y bromeaba, pregun- tándose de qué estaban hechos sus blanquísimos dientes que tanto le atraían.

Deseaba tocarlo: ansiaba extender la mano y cerciorarse de que era de carne y hueso y no una visión fruto de un loco sueño sin sentido, pero temió quemarse o temió que tal vez con tan sólo rozarlo reventase como una de aquellas burbujas de colores que en ocasiones se deslizaban sobre un agua muy quieta.

Aspiró el olor bronco y desconocido que inundaba la estancia al igual que pudiera hacerlo el aroma de las flores silvestres en verano, y acurrucada en el rincón más oscuro espió sus ademanes sin percatarse que un helado sudor le recorría la espalda y una humedad caliente y dulce le empapaba los muslos.

¡Alonso!

Repitió en voz muy baja, una y mil veces, aquel nombre de sonoridad distinta y prodigiosa, y llegó a la conclusión de que jamás existió una palabra que llenara tanto su boca ni despertara tantos ecos extraños en su mente.

¡Alonso!

La fuerza de su risa estremeció la llama que iluminaba su rostro, y la potencia de su voz golpeaba en los oídos como los tambores de un ejército triunfante.

Él la miró dos veces.

Con curiosidad o admiración tal vez, nunca consiguió saberlo a ciencia cierta, pero en cuanto Chabcha Pusí la presentó como su esposa desvió la vista definitivamente, respetuoso con un amigo por el que sentía un aprecio profundo.

Se preguntó qué tenían en común dos seres tan distintos.

Chabcha era tan callado y serio que ni aun en los momentos más íntimos le había visto sonreír o realizar un solo gesto espontáneo, como si demostrar sus sentimientos aun a solas con la mujer que amaba resultase impropio de un hombre de su edad y su rango, mientras que Alonso reía de continuo, gesticulaba a todas horas y no parecía preocuparse en absoluto por conservar mas que la indiscutible dignidad de su persona requería.

¿Eran así los dioses?

¿Era así Pachacamac, cuya cólera provocaba destrucción y la muerte; el Sol que cegaba a quien se atrevía a mirarle, o aquellos otros dioses más crueles, que sacrificios humanos para perdonar las culpas de sus siervos?

¿Era también «Viracocha» el dios de la alegría además del Creador del Universo con todas sus criaturas?

-Sólo es un hombre... -replicó Chabcha Pusí cuando se atrevió a preguntarle por el recién llegado-. Extraordinario y algo loco, pero un hombre...

-¿Estás seguro?

-Nadie puede estar nunca seguro de los hombres... Ni de los dioses... -fue la enigmática respuesta del «curaca»-. Menos aún de un «hombre-dios» que parece estar jugando siempre a confundirte.

-¿De dónde viene?

-Del confín del Universo. Los sabios «amautas» aseguran que todo tiene un fin, incluso la obra que creó «Viracocha», y el Universo acaba de improviso en el vacío, pero Molina afirma que viene de más allá de ese final y ese vacío. -La observó interrogativamente-. ¿A quién debo creer? --quiso saber---. ¿A quienes dictaron las normas que rigen mi vida, o a quien con su presencia demuestra que están equivocados?

-No todos pueden haber estado siempre equivocados.

Era casi una niña aún, pero acababa de pronunciar la frase que de una u otra forma giraba tiempo atrás en la cabeza de Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, obsesionándole: «No todos pueden haber estado siempre equivocados.»

-¿Y si lo están...?

-En ese caso todo tu mundo se vendría abajo. -La muchacha se encogió levemente de hombros-. Y en realidad, tampoco me extrañaría: mi padre aseguraba que eran muchas las cosas que veía en las estrellas que no concordaban con lo que veía en la tierra. ¿Por qué se esconde el «Viracocha»?

Acarició apenas el negrísimo cabello que caía hasta la cintura y se maravilló una vez más ante la perfecta belleza de aquel rostro de diosa.

-El «Inca» no desea que se le vea hasta que los sacerdotes se pongan de acuerdo sobre quién es en realidad. Permanecerá aquí hasta que Yana Puma decida. Además, quieren matarle.

-¿Por qué?

-Es peligroso.

-¿Para quién?

-Para Atahualpa, por ejemplo. Y para Chili Rimac que asesinó a su amigo negro. Y para todos los que creen que no es un dios, sino un enviado de Sopay que ha venido a provocar una guerra civil. Hanco Queché, el Gobernador de Cajamarca, llegó a confesar que hubiera preferido que aquel sucio «costeño» hubiera conseguido su propósito.

-Y tú... ¿Qué prefieres? El «curaca» comenzó a desnudarla muy despacio, re- godeándose en el placer que significaba ir descubriendo centímetro a centímetro aquel delgado y pétreo cuerpo que siempre le asombraba, y sin apartar los ojos de su pecho, oscuro y agresivo, replicó escuetamente:

-Es mi amigo.

-¿Tu amigo? -se sorprendió Naika-. Siempre dijiste que un «curaca» no debe tener amigos.

-Y es cierto, pero éste lo es... Me salvó la vida.

-Cuéntame cómo.

-Ahora no tengo ganas de contar nada. Ahora lo deseo es hacer el amor.

-¡No! -fue la firme respuesta-. Antes cuéntame cómo te salvó la vida el «Viracocha».

Alonso de Molina se enamoró de Naika en el momento mismo en que la vio.

Se le antojó tan irreal como una muñeca que de improviso hubiera cobrado vida y movimiento, porque diminuta y perfecta en cada línea de su cuerpo y sus facciones, más parecía una exquisita marioneta de teatrillo italiano, que una auténtica mujer de carne y hueso con la dificultad de actuar a su albedrío.

Pero ninguna marioneta tuvo jamás aquellos ojos, ni la capacidad de mirar mostrando el alma en cada parpadeo, escudriñando en el interior de las personas con tanta intensidad que cabría pensar que extraía de los cerebros las ideas antes incluso de que hubieran comenzado a conformarse.

Había tomado asiento en un rincón y el español se sintió observado como por dos zafiros refulgentes o un «cunaguaro» al acecho, pues Naika, por su forma de actuar y de moverse, le recordó de inmediato el gran gato listado de las selvas del interior de Tierra Firme que unas veces se comportaba como una feroz pantera y otras como un minino faldero.

Le bastó una ojeada para comprender que se trataba de la mujer más agresiva y tierna que hubiera conocido; un ser capaz de mudar de actitud de un segundo al siguiente, habituada sin duda a dominar a la fuerza sus ímpetus, pero con tal carga de pasión en el cuerpo que raro parecía que no hubiera hecho estallar en mil pedazos su pequeña estructura, ya que era como un puñado de pólvora bien atacada en el fondo del arma, pacífica y callada pero siempre latente, aguardando la chispa que la hiciera reventar empujando la bala.

Nada tenía que ver con las sumisas muchachas que le acosaran en Túmbez, ni con ninguna otra que se hubiera cruzado anteriormente en su camino a uno u otro lado del océano.

«Su padre es el "amauta" encargado por el "Inca" de estudiar el movimiento de los astros, y su madre era una "salvaje" del Oriente que jamás se habituó a vivir lejos de sus selvas. De ella heredó Naika su rebeldía y su fiereza...»

Era otro el «curaca» desde que había llegado al Cuzco, como si el hecho de saberse a salvo y rodeado por lo suyos relajara la tensión a la que continuamente parecía sentirse sometido, aunque resultaba evidente a todas luces que el más acusado de sus cambios se debía a la presencia de aquella sorprendente criatura que pese a su minúsculo tamaño parecía llenar por completo los mayores espacios.

Para el andaluz, que había aprendido a apreciar sinceramente al «curaca», descubrir la auténtica naturaleza de su personal interés por la inquietante muchacha y comprender hasta qué punto parecía ser aquél un sentimiento compartido le produjo una confusa sensación de desasosiego, pues nada podía encontrarse más lejos de su ánimo que sumergirse en una aventura amorosa que pudiera afectar al único amigo que tenía.

-Tal vez no vuelva a verla... -se dijo aquella misma noche tumbado a oscuras en una amplia estancia del palacio-. Mañana mismo me entrevistaré con Huáscar y seguiré mi camino...

Pero a la mañana siguiente Naika fue la primera persona con quien se tropezó en el jardín, y cuando por unos segundos sus miradas se cruzaron, se dijeron sin palabras mucho más de lo que ninguno de los dos hubiera dicho nunca a nadie en este mundo.

-¡Mierda! -fue todo lo que se le ocurrió exclamar a Alonso de Molina al alejarse-. Debo estar loco... ¿Es que acaso no existen diez millones de mujeres sin marido...?

Le costó un enorme esfuerzo enfrentarse a su amigo como si temiera llevar grabados en la frente sus más íntimos deseos, experimentando al propio tiempo una ternura y un profundo rencor por el «curaca» pues no podía olvidar que acababa de pasar la noche con la mujer de la que se había enamorado.

-Mi Señor, «Inca» Atahualpa, ordena que no te dejes ver hasta que envíe a buscarte... -fue lo primero que le dijo- Graves problemas reclaman su atención y ha tenido que viajar a Ollantaytambo... Hay espías de Atahualpa en la ciudad, y es muy posible que también haya llegado alguno de los asesinos de Chili Rimac. En mi casa estarás seguro.

-No he venido hasta el confín del mundo para encerrarme entre cuatro paredes... -fue la áspera respuesta del español-. Me has obligado a realizar la última parte del camino de noche, y ahora ni siquiera puedo conocer la ciudad de la que tanto me has hablado. ¿De qué sirve en ese caso mi viaje?

-Tiempo tendrás de verlo todo si conservas la vida -sentenció seriamente Chabcha Pusí-. Y si te matan antes, de poco te valdrá haberlo visto. Come bien, atibórrate de «chicha» y descansa... Las más lindas esclavas están deseando ayudarte a pasar el tiempo alegremente. Elige las que quieras.

Prefirió guardar silencio porque hubiera resultado de todo punto improcedente replicar que en aquellos momentos no podía imaginar poner las manos sobre ninguna mujer que no fuera su esposa, y cuando al fin se decidió a hablar fue para cambiar por completo de tema:

-¿Por qué ha tenido que marcharse Huáscar a Ollantaytambo? -inquirió-. ¿Tan peligroso se ha vuelto Atahualpa?

-Debe saber que estás en Cuzco y si tiene la intención de rebelarse, lo lógico es que lo haga antes de que se corra la voz de que el «Viracocha» está de parte de su hermano.

-Tú sabes bien que no pienso tomar partido por ninguno.

El otro asintió con un gesto:

-Yo lo sé, pero los demás no lo saben, y el mío es un pueblo impresionable, que se rige por leyendas y supersticiones. Si por primera vez existe una lucha por el trono y por primera vez en siglos hace su aparición un «Viracocha», lo normal es suponer que viene a respaldar a uno de los pretendientes. ¿O no?.

Expuesto de ese modo, el planteamiento no carecía de lógica y debía resultar muy difícil convencer a todo un pueblo de que ambos hechos no tenían la más mínima relación entre sí. Por lo poco o mucho que Alonso de Molina sabía de Historia, tenía plena conciencia de que en demasiadas ocasiones coincidencias semejantes habían cambiado por completo el curso de los acontecimientos y ésta podía muy bien convertirse en una de ellas.

No tuvo tiempo sin embargo de exponer su opinión, ya que Naika hizo su entrada portando un inmenso ramo de flores que comenzó a distribuir por las diferentes hornacinas que a modo de nichos se distribuían por las paredes, por lo que los dos hombres permanecieron en silencio fascinados por la presencia de aquella extraordinaria criatura que parecía atraer, como un imán, hasta la última de sus miradas.

-Corren rumores... --comentó sin volverse, segura al parecer de que estaban pendientes de cada uno de sus gestos-. Por tercera vez Atahualpa se ha negado a acudir a acudir a la ceremonia de coronación, y Huáscar ordenará la movilización del ejército para traerle por la fuerza. Las mujeres están inquietas.

-Las mujeres harían mejor dedicándose a cotillear de sus asuntos, que a meterse en problemas políticos. Nadie puede adivinar lo que piensa el «Inca» y a la que sorprendan hablando de esos temas le cortarán la lengua.

-Los astros aseguran que pasada la Fiesta del Sol los ríos bajarán rojos de sangre.

-Cada cual puede interpretar los movimientos de los astros como quiera -replicó el «curaca» molesto-. Y quien lo hace se arriesga a ser castigado por revelar secretos que están hechos para el oído del «Inca».

Los oscuros ojos de Naika relampaguearon un instante, pero se volvió a Alonso de Molina y de inmediato pareció como si toda su furia se diluyera en agua.

-Siempre te gustó que te contara los secretos de las estrellas -señaló con marcada intención.

-Siempre que sean secretos que no afecten a la paz del Imperio -replicó su marido-. Una cosa es saber si va a nacer un nuevo Hijo del Sol, o si será buena la cosecha, y otra muy distinta hablar de ríos de sangre. Con demasiada frecuencia las guerras empiezan porque se empieza a hablar de guerra...

-Sin embargo... -intervino Alonso de Molina al que se diría que le costaba un gran esfuerzo apartar la mirada de Naika-, negar algo que resulta evidente puede convertirse en una estúpida cobardía. Si existe una innegable desobediencia de Atahualpa de nada sirve ignorarla, y cuanto más se demore hacerle frente, más se envalentonará.

-¿Te parece justo entonces que sea Huáscar el que inicie las hostilidades tratando de obligar a su hermano a que venga a rendirle pleitesía...?

Era Naika quien había hecho la pregunta yendo a sentarse a los pies de su marido y observando con extraña fijeza al español que no podía por menos que sentirse cada vez más nervioso en su proximidad.

-No soy quién para opinar... -musitó al fin tímidamente-. No se trata de mi país.

-Tampoco es el mío -fue la sorprendente respuesta. ¿Sabías que mi madre fue una «salvaje»? La sacaron a la fuerza del paraíso en que vivía, allá en Oriente, donde nunca hace frío y los niños se bañan todo el año en los ríos, y la trajeron a las montañas donde acabó muriendo de pena. Siempre me recordaba que yo no pertenecía a las montañas, sino a la selva. Y es cierto.

-Jamás has visto una selva... -protestó Chabcha Pusí---. ¿Cómo puedes saberlo?

La muchacha se señaló con el dedo índice la frente, y luego el corazón.

-Porque aquí conservo todo lo que me contó, y aquí lo que siempre he sentido. Ella podría ser una «salvaje», pero su forma de vivir me parece mucho más lógica que la nuestra. Los «aucas» son libres, mientras que aquí vivimos eternamente sometidos a los caprichos del «Inca»

-Calla... No debes hablar de esas cosas.

-¿Por qué? -replicó desafiante-. ¿Es que ni siquiera en mi casa puedo decir lo que pienso? Mi madre, sus hermanos o sus padres iban adonde querían y hablaban de lo que les apetecía, y a mí me gustaría ser como ellos. ¿Qué tiene eso de malo?

-Nosotros somos seres humanos que nos regimos por leyes construimos casas, cultivamos los campos, apacentamos el ganado y extraemos de las entrañas de la tierra los minerales que necesitamos. Los «aucas» vagan por las selvas viviendo de lo que encuentran y disputando como los monos. Algunos incluso se devoran entre sí.

-¡Mi madre jamás lo hizo!

-Tu madre quizá no... ¿Pero cómo sabes si lo hacían sus padres, o los padres de sus padres ... ? --Comenzó a acariciarle tiernamente el cabello con un ademán más paternal que amoroso, pese a lo cual Alonso de Molina tuvo que hacer un esfuerzo y apretar los dientes-. Todo parece muy bonito contado por una mujer nostálgica a la que sacaron de allí siendo una niña, pero la realidad es muy distinta.

-Cuando ya no te parezca hermosa y te canses de mi, me iré a la selva.

-Yo nunca me cansaré de ti y lo sabes -fue la sentida respuesta del «curaca»-. Pero si tanto interés tienes, te doy mi consentimiento para que, cuando muera, te vayas... -Se volvió al andaluz-. Tú llegaste por el Oeste y sin embargo siempre aseguras que tu país de origen queda al Oriente... ¿Hay selvas allí?

-No; en España no hay selvas. Se encuentra más al Norte, al otro lado del mar.

-Nunca he visto el mar... -señaló la muchacha-. Aseguran que es como el Titicaca pero que se pierde de vista en la distancia. ¿Es cierto?

Alonso de Molina permanecía tan absorto contemplándola que ni siquiera reparó en la pregunta, y ella tuvo que repetírsela para conseguir que saliera de su ensimismamiento buscando atolondradamente una respuesta.

A Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, no le pasó inadvertido el descon- cierto de su amigo.

Huáscar te espera.

-¿A estas horas...? -se asombró.

-A estas horas.

Abandonó malhumorado el lecho, se lavó la cara y comenzó a vestirse, pero cuando se disponía a ceñirse la espada, Chabcha Pusí le detuvo con un gesto:

-Nadie puede presentarse armado ante el «Inca»... -dijo-. Y deberás llevar una pequeña carga de maíz sobre el hombro en señal de sumisión.

Alonso de Molina meditó unos instantes y por último replicó con firmeza:

-No llevaré armas, pero tampoco cargaré nada... O me acepta como «Viracocha», o como Embajador, y en ninguno de los dos casos tengo por qué mostrarme sumiso.

El otro dudó, pero al fin se encogió de hombros:

-Es tu cabeza la que está en juego, no la mía -replicó- He hecho cuanto estaba en mi mano para ponerte al corriente de cómo funciona mi país, pero no quiero hacerme responsable de tu actitud cuando te encares al «Inca». Tú sabrás lo que haces.

Fuera aguardaba una docena de hombres armados que les escoltaron a través de oscuras calles iluminadas tan sólo por las tristes antorchas que les precedían y por una luna en creciente que de tanto en tanto pugnaba por hacer su aparición por entre espesas nubes.

Hacía frío y corría un cierzo que se metía en los huesos llegando de la parte alta de la ciudad, que se desparramaba a lo largo de una suave colina dominada por la impresionante silueta de una grandiosa fortaleza que se recortaba contra el cielo.

Las intrincadas y a menudo zigzagueantes callejuelas parecían haber sido diseñadas para evitar que por ellas corriera el viento con demasiada libertad, abriéndose paso por entre pesados edificios de simple arquitectura pero hermosa prestancia, pese a que casi todos ellos fueran de una sola planta y raramente alcanzaran las dos alturas.

No distinguieron a nadie; ni siquiera una luz que se filtrara bajo una puerta, o un llanto o una voz permitiera adivinar que aquel lugar se encontraba realmente habitado, y tan sólo cuando al fin alcanzaron la Huaccapayta descubrieron a los primeros soldados que montaban guardia en las esquinas.

El español se detuvo un instante en el centro de aquella amplia plaza que conformaba sin duda el corazón mismo del Imperio incaico, y no pudo por menos que asombrarse ante la magnificencia del Quishuaracancha, o templo de «Viracocha», que la dominaba por su parte más alta, y el Amarucancha, o Palacio de los «Incas», que constituía en sí mismo una nueva fortaleza y formaba ángulo con el primero.

Pero no fue a ninguno de ellos al que le introdujeron, sino que descendiendo de nuevo por otra callejuela, penetraron al fin en el Inti-Huasi, el fabuloso Templo del Sol del que Chabcha Pusí con tanto entusiasmo hablaba siempre.

El inmenso jardín aparecía muy quieto, sin que ni sola de sus flores o sus hojas se agitase al viento, reflejando una luz dorada que llegaba de las arcadas, y al observar una hermosa vicuña que le contemplaba a su vez completamente inmóvil, Alonso de Molina tuvo que detenerse, atónito, porque acababa de descubrir que cada árbol, cada flor, cada tallo y cada animal de aquél, fantástico jardín no tenía vida, sino que se encontraba labrado con tal prodigiosa perfección, que se hacía necesario inclinarse a observarlo de cerca para no llegar a la conclusión de que sufría alucinaciones.

-¡Es oro! -exclamó estupefacto.

-Ya te lo dije... -replicó con calma el «curaca» que marchaba a su lado- Las flores de la plaza de Huaccapayta también son de oro. Aquí todo es de oro.

Hubiera deseado quedarse a disfrutar durante horas de la más prodigiosa obra de orfebrería del Universo, pero los soldados le hicieron inequívocos gestos de que debía apresurarse y les siguió al interior del grandioso edificio cuyos muros se encontraban formados por gigantescos bloques de piedra tan perfectamente encajados entre sí, que ni siquiera la punta de su espada podría haberse introducido por entre dos de sus junturas.

Dentro, las negras paredes se volvieron de inmediato doradas, puesto que una. gruesa plancha de oro las recubría del suelo al techo, y era tal el brillo de las antorchas al reflejarse de lado a lado, que por unos instantes se vio obligado a entrecerrar los ojos para acostumbrarse a tan inesperado resplandor llegando de las tinieblas exteriores.

De tanto en tanto un grupo de esmeraldas aparecían engastadas en el centro de un muro conformando la silueta de un animal o un ave, y el andaluz tuvo la sensación de que no era cierto que le hubieran sacado del lecho aquella noche, porque tan sólo en el más incontrolado de los sueños cabía aceptar semejante derroche de riqueza.

-¡No es cierto! -musitó agitando una y otra vez la cabeza-. No puede serlo. No existe tanto oro en el mundo...

Pero existía. Más y más a medida que atravesaban estancia tras estancia, y cuando al fin le introdujeron en la mayor de todas ellas permaneció unos instantes como clavado en el suelo y con la boca entreabierta contemplando embobado el grueso disco del sol de casi tres

metros de diámetro y cuajado de piedras preciosas que se alzaba a espaldas de un alto trono de similares características.

-¡Dios misericordioso! -exclamó-. Hay aquí más riquezas que en todos los palacios de Europa juntos.

-¡Mira al suelo!

-¿Qué?

Chabcha Pusí, que cargaba ahora sobre los hombros un pequeño saco de piel de alpaca y aparecía blanco como la más nevada de las montañas de la sierra, le hizo un imperativo gesto con la cabeza señalando hacia abajo:

-¡Mira al suelo y no levantes los ojos!

Obedeció y permaneció muy quieto advirtiendo cómo un pequeño grupo de personas hacía su entrada en la estancia por una puerta lateral por lo que casi contuvo la respiración hasta que percibió un leve chasquido, y al instante el «curaca» musitó:

-Ya puedes alzar la cabeza, pero cuando el « Inca » te mire no apartes nunca la vista... Es la costumbre.

Huáscar, un hombre de poco más de treinta años, pequeña estatura pero expresión altiva, penetrantes ojos que parecían dorados y lujosos ropajes cuajados de pedrería, había tomado asiento en el trono y le observaba con una manifiesta curiosidad no exenta quizá de un leve desconcierto.

-¡Bien venido al Cuzco! -dijo con voz autoritaria que sonaba forzada- ¿Es cierto que hablas mi idioma

-Es cierto.

-¿Vienes en son de paz?

-¿Dónde están mis ejércitos si no fuera la paz la que guiara mis pasos...? ¿Qué mal podría causar yo solo al más poderoso de los Imperios existentes...?

El «Inca» se volvió hacia los cuatro ancianos que habían situado a su izquierda, un paso atrás, y pareció dar a entender que le satisfacía lo que acababa de oír. Luego, tras meditar unos instantes, clavó de nuevo sus inquietantes ojos en el español e inquirió:

-¿Eres acaso un dios?

-Los dioses, como los reyes, se reconocen entre sí... -fue la evasiva respuesta-.

-Yo nunca pondré en duda que eres el hijo primogénito de Huayna Capac, descendiente de Manco Capac, fundador del Imperio y descendiente a su vez del Sol.

Se diría que Huáscar necesitaba tiempo para meditar a fondo cada frase, por lo que se limitó a contemplarse largamente las manos como si le llamara poderosamente la atención que estuviesen allí. Por último, sin alzar la cabeza, quiso saber:

-¿Cuál es el auténtico objetivo de tu viaje?

-Conocerte.

-¿Por qué?

-¿Acaso tiene que existir una razón especial para conocer a un Hijo del Sol?

-Eso no responde a mi pregunta, pero probaré a hacerte otra: ¿Qué sabes de mi hermano Atahualpa?

-Que sólo es a medias tu hermano, y que la sangre de los «Incas» no corre libremente por sus venas. Su madre no desciende del Sol.

-¿Acatará mi autoridad?

-No.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -se sorprendió-. ¿Te lo ha dicho él?

El español negó convencido:

-Jamás hablé con él pero si se considera un auténtico Hijo del Sol y ha llegado tan lejos, su dignidad no le permitirá arrastrarse a tus pies.

-Yo no pretendo que se arrastre a mis pies -fue la sincera respuesta-. Tan sólo deseo que reconozca que soy el único «Inca» y admita que el país no puede dividirse. -Hizo una corta pausa y el tono de su voz cambió súbitamente- No quiero la guerra -dijo.

Fue aquel cambio en la voz, más que las palabras, el que ayudó a comprender a Alonso de Molina que el aparentemente todopoderoso «Inca» Huáscar, descendiente directo del Dios Sol y Señor absoluto del Incario, era en realidad un hombre inseguro de sí mismo, e inseguro, sobre todo, del resultado final de un enfrentamiento armado con su agresivo y ambicioso hermanastro.

Si estaba ahora allí, en mitad de una gélida noche, sentado en un inmenso trono que no sabía a todas luces llenar con su presencia, no era probablemente porque necesitara convencerse de que el misterioso extranjero que había desembarcado en sus costas eran tan sólo un hombre y no la reencarnación de «Viracocha», sino para intentar averiguar si podía arrojar alguna luz sobre el resultado de la contienda que al parecer se avecinaba.

-No creo que se trate exactamente de una guerra -replicó al fin Alonso de Molina procurando hacerle comprender su particular punto de vista-. Se trata de una rebelión. Las guerras pueden evitarse si uno de los dos bandos lo desea, pero evitar una rebelión tan sólo depende de la firmeza de quien decide rebelarse.

-¿Y crees que Atahualpa está completamente decidido?

-Eso temo.

-¿Concederle el Reino del Norte conduciría a algo? Los cuatro ancianos que habían permanecido impasibles durante la entrevista se agitaron intercambian- do cortas miradas de desconcierto, y el primero de ellos estuvo a punto de protestar, pero el «Inca», que parecía percibir con el rabillo del ojo cuanto ocurría a su alrededor, alzó levemente la mano como para impedir cualquier intervención o imponer calma al tiempo que insistía:

-Dime: ¿Dividir el Imperio con mi hermano evitaría el terrible derrama- miento de sangre que predicen los astros...?

-Temo que tan sólo conseguiría hacerle más fuerte para que se abalanzara más tarde sobre ti.

-¿Estarías de mi parte si hubiera una guerra?

-Llegué a este país en son de paz, pero uno de tus, parientes asesinó a mi mejor amigo. No tomaré ninguna decisión a ese respecto hasta que la cabeza de Chili Rimac me permita comprender que eres un hombre justo.

El «Inca» de los ojos de reflejos dorados asintió una y otra vez muy despacio, y por último, admitió:

-Ignoro por qué Chili Rimac asesinó a tu amigo, pero tan sólo por mantenerme en esa ignorancia, merece un castigo. Tendrás su cabeza, pero antes quiero saber si es cierto que dominas el rayo, y tu «Tubo de Truenos» mata de lejos.

-Es cierto.

-¿Podrías matar de lejos a Atahualpa?

-No, si por sus venas corre sangre de los «Incas». El poder de los dioses no debe volverse nunca contra los hijos de esos dioses, a menos que intenten agredirme.

Más tarde, ya de regreso a su palacio, Chabcha Pusí no pudo por menos que felicitarle por aquella frase, puesto que pareció ser la que terminó de convencer al apocado Huáscar de que nada debía temer del extraño «hombre-dios» que había acudido a visitarle.

-Tiene miedo -añadió, y resultaba evidente que le costaba un gran esfuerzo aceptar que su dios particular pudiese mostrar una debilidad tan tristemente humana- Tiene miedo y aún no soy capaz de decidir si es por el daño que va a causarle a su pueblo, o por sí mismo.

-Por ambas cosas -replicó el español que se sentía fatigado pero profunda- mente satisfecho de cómo se había desarrollado la entrevista-. Es un pobre pusilánime al que sin duda le han calentado demasiado la cabeza con augurios nefastos. Cada vez que se sienta en ese trono parece estar preguntándose por qué le ha correspondido tal carga y tal honor y cuándo llegarán los que vengan a levantarle. ¿Cómo era su padre?

-¿Huayna Capac? Un valiente guerrero duro como la roca, feroz y autoritario. Únicamente Atahualpa, que le acompañaba en todas las campañas, osaba llevarle la contraria. Murió muy viejo, pero hasta el último momento gobernó con mano de hierro.

-Y Huáscar creció sabiendo que jamás podría imitarle... -concluyó Alonso de Molina-. Conozco a esos príncipes que nunca debieran dejar de serlo. Tienen madera de heredero, no de rey. Son buenas ramas, pero malos troncos.

-Hasta ahora se ha comportado como un gobernante justo. Él administraba el Imperio mientras su padre y su hermano iban a la guerra.

-Eso debe saber hacerlo quizá mejor que nadie. Fue educado para ello, pero en cuanto se enfrenta a un auténtico problema se tambalea porque Huayna Capac nunca tuvo que resolver una situación semejante, y por lo tanto no sabe cómo habría actuado en ese caso.

-¿Pretendes insinuar que su única virtud es la de ser hijo de Huayna Capac?

-Como «Inca», sí. Creció a su sombra y de él lo aprendió todo, pero aquello que no esté en el manual que le enseñó, le resultará irresoluble.

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, no hizo ningún otro comentario, limitándose a desearle un buen descanso y retirarse a las habitaciones que compartía con Naika, a meditar en cuanto había aprendido durante aquella larga noche sobre el ser al que siempre había considerado su dios, su norte y su guía, y clareaba ya sobre el Cuzco y la majestuosa silueta de la inexpugnable fortaleza de Saqsaywaman que comenzaba a distinguirse allá en lo alto, dominando y protegiendo la ciudad que salía de su sueño, mientras continuaba apoyado en el quicio de una ventana contemplando los tejados -algunos labrados en oro puro- de aquel «Ombligo del Mundo» al que tanto amaba intentando poner orden en el desesperante caos en que se estaba convirtiendo su cerebro. Todo aquello en lo que siempre había creído a ojos cerrados parecía ser ahora falso, su bien estructurado universo se descomponía por momentos, e incluso el más inatacable de sus ídolos amenazaba con desmoronarse mostrándole a las claras que más que un dios todopoderoso era un simple mortal acobardado.

¿Qué quedaría del omnipotente Hijo del Sol una vez que le despojaran de su trono de oro, sus ricas túnicas cuajadas de esmeraldas o la colgante borla roja distintiva, del sumo poder heredado de su padre?

¿Qué sería de millones de seres humanos que dependían por completo de las decisiones de un «Inca» que se mostraba tan desconcertado e indeciso?

¿En manos de quién se encontraba el mayor de los Imperios conocidos?

-¿Qué te preocupa tanto?

Se volvió a observar a Naika que había abandonado el lecho y acudía a su lado a contemplar también el azul de un cielo que parecía ir cobrando vida y color demasiado rápidamente, como si tuviera una excesiva prisa por destacar la innegable belleza de cada rincón de aquella ciudad inimitable.

-Huáscar -replicó tomando su mano que tuvo la virtud de devolverle la paz por un instante- Esta noche lo he visto bajo un prisma diferente. -Se diría que a Chabcha Pusí le costaba un supremo esfuerzo reconocer lo que iba a decir, pero al fin lo hizo-: No es dios.

-Has tardado demasiado en descubrirlo -replicó la muchacha sin mirarle, atenta como estaba al cambio de luces que parecía ir jugando con los tejados de oro, lanzando destellos y confundiendo sus formas-. Un dios que teme a la muerte es porque duda de su divinidad. Los dioses de mi madre nunca mueren.

-¿Cuáles eran los dioses de tu madre?

-Aquellos que no tienen tiempo ni forma y por lo tanto jamás pueden decepcionarnos. Los espíritus del bosque o de los ríos están ahí desde hace miles de años y ahí continuarán, invisibles, hasta el fin de los siglos. En ellos se puede confiar. En alguien que nace y muere, no.

-¿Quién te enseñó esas cosas?

-Mi madre. Y mi padre que se pasa las noches estudiando las estrellas. En ellas descubre muchas verdades que aquí no vemos porque las tenemos demasiado cerca... -Le apretó con fuerza la mano- También he aprendido muchas cosas de ti.

-A menudo me pregunto si no preferiría que fueras mi hija en lugar de Shungu Sinchi. -Le acarició el cabello-. Como padre jamás te decepcionaría, pero como amante llegará un momento en que tenga que hacerlo.

-Me das cuanto necesito.

-Pero te triplico la edad y tú cada día serás más mujer y yo únicamente más viejo. Cometí un error al casarme contigo, pero por más que lo intento no consigo arrepentirme.

---Confío en que jamás tengas que hacerlo. El «curaca» negó con un leve ademán de la cabeza, al tiempo que se encaminaba al lecho que ella acababa de abandonar:

-Hay cosas, como la muerte... -dijo- que llegan siempre, inevitablemente, hagamos lo que hagamos. La decrepitud y la impotencia forman parte también de ese destino que el hombre tiene que afrontar, pero se convierten en absolutamente insoportables cuando se advierte que el tiempo, en lugar de unirnos a los seres que amamos, nos aleja... -Se tumbó vestido y cerró los ojos con aire de fatiga- Déjame descansar un rato -suplicó---. Únicamente el sueño puede hacer que recupere la calma.

Naika salió en silencio de la estancia y fue a tomar asiento en el jardín interior en el que solían transcurrir la mayor parte de las interminables horas de su vida, donde encontraba el silencio y la paz imprescindibles, para dar rienda suelta a sus fantasías imaginando que algún día conseguiría emprender el largo viaje a las lejanas tierras de las que con tanto amor hablaba su madre.

Sin embargo, una vez más le resultó imposible concentrarse en los caudalosos ríos, las oscuras y calientes selvas, o las mil bestias exóticas con las que siempre soñaba, pues su pensamiento no conseguía apartarse del gigante de voz ronca y risa estruendosa que se había adueñado de su, vida.

Observó la entrada de la habitación en que Molina dormía y tuvo que hacer un terrible esfuerzo para no ponerse en pie y aproximarse al umbral de la puerta, a percibir más de cerca su presencia, aspirar su excitante olor atisbar hacia las sombras para entrever las formas de su cuerpo desnudo tumbado sobre la estera.

Experimentó luego un insoportable cosquilleo en las manos que ansiaban recorrer muy despacio cada centímetro de aquella piel velluda y diferente, y advirtió cómo un sudor frío le recorría por la espalda hasta que una voz de sobras conocida la devolvió a la realidad:

-Necesito hablar contigo.

Aborreció profundamente a Shungu Sinchi pese a que siempre fue su mejor amiga y habían pasado juntas las más hermosas horas de su vida.

-¿Qué ocurre? -replicó con brusquedad.

-Necesito tu ayuda.

-¿Para qué?

Los oscurísimos ojos de Shungu Sinchi brillaron con más fuerza que nunca, se apagaron de nuevo en un instante, y por último inclinó la cabeza y se contempló fijamente la punta de las sandalias como si se hubiera convertido en la cosa más importante de este mundo.

-No duermo -musitó-. Me paso las noches dando vueltas, el cuerpo me arde como si me hubieran enterrado una brasa de carbón entre las piernas, y se me seca tanto la boca que temo ahogarme de tanta agua como bebo... -Señaló con la cabeza la puerta de la estancia de Alonso de Molina-. Tú sabes que jamás he hecho el amor con ningún hombre -añadió-. Pero él es un dios y quiero que sea el primero.

-¿Él? -se horrorizó Naika teniendo que hacer un esfuerzo para no extender las manos y arañarle-. ¿Te has vuelto loca? ¿Qué diría tu padre?

-Mi padre te escucha -fue la respuesta-. Te ama más que a nada en este mundo, y te escucha. Tengo tu misma edad, pero llevas dos años casada y yo aún soy virgen... ¿Quién mejor que un «Viracocha» para disfrutar de esa virginidad? -Tomó asiento a su lado y le aferró las manos casi con desesperación---. ¡Le necesito! Le necesito, Naika. ¡Es tan grande, tan fuerte y se ríe tanto...! Es un dios y ningún otro dios volverá a aparecer nunca en mi vida. ¿Por qué tiene que ser una sucia esclava maloliente la que disfrute de un hombre semejante? Yo le amo.

-¡No sabes lo que dices...

-Es lo único que he sabido con exactitud desde que tengo uso de razón. ¿Has visto sus manos? ¿Imaginas lo que debe ser sentirlas acariciándote? ¿Y sus dientes...? ¡Tan grandes y tan blancos...! ¡Y esa altura...! Que un hombre así te posea debe ser como encontrarse en el centro del más terrible y maravilloso terremoto.

-¡Calla! -Fue casi un grito histérico más que una orden- Eres la hija predilecta de mi esposo: mi mejor amiga, pero lo que dices me ofende.

-¿Ofenderte? -Se asombró Shungu Sinchi que parecía no poder dar crédito a lo que estaba oyendo-. Durante dos años me has hecho toda clase de confidencias sobre tus relaciones con mi padre, y ahora te ofendes porque trato de explicarte lo que siento por un dios... No te entiendo. Te juro que no te entiendo.

-¡Perdona...! -Naika pareció comprender de improviso que su amiga tenía razón, y se esforzó por serenarse y no permitir que unos absurdos celos continuaran confundiéndola- ¡Perdona ... ! -insistió-. Ha sido una tontería, pero antes de que hable con tu padre ten en cuenta que, se trate de un «Viracocha» o de un simple extranjero, pronto o tarde se marchará para siempre. ¿Qué harás entonces? ¿Quién querrá a una mujer que ha pertenecido a un ser como Molina?

-No me importa -fue la sincera respuesta-. Si se va me iré con él. Y si no quiere llevarme no volveré a tener relación con ningún hombre. Después de él nadie merecerá la pena.

-¡Eso es una chiquillada! Ninguna mujer del Imperio debe quedar estéril.

-No seré estéril... -aseguró Shungu Sinchi en tono apasionado y con un extraño brillo en la mirada- Tendré un hijo del «Viracocha» que también será un dios... ¿Te das cuenta? Seré madre de un dios y me respetarán por eso.

-¿Y si no es un dios?

-Lo es. Para mí lo es y eso es lo único que importa.

Naika no tuvo tiempo de responder porque se escuchó un angustioso gemido proveniente de la estancia en que dormía Alonso de Molina, y cuando acudieron fue para descubrirlo semierguido en el lecho, con los ojos casi fuera de las órbitas y empapado en sudor.

-¡Bocanegra...! -repetía una y otra vez como alelado- ¡Bocanegra...! ¿Dónde estás Bocanegra...?

Lo zarandearon intentando obligarle a reaccionar, Y fue Naika la que tuvo la idea de lanzarle a la cara una escudilla de agua que tuvo la virtud de hacerle volver en sí lanzando un reniego.

-¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué diablos pasa? Pareció sorprenderse al advertir la presencia de la dos muchachas, se pasó luego el dorso de la mano por la frente y tumbándose de nuevo cuan largo era, musitó:

-He visto a Guzmán Bocanegra... He vuelto a verlo. Está vivo y me espera... Bocanegra me espera.

Cerró los ojos y casi al instante se quedó dormido ante el desconcierto de las dos mujeres que permanecieron muy quietas, arrodilladas una a cada lado de la estera, contemplando como hipnotizadas aquel poderoso y velludo cuerpo que al parecer les fascinaba.

Transcurrieron largos minutos en los que no se movieron, no dijeron una sola palabra y podría asegurarse que casi ni siquiera respiraron, atentas como estaban a estudiar hasta el más mínimo detalle de la anatomía del gigantesco «Viracocha», hasta que por último Shungu Sinchi se inclinó lentamente y colocó con suma delicadeza los labios sobre los del andaluz, que se agitó levemente.

Luego abandonaron la estancia.

-¡**E**stá vivo ... ! No trates de convencerme de que son sueños o fantasías de hechicero porque tengo la seguridad de que está vivo y de alguna forma se las ingenia para ponerse en contacto conmigo... -El tono de Alonso de Molina no dejaba lugar a dudas sobre su absoluto convencimiento y hablaba con un acaloramiento desacostumbrado en él-. Lo he visto sentado en la cima de una especie de fortaleza abandonada y con aspecto triste y angustiado. Era Guzmán Bocanegra, estoy seguro.

-¿Cómo era esa fortaleza?

-Enorme y desolada. Pero no era de piedra como Saqsaywaman o las que hemos ido encontrando en el camino, sino amarillenta, como de adobe o un barro parecido al de las viviendas de aquellas pobres gentes que habitan en la costa.

Chabcha Pusí, « curaca » de Acomayo, se tomó un largo tiempo para meditar sobre lo que acababa de oír. Se encontraban sumergidos hasta el cuello en el agua tibia de la pequeña piscina que constituía uno de los principales lujos de su palacio, y aquellos largos baños le relajaban y le permitían pensar con más claridad que de costumbre.

Introdujo por completo la cabeza en el agua, permaneció así unos instantes, y al emerger de nuevo la sacudió violentamente y acabó por lanzar un resoplido que pretendía ser de obligada resignación.

-En la costa... --dijo-, muy al sur de donde desembarcaste, existen varias fortalezas construidas a base de millones de ladrillos de barro, por tribus a las que conquistamos hace muchísimos años... -Se echó hacia atrás el negrísimo cabello empapado que ahora brillaba como ala de cuervo- Si dices que Bocanegra se arrojó al mar a un par de semanas de navegación, al sur de Túmbez, no cabe duda de que ésa es la región a la que debió ir a parar si consiguió nadar hasta la playa... Todo esto es muy confuso y sorprendente... -añadió-. ¡Muy, muy sorprendente! ¿Seguro que no tenías noticias de la existencia de esas fortalezas?

-¿Cómo? -replicó excitado el español- Con la bruma apenas divisábamos la costa. En un par de ocasiones distinguimos algo que parecían edificaciones pero aquellas aguas son muy peligrosas y nunca pudimos aproximarnos lo suficiente como para estudiarlas con detalle. -Aferró con fuerza el antebrazo de su amigo, buscando convencerle-. En mis sueños todo es tan nítido que incluso podría dibujarte ese castillo. Está en mitad del desierto, cerca de una montaña y junto a la desembocadura de un riachuelo cuyas orillas aparecen apenas cultivadas. Bocanegra se sienta en lo alto de una especie de torreón que mira al mar y me llama.

-¡De acuerdo! -admitió el inca-. Supongamos que está en la costa y de alguna misteriosa manera consigue ponerse en contacto contigo... ¿Qué pretendes?

-Ir a buscarle.

-¿Por qué?

-Porque me necesita. Es mi único compatriota en esta parte del mundo y su desesperación es tan grande que consigue que le escuche a través de esos desiertos y esas montañas. No puedo negarme a ayudarle.

-Creí que al desembarcar en mi país habías roto con tu vida anterior.

-La lealtad es algo con lo que no se puede romper. Renuncié a mi Emperador, pero no quiero renunciar a un compañero de armas con el que una vez compartí hambre y fatigas.

-No te pidió tu opinión cuando se lanzó al agua.

-Ni yo la suya cuando desembarqué en Túmbez, pero estoy seguro de que si estuviera en mi lugar me ayudaría. -Salió del agua, comenzó a secarse y tomó asiento en un banco de piedra-. Tal vez no lo entiendas -añadió-. Pero la razón por la que un puñado de españoles ha conquistado la mitad de un Nuevo Mundo y está dispuesto a conquistar la otra mitad, no hay que buscarla en que tengan detrás un país fuerte o unos gobernantes inteligentes, sino en que a la hora de enfrentarse a

un enemigo infinitamente superior, cada mano se convierte en un puño en el que cada dedo permanece firmemente unido a su vecino, y todos se sacrifican por todos. ¡Ése es el auténtico espíritu del soldado! Luego llegan los políticos a fastidiarlo, pero yo, en ese aspecto, sigo siendo un soldado.

-Yo lo entiendo; es a ti al que le sorprende que mi pueblo se comporte así.

-Tu pueblo lo hace porque el «Inca» se lo ordena. Lo nuestro es un espíritu de compañerismo que nada tiene que ver con quien gobierne... Por eso, si existe una oportunidad entre un millón de...

Se interrumpió azorado porque Naika acababa de hacer su entrada en la estancia y se encontraba semidesnudo. Enrojeció como un chiquillo y se apresuró a cubrirse, pero la muchacha no pareció reparar en ello, puesto que se la advertía terriblemente excitada.

-¡El general Atox ha capturado por sorpresa a Atahualpa en Quito y lo ha conducido, preso, a Tunipampa...¡ --exclamó- ¡Ya no habrá guerra civil!

Chabcha Pusí lanzó un grito de alegría, dio un salto, aferró a su joven esposa por la muñeca y la atrajo al agua donde la abrazó riendo y saltando.

-¡No habrá guerra...! ¡No habrá guerra...! -repitió una y otra vez con entusiasmo-. ¡El Imperio se ha salvado!

Cuando al fin consiguió serenarse tras aquella explosión de júbilo absolutamente impropia de su carácter, tomó a Naika por la cintura sentándola en el borde de la piscina y sonrió feliz volviéndose a Alonso de Molina.

-¡Tenía que ser Atox...! -dijo-. Atox significa «zorro», y cierto es que jamás ha existido un general más astuto. Quisquis podrá ser más inteligente y Rumiñahui más valiente, pero Atox les gana a todos en argucias... ¡Que los dioses le bendigan!

-¡Vaya! --exclamó el andaluz comenzando a vestirse-. Esa sí que es una buena noticia... En cuanto Huáscar me entregue la cabeza de Chili Rimac podré vivir tranquilamente en un país en paz y dedicarme a buscar a Guzmán Bocanegra... -Apuntó al «curaca» con un dedo-. Ahora no tienes disculpas -añadió-. Consigue que el «Inca» me permita viajar a la costa.

-¿A la costa? -se alarmó Naika-. ¿Qué vas a hacer en la costa?

-Buscar a un amigo.

-En la costa está el mar por donde llegaste, y por donde se marchó el otro «Viracocha»... -El tono de voz de la muchacha era casi un lamento-. ¿No querrás marcharte tú también?

-¡No! -fue la firme respuesta-. No me iré. Éste es ahora mi país, aquí están mis amigos, y aquí deseo quedarme. Pero para vivir en paz tengo que encontrar primero a Bocanegra. No quiero que continúe interrumpiendo mis sueños cada noche...

Abandonó la estancia y apenas lo había hecho, Chabcha Pusí salió del agua y tomó asiento junto a su esposa.

-Un hombre extraño -dijo-. Maravilloso, pero extraño. Espero que tarde en marcharse para poder continuar aprendiendo de él.

-Shungu Sinchi le ama... -musitó Naika de pronto---. Me ha rogado que te pida permiso para unirse a él.

Chabcha Pusí comenzó a secarse lentamente, tomándose tiempo para meditar y por último agitó negativamente la cabeza.

-Eso es imposible... -señaló-. Nunca saldría bien.

-¿Por qué? ¿Porque es un «Viracocha», o porque es extranjero?

-Porque Molina no la quiere.

-¿Cómo puedes saberlo?

-Te quiere a ti... -extendió la mano, en pie como estaba, y le acarició el empapado cabello, No creas que estoy ciego -musitó con un esfuerzo-. Ni que soy un viejo estúpido. Para Molina tan sólo existes tú y me dolería que mi propia hija pagara las consecuencias... -Naika quiso replicar pero le interrumpió con un gesto-. No; no hace falta que lo digas... Sé muy bien que no ha ocurrido nada. Os conozco, pero también conozco a Shungu Sinchi; tuvo una madre sencilla que le dio una educación acorde al mundo en que vivimos y aunque comprendo que cualquier muchacha se enamoraría de un «hombre-dios» tan alto y fuerte como Molina, de eso a compartir su destino media un abismo.

-Sin embargo está dispuesta a hacerlo. Desea darle un hijo que tal vez también sea un dios.

-Sería el hijo de un extranjero, no de un dios. Un mestizo en un país que aborrece el mestizaje... Tú sabes mucho de eso. Habla con ella, adviértele que me opongo, y que si insiste la enviaré a Acomayo con sus hermanos o haré que la encierren de por vida en el Templo de las Vírgenes... -Había concluido de vestirse y tomó asiento en el banco de piedra con gesto de fatiga-. Aprecio a Molina -añadió- Jamás quise a ningún hombre como a él, pero me consta que pese a que se llame «Corazón Poderoso», Shungu Sinchi no soportaría las pruebas por las que tendría que pasar a su lado.

-Me va a resultar muy difícil.

Él le acarició Con ternura la mejilla y sonrió con una extraña tristeza.

-Presiento que van a ser tiempos difíciles para todos -señaló-. Es muy posible que con la prisión de Atahualpa la posibilidad de una guerra civil se haya conjurado, pero ocurrirán muchas cosas que nos afectarán profundamente... -Se encaminó a la salida---. Habla con Shungu Sinchi; que elija el muchacho que quiera; yo se lo conseguiré como esposo, pero que se olvide de Alonso de Molina.

-¡O es él, o ninguno!

-En ese caso te encerrarán en el Templo de las Vírgenes.

-¡Me escaparé!

-¿Sabes lo que significa escaparse del Templo de las Vírgenes? -le hizo notar Naika-. Ser enterrada viva. Y que ahorquen a tus padres, tus hermanos, tus abuelos y todos tus parientes... Incluso ahorcarían a Alonso de Molina culpándole de tu fuga... -Tomó la mano de la muchacha e intentó por enésima vez hacerle entrar en razón---. Tu padre sabe lo que hace -dijo---. Es uno de los hombres más inteligentes

que conozco, y por eso el «Inca» le mandó venir de Acomayo, le regaló este palacio y escucha sus consejos. ¡Escúchalos tú también! Ser feliz unos días no compensa por lo desgraciada que serías el resto de tu vida... Y no tienes más que dieciséis años.

-Los mismos que tú. -Lo sé, pero yo no me estoy jugando nada. Cuando tu padre me pidió que me casara con él acepté porque estaba convencida de que era el mejor esposo que podría encontrar.

-¿Y nunca te has arrepentido? -inquirió con intención Shungu Sinchi-. ¿Nunca has deseado haberte casado con un hombre más joven?

-Tu padre ha sido siempre bueno conmigo, jamás me ha forzado a hacer cosas que no deseara, es tierno y cariñoso, y no ha querido que tenga hijos demasiado pronto para que no me deforme.

-A lo mejor ya no puede tenerlos -replicó la muchacha desabridamente-. O a lo mejor teme que nazcan idiotas. Dicen que los hijos de viejos suelen nacer idiotas.

-No hace falta llegar a viejo para tener hijos idiotas -señaló Naika con intención-. Tu padre es una prueba. ---Cambió el tono que volvió a hacerse suplicante-. Sé razonable... -insistió-. Molina se marcha a la costa... Deja las cosas como están hasta que vuelva.

-¡No! -La muchacha se mostraba tan obstinada como una niña caprichosa-. Hice sacrificios a los dioses y me dijeron que seré su esposa y le daré muchos hijos.

Resultaba inútil discutir con Shungu Sinchi, y por su parte Naika no se consideraba la persona más apropiada para hacerlo, ya que en el fondo compartía sus sentimientos y en cuanto se encontraba a solas comenzaba a obsesionarse con la figura del español y con la idea de que el destino los había unido para que algún día tuvieran hijos que estuvieran a mitad de camino entre los dioses y los hombres.

También ella, de no existir Chabcha Pusí, al que debía fidelidad, agradecimiento y respeto, hubiera tomado quizá la decisión de penetrar una noche en la estancia del «Viracocha», por lo que de continuo tenía que sacudir la cabeza tratando de apartar los obsesionantes pensamientos que le asaltaban.

Por fortuna, el «curaca», inteligente y sensible como era, había optado por no atosigarla sexualmente, consciente de que su jovencísima esposa pasaba por unos momentos de inquietud y desconcierto en los que resultaba preferible no arriesgarse a provocar un instintivo gesto de rechazo.

Chabcha Pusí que se había casado cuatro veces y había mantenido en otro tiempo infinidad de relaciones con esclavas y amantes ocasionales, sabía lo suficiente de mujeres como para no tratarlas únicamente como simples objetos de placer, ya que cocinar, tener hijos y producir satisfacción al hombre era en esencia el papel que tenían asignado en la mayor parte del Imperio. Sin embargo, allí, en Cuzco, la ciudad sagrada en la que se concentraba lo mejor y lo peor de una cultura que constituía en realidad la amalgama de otras muchas culturas, algunos miembros de las clases más altas habían aprendido tiempo atrás que las mujeres podían cumplir funciones mucho más

transcendentes, y de hecho la hermana del «Inca» con la que éste debía engendrar herederos al trono cuya sangre fuese siempre sagrada, influía notablemente sobre los acontecimientos de la corte, mientras que en el Templo de las Vírgenes solían habitar sacerdotisas cuyas opiniones eran tomadas en cuenta por el Consejo de Ancianos o los Sumos Sacerdotes.

Estos últimos, a los que Chabcha Pusí comenzaba a aborrecer profundamente debido al fanatismo y la cerril intransigencia de que estaban dando muestras en todo cuanto se refiriese a la presencia en la ciudad de Alonso de Molina, habían iniciado una solapada campaña tendente a culpar al español de cuanto había ocurrido en el Imperio en los últimos tiempos, acusándole de no ser más que un simple espía de los ejércitos extranjeros que habrían de desembarcar más adelante.

Huáscar, que había mantenido ya dos largas entrevistas con el «curaca», parecía resistirse a aceptar semejante versión de los hechos, pero insistía, a través de largos y a menudo desconcertantes interrogatorios, en que le pusiese al corriente de todo cuanto sabía sobre la personalidad del andaluz y sus posibles intenciones.

-Recuerda, señor... -le advertía Chabcha Pusí una y otra vez-, que cuando los habitantes de Cachá intentaron matar a «Viracocha», agitó su «Tubo de Truenos» y los aniquiló. Alonso de Molina ha demostrado venir en son de paz, pero cuando Poma Yaguar pretendió detenerle en nombre de Atahualpa, los truenos y los rayos convirtieron la noche en un infierno y Poma Yaguar cayó muerto en el acto. Yo lo vi.

-¿Cómo lo hizo? -Moviendo un solo dedo y obligando a un simple caramillo a que hablase con tanta fuerza como el centro de la tierra durante el más violento terremoto.

-¿Es un dios por tanto?

-Si dios es todo aquel que, como tú, se encuentra muy por encima de nosotros, lo es... -fue la ladina respuesta- Un dios al que tal vez le agrade mezclarse con los humanos para descubrir quiénes le niegan y destruirles por su incredulidad...

Aquellas últimas palabras habían surtido el efecto de inquietar a los Sumos Sacerdotes que guardaron silencio, pero que de regreso a sus Templos reanudaron sus murmuraciones, puesto que para la mayoría de ellos la presencia del «Viracocha» ponía en peligro un orden establecido del cual eran sin duda los principales beneficiarios.

Tradicionalmente, las tierras, los rebaños, el oro, las algas, las piedras preciosas y la sal; es decir, todo cuanto de valioso se producía entre las fronteras del Imperio, se dividía anualmente en tres partes iguales, una de las cuales se entregaba al «Inca», otra a los Sacerdotes y la tercera al pueblo llano que tenía además la obligación de atender ante todo al cuidado de las dos primeras.

Cualquier amenaza, por remota que fuera, que viniese a poner en peligro unos privilegios que se remontaban a siglos, inquietaba por tanto de inmediato a los religiosos, sobre todo si tal amenaza tomaba el aspecto de un dios que podía echarles en cara que cuanto llevaban a cabo en su nombre no contaba en realidad con su consentimiento.

Al igual que la capacidad económica del Imperio se basaba en un pueblo sumiso y laborioso que aceptaba sin chistar hasta la última orden emanada del «Inca» y su poderío militar en un ejército disciplinado que obedecía ciegamente a unos generales extraídos de los clanes reales, el poder religioso había ido asimilando cultos y supersticiones provenientes de las nuevas naciones conquistadas, aunque manteniendo sobre todo la supremacía indiscutible de los cuatro dioses de origen puramente incaico: «Viracocha», creador del Universo incluido el Sol, segundo dios en importancia, su esposa la Luna, y el «Dios del Trueno» dueño de la lluvia que fertilizaba la tierra.

El Sol, la Luna y el Trueno continuaban en su sitio y--no perdían su tiempo aproximándose a la Tierra a pedir molestas explicaciones, pero al parecer el todopoderoso «Viracocha», o al menos uno de sus hijos, se mostraba dispuesto a cumplir la promesa hecha muchísimo tiempo atrás -y celosamente alimentada por los sacerdotes del Imperio- de regresar a exigir cuentas a los hombres del uso que hubieran hecho de su maravillosa obra.

¿Quién se atrevería a comunicarle que lo más valioso de esa obra se ocultaba en recónditas ciudadelas y templos reservados en exclusiva al disfrute de un pequeño grupo de elegidos, mientras la mayoría del pueblo se veía obligado a malvivir de las migajas del banquete?

¿Quién le haría saber que según los sacerdotes, todo aquel que contraviniera algún mandamiento estaba condenado a descender al frío centro de la Tierra a comer piedras y habitar en las tinieblas por el resto de la eternidad, excepto los miembros de las clases dirigentes que siempre tenían asegurado su lugar junto al Sol después de muertos hicieran lo que hicieran?

¿Qué le responderían cuando pretendiese saber quiénes eran los culpables de haber establecido leyes tan en abierta contradicción con las que el auténtico «Viracocha» dictara a sus discípulos poco antes de emprender su largo viaje?

El anciano y taciturno Yana Puma, «Willac Oma» o Sumo Sacerdote, tío de Huáscar, y tío por tanto también de Atahualpa, aunque este último tan sólo tuviera la mitad de su sangre ya que no era hijo, como el primero, de dos de sus hermanos, se repetía a diario tales preguntas y jamás encontraba respuestas que le satisfacieran.

Yana Puma significaba «Tigre Negro», o «Pantera Negra», y era éste un nombre que cuadraba a la perfección al astuto viejo que siempre había ejercido un auténtico poder en la sombra, tanto durante el reinado de su hermano Huayna Capac, como el de su sobrino Huáscar. De él había surgido la idea de que fuera el general Atox el que se apoderara por sorpresa de Atahualpa, y quien más insistía en que se le ejecutara calladamente y sin demora para evitar que continuara poniendo en peligro la estabilidad del Imperio.

-¿Pero Molina es «Viracocha» o no es «Viracocha»? -insistía una y otra vez en cuanto se enfrentaba a Chabcha Pusí-. Tú que le conoces mejor que nadie, deberías saberlo.

-¿Cómo puedo yo, simple «curaca», inmiscuirme en los asuntos de los dioses? -Era por lo general la inevitable respuesta---. Me ordenaron

traerlo al Cuzco, y le he traído. Te cuento lo que le he visto hacer con su «Tubo de Truenos» y puedo jurar que es cierto, pero la decisión de si es o no «Viracocha» tan sólo tú y mi señor el «Inca» podéis tomarla.

-Al Dios del Trueno siempre se le ha representado con figura humana y un bastón en la mano que escupe rayos...: ¿Podría ser él?

-Su bastón escupe rayos.

-¿Hará que llueva si se lo pido?

-Supongo que sí. La respuesta no aclaraba mucho, puesto que en aquella época --cuarto mes de los doce en que se dividía el calendario incaico- raro era el día que no lloviese sobre el Cuzco durante un año que se mostraba particularmente pródigo en agua... -Necesitamos que haga algo que demuestre quién es -sentenció por último Yana Puma---. Algo que no deje lugar a dudas.

-Tal vez -admitió ladinamente Chabcha Pusí-. Pero ten en cuenta que si tú, como Sumo Sacerdote del Imperio, necesitas milagros para creer en la existencia de un dios, difícilmente podrás exigir al pueblo que crea en esos otros dioses que jamás nos muestran su poder.

-Yo soy quien decide lo que el pueblo debe creer o no, porque para eso mi hermano, «Inca» Huayna Capac, me nombró «Willac Oma», máxima autoridad del Imperio para asuntos religiosos. Aquello que yo decida aceptar, ellos tendrán que aceptar; aquello que yo niegue, todos deberán negar... -Hizo una corta pero marcadísima pausa llena de intención para añadir-: ¿O acaso pones en duda la validez de los poderes que me fueron concedidos...?

El «curaca» palideció a ojos vistas porque había entendido claramente que estaba penetrando en terreno sumamente peligroso, y cambiando de actitud de forma radical, replicó con el tono más conciliador que pudo hallar:

-Hablaré con Molina. Le pediré que te muestre la magnitud de su poder.

-¿Un milagro? -inquirió el español, incrédulo-- ¿Es eso lo que pretendes de mí...? ¿Que realice un milagro para que esa vieja momia se dé por satisfecha y deje acosarme?

-«Esa vieja momia» es hoy por hoy el segundo hombre en importancia del Imperio... -le hizo notar Chabcha Pusí- Si se le mete en la cabeza que estás mejor muerto que vivo no durarás tres días.

-¿Y qué clase de milagro pretendes que haga?

-Saca el rayo de tu «Tubo de Truenos». Eso le convencerá.

-¡De acuerdo! -admitió el andaluz con aire de fastidio-. No creo que una pequeña demostración de fuerza me perjudique. Dile a Yana Puma que por una sola vez, ¡sólo una!, estoy dispuesto a demostrar quién soy, pero que, a partir de ese momento, debe dejarme en paz o empezaré a enfadarme.

El Sumo Sacerdote aceptó a regañadientes la condición impuesta, y dos días más tarde, apenas el sol comenzó a extraer reflejos dorados del tejado de oro imitando paja trenzada del palacio de Huayna Capac,

Alonso de Molina aprestó su arcabuz en el centro del gran patio interior, y aguardó paciente la aparición del «Inca» y su numerosa comitiva.

Se diría que a Huáscar no le hacía ninguna gracia la experiencia, pues se le advertía visiblemente nervioso, pese a lo cual tomó asiento con toda la pomposidad de que fue capaz en el trono que habían dispuesto para la ocasión, permitiendo que una veintena de sus más fieles consejeros y generales asistieran al acto.

Saludó con una inclinación de cabeza al andaluz, dirigió una larga y extraña mirada a Chabcha Pusí, y se volvió luego a su tío Yana Puma que hizo un levísimo gesto con la mano para que por el extremo del gran patio penetraran dos soldados que conducían a un hombre que aparecía blanco como el papel.

Lo dejaron apoyado contra el muro y se retiraron todo lo aprisa que les permitían las piernas, desapareciendo en el acto por donde habían venido.

Alonso de Molina lanzó un corto reniego por lo bajo, se mordió el bigote mostrando mucho los dientes, y por último alzó el rostro hacia el «Inca» evidentemente alterado.

-¿Pretendes que mate a ese hombre? -inquirió. Fue el Sumo Sacerdote Yana Puma quien respondió: -No es más que un traidor, reo de muerte. O lo haces tú, o le ejecutará el verdugo... ¿O es que no puedes, como aseguras, matar de lejos con tu rayo?

-Puedo... -aseguró el español, convencido-. Pero también podría matar una llama, una vicuña o cualquier otro animal... Incluso destrozar una vasija sin necesidad de mancharme las manos de sangre humana.

El «Inca» Huáscar intervino secamente: -Es a ese traidor al que quiero que mates -dijo-. Lo demás no me vale.

Alonso de Molina se volvió a Chabcha Pusí y le lanzó una larga mirada de reconvención echándole en cara la difícil situación en que le había colocado, pero la extraña expresión de su amigo le obligó a reaccionar, porque conocía lo suficiente al «curaca» como para adivinar que no era tan sólo pesar e inquietud lo que sentía, sino que estaba tal vez tratando de advertirle de un grave y desco-nocido peligro.

Intentó protestar de nuevo.

-No he venido hasta aquí a servirte de verdugo –le señaló al «Inca» en tono desafiante- Me niego a matar a un hombre.

-Empiezo a creer que no son más que disculpas fue la seca respuesta del otro- ¡Mátalo!

El andaluz le observó largamente y por último optó por encogerse de hombros.

-¡De acuerdo! --dijo- Tuya será la responsabilidad.

Se dispuso a cumplir la orden, se encaró el arma apuntó al pecho del pobre infeliz que, aplastado contra el muro, temblaba como una hoja y le miraba con los ojos dilatados de terror y la boca torcida en una extraña mueca.

Le dolía tener que hacerlo, pero había llegado a la conclusión de que se trataba de su vida o la de aquel desgraciado, puesto que el Sumo

Sacerdote no le permitiría salir con bien del palacio si no demostraba sin lugar a dudas el auténtico alcance de su poder.

Contuvo la respiración consciente de que no podía fallar, se concentró en el corazón del reo, éste se llevó mano al rostro cubriéndose los ojos como si se negara a presenciar el espanto de su propia destrucción, y al hacerlo entreabrió levemente el gorro de lana con que se cubría la cabeza, y por una décima de segundo Alonso de Molina entrevió los discos de oro que adornaban su oreja y tomó conciencia de la trampa en que intentaban hacerle caer.

Instintivamente aflojó la presión, respiró muy hondo, y tras reflexionar velozmente se volvió al grupo que le observaba expectante.

-¡No puedo matar a ese hombre! -exclamó en voz alta procurando que resonara lo más bronca posible---. Tiene sangre real y mi «Tubo de Truenos» no mata a aquellos descendientes de los dioses que no hayan intentado atacarme... -indicó al reo- ¡Y éste, jamás me ha hecho nada...! -Hizo una significativa pausa, y de inmediato volvió el arma contra el Sumo Sacerdote, que dio un paso atrás horrorizado- ¡Pero tú sí me has atacado, Yana Puma...! Tú sí deseas mi mal y por lo tanto mi «Tubo de Truenos» tiene autorización de «Viracocha» para fulminarte en este mismo instante. ¿Quieres que lo haga? -Se volvió a Huáscar--¿Quieres que demuestre la magnitud de mi poder acabando con la vida de quien se alza contra mí...? Puedo hacerlo antes de que tengas tiempo de parpadear siquiera... ¿Me oyes, Yana Puma? -gritó- ¡Puedo matarte con el permiso de «Viracocha» y lo haré si no pides inmediatamente perdón y juras que jamás volverás a conspirar contra mí...! ¡Hazlo! ¡Rápido...! ¡Jura o te mato!

El espantado anciano intentaba mantenerse erguido aferrándose al trono del «Inca» que parecía haber disminuido de tamaño encogiéndose hasta casi desaparecer en su asiento, mientras el resto de los asistentes retrocedían temblorosos y se escuchaban lamentos, voces inconcretas e incluso sollozos que demostraban la magnitud del terror que sentían.

-¡Perdóname...! -musitó al fin el Sumo Sacerdote casi incapaz de articular palabra-. Perdóname la vida, oh, Señor, descendiente del Dios «Viracocha»...

Alonso de Molina dejó de apuntarle bajando el arma:

-¡Jura que me dejarás en paz!

-¡Lo juro!

El español buscó a su alrededor, descubrió un cántaro que descansaba en un muro a unos diez pasos de distancia, apuntó cuidadosamente, y disparó.

La vasija estalló en mil pedazos y el agua que contenía salpicó a los presentes que se arrojaron al suelo cubriéndose la cabeza con las manos y tratando de escapar del terrible estruendo que se repetía como un eco de pared a pared del cerrado patio.

-¡Ese es mi poder...! -señaló el andaluz cuando el «Inca» y su tío se atrevieron al fin a mirarle de nuevo-. Ése es el poder que me dieron los dioses, y eso es lo que puedo hacer con mis enemigos... Y ahora dime, Huáscar... ¿dónde está la cabeza de Chili Rimac?

---Chili Rimac ha huido de Túmbez... -fue la tímida respuesta-. Pero mis soldados le buscan, y muy pronto tendrás su cabeza... Te doy mi palabra.

-¡De acuerdo...! -aceptó Molina consciente de que en esos momentos se encontraba en una privilegiada situación de fuerza de la que podía abusar---. Mientras llega solicito permiso para realizar un viaje a la costa en compañía de Chabcha Pusí... ¿Puedo hacerlo?

-Tienes mi permiso.

-¿Me autorizas a que me retire ahora?

-Retírate.

El español dio media vuelta, abandonando el amplio recinto con paso firme y gesto altivo, seguido por las miradas de unos presentes que no acababan de dar crédito a los prodigiosos y desconcertantes hechos de que acababan de ser ho- rrorizados testigos.

-Quiero que me lleves.

-¿Cómo dices?

-Quiero ir a la costa con vosotros. Me prometiste que me llevarías a conocer el mar, y ésta es la mejor ocasión. Tienes permiso del «Inca».

-No se trata de un viaje de recreo. Vamos en busca del «Viracocha» con que sueña Molina. Lo más probable es que pasemos días vagando por el desierto sin ningún resultado.

-No importa. Quiero ir.

Naika era una niña-mujer de fuerte temperamento, y Chabcha Pusí un hombre maduro al que desagradaba la idea de separarse de su joven esposa, y aunque trató de oponer una cierta resistencia inicial, concluyó por aceptar que se les uniese en el largo viaje hacia la costa que emprendieron tras cruzar el majestuoso Huaca-Chaca, el puente sagrado que el Inca Roca construyó para salvar el impresionante cauce del río Apurímac.

Para llevar a buen término aquella prodigiosa obra de ingeniería, había sido necesario tallar primero en la montaña, peldaño a peldaño, una dantesca y peligrosísima escalera que uniera las cumbres con el punto más estrecho de un cañón que tradicionalmente había constituido la barrera natural que dividía en dos el imperio incaico, aislando a la capital del resto del país durante los meses de las grandes lluvias. Docenas de obreros se habían precipitado al vacío durante aquella arriesgadísima labor que les llevó tres años, pero los Sumos Sacerdotes habían prometido un lugar en el sol a todo el que pereciese en cumplimiento de su trabajo, y apenas un tallador caía al abismo, otro ocupaba su puesto con idéntico entusiasmo.

Más tarde alzaron cuatro inamovibles pilares y se tendieron cuerdas del diámetro del tronco de un hombre a través de los cuarenta y dos metros de anchura del cauce del río, a setenta sobre el nivel de las aguas para que miles de obreros las tensaran de uno y otro lado, y las enterraran tan profundamente que jamás pudieran ceder. Por último arriesgados especialistas se colgaron del vacío para concluir la tarea de colocar las traviesas y los suelos, y ahora los descendientes de aquellos osados constructores se preocupaban de renovar por completo la complicada estructura cada tres años.

Allí seguía el Huaca-Chaca, por tanto, tan impecable como el día en que el Inca Roca lo atravesó por primera vez hacía dos siglos, pero sometido a una estrechísima vigilancia para evitar que las tribus antaño rebeldes pudieran volver a incendiarlo como hicieran en una ocasión, o utilizarlo para invadir de nuevo el Cuzco.

Alonso de Molina, que había tenido que acostumbrarse a la fuerza a cruzar infinidad de aquellos balanceantes puentes que parecían formar una parte esencial de la vida de un Imperio que sin ellos quedaría desmembrado, se vio obligado a luchar una vez más contra la desagradable sensación de vértigo que se le asentaba entre las piernas y en la boca del estómago, aunque en esta ocasión no la padeció durante la travesía del ancho cauce en sí mismo, sino a la hora de descender por la aterradora escalinata, cortada a cuchillo sobre cuyos peldaños el tiempo y la humedad habían ido depositando una traidora pátina que hacía que de pronto una llama o un hombre resbalara para precipitarse a plomo sobre las turbias aguas que se lo tragaban de inmediato.

Ascendieron por último trabajosamente por el farallón de la orilla opuesta dejando el abismo a sus espaldas para cruzar al pie de las eternas nieves del Salcantay y continuar a través del Altiplano por la frecuentada «Ruta de la Sal» por la que llegaba desde el mar aquel vital elemento absolutamente imprescindible para los habitantes de las tierras altas.

Al español le había llamado poderosamente la atención desde el primer momento el hecho de que los indígenas jamás sazonaran sus alimentos a la hora de cocinarlos prefiriendo consumirlos en su estado natural para lamer luego de tanto en tanto una gruesa piedra de sal que parecía constituir una de sus más valiosas pertenencias. Ahora, miles de aquellas piedras cruzaban a su lado a lomos de pacientes y cadenciosas llamas que marchaban en inacabables caravanas que ponían una nota de color y movimiento en el parduzco paisaje de la puna. Un único pastor, casi siempre un muchacho, marchaba pausadamente en primer término y las bestias le seguían con la fidelidad con que los patos siguen la estela de su madre en una charca.

Tanto los pastores como la mayoría de los «puric» o campesinos que cuidaban los campos solían apartarse respetuosamente al paso del cortejo, deteniéndose a admirar con expresión idiotizada los tres esbeltos palanquines cerrados por multicolores cortinas que una treintena de pequeños pero fibrosos porteadores cargaban a hombros, porque la única condición que el «Inca» Huáscar había impuesto a última hora, era la de que el inmenso «Viracocha» se dejara ver lo menos posible durante su largo viaje a la costa.

Pese a que su hermanastro se encontrase prisionero en Tunípampa y el peligro de guerra civil hubiera sido por tanto conjurado, el país se hallaba aún profundamente alterado y extraños rumores e inquietantes profecías corrían de boca en boca provocando un continuo desasosiego y malestar.

Consentir que un «hombre-dios» dueño del trueno y de la muerte, se pasease a la vista de todos por la frecuentadísima «Ruta de la Sal», no constituía en opinión de Yana Puma la mejor forma de contribuir a

apaciguar los ánimos y por lo tanto Alonso de Molina se había visto obligado a aceptar que le cargaran en andas para procurar, contradictoriamente, pasar inadvertido.

A la caída de la tarde se refugiaban en amplios «tambos» en los que todo parecía siempre dispuesto para recibir al propio «Inca», y al español le admiró una vez más el increíble grado de organización de un pueblo que desconocía el uso de cualquier tipo de escritura.

A base de aquellos pintorescos racimos de cuerdas anudadas que los expertos «Quipu Camayoc» interpretaban con prodigiosa habilidad, el uso exhaustivo del número diez que parecía constituir la clave de todo su sistema matemático, y una memoria colectiva rayana en lo increíble, el «Tihvantinsuyo» funcionaba con muchísima más fluidez, perfección y exactitud que el Estado europeo que pudiese contar con los más modernos y sofisticados sistemas de control.

Era corno una gigantesca maquinaria de relojería cuyo único secreto se centrara en el hecho de que ningún minuto podía tener nunca más de sesenta segundos, ya que de igual modo ningún miembro de la comunidad incaica podía salirse un ápice del marco en que lo habían encuadrado y por lo tanto nada relacionado con la administración escapaba al más estricto control burocrático.

Así, pues, desde que el oficial de un «tambo» avistaba en la distancia la llegada de una comitiva, sabía de inmediato de cuántos porteadores, siervos y soldados se componía, qué número de estancias debía acondicionar, y cuántas raciones alimenticias había que preparar para la cena.

Tales abundantísimas y exquisitas cenas solían estar compuestas de maíz, patatas, verduras, pescado macerado en limón y carne de «cuí», una especie de conejillo de Indias de simpático aspecto que proliferaba por doquier y recibía su nombre del curioso sonido que continuamente emitía.

Naika poseía uno de ellos con el que viajaba siempre y que le seguía a todas partes como un perro faldero, dormía a los pies de su lecho y corría a acurrucarse en su regazo en cuanto tomaba asiento. Era un animalito marrón y blanco, limpio y gracioso que se pasaba la vida, arrugando incansablemente la nariz y observando a quien hablaba con aire de entender a la perfección cuanto decía. Chabcha Pusí le había puesto por nombre *Punchayana* que venía a significar Amanecer, porque el curioso bichejo tenía la extraña costumbre de mordisquear los dedos de los pies de su dueña en cuanto la primera claridad del alba hacía su aparición por el Oriente.

Era ésa una de las razones por las que la muchacha solía ser la primera en levantarse, y el español, inveterado madrugador desde su más tierna infancia, acostumbraba encontrársela cada día contemplando la salida del sol, arrebujada en un amplio poncho blanco que realzaba aún más su exquisita belleza.

Para nadie constituía ya un secreto que mereciese ocultarse los sentimientos que experimentaban el uno por el otro, y tan sólo el profundo respeto que ambos sentían por el «curaca» les había impedido dar un definitivo paso que consolidara la delicada situación.

Constituían en verdad una pareja extraña, mirándose a los ojos sin intercambiar a veces siquiera una palabra, Molina alto, fuerte, acorazado y barbudo como un gigantón de feria, y ella, casi como un juguete a su lado, pues su cabeza apenas alcanzaba al pecho del hombre y cabría pensar que si se decidía a abrazarla la rompería en pedazos como si se tratase de una figurita de porcelana.

Más tarde hacía su aparición un Chabcha Pusí que parecía haber decidido concederles media hora diaria para que permaneciesen a solas, y resultaba evidente que jamás había cruzado por su mente una sombra de sospecha, como si no le resultase concebible que su joven esposa y su fiel amigo tuvieran la más mínima intención de traicionar la total confianza que tan generosamente depositaba en ellos.

El «cuí» se había convertido por tanto en el único testigo de la desconcertante relación a tres que se había establecido entre el «curaca», su esposa y el español, y sus inquietos y relucientes ojillos parecían estar preguntándose de continuo en qué iba a acabar tan complejo problema moral.

También Alonso de Molina se lo preguntaba durante las largas horas en que se veía obligado a permanecer inmóvil en el interior del cerrado palanquín, sin encontrar jamás respuestas que consiguieran satisfacerle, pues cierto era que tan incapaz se sentía de traicionar la confianza del inca, como de renunciar a lo que sentía por su esposa.

Salvo el corto paréntesis de su inconcreta atracción hacia Beatriz de Aguirre, sus relaciones amorosas se habían limitado a esporádicas aventuras con barraganas, mozas de taberna o primitivas «salvajes» de Nueva Granada y Tierra Firme, sin que ninguna de ellas dejara jamás siquiera un asomo de huella en su pensamiento. Si ni sus nombres ni sus rostros recordaba, menos aún, su forma de hablar o la gracia de su sonrisa y de sus gestos, y sin embargo, todo lo relativo a Naika parecía grabado a fuego en su cerebro, y podía repetir, palabra por palabra, cuanto le había oído decir desde el momento mismo en que se conocieron; evocando el más mínimo de sus ademanes, o la forma en que le había mirado en cada instante.

Empezaba a comprender por tanto, que la misteriosa fuerza que un día le impulsó a romper con su vida, su país y su pasado para decidir quedarse en el más remoto y desconocido de los paisajes, no era otra que aquel destino que ahora se le aparecía claramente manifiesto de tropezarse al fin, en el mismísimo «Tihvantinsuyo» o «Corazón Mundo» con la delicada y exquisita criatura que le ha estado destinada desde el día en que el dios «Viracocha» decidió poner manos a la obra de crear el Universo.

Había llegado mucho más lejos de lo que Marco Polo o cualquier otro ser humano estuviera nunca de su patria para descubrir que amaba y era a su vez amado por la mujer más adorable que pisaba la tierra, pero para descubrir también que se enfrentaba a un confuso sentimiento de amistad y honradez que le impedía concretar sus más íntimos deseos.

S

-¡Es idiota! -se repetía furioso consigo mismo-. ¡Completamente idiota que ande paseado a hombros por la cima del mundo en busca de un difunto marinero al que sólo veo en sueños, en compañía de la mujer que amo y su marido… ¡No cabe duda que la coca o el «soroche» deben haberme derretido el cerebro.

Pero no era cuestión de echarle la culpa a la coca, que tan sólo probaba en contados momentos de fatiga, ni al «soroche» que ya raramente le atacaba, puesto que su férrea fortaleza parecía haberse adaptado con notable rapidez a la tremenda altura y el aire enrarecido de aquellas altas montañas que empezaba a considerar como su propia casa.

Úbeda y sus llanuras habían quedado muy lejos en el espacio y en el tiempo, al igual que habían quedado atrás las islas caribeñas o las espesas selvas del Continente, y a menudo Alonso de Molina abrigaba la sensación de que no concebía más paisaje que aquellos dilatados páramos de aire limpio, cuyos ilimitados horizontes tan sólo aparecían interrumpidos por las majestuosas cadenas de nevados picachos sobre los que únicamente los cóndores y algunas nubes conseguían elevarse.

Sin siquiera darse cuenta, el español se estaba convirtiendo en un habitante más de las altas planicies, los transparentes lagos y los profundos valles de impetuosos riachuelos, y a tal punto llegaba su amor por aquellos agrestes lugares, que cuando al coronar un paso hizo al fin su aparición en el horizonte la desdibujada línea del mar y el polvoriento desierto, experimentó una desagradable sensación de vacío en la boca del estómago.

-¡Mierda! ---exclamó--. Ya no recordaba qué fea llega a ser esta costa.

-Tierra de Sopay... -aseguró Chabcha Pusí que había saltado de su litera y observaba el sucio paisaje-. Allá al Sur, en Nazca, sus antiguos habitantes rendían culto a extraños diablos que según ellos llegaban del cielo en inmensas naves de fuego. Trazaban gigantescos dibujos en sus llanuras para pedirles que regresaran, y a menudo nuestros soldados tienen que intervenir para que sus descendientes no continúen haciéndolo. Toda esta costa se encuentra poblada por gente diabólica, cruel, hedionda y maligna, peor aún que la del desierto de Sechura, al sur de Túmbez, y puedes estar seguro de que lo pasaremos mal.

Naika, que se les había reunido a tiempo de captar las últimas palabras de su esposo, sonrió mientras rascaba la cabeza a su inseparable *Punchayana*.

-No conseguirás asustarnos -dijo-. Para ti, todo lo que no sean tus montañas es tierra maldita, pero bajaremos ahí, veremos cosas maravillosas, y encontraremos al «Viracocha» amigo de Molina.

-A menudo me sorprende tu inconsciencia... -replicó fastidiado el «curaca»- Y la mía por consentir que vinieras, pero confío en que al regreso puedas aceptar que «Viracocha» creó los mares, los desiertos y las selvas con el único fin de que sirvieran de base a su auténtica gran obra, que son las altas montañas, los ríos y los lagos profundos. Bajo el océano dejó a las abominables bestias de los abismos, en las costas y

bosques a los semihombres de las tribus malditas, y aquí arriba, cerca del dios Sol, a nosotros, los incas creados a su imagen y semejanza...

Por desgracia, las aseveraciones del «curaca» parecieron pretender confir- marse de inmediato, pues apenas comenzaron a descender de las montañas hicieron su aparición los primeros representantes de «aquella sucia raza aliada de Sopay» de mirada turbia e intenciones aviesas, y al penetrar en el último «tambo» que defendía el acceso a la serranía, el oficial al mando contribuyó a aumentar notablemente aquella primera impresión desagradable y a inquietar profundamente su ánimo.

-Temo que empiecen a rebelarse en cuanto se enteren de que Atahualpa ha escapado de Tunipampa -fue lo primero que dijo- Un grupo de traidores encabezados por Chili Rimac consiguió liberarle y en estos momentos se encuentra reuniendo a los ejércitos del Norte para marchar sobre el Cuzco.

La primera intención de Chabcha Pusí fue regresar de inmediato a la capital para ponerse a las órdenes de Huáscar, pero entre Naika y Alonso de Molina consiguieron hacerle comprender que de poca ayuda podría servir en unos momentos en los que los destinos del Imperio dependían únicamente de la fuerza de las armas.

-Tú no eres militar... -argumentó el español-. Y regresamos al Cuzco seré yo quien se vea en la obligación de tomar partido. Dejemos que se arreglen entre ellos.

-¿Y si vence Atahualpa?

-Razón de más para no haberse inclinado por Huáscar.

-Le debo fidelidad.

-Lo sé, y eso te honra, pero a quien en realidad debes fidelidad es al «Inca», y son ellos los que tienen que dilucidar quién es el «Inca». Olvídate de Huáscar y limítate a cumplir con tu obligación de estos momentos: acompañarme a buscar a Guzmán Bocanegra.

-¡Es un empeño estúpido!

-No más estúpido que acudir junto a un pusilánime a intentar ayudarle a ganar una guerra. Alguien que tiene a su enemigo entre las manos y permite que se le escape poniendo en juego un Imperio merece lo que le está ocurriendo y que le arrebaten el poder.

-¿Qué querías que hiciese? -protestó el «curaca» a quien los nervios habían hecho recuperar su vieja costumbre de alisarse el borde de la túnica, ¿Asesinar a su hermano?

-¿Crees que Atahualpa lo hubiera dudado? Gobernar no significa sentarse en un trono a recibir halagos. Para eso sirve cualquiera. Gobernar exige tomar decisiones que pueden ir incluso contra las propias convicciones. Si estalla una guerra la culpa será de Huáscar que no supo aceptar que la sangre de un solo hombre, aunque sea su hermanastro, vale mucho menos que la de miles de inocentes.

-La mitad de esa sangre proviene directamente del dios Sol.

-¡Pamplinas! El problema estriba en que los «Incas» se han casado entre hermanos a lo largo de doce generaciones, lo cual ha acabado por producir individuos tan débiles como Huáscar. Atahualpa recibió sin

embargo savia fresca, de gente activa y belicosa, y es la sangre de su madre la que le permite llevar ventaja.

-Oyéndote se diría que crees que va a ganar la guerra... -intervino Naika que había asistido en silencio a la conversación-. Olvidas que Huáscar tiene de su lado la razón y a la mayor parte del pueblo.

-En una guerra la razón suele valer bastante menos que la mitad de un regimiento... -fue la áspera respuesta-. En cuanto al pueblo, aceptará lo que le impongan... Puede que yo no sea más que un pobre soldado de fortuna, pero de mi oficio entiendo algo y en todas las guerras en las que he tomado parte ha ocurrido siempre lo mismo: el más osado ha vencido tuviera o no razón.

Al día siguiente reemprendieron el camino hacia la ya cercana costa, a través de un árido paisaje de cielo siempre turbio, y a Naika le decepcionó profunda- mente el descubrimiento de un mar gris, frío y sin alma, al que tan sólo resultaba posible aproximarse sorteando toneladas de detritos producidos por millones de aves marinas que revoloteaban a poca altura chillando y lanzando excrementos sin el más mínimo asomo de consideración hacia sus visitantes.

Al igual que en el desierto de Sechura, la influencia de las frías aguas de la corriente de Humboldt producía un curioso fenómeno de neblinas que filtraban las luces y conferían a los contornos una tonalidad lúgubre, pardusca y repelente, mientras dunas de arena -algunas tan altas como montañas- se extendían a lo largo de la orilla, para perderse de vista en la distancia, eternamente empujadas por un viento irreductible que parecía ir moldeándolas en caprichosas formas u obligarlas a avanzar en una inútil carrera sin destino aparente.

El calor se volvió pronto irresistible, y los primeros en acusarlo fueron lógicamente los porteadores, por lo que tanto Alonso de Molina como Chabcha Pusí decidieron seguir a pie y concederles un merecido descanso, ya que aquellos férreos hombrecillos, aparentemente incansables en las alturas por las que podían trotar durante horas con sus pesadas cargas a cuestas, sucumbían fácilmente ante la extrema sequedad del ambiente a la par que las piernas parecían agarrotárseles al dejar de sentir ellos suelo firme para hundirse hasta los tobillos en arena suelta y pesada que jugaba a aprisionarles.

De tanto en tanto hacían su aparición aisladas manchas de una vegetación rala y enfermiza en anchas extensiones de terreno libre de arena que los nativos llamaban «lomas» pese a que con frecuencia se encontraban en hondonadas, o resecos cauces de cortos ríos que antaño debieron canalizar el agua de los deshielos de la serranía.

A media tarde descubrieron a orillas de uno de esos cauces lo que debió constituir siglos atrás una importantísima obra de ingeniería destinada a la irrigación de enormes extensiones de terreno ahora abandonadas, muy a lo lejos distinguieron luego las ruinas de lo que tal vez fuera una ciudad de una cierta importancia, y casi al oscurecer cruzaron junto a una nutrida necrópolis meticulosamente saqueada.

-Si ni siquiera respetan a sus muertos, ¿cómo pretendemos que respeten a los vivos...? -señaló Chabcha Pusí- ¿Comprendes ahora lo que te decía sobre estas tierras y estas gentes?

Pese a que la visión del mar le hubiese decepcionado en un principio, Naika se mostraba sin embargo continuamente fascinada por el extraño mundo que estaba descubriendo, y ni el calor, la sequedad del ambiente o las infinitas incomodidades del viaje disminuían un ápice su interés por cuanto ofrecía de novedoso aquel dantesco paisaje.

-¿Cómo es posible -decía- que «Viracocha» se entretuviera en crear lugares tan diferentes como la sierra, estos desiertos o las selvas en que nació mi madre?

-Lo fue haciendo poco a poco... -replicó su marido absolutamente convencido- El mar constituyó una prueba de lo que serían los desiertos, como éstos no le convencieron creó las selvas, y cuando se sintió seguro de lo que en realidad quería creó las montañas. Lo mismo le ocurrió con los hombres hasta llegar a nosotros.

-¡Me encanta tu modestia...! --comentó divertido el español-. Pero lo que ahora me preocupa es que está oscureciendo, no veo que exista lugar alguno en el que podamos pasar la noche, y tengo la desagradable sensación de que nos vigilan desde la mayoría de esas dunas...

Alonso de Molina contaba con la suficiente experiencia como hombre de armas, como para no arriesgarse a lanzar semejante afirmación sin haberse cerciorado previamente de que estaba en lo cierto. A todo lo largo de la jornada no había conseguido divisar ni siquiera un villorrio o un aislado caserío que permitiese presumir que aquel tórrido lugar pudiera dar cobijo a algo más que alacranes y lagartos, pero aun sin conseguir averiguar de qué ocultas cuevas habrían surgido, lo cierto era que su atenta mirada se había percatado de que poco más de dos docenas de harapientas figuras de inquietante aspecto se movían sigilosamente acechando sus movimientos.

-¡Hijos de Sopay...!

-Hijos de quienquiera que sea no me gusta que me ronden en la noche... -Buscó a su alrededor hasta distinguir el amplio semicírculo protegido del viento que había formado una alta duna petrificada y la señaló con un gesto- Lo mejor será que recojamos matojos que ardan bien y montemos allí un campamento. Por lo menos tendremos cubiertas las espaldas.

-Estos miserables jamás se atreverían a alzar la mano contra un inca... -sentenció Chabcha Pusí-. Nuestros soldados los aniquilarían.

-Tus soldados no están ahora aquí... -le hizo notar el andaluz- Y si son ciertas las noticias, tardarán mucho en venir en nuestra ayuda. No contamos más que con esos pobres porteadores que echarán a correr a la menor señal de peligro, mi espada y mi arcabuz... -Señaló a Naika-. Insisto en que fue un error traerla.

-Si lamentarse consigue devolverla al Cuzco, prometo llorar toda la noche -fue la irónica respuesta---. Pero como dudo que dé resultado, lo más práctico se hacerte caso... -Indicó a sus hombres las desparramadas y resecas matas que se distinguían por la proximidades-. ¡Traed todas las que podáis! -exclamó-. ¡Aprisa!

Los atemorizados hombrecillos no se hicieron repetir la orden, y antes de que las rápidas sombras de la noche hubiesen borrado por completo las tristes formas del desolado paisaje, ya se encontraban

acuclillados en torno a un brillante fuego que aumentaba, por contraste, la intensidad de las tinieblas que se apoderaban del resto del desierto.

Casi al instante, y sin aparente solución de continuidad, el bochornoso calor dio paso a un húmedo frío que se metía en los huesos, y una vez más el andaluz comenzó a lanzar denuestos contra las veleidades de una climatología peligrosamente desequilibrada, mientras Naika, envuelta en su hermoso poncho blanco y con el «cuí» en el regazo, parecía haberse convertido en la criatura más feliz de este mundo, ajena por completo al frío, las nubes de insectos que empezaban a agredirle, o el peligro que pudiese significar la invisible presencia de los esquivos lugareños.

-No hay estrellas... -musitó alzando el rostro hacia un cielo en el que el viento había depositado millones de diminutas partículas que conformaban una especia de grisáceo puré apenas traslúcido-. Mi padre aquí se sentiría profundamente desgraciado... -Se volvió a Alonso de Molina-. ¿Sabías que vive en una ciudad secreta en la que la mayoría de los habitantes no tienen más obligación que estudiar? Mi padre es el más sabio de todos ellos.

-¿Por qué secreta?

-Porque en ella se guardan todos los conocimientos de nuestra cultura... -señaló la muchacha---. Cuando los «chancas» se rebelaron cruzando el puente sobre el Apurímac y saqueando el Cuzco, destruyeron muchos de los «quipus» que conservaban nuestra historia y nuestras tradiciones. Se apoderaron de los más preciados tesoros del Imperio y asesinaron a los más sabios «amautas». A la vista de ello, el «Inca» Pachacutec ordenó construir una ciudad en el corazón de una región agreste, en lo alto de una montaña desde la que se pudieran estudiar cómodamente los movimientos del sol y las estrellas. En ella se conservan nuestros tesoros y habitan los «amautas» y aquellos que poseen una memoria privilegiada para ir transmitiendo la historia de generación en generación... ¿No tenéis vosotros nada semejante? -inquirió por último.

-¿Ciudades secretas...? -repitió el español---. No exactamente. Existen monas- terios perdidos en lugares remotos en cuyas bibliotecas se conservan documentos importantes, pero no necesitamos hombres de increíble memoria que transmitan conocimientos. Para eso están los libros.

-¿Cómo puede un objeto contar algo? -se asombró Naika-. ¿Cómo habla?

-Por medio de signos que forman letras, las letras forman palabras, y las palabras ideas... -Alisó la arena ante él, y con el dedo escribió una corta frase- Esto es una letra... -señaló-. Y esas cinco letras, combinadas, forman tu nombre: «Naika». Aquí dice: «Naika es hermosa...» Cualquiera que sepa interpretar estos signos y pase por aquí aunque sea dentro de mil años podrá leer lo mismo: «Naika es hermosa...»

-Pero mañana lo habrá borrado el viento... Aquí sí, pero en un libro, no... -Extrajo su manoseada carta y la mostró a la luz- ¿Ves?

Estos signos fueron hechos hace cinco años, pero aún se conservan intactos. Muchas páginas como ésta forman un libro que cuenta miles de cosas...

Ella observó atentamente la carta y luego se volvió a contemplar el dibujo de la arena pasando cuidadosamente el dedo por cada uno de sus trazos como si estuviera tratando de grabárselos en la mente.

-«Naika es hermosa...» -musitó quedamente- ¿De veras lo crees?

-La criatura más hermosa que haya existido jamás sobre la tierra.

Ella le dirigió una larga mirada repleta de intención, y señaló la arena:

-Dibuja ... : «Alonso es hermoso.» El andaluz sonrió divertido. -Eso no puedo escribirlo. No es verdad.

-¿Es que únicamente puede escribirse la verdad?

-No. Por desgracia también las mentiras se escriben y perduran, pero yo prefiero escribir únicamente aquello en lo que creo.

-Eso es bonito... ¿Me enseñarás a dibujar esos signos? Alonso de Molina señaló con un gesto la figura del «curaca» que surgía de las sombras de la noche viniendo hacia ellos.

-Si Chabcha Pusí me lo permite, sí.

-Él es mi esposo, no mi dueño.

-Aun así, jamás haré nada sin su consentimiento -fue la intencionada respuesta- Es mi amigo.

El «curaca», que había llegado a su altura, se detuvo un instante junto al fuego buscando calentarse las manos que se frotó con fuerza, y luego, señalando con un gesto hacia las tinieblas, comentó: -Tenías razón; hay gente ahí fuera pero se ocultan corno fantasmas,

-Sería cuestión de echarle mano a alguno y averiguar sus intenciones -señaló el español.

-Me contaron que se entierran en la arena y se colocan un matojo en la cabeza, con lo cual se protegen del frío de la noche y se convierten poco menos que en invisibles... -Acudió a tomar asiento junto a ellos- Lo más probable es que se limiten a observarnos...

Su vista recayó en lo que Molina había escrito y lo estudió desconcertado.

-¿Qué significa eso? -quiso saber.

-«Naika es hermosa ... » -replicó orgullosamente la muchacha sin sombra de malicia-. Alonso quiere pedirte permiso para enseñarme a dibujar esas cosas.

-¿De qué te serviría?

Ella fue a decir algo, pero el andaluz extendió la mano indicando que permaneciera en silencio y prestó atención a un extraño chillido que había llegado de las tinieblas.

Cuando se repitió, el «curaca» pareció intentar tranquilizarle:

-Sólo es una lechuza de las arenas. Hay muchas por aquí.

El otro negó convencido.

-No. Eso no es ninguna lechuza, y apuesto a que muy pronto le responderán a nuestra espalda...

Se mantuvieron a la expectativa, y, efectivamente, al cabo de un instante el grito se repitió en el punto exacto que el español había indicado, lo que le obligó a fruncir el ceño preocupado.

-Conozco esos trucos... ---comentó- Los salvajes de Tierra Firme solían emplearlos cuando preparaban un ataque. -Se cercioró de que su arcabuz se encontraba dispuesto, y extrayendo la espada de su funda la clavó en la arena entregando su afilado puñal al «curaca»-. Tú cuida de Naika -dijo-. Yo impediré que se acerquen...

Permanecieron de nuevo muy quietos, con el oído atento al menor rumor que llegara de las tinieblas, mientras los aterrorizados porteadores se acurrucaban arrebujándose en sus ponchos y mostrando únicamente los negros y brillantes ojos, dispuestos a dar un salto y perderse en las sombras a la menor señal de peligro.

Se dejaron sentir nuevas llamadas desde tres puntos diferentes, el fuego comenzó a perder fuerza, y cuando el español se puso en pie para apoderarse de un nuevo matojo y alimentar con él la hoguera, se escuchó una especie de agudo silbido y una gruesa piedra surgió del cielo para ir a caer justamente en mitad de las brasas que se esparcieron en todas direcciones.

Como si ésa hubiera sido la señal esperada, docenas de pedruscos semejantes llovieron desde los cuatro puntos cardinales, y varios porteadores se llevaron las manos a la cabeza aullando de dolor.

Molina tardó tan sólo unos segundos en comprender lo que sucedía, y precipitándose sobre Naika la alzó en vilo como si se tratara de un chiquillo y corrió, hacia las literas lanzándola bajo una de ellas.

-¡No te muevas! --ordenó- ¡No asomes la cabeza! Corrió de nuevo hacia el punto en que había dejado sus armas, pero a los pocos metros sintió un violento golpe en la pierna izquierda y rodó por el suelo lanzando un reniego.

-¡Malditos hijos de Sopay y de la gran puta! --exclamó-. ¡Nos van a descalabrar...!

Así parecía, en efecto, porque resultaba evidente que los sucios habitantes de las arenas manejaban la honda con diabólica habilidad lanzando sus pesados proyectiles incluso por encima de la alta duna, y haciéndolos caer con matemática precisión sobre los porteadores que correteaban desalentados sin hallar donde esconderse.

A duras penas el español consiguió arrastrarse hasta el arcabuz, y apoderándose de él se apartó del radio de luz de la hoguera para trazar un amplio semicírculo y adentrarse en la oscuridad en dirección al lugar en que presumiblemente debían encontrarse los invisibles agresores.

Se movió muy despacio, en parte porque le molestaba la pierna, en parte por la casi impenetrable oscuridad, y en parte porque se esforzaba por pegarse al suelo intentando no delatar su presencia antes de tiempo.

Tuvo que recorrer de ese modo poco más de doscientos metros, obligado de tanto en tanto a detenerse por el dolor y mordiéndose los labios para no soltar un lamento, pero al fin el zumbido de las hondas al girar fue ganando intensidad y al superar una pequeña hilera de

rocas distinguió la mancha oscura de una figura humana que, con las piernas muy abiertas y firmemente asentadas sobre la arena, giraba una y otra vez el brazo cada vez más aprisa listo para abrir la mano, dejar escapar la tira de enviar la piedra hacia la noche.

El español se encaró pacientemente el arma, y cuando abrigó la absoluta seguridad de que no podía errar un blanco casi a bocajarro, disparó.

Al estampido que por unos instantes se hizo dueño absoluto de la noche siguió de inmediato el alarido de sorpresa y dolor del herido que cayó de espaldas y comenzó a chillar como un cerdo a punto de ser degollado, revolcándose por el suelo y emitiendo sonidos guturales e incomprensibles llamadas de auxilio.

A la luz del fogonazo Alonso de Molina pudo distinguir media docena más de sombras agresoras, pero el espanto que debió producirles la súbita explosión y la caída de su compañero duró tan sólo el instante en que permanecieron petrificados por el terror para escapar de inmediato lanzando aullidos y arrojando al suelo sus peligrosas hondas.

Pese a ello, el andaluz permaneció inmóvil, recargó cuidadosamente su arma procurando no derramar ni un gramo de pólvora y se mantuvo a la expectativa tratando de percibir algún sonido que no fueran los lamentos y sollozos del herido.

Luego escuchó voces a su espalda y distinguió las figuras de Naika, Chabcha Pusí y tres porteadores que se aproximaban alzando improvisadas antorchas.

-¡Alonso ... ! -llamó el «curaca»- ¿Te encuentras bien, Alonso?

-¡Muy bien ... ! -respondió tratando de ponerse en pie con ayuda del arma- El que no lo está es ese hijo de perra...

Le observaron a la luz. Era una especie de desecho humano, sucio, harapiento y ensangrentado, que se retorcía apretándose el estómago con ambas manos y contemplando a sus enemigos absolutamente horrorizado.

-Lo va a pasar muy mal con una bala en las tripas... -señaló el español sin inflexión alguna en la voz---. Llevémoslo junto al fuego porque no creo que dure mucho.

No duró, en efecto, y aunque trataron por todos los medios de hacerle hablar, se limitó a lanzar gritos, lamentos y sollozos para acabar exhalando un último y sonoro suspiro en el momento mismo en que la primera claridad del día comenzaba a apoderarse del repelente paisaje.

-¡Y bien...! -fue el cansino comentario de Chabcha Pusí-. ¿Qué hacernos ahora?

-Vosotros regresad al Cuzco -replicó el español. Yo sigo adelante.

-¿Solo y herido ... ? -se asombró el inca- ¡Tú estás loco! O volvemos todos o no vuelve ninguno.

-Bocanegra es mi problema -le hizo notar Molina-. No quiero sentirme responsable por arrastraros a nuevos peligros por una chifladura sin sentido.

-Ya que admites que se trata de una chifladura sin sentido, lo más lógico es que demos la vuelta... -insistió Chabcha Pusí-. Lo que no

puedes pretender, es que te abandone en medio del desierto en estas condiciones. Huáscar me desollaría vivo si te pasara algo.

-Lo que tenía que haber hecho Huáscar es proporcionarme una escolta.

-Yana Puma se opuso. Alegó que ya que parecías ser el dueño del trueno y de la muerte, no necesitabas que nadie te protegiera de unas cuantas ratas de arena muertas de hambre...

-¡Simpático el viejito...

-Te odia.

-Lo sé... Pero en estos momentos no puedo pensar en nada. Estoy cansado y esta maldita pierna me duele a rabiar. Dormiré un rato... Que los hombres monten guardia y a la menor señal de peligro me despierten.

Descansó bajo el toldo de un palanquín hasta bien entrada la mañana, momento en que uno de los porteadores descendió por la duna precipitadamente gritando que un grupo de hombres se aproximaba desde el Norte.

Se tranquilizaron al descubrir que se trataba de un puñado de soldados al mando de un oficial que se encaminaban al Cuzco para ponerse a las órdenes de Huáscar.

-La mayoría de mis hombres desertaron para unirse a Atahualpa... -se lamentó el oficial-. Y estas malditas «ucucha anchi runa» -ratas degeneradas- están aprovechando la situación para amotinarse. Son gente traidora, de la peor especie, y con las fuerzas que me quedan no podía contenerlos... Cuando todo esto pase regresaremos a darles un buen escarmiento... -No podía apartar la vista de Alonso de Molina, aunque no se le advertía en absoluto impresionado y por último inquirió-: ¿eres uno de los «Viracochas» que desembarcaron en Túmbez?

-Lo soy. Y busco a otro «Viracocha» que al parecer está por estas tierras... ¿Sabes algo de él?

El oficial que tenía todo el aspecto de ser un hombre inteligente y decidido, meditó unos instantes y concluyó por hacer un indeterminado ademán que parecía indicar que no deseaba comprometerse a nada.

-Rumores... -replicó---. Sólo he oído rumores. En realidad esta gente nos odia y aún nos consideran invasores. Se mantienen alejados, siempre al acecho y conservan casi intactas sus viejas supersticiones y el culto a sus ídolos. Hace tiempo se oyó hablar de un «hombre-dios» nacido de las aguas que venía a devolverles la fuerza convirtiéndoles de nuevo en un gran pueblo que nos arrojaría al otro lado de las montañas. Luego no se mencionó más el asunto, pero hace un par de meses maté a un salvaje que intentó asesinarme... -Sacó un objeto de su bolsa de cuero y lo depositó sobre la arena- Le quité este amuleto.

Una pequeña medalla de plata lanzó destellos, y el andaluz la tomó observándola con sumo detenimiento al tiempo que el oficial añadía:

-No es de por aquí, y la llevo al Cuzco para entregársela al «Inca».

Alonso de Molina permaneció un largo rato dándole vueltas a la medalla, y por último señaló roncamente:

-Creo que se trata de la Virgen de Covadonga...

Se adentraron en una muerta región de arenas, rocas y gravillas negras, guiados ahora por el activo Calla Huasi, que así dijo llamarse el eficiente oficial inca, y que a instancias de Chabcha Pusí había tornado la decisión de enviar a la mayor parte de su gente y los peor parados de los porteadores al Cuzco, y quedarse en compañía de tres soldados par servir de escolta al «Viracocha».

Abandonaron dos de las literas, conservando la de Naika que se la cedía al español cuando le molestaba mucho la pierna, y de este modo avanzaron, muy despacio, por una región más inhóspita aún que todas cuantas habían atravesado anteriormente ya que su oscuro color contribuía a aumentar la sensación de agobio, y resultaba evidente que ni tan siquiera alacranes, lagartos o serpientes se habían decidido a colonizar semejante rincón perdido del infierno.

Tan sólo aisladas aves marinas hacían su aparición de tanto en tanto lanzando sonoros chillidos con los que parecían pretender avisarles del terrible error que cometían al aventurarse por semejantes soledades, para alejarse de nuevo hacia la costa y perderse de vista sobre las frías y plomizas aguas del Pacífico.

Nadie les seguía, ni nadie les espiaba.

Nadie hablaba tampoco porque una simple palabra Constituía un supremo esfuerzo, y los sufridos porteadores tenían que sustituirse continuamente porque el peso del palanquín y su carga parecía haberse multiplicado por diez con el paso del tiempo.

Escaseaba el agua y no eran muchos tampoco los alimentos, pero Calla Huasi que conocía perfectamente la región, les condujo por el camino más corto asegurando que antes de caer la noche alcanzarían las márgenes de un riachuelo que aún debía conservar una mínima corriente.

Constituyó aquél, sin duda, un día particularmente largo y penoso para Alonso de Molina, ya que la herida de la pierna le dolía más de lo que quería admitir y se encontraba profundamente inquieto por haber arrastrado a tan insensata aventura a Chabcha Pusí y a la muchacha.

Esta última seguía siendo sin embargo la menos afectada por el largo y difícil viaje, tan feliz y satisfecha como si en verdad participase en una divertida excursión campestre, convirtiéndose en el único miembro del grupo capaz de entusiasmarse a la vista de un extraño paisaje o una formación rocosa de fantasmales características. Cuando alcanzaron por fin la orilla del triste arroyo que parecía constituir los límites de la desolada región, se alejó unos metros para disfrutar de un largo y reconfortante baño, y se dispuso luego a preparar la cena con la vivacidad y la alegría de una chiquilla en vacaciones.

Entrada ya la noche, y tras tomarse un merecido descanso, el oficial y uno de sus hombres se perdieron de vista en las sombras, para

regresar al alba en compañía un atemorizado lugareño que a punto estuvo de desmayarse al enfrentarse a la impresionante humanidad del español.

Tardó en recuperar el habla, pero cuando lo hizo fue para responder con todo lujo de detalles a cuantas preguntas se le hicieron, y la seria amenaza de Calla Huasi de que si se atrevía a mentir el monstruoso «Viracocha» aprovecharía para devorarle el cerebro, surtió tal efecto que el desgraciado se esforzó por conseguir que cada de sus palabras sonara absolutamente sincera.

Admitió que, en efecto, había oído hablar de un dios blanco surgido de las aguas que habitó durante meses en una cercana fortaleza celosamente protegido y agasajado por las más hermosas mujeres y los más renombrados hechiceros mientras los hombres eran convocados a reuniones secretas en las que se les pedía que comenzasen a desenterrar sus viejas armas preparándose para una inminente revuelta contra los incas, ya que el latente orgullo de un pueblo pisoteado renacía de sus cenizas al contar con un líder capaz de conducirles a la victoria.

Muy pronto resultó evidente sin embargo que aquel supuesto líder lo único que en realidad deseaba era corner, emborracharse y disfrutar de mujeres cada vez más jóvenes, sin que jamás llegara a pronunciar una sola palabra inteligible, ejerciera su jefatura, ni apuntara el más mínimo gesto que viniera a indicar que tenía intención de alzarse contra nadie.

-Muy propio de Bocanegra -admitió el andaluz. Siempre tuvo fama de holgazán, borrachín y, sobre todo, mujeriego.

-¿Luego estás convencido de que es él? -señaló Chabcha Pusí.

-Todo coincide...: el lugar donde debió arrojarse al mar, la fecha en que desapareció del barco y la descripción del personaje... -Se volvió al indígena---. ¿Donde está ahora? --quiso saber.

El otro señaló un punto indeterminado hacia el Nordeste:

-Por allí... Al pie de las montañas, no lejos de la Ciudad Roja.

-¿Qué ciudad es ésa?

-Una de las antiguas capitales de su reino antes de nuestra llegada...-aclaró Calla Huasi- Les está prohibido pronunciar su verdadero nombre y hoy día se encuentra prácticamente abandonada.

-Los incas nos obligaron a irnos... -replicó el nativo mostrando un súbito y manifiesto rencor---. Desviaron nuestros ríos, destruyeron nuestros canales y arrasaron nuestros campos arruinando las ciudades. Hoy somos un pueblo condenado a vagar por los desiertos y pasar miserias, pero muy pronto llegará un redentor que vendrá del mar, será muy alto, tendrá cuatro piernas y dos cabezas, y en el transcurso de un solo día, ¡uno solo!, acabará con la tiranía del Inca. «Llandú» lo ha visto.

-«Llandú» es «La Sombra»... –puntualizó de nuevo el oficial---. Una especie de brujo rebelde empeñado en destruirnos. Surge de noche en la cima de las montañas y desde allí grita sus predicciones desapareciendo luego como si se lo hubiese tragado la tierra. No me extrañaría que toda

esta historia del hombre blanco nacido de las aguas fuera obra suya. Hace años que lo perseguimos inútilmente.

-Un ser muy alto de cuatro piernas y dos cabezas podría tratarse de un jinete... -señaló, Alonso de Molina meditabundo---. La verdad es que en estas tierras ocurren extraños prodigios que a menudo me desconciertan---. Soñé que Guzmán Bocanegra me necesitaba y he aquí que todo parece indicar que ese sueño puede convertirse en realidad... -Se volvió a Chabcha Pusí-. ¿Por qué?

-Sí tuviéramos respuesta para todo, no valdría la pena continuar viviendo -replicó el «curaca» seriamente- También yo soñé con tu amigo Pizarro y lo vi tal como acaba de describirlo... -Se encogió de hombros-. Los incas conquistamos a todas estas tribus, que nunca fueron un auténtico reino, sino una confederación de ciudades y asentamientos agrícolas que poco tenían en común, más que absurdas supersticiones. Tratamos de adaptarlos a nuestra forma de vida, proporcionándoles unidad, paz y orden, pero lo único que hemos conseguido es odio, desprecio y que se aferren cada vez con más fuerza a sus brujerías y sus falsos ídolos. Jamás conseguí entenderlo.

-Tal vez prefieran la libertad.

-¿Para seguir los pasos de ese «Llandú»...? -se indignó Chabcha Pusí- ¿Qué puede ofrecerle más hambre, horror y sacrificios humanos? Todos estos pueblos de la costa vivían bajo el yugo de fanáticos sacerdotes que les tiranizaban con falsos ídolos sedientos sangre... ¿Acaso deberíamos abandonarlos a su suerte?.

-¿Es mejor nuestra suerte de ahora? –intervino el lugareño con hostilidad-. Prefiero entregarle a un dios la vida de un soldado enemigo al que he vencido en lucha abierta, que la de un niño inocente como hacéis vosotros.

-¿Es eso cierto ... ? -se horrorizó el español incapaz de creer en lo que estaba oyendo-. ¿Sacrificáis niños a los dioses?

-Tan sólo en muy contadas ocasiones... -replicó el «curaca» visiblemente incómodo-. Y se trata siempre de niños que sus padres ofrecen de forma voluntaria en caso de hambruna o catástrofe...

-...o cuando muere un «Inca» -le interrumpió el nativo-. Vinisteis a «liberarnos» y mira en lo que nos habéis convertido... -Se volvió a Alonso de Molina y podría creerse que la ira que sentía había conseguido que incluso olvidara su miedo---. ¿Qué haces entre ellos? -inquirió-. ¿Eres tan falso como el dios blanco?

-No soy ningún dios... -replicó- Ni Bocanegra tampoco. Tan sólo es un marinero que se cayó de un barco. ¿Me ayudarás a encontrarlo?

-¿Por qué? El español le colocó el cañón del arcabuz en la frente y presionó con fuerza al tiempo que aproximaba amenazantemente su velludo rostro al del pobre infeliz que súbitamente se desinfló como un globo:

-¡Porque si no lo haces te volaré los sesos!

-Si «Llandú» está metido en esto buscará problemas -intervino Calla Huasi-. Lo lógico sería que fuéramos tú y yo, y los demás esperaran aquí nuestro regreso. De lo contrario no conseguiríamos nada.

Naika y el «curaca» intentaron protestar, pero Alonso de Molina se mostró de acuerdo con el oficial haciéndoles comprender que a partir de aquel punto dos hombres de armas se desenvolverían mucho mejor si no contaban con la impedimenta que significaba una litera, una mujer, y un puñado de asustadizos porteadores a los que si dejaban allí solos se arriesgaban a no volver a encontrar nunca.

Mediada la mañana emprendieron por tanto la marcha llevando ante ellos al prisionero, a través de un paisaje que mostraba constantes huellas de que en otro tiempo debió encontrarse densamente poblado ya que los innumerables canales de irrigación, ahora cegados, ruinosos e inservibles, hablaban por sí solos de una avanzada cultura de gentes inconcebiblemente laboriosas que habían sabido aprovechar hasta el último pedazo de tierra útil.

Las aguas que en época de deshielo tan generosamente debieron descender en torrentera desde la lejana cordillera habían sido meticulosamente embalsadas y canalizadas más tarde a través de enormes distancias, transformando los áridos desiertos en auténticos vergeles, y cada detalle de la hostil orografía parecía estudiado con particular inteligencia para colocarlo al servicio del hombre. Debieron necesitarse sin duda cientos, o tal vez miles de años para alcanzar semejante nivel de perfección, aunque probablemente tan sólo se precisaron unos meses para concluir con una obra tan ingente y admirable.

-No pudo ser de otra manera... -admitió espontáneamente Calla Huasi mientras hacían una corta pausa frente a uno de aquellos inmensos muros de adobe inutilizados-. Mantener a espaldas del Imperio a todo un enjambre de tribus poderosas y relacionadas entre sí, constituía un auténtico suicidio. Cuzco se encuentra situado en el centro del mundo y hacia cualquier punto que mire se enfrenta con seres hostiles. O los debilita, o acaba devorada por ellos.

-Entiendo... -admitió el español---. Aunque llevar el debilitamiento hasta esos extremos se me antoja cruel y-, exagerado... -Señaló hacia el frente-. ¿Falta mucho?: -quiso saber.

-Al atardecer llegaremos a la Ciudad Roja. Lo más probable es que a tu amigo lo mantengan oculto en alguna de las viejas necrópolis excavadas al pie de los cerros del Norte.

-Allí está --confirmó secamente el nativo- Donde duermen «Los Antiguos».

-¿Y «Llandú»? -quiso saber el inca-. ¿Dónde se encuentra?

-En la noche... –fue la extraña respuesta-. «Llandú» sólo vive en la noche porque es hijo de la Luna. El Sol, vuestro dios, es su enemigo.

-Y la Luna, vuestra diosa, su amiga... -replicó Calla Huasi- Aquellos que tan sólo aman las tinieblas no pueden ser más que discípulos de Sopay, el maligno.

-Nos arrojasteis a la oscuridad de esta vida humillante -masculló el lugareño-. Pero vuestros días están contados y tal como vinisteis vendrán otros que os hundirán en las tinieblas para siempre. ¿Me oyes bien...? ¡Para siempre!

Calla Huasi alargó la mano y de un violento revés lo lanzó e hizo ademán de abalanzarse de nuevo sobre él y patearlo, pero el español interpuso su enorme humanidad.

-¡Déjalo! -suplicó conciliador---. No es digno de un oficial golpear a un hombre maniatado... ¡Y tú! -amenazó al otro-. ¡Cierra el pico o te muerdo!

Tal como señalara el inca, a la caída de la tarde avistaron las ruinas de una gran ciudad de ladrillos de adobe que se extendía al borde del río en el centro de una especie de amplio anfiteatro configurado por parduscas colinas de escasa altura que la protegían de los vientos cálidos, pero abierta a los que bajaban, refrescantes, de la alta cordillera, en un enclave perfecto que debió constituir siglos atrás un asentamiento humano capaz de soportar sin agobios una población estable de cuatro o cinco mil habitantes. Abandonados bancales de cultivo y diseminados árboles que aún ofrecían abundante sombra y escasos frutos, hablaban por sí solos de las extensas huertas bien cuidadas que debieron transformar aquel pedazo de desierto en un auténtico oasis.

Una veintena de harapientas figuras les observaron llegar desde muy lejos, pero, en cuanto se aproximaron desaparecieron como por arte de magia adentrándose en el laberinto de muros y callejuelas.

Las viviendas, algunas francamente amplias y señoriales, recordaban en cierto modo la arquitectura incaica de la alta montaña, aunque parecían haber sido cortadas a ras por un inmenso cuchillo, ya que el tiempo y el viento habían arrancado los tejados de los que no se conservaban la más mínima huella.

Las había, eso sí, de deterioradas pinturas de tonos rojizos que conformaban geométricos dibujos de probable significado mágico y restos de lo que debió constituir una gran muralla defensiva sistemáticamente aniquilada, lo que daba a entender que, durante el asedio, la ciudad ofreció una desesperada resistencia.

Recogieron aguacates y chirimoyas que crecían salvajes en lo que fueran antiguos huertos, y la caída de la noche les sorprendió acuclillados en torno a una pequeña hoguera en el interior de la más protegida de las viviendas del centro de la ciudad.

-Tendremos que repartirnos las guardias... -señaló con naturalidad el inca- No me fío de esta gente.

-Espero que al menos no empiecen a llover pedruscos. Me molesta dormir con casco.

-El otro le observó un tanto desconcertado porque, como la mayoría de los miembros de su raza, carecía de sentido del humor y a menudo parecía no entender una sola palabra de lo que el andaluz pretendía decirle.

Fuerte, delgado, fibroso y muy serio, Calla Huasi poseía a todas luces dotes de mando, valentía y una notable inteligencia natural, pero no había logrado hacerse por completo a la idea de que se había embarcado en la en otro tiempo inconcebible aventura de ayudar a un supuesto «Viracocha» a rescatar a un tal vez inexistente prisionero de manos del temido «Llandú».

Grandes cambios estaban ocurriendo en el Imperio en el transcurso del último año; cambios que indudablemente habían afectado de forma notable a quienes como él estaban acostumbrados desde niños a que todo en la vida se encontrase regido por normas muy estrictas y órdenes muy concretas, puesto que desde el momento mismo en que tuvo noticias de que el viejo «Inca» Huayna Capac había muerto y un monstruoso «hombre-dios» blanco había surgido de las aguas para rebelar a las tribus costeñas, los acontecimientos se habían precipitado de tal modo que a menudo le costaba trabajo aceptar que no fuesen únicamente fruto de un mal sueño.

Luego le comunicaron la terrible noticia de que Atahualpa se había rebelado contra su hermano, y por último hacía su aparición en mitad del desierto un auténtico «Viracocha» dueño de un «Tubo de Truenos» que le convencía para que le ayudase a llevar a buen fin una descabellada empresa.

Se preguntó una vez más si no hubiera sido mucho mejor seguir su primer impulso y unirse a aquellos que se encaminaron al Norte, a ponerse a las órdenes de Atahualpa, porque al fin y al cabo, y como militar que había sido siempre, se sentía mucho más cerca del modo de pensar de un hombre que había demostrado un millón de veces su empuje y valor en los campos de batalla, que de aquel otro hermano pacifista y burocrático que apenas abandonaba sus hermosos palacios y sus centenares de concubinas.

-Ahora me encontraría al mando de un regimiento de lanceros dispuestos a caer sobre el Cuzco... -se dijo-. Y no metido en este agujero escuchando las locuras de un monstruo peludo.

Cenaron en silencio manteniendo al lugareño maniatado de pies y manos para que no cayese en la tentación de dar un salto y perderse en el laberíntico trazado de la ciudad aprovechando la oscuridad, y se acurrucó por fin en un rincón dejando en manos del español el primer turno de guardia.

Éste se admiró de la facilidad con que se quedaba dormido de inmediato, dedicó una leve sonrisa al prisionero intentando tranquilizarle, y desenvainan- do su espada la colocó a su lado cruzándose el arcabuz sobre las piernas listo para arrojar su carga de fuego y muerte sobre el primero que osase atravesar la única y angosta puerta del recinto. Le aguardaba una larga y tal vez agitada noche y lo sabía, pero los doce últimos años de su vida se encontraban plagados de vigilias semejantes en las que a menudo había tenido enfrente, no a un puñado de mugrientos desgraciados, sino a todo un ejército dispuesto a dar batalla.

Pasó revista una vez más a los últimos y confusos acontecimientos, y trató de buscarle una lógica al hecho de encontrarse con la espalda apoyada en un antiquísimo muro y la vista clavada en un negro agujero que conducía a una angosta callejuela. No la había. No la había del mismo modo que nunca la había habido para el hecho de que un buen día decidiese abandonar su mundo y sumergirse en otro tan desconocido para él como la más lejana de las estrellas.

Guzmán Bocanegra al que siempre creyó muerto le había hablado primero a través de un misterioso «Hijo del Trueno» y luego en sueños, y contra toda lógica parecía ser cierto que se encontraba vivo y encerrado en algún lugar al pie de aquellas montañas. ¿Qué explicación tenía?

Rebuscó en su memoria todo cuanto pudiera haber leído a lo largo de sus años de estudio, o todo cuanto le hubieran contado durante sus innumerables viajes, y aunque las largas noches de guardia en los campamentos o las aburridas travesías marítimas se habían prestado siempre a toda clase de fantasías y exageraciones, nunca, que él recordase, había oído contar que un ser vivo consiguiera ponerse en contacto con otro a través de desiertos y montañas.

Los muertos sí; a los muertos les estaba permitida cualquiera extravagancia, ya que para eso padecían la triste condición de difuntos sin remedio, pero a quienes no disfrutasen de ese dudoso privilegio de ser espíritus puros, aparecerse en sueños les había estado siempre vedado.

Sin embargo Guzmán Bocanegra parecía haberlo conseguido, y era precisamente esa necesidad de resolver un misterio inexplicable, lo que más le atraía a la hora de decidirse a afrontar tan descabellada aventura.

Ululó una lechuza.

Prestó atención.

El grito se repitió al otro extremo de la calle, y le fastidió la falta de imaginación de aquellos pobres desgraciados tan fieles a las viejas costumbres.

-«Por lo menos podríais cambiar de bicho... », -musitó como si pudieran oírle al tiempo que se rodaba lo justo para quedar en el ángulo que formaban dos gruesos, muros y donde resultaba muy difícil que una piedra, pudiera alcanzarle-. Aunque lo cierto es que aquí no tienen mucho donde elegir...»

Otra lechuza ululó ahora a sus espaldas, y súbitamente tuvo una inspiración y repitió a su vez sonoramente la llamada.

Calla Huasi dio un salto, echó mano a su lanza y le observó con gesto de asombro.

-¿Qué haces? -inquirió confuso.

-Me burlo de ellos -señaló divertido-. Creo que por lo menos acabo de conseguir desconcertarles.

Efectivamente, el silencio se había apoderado por completo de la noche, como si los misteriosos merodeadores estuviesen preguntándose qué diablos había ocurrido y de dónde había salido aquel desconocido aliado.

-¡Estás loco! -musitó el indígena agitando la cabeza negativamente-. Ya Chabcha Pusí me lo advirtió, pero no cabe duda de que estás peor de lo que decía...

Escucharon de nuevo. Tan sólo el llorar del viento que llegaba a ráfagas de las altas montañas se adueñaba, a ratos, de la noche, y el leve chasquido de una rama al reventar por el fuego restallaba en la quietud de la ciudad abandonada.

-¡¡Vais a morir...!!

-¿Qué es eso? -i

-¡¡Vais a morir...!! -repitió una voz, ronca y profunda que surgía de las tinieblas con la fuerza del trueno-. ¡Vais a morir, malditos Hijos del Sol, verdugos de mi pueblo a los que ha llegado al fin la hora de la destrucción total...!

-Es «La Sombra»... -susurró Calla Huasi.

-¡Payaso ... ! -replicó el español-. En cuanto le arree un arcabuzazo va a correr hasta la costa con el culo escaldado.

-Es muy peligroso.

-Perro que ladra, no muerde. Y éste ladra demasiado.

-¡¡Escuchad...!! -insistió el vozarrón-. ¡Escuchad lo que os va ocurrir antes de que amanezca...!

Un alarido se extendió por la ciudad correteando de calle en calle, y era tal su intensidad, que consiguió que los vellos del cuerpo se les erizaran.

-¡«Maldito hijo de puta»!

-¿Qué ha sido eso?

-Están torturando a alguien... -señaló el inca, que parecía vivamente impresionado.

-¡Eso ya la sé! -replicó el andaluz-. ¿Pero ese alguien ha dicho «Maldito hijo de puta». Y lo ha dicho en castellano, estoy seguro... ¡¡Eh!! -gritó a su vez en español con toda la fuerza de sus pulmones---. ¿Quién anda ahí...? ¿Cristianos...?

-¡¡Cristianos...!! ¡¡Cristianos...!! -replicó de igual modo una voz angustiada---. ¡Por favor...! ¡Ayuda! ¡En Nombre de Dios...! Ayuda... Me van a matar...

-¡¡Bocanegra...!! -llamó- ¿Eres tú, Bocanegra...?

-¡¡Santa Madre de Dios!! ¡Santa Virgen de Covadonga! ¿Qué milagro es éste? Sí, soy yo: Guzmán Bocanegra. ¿Quién eres tú?

-¡Alonso de Molina!

De nuevo se hizo el silencio; un silencio provocado tal vez por el asombro del prisionero o más probablemente porque sus captores le impedían responder, y tras aguardar unos instantes, el andaluz pidió, por gestos a Calla Huasi que se inclinara junto al muro y le ayudara a trepar.

El inca, aunque delgado, poseía toda la oculta fuerza de su pueblo y soportó estoicamente el enorme peso del andaluz que se aferró al borde de la pared y atisbó hacia fuera.

No distinguió más que la noche, pero aguardó hasta acostumbrar sus ojos a la oscuridad, y al fin entrevió tres confusas sombras que se recortaban contra el cielo a unos cincuenta metros de distancia.

Meditó unos instantes y por último, calculando que la parte alta de los muros tendría por término medio casi un metro de ancho, se alzó a pulso, se tumbó boca abajo cuan largo era, e hizo mudas señas a Calla Huasi para que le alcanzara sus armas. Con ellas en la mano reptó despacio y en un par de ocasiones tuvo que agazaparse para dar una salto y caer silenciosamente sobre las redes de las casa vecinas.

Luego lo vio con absoluta nitidez.

Acababa de erguirse alzando los brazos lo que le hizo recortarse perfecta- tamente contra la lejana montaña que tenía a sus espaldas, y una vez más aulló con su forzado vozarrón amenazante.

-¡¡Preparaos a morir … !! ¡Preparaos a morir malditos Hijos del Sol!

Cayó hacia atrás como un pato en un tiro al blanco, sin emitir siquiera un lamento, y cuando el eco de la explosión se perdió en la noche en dirección al río tras ese eco corrían desaforadamente una veintena de hombres a los que se diría que perseguía el mismísimo Sopay.

Alonso de Molina saltó a tierra con un leve sentimiento de culpabilidad porque hasta cierto punto se le antojaba injusto abusar así de la innegable superioridad de sus armas, ya que había aprendido desde niño que todo enemigo dispuesto a morir merece un respeto, y la sencillísima forma de acabar con ellos o ponerles en fuga por el procedimiento de hacer retumbar su «Tubo de Truenos» podía considerarse hasta cierto punto ignominiosa.

-¡Bocanegra … ! -llamó- ¿Dónde estás Bocanegra … ?

No obtuvo respuesta y colgándose del hombro el arcabuz aferró la espada en una mano y la daga en la otra para asomarse, con infinitas precauciones, al interior de las viviendas más cercanas.

Lo primero que vio fueron los pies del muerto que había quedado espatarrado, cara al cielo en mitad de una amplia estancia, y luego en un rincón, a un hombre semidesnudo, atado y amordazado y que por su constitución no podía ser, desde luego, indígena.

-¡¡Calla Huasi…!! -llamó-. Trae luz… A los pocos instantes hizo su aparición el inca portando unos matojos encendidos, y juntos se inclinaron sobre Guzmán Bocanegra que con los ojos como platos los contemplaba alelado ofreciendo un aspecto en verdad impresionante.

El andaluz lo recordaba como un gigantón de espesos cabellos rojizos, poblada barba agresiva y gestos bruscos, pero ante él tenía a un hombrecillo esmirriado que había perdido casi treinta kilos, conservaba apenas algunos ralos mechones de su antaño pobladísima melena y mostraba un cuerpo recubierto de repelentes pústulas mientras un incontenible temblor en las manos le impedía beber con normalidad.

-¡Dios bendito! --exclamó el español apesadumbrado- ¿Qué han hecho contigo?

-Destrozarme, Capitán… Destrozarme.

-¿Por qué?

-Es una larga historia… Pero antes cuénteme cómo es que está aquí.

-Vine a buscarte.

-¿Le envía Pizarro?

-No. Pizarro y los suyos regresaron a Panamá. Ginesillo se quedó también, pero al pobre negro lo mataron en Túmbez. Ahora tú y yo somos los únicos cristianos en esta parte del mundo. Por eso, cuando me llamaste vine a buscarte.

-¿Que yo le llamé? -se sorprendió el otro- ¿Cómo?

-No lo sé. Confiaba en que tú me lo explicases.

-No lo entiendo.

-No te preocupes por eso ahora. ¿Cómo llegaste hasta aquí? Te creíamos muerto porque te arrojaste al mar muy lejos de la costa. Nadie puede nadar tanto.

-No, desde luego -admitió Bocanegra- Pero cuando navegábamos hacia el Sur reparé en una serie de pequeños islotes que formaban una cadena hasta la costa. Eso me dio la idea y cuando, al regreso, el piloto los evitó dejándolos por estribor, me tiré al agua y nadé hasta el más cercano. Pasé en él un par de días alimentándome de huevos, luego alcancé el siguiente, y así sucesivamente hasta ganar la playa.

-¿Por qué?

-Estaba harto del barco.

-Ya íbamos de regreso a Panamá.

-Tampoco me agradaba la idea de volver a pasar miseria en Panamá a la espera de otro barco en que enrolarme para continuar con la misma vida de siempre. Éste se me antojó un país nuevo en el que quizá podría encontrar fortuna. ¡Hay oro! --exclamó-. ¡Muchísimo oro!

-Lo sé, pero, ¿cómo esperabas salir adelante sin conocer el idioma ni tener la menor idea de qué clase de gentes ibas a encontrar aquí...?

-¿Qué importaba eso entonces? Lo que en verdad necesitaba era una mujer. Yo, que no puedo vivir sin mujeres, elegí este maldito oficio de marino, pero no conozco otro.

-Todos aseguraban que eras un buen marino, pero eso ahora no viene al caso... Continúa...

Antes de hacerlo, Guzmán Bocanegra clavó la mirada en Calla Huasi que, acuclillado contra un muro asistía impasible a una conversación de la que lógicamente no entendía una sola palabra, e inquirió en tono entre rencoroso y despectivo:

-¿Y éste quién es? -quiso saber---. ¿Un salvaje?

-Un oficial inca. Viven arriba, en la sierra, y conquistaron a los costeños hace ya mucho tiempo. Poseen magníficas ciudades y una organización social en ciertos aspectos más adelantada que la nuestra.

-Usted siempre será el mismo, ¿eh Capitán? Siempre leyendo y siempre queriendo conocerlo todo.

-Es posible. ¿Qué ocurrió cuando alcanzaste la costa? El otro lanzó un resoplido, como si le costara trabajo admitir cuanto había ocurrido y tras frotarse vivamente las muñecas que aparecían ensangrentadas por efecto de las ligaduras, replicó:

-Al principio fue maravilloso. Me acogieron como a un dios, me llevaron a una gran fortaleza y me proporcionaron comida, bebida y, sobre todo, mujeres... ¡Docenas...! Casi centenares de mujeres que se volvían locas pidiendo a todas horas que me las follara. -Suspiró sonoramente y agitó la cabeza como si le costara admitir que hubiera podido vivir tales momentos- ¡Era fabuloso Capitán! Como el paraíso que Mahoma promete a los moros, en el que todo se limita a joder, comer y beber... -Alargó la pierna y propinó un fuerte puntapié en la cabeza al difunto- ¡Hasta que apareció este cabrón!

-¿«Llandú»?

-Sí. Creo que así le llamaban, aunque en realidad jamás entendí una palabra de lo que chamullaban los muy bestias... -Lanzó una larga

mirada de rencor al cadáver del indígena, y añadió-: Este, que parecía el más importante, me dedicaba grandes discursos y traía gente para que me admirara como si fuera un dios o un monstruo de feria. Me vistieron de colorines y me plantaron incluso una especie de corona en la cabeza. Durante un par de semanas fui casi un rey... ¡Se lo juro, Capitán...! Vivía en un castillo en ruinas y tenía cuanto el más exigente monarca pudiera desear, incluidas muchachitas de doce y trece años. No se puede imaginar el número de virgos que rompí en aquellos días; perdía la cuenta... Luego me puse enfermo. -Sollozó quedamente-. Empezaron a salirme llagas por todo el cuerpo y el pelo se me caía a puñados. -Abrió mucho la boca para mostrar sus sucias encías- ¡Hasta perdí varios dientes y a todas horas me dolía terriblemente la cabeza!

-Es el mal de Sopay -admitió Molina-. Lo transmiten algunas mujeres a quienes el diablo les introduce ese mal entre las piernas. Muchas de estas gentes lo sufren.

-¿Y cómo se cura?

-No lo sé -replicó el andaluz sin querer reconocer que según Chabcha Pusí, no existía cura alguna- Algunos hechiceros la tratan a base de hongos.

-Ese maldito me daba hongos a todas horas... -admitió el marino lanzando un escupitajo a la cara del muerto- Pero no me curaban; tan sólo me producían mareos y alucinaciones en los que soñaba con el barco, España o Pizarro. También creo recordar que en una ocasión soñé con usted.

-Quizá fue entonces cuando me llamaste. Yo te oía en mis pesadillas.

-¡Quizás...! -admitió el otro de mala gana-. Todo lo que ha ocurrido en estos últimos tiempos me resulta muy confuso... -Hizo una larga pausa como si tratara entender algo que estaba por completo fuera de su capacidad de raciocinio-. De pronto se enfadaron conmigo y todo cambió. Imagino que querían algo de mí, nunca pude averiguar de qué se trataba. Me encerraron en una especie de catacumba y me mataban de hambre. Luego, ayer, me sacaron para traerme aquí.

-Por lo visto en un principio creyeron que eras especie de Mesías o un enviado de los dioses que vez liberarles del yugo de los incas.

-¿Yo? -se asombró el marino con un deje de burla en la voz-. ¿Yo un Mesías...? ¿A quién se le ocurre? Yo lo único que quería era follar y vivir en paz.

-Pero ellos no podían entenderlo. Llevan demasiado tiempo avasallados y se aferran a cualquier esperanza. Aquí todo se mueve a base de supersticiones, predicciones y brujería. Según una de sus leyendas, llegarán unos hombres blancos que serán como dioses y acabarán con el Imperio. Por eso, cuando te vieron debieron suponer que venías a liberarles.

-¿Semidesnudo y muerto de hambre? ¡Cretinos!

-Para ellos es como sí llegáramos de otro mundo... Somos distintos, el arcabuz los aterroriza y mil de los nuestros los pondrían en un aprieto, sobre todo si trajeran caballos. Pero sería una lástima.

-¿Una lástima? -se sorprendió Guzmán Bocanegra- ¿Por qué una lástima? Son salvajes a los que tenemos la obligación de atraer a la verdadera fe, obligándoles a rendir vasallaje al Emperador porque en el fondo ni siquiera son seres humanos. Lo parecen, pero no tienen alma.

Alonso de Molina no se sentía con ánimos como para discutir sobre tan escabroso tema, y prefirió dar por concluida la charla y descansar unas horas por lo que se limitaron a dejar en libertad al lugareño y echar una corta cabezada convencidos de que, al menos por esa noche, no corrían peligro.

Al día siguiente, Guzmán Bocanegra se encontraba en pésimas condiciones y en especial las llagas de sus piernas presentaban un aspecto terrible y repugnante. Las moscas acudían de continuo a cebarse en ellas, y el marino, que apenas podía caminar, se pasaba el tiempo maldiciendo aquel puerco país y la hora que se le ocurrió quedarse en él.

-Todo este Nuevo Mundo no es más que un espejismo y una mierda --decía-. Me cago en el alma de quien me convenció para que viniera. Debí quedarme en mi tierra, porque para pasar miserias cualquier lugar es bueno.

-Muchos han hecho fortuna aquí -le recordaba el andaluz.

-Y muchos más se han muerto de asco... Calor, salvajes, mosquitos, fiebres, serpientes... ¡Y ahora esto...! ¿Dónde se ha visto que el simple hecho de acostarse con una mujer te pudra en vida...? En el Nuevo Mundo. ¡Sólo en el Nuevo Mundo!

Alonso de Molina no acertaba a responder, ya que era la primera vez que se enfrentaba a los estragos de la extraña y terrible enfermedad, y el hecho de que el acto sexual aniquilara de aquella forma a un ser humano resultaba totalmente nuevo para él.

Chabcha Pusí fue sin embargo mucho más explícito, y aquella misma tarde, apenas clavó la vista en Guzmán Bocanegra tomó plena conciencia del estado en que se hallaba.

-Ese hombre es un peligro -dijo-. «El Mal» se ha adueñado de él y en sus condiciones no le permitirán entrar en el Cuzco. Está en manos de Sopay.

-Dijiste que ciertos hechiceros conseguían curar «El Mal».

-No cuando se encuentra en un estado tan avanzado. Cuanto puede hacer es infectar a quien se le aproxima y el hecho de que un «Viracocha» haya caído de ese modo en poder de Sopay, le dará armas a Yana Puma para acabar contigo. ¡Piensa en ello!

-¿Y qué quieres que haga? Es uno de los míos.

-No. No es como tú -sentenció Naika que asistía a la conversación y se apartaba asqueada del marino como si del mismísimo diablo se tratara---. No sólo está enfermo: se le nota en los ojos que no es bueno. Me espanta cómo mira.

El español ya había advertido en efecto que, desde el, momento mismo en que Guzmán Bocanegra descubrió la muchacha, su expresión había cambiado y la seguía con la vista a todas partes como un lobo dispuesto a lanzarse sobre una presa al menor descuido.

-¡Está buena la salvaje! -fue lo primero que dijo al descubrirla-. ¡Muy buena! ¿Quién es?

-La esposa del «curaca». Un hombre importante... mi amigo.

-¿La mujer de ese viejo? -rió-. ¡No puedo creerlo! Seguro que agradecerá que le haga pasar un buen rato. Todas estas salvajes lo agradecen.

Sentado en el fondo del riachuelo al que había acudido a darse un baño que le librara del polvo del largo viaje, Alonso de Molina tuvo que plantearse a solas el hecho, en apariencia indiscutible, de que había cometido un terrible error al rescatar a Guzmán Bocanegra de manos de sus captores.

Pocos eran los contactos que habían mantenido en el barco, en el que el marinero siempre se mostró huraño y retraído, pero en esta ocasión apenas unas horas le habían bastado para comprender que se trataba de uno de aquellos seres de ínfima calaña que habían atravesado el océano con la esperanza de dar rienda suelta en unas tierras de escasas leyes y mínima represión a cuantas frustraciones llevaban dentro.

No conseguía descubrir en el carácter de Guzmán Bocanegra ni tan siquiera un ápice de aquel amor a la aventura que caracterizaba incluso a los más indeseables de los conquistadores, y en él todo parecía estar regido por los más primitivos impulsos, entre los que destacaba, con gran diferencia, un desbocado e incontenible apetito sexual.

Por dos veces durante el transcurso del día, y pese a su deplorable estado y la fatiga que producía la larga caminata, se había apartado unos metros con la excusa de atender a urgentes necesidades fisiológicas, pero el andaluz había podido comprobar, asombrado, que a lo que en realidad se dedicaba era a masturbarse.

A Calla Huasi tampoco le había pasado inadvertido el hecho, y pese a que era un hombre que raramente demostraba sus emociones, Alonso de Molina no pudo por menos que comprender que también se sentía profundamente confuso y asqueado.

¿Qué hacer con alguien atacado de semejante grado de incontinencia que se estaba pudriendo en vida, no se respetaba a sí mismo, y tendría probablemente vedado el acceso a la capital?

Una y otra vez trataban de hallar una respuesta a tal pregunta, pero no existía ninguna.

El viaje a los infiernos debió parecerse mucho al asfixiante viaje de regreso a través del desierto de arenas negras, transportando en andas a un hombre enfermo y maloliente del que incluso los sufridos porteadores se apartaban como si temieran que su simple contacto pudiera transmitirles el terrorífico «Mal de Sopay».

Naika le había cedido su litera, la única que quedaba pero lógicamente se había negado a volver a ocuparla ya que la hediondez, la

sangre y el pus parecían haberla contaminado en cuanto Guzmán Bocanegra penetró en ella.

La muchacha marchaba a pie por tanto, diminuta y frágil, pero fuerte y animosa, y aunque se esforzaba por mantener su entereza, no podía negarse que la presencia del marinero le producía un profundo desasosiego y el infantil entusiasmo que le acompañara hasta aquellos momentos se había esfumado en el polvoriento y caliente aire costeño.

-No podemos aparecer con «eso» en el Cuzco... -insistía por su parte Chabcha Pusí marchando pesadamente junto a Alonso de Molina-. Es un peligro.

-¿Y qué hago? ¿Lo dejo aquí a que las moscas le devoren? Si tuviera lepra podría planteárselo claramente. Le diría: «Bocanegra, estás marcado y sabes bien que todos los países imponen el aislamiento obligatorio a los leprosos...» Pero tú mismo dices que ésta es una enfermedad que tan sólo se contagia haciendo el amor. Si no lo hace, no hay peligro.

-¿Y piensas pasarte la vida vigilándole? Observa cómo mira a Naika... Si no estuviéramos aquí se abalanzaría sobre ella porque es un loco capaz de violar a quienquiera que se le ponga por delante. -El «curaca» se detuvo y le aferró por el brazo obligándole a que se volviera a mirarle- ¡No puedo consentirlo! --exclamó- Sabes lo mucho que te aprecio, pero no puedo aceptar que esa bestia putrefacta ande suelta por el mundo. Haría mucho daño.

-¡Pero es español...! -se lamentó Molina- Mi obligación es ayudarle.

-¿Por qué? ¿Por patriotismo, tú que renunciaste a tu patria, o por amistad pese a que jamás fue amigo tuyo? Yo sí me considero tu amigo, y sabes que haría por ti mucho más que por cualquier inca, porque lo que en verdad importan son las personas, no el lugar en que nacen.

-Me necesita. Hoy en día soy su única esperanza.

-Te equivocas. Ya no le queda esperanza alguna.

El andaluz sabía a ciencia cierta que Chabcha Pusí tenía razón, pero pese a ello se consideraba incapaz de abandonar a su suerte a una especie de cadáver ambulante del que por desgracia no sabía si podría sobrevivir un año, un mes o una semana.

El propio Bocanegra parecía haberse dado perfecta cuenta de cuál era su situación, no abrigaba ilusiones con respecto a su futuro, y así lo expresó por tanto abiertamente durante uno de los continuos altos en el camino que tenían que hacer los agotados porteadores.

-Mal negocio hizo viniendo a buscarme, Capitán... --comentó burlón- Mal negocio para usted, que tiene que cargar con un enfermo, y para mí, que ya me había hecho a la idea de acabar en aquel agujero y ahora tengo que luchar contra la estúpida ilusión de vivir. -Lanzó un largo silbido que podía considerarse tanto de resignación como de entusiasmo- ¡Si al menos pudiera echar un polvo con esa chiquilla! ¡Rayos! -exclamó---. Morir jodiendo sería un buen fin para un tipo como yo.

-No vuelvas a hablar de Naika... -le recriminó el andaluz refrenando sus deseos de encolerizarse- Su esposo es mi mejor amigo; le debo la vida.

-¡Pero yo no...! -rió el otro ásperamente- ¡Vamos Capitán, No se me vuelva moralista...! Al fin y al cabo no son más que salvajes. Usted y yo somos gente civilizada... Ayúdeme a conseguir a esa muñeca y podrá sentirse orgulloso de haber logrado que un español se vaya feliz al otro mundo.

-¡Olvídala! Y olvídate de tocar a una mujer hasta que estés completamente sano. Buscaré quien te cure.

-¿Curarme? -inquirió el marino auténticamente sorprendido- ¡No me haga reír! Yo puedo ser analfabeto y loco, pero no imbécil. ¿Ve esta llaga? Pronto me llegará al hueso y apesta a carne putrefacta. Nadie conseguirá nunca regenerar- la, de esto estoy seguro; yo ya estoy muerto, lo sé.

-En ese caso, ¿por qué no intentas ponerte a bien con Dios y tratar de morir en paz contigo mismo y los demás...?

-Porque he navegado demasiados años como para creer en Dios; en paz conmigo mismo sólo me siento cuando estoy jodiendo, y a los demás jamás les importé una mierda y por tanto ellos tampoco me importan un pepino. Mi madre era un putón de puerto, me crié entre basura y viví siempre en la miseria, pero al menos fui rey durante cuatro meses... No me parece mal que una historia tan absurda concluya de este modo, y lo único que pido es espicharla como siempre soñé: con una hermosa mujer entre las piernas.

-Me temo que eso no va a ser posible.

-Lo veremos.

-Te lo advierto, Bocanegra... -El tono de voz de Alonso de Molina no se prestaba a dudas- Si te acercas a Naika eres hombres muerto.

El otro le lanzó una burlona mirada cargada de ironía.

-¿Más aún ... ?

-¡Déjalo aquí...! -rogó Calla Huasi que sin entender una sola palabra de cuanto habían hablado parecía haber captado a la perfección el fondo de una charla a la que habían asistido desde lejos-. Dale agua y comida y vámonos.

-No puedo. -Es como llevar un alacrán en la palma de la mano - Señaló el oficial serenamente- Cuando menos lo esperas te clava el aguijón... Y rezuma veneno.

-Lo sé, pero aun así no puedo abandonarle. Se me aparecería en sueños suplicando que regresara a salvarle. No he conseguido averiguar cómo lo hace, pero convierte mis noches en pesadillas y no creo que consiguiera soportarlo mucho tiempo.

-Las pesadillas se disipan con la llegada de un nuevo día... -fue la respuesta-. El daño que puede causarte tal vez no se disipe nunca.

-Tendré que correr el riesgo. El otro no dijo nada, porque en su mentalidad no cabía la idea de que un hombre se arriesgase de aquel modo por algo que no merecía la pena, y se limitó a ordenar a los renuentes y malhumorados porteadores que se pusieran de nuevo en marcha ya que deseaba abandonar la agobiante región de las arenas negras a la caída de la tarde.

Un leve murmullo de descontento corrió de boca en boca, pero la autoridad de un oficial inca continuaba siendo indiscutible y a regañadientes alzaron en vilo el palanquín para reanudar la penosísima marcha rumbo al Sur.

Algo tramaban, sin embargo, y cuando al oscurecer acamparon en el mismo punto en que habían sido atacados a pedradas dos noches antes, recogieron leña y encendieron sumisamente el fuego, pero en cuanto las tinieblas se apoderaron del desierto se esfumaron en las sombras como si jamás hubieran existido.

-No puedo culparles... -se resignó el «curaca»-. Temen que el «Mal» pueda propagarse a sus familias porque son gente ignorante a la que cuesta trabajo convencer de que Sopay tan sólo castiga a aquellos que se acuestan con quien ya lo padece... -Señaló a Guzmán Bocanegra que contemplaba absorto las danzantes llamas-. En su estado no conseguirá trepar a pie por esas montañas. Recuerda que incluso a ti te resultó difícil.

Alonso de Molina clavó la vista en la maltrecha figura del marino y se preguntó qué cúmulo de ideas estarían cruzando en aquellos momentos por la mente de un hombre que se sabía lejos de su mundo, enfermo de muerte y rechazado por cuantos le rodeaban, y experimentó una vez más aquella extraña sensación de repulsión y lástima que venía sintiendo desde el momento mismo en que le descubrió en la ciudad abandonada. Todo en él repelía, desde su cuerpo a su olor o su forma de hablar o comportarse, pero al propio tiempo se diría que le rodeaba un aura fatalista, de ser humano resignado desde antes incluso de nacer, a su triste condición de eterno marginado.

De tanto en tanto, Bocanegra bajaba los ojos a observarse las profundas y supurantes llagas de las piernas sin molestarse siquiera en ahuyentar las nubes de insectos que acudían a cebarse en ellas, o extraerse los gusanos que le devoraban en vida, aceptando estoicamente su papel de habitante de un cuerpo que debía en buena lógica encontrarse tiempo atrás bajo tierra, pero acuciado aún a todas horas por aquella obsesiva fijación de poseer a una mujer antes de considerarse definitivamente muerto y enterrado.

-Puede que se trate de la vida menos valiosa que haya existido... -admitió el español casi con un susurro-. Pero tal vez por eso mismo resulta tan difícil disponer de ella. He matado a hombres que merecían mil veces más continuar respirando, pero saberlo no me basta. No sé qué hacer --concluyó convencido.

-No hagas nada -aconsejó Chabcha Pusí con naturalidad- Mañana, cuando comencemos a trepar por las montañas y advierta que las fuerzas no le responden, él mismo se encargará de tomar una determinación.

Pero Guzmán Bocanegra optó por tornar su decisión muchísimo tiempo antes, porque a los pocos instantes, en el momento en que Alonso de Molina le tendía un plato de comida, se abalanzó súbitamente sobre él derribándole al suelo, y dando un salto se apoderó del arcabuz que montó con notoria habilidad, apuntando al sorprendido andaluz que no había tenido siquiera tiempo de reaccionar.

-¡No haga tonterías, Capitán...! -amenazó roncamente- No me obligue a matarle.

-¿Qué es lo que pretendes?

-Terminar a mi modo. He visto esas montañas y sé que jamás llegaré arriba. Mi tiempo se ha acabado, pero quiero irme a gusto... -Indicó con un leve ademán de la cabeza a Naika que observaba impresionada la escena aferrada a la mano del «curaca»- No debe tener miedo: no voy a hacerle daño. Tan sólo pretendo pasar una última noche agradable, y luego yo mismo me volaré los sesos. -Sonrió amargamente- ¿Acaso es pedir mucho? El último deseo de un condenado, eso es todo.

-¿Te has vuelto loco? -replicó Alonso de Molina poniéndose lentamente en pie- Si la tocas le contagiarás tu enfermedad. Es así como se transmite.

-¡No diga tonterías!

-¡Es cierto! Ellos lo saben. La condenarás para siempre.

-¿Y a mí qué? Me limito a devolverles el regalo... -Se volvió a la muchacha- ¡Tú! -gritó- ¡Ven aquí! Daremos un paseo.

-¡No te muevas! -ordenó el andaluz extendiendo la mano imperativamente-. No vas a ninguna parte... ¡Escucha, Bocanegra! -suplicó- No hagas tonterías. Aunque me mataras, Calla Huasi acabaría contigo. No vas a conseguirlo... ¡Piénsalo!

-Ya lo he pensado -fue la segura respuesta del marino que parecía decidido a seguir adelante hasta sus últimas consecuencias- Yo no tengo nada que perder, pero usted sí, y no creo que sea tan estúpido como para dejarse matar por una salvaje. Quédese donde está y le prometo que dentro de un rato la tendrá aquí de regreso.

-¡No! -Alonso de Molina había echado mano a la empuñadura de su espada comenzando a desenvainarla con estudiada lentitud---. No vas a ponerle la mano encima ni aun pasando por encima de mi cadáver... ¡Calla Huasi! -llamó-. Prepara tu lanza. El «Tubo de Truenos» no mata más que una sola vez. En cuanto yo haya caído, acaba con él... ¿Me has oído?

-Te he oído -respondió serenamente el inca aferrando con fuerza su arma---. Estoy listo.

-¿Por qué se esfuerza en ponérmelo difícil? -se lamentó Bocanegra amargamente- Nunca he matado a nadie... ¡Se lo juro! Nunca, y no quisiera asesinar a un compañero mi última noche.

-Baja ese arma entonces.

-¡No!

-¡Por favor...

-¡He dicho que no!

Alonso de Molina, que había desenvainado por completo su ancha y afilada espada, permaneció con ella firmemente empuñada a poco más de un metro y medio del marino, atento tan sólo a sus ojos en los que sabía que podría leer, con unos instantes de anticipación, el momento en que se decidiera a disparar.

No temía el arcabuz. Conocía bien el arma y sabía que a tan corta distancia el trayecto de la rueda para hacer saltar la chispa que

encendía la pólvora le daría tiempo de evitar ser alcanzado, pero temía la reacción de Bocanegra, que consciente ya de que no le quedaba posibilidad alguna de cumplir sus deseos, parecía dispuesto a acabar cuanto antes.

Fue eso lo que leyó en sus ojos: la muda súplica de que tomara una decisión sin obligarle a continuar viviendo en semejantes condiciones, y cuando por fin alzó la espada--abrigó la absoluta certeza de que no tenía la menor intención de defenderse, por lo que de un tajo rápido, fuerte y preciso le cercenó limpiamente la cabeza que tras mantenerse unos segundos como quieta en el aire rodó mansamente hasta el centro de la hoguera donde los escasos cabellos y la rojiza barba comenzaron muy pronto a chamuscarse.

El país parecía otro.

Los ejércitos de Huáscar, al mando de Atox, el Zorro, habían sido derrotados por dos veces por las tropas de Atahualpa dirigidas por Rumiñahui, Quisquis y el cruel general Calicuchima, que había dado orden de ejecutar a todo aquel -hombre, mujer, niño o anciano- minimamente sospechoso de simpatizar con el enemigo.

Mientras el «Inca» trataba de reagrupar a sus fieles en torno a Jauja dejando la mayor parte del norte del Imperio en manos de los rebeldes, su hermanastro celebraba las victorias en Cajamarca y reclutaba nuevas fuerzas a las que prometía el jugoso botín del Cuzco, sus riquezas, y las de cuantos habían permanecido leales al orden establecido, que pasarían a partir del momento de la victoria final al triste rango de esclavos de sus vencedores.

Era por lo tanto aquélla una lucha fratricida y sin cuartel en la que la amenaza de saqueo aterrorizaba a la población civil del Sur ya que continuamente llegaban inquietantes noticias de las atrocidades cometidas por los soldados de Calicuchima durante su incontenible avance.

Las calles de la capital aparecían semidesiertas, puesto que los hombres útiles habían sido llamados a filas, mientras las esposas e hijos de los notables se ocultaban en sus palacios o buscaban refugio en ignotos villorrios a la espera del resultado de la decisiva batalla que se estaba gestando y para la cual la mayoría preveía un nefasto final.

Escaseaban los alimentos, acaparados por miedo al futuro, imperaba el desconcierto, e incluso el desorden amenazaba con adueñarse de una ciudad famosa por su tranquilidad, ya que por primera vez habían hecho su aparición grupos de saqueadores que iban envalentonándose a medida que descubrían que no había nadie que se opusiera abiertamente a sus rapiñas.

-Esto es el fin... -fue lo primero que comentó Chabcha Pusí al dejarse caer agotado en un banco del jardín interior de su palacio-. El fin del «Tihvantinsuyo», porque conozco a Atahualpa y me consta que no será capaz de conseguir que las cosas vuelvan al lugar en que costó

tanto tiempo colocarlas. Es como destrozar una hermosa vasija: nadie puede volver a reunir nunca la totalidad de sus pedazos.

-Tal vez aún venza Huáscar -quiso tranquilizarle el español-. Sigue teniendo más hombres.

-No sólo de hombres se forman los ejércitos... -sentenció Calla Huasi, al que se le advertía profundamente desconcertado-. Hace falta disciplina, entusiasmo y generales capaces, y de todo ello, por desgracia, carecemos Quisquis y Rumiñahui son los auténticos cerebros militares de Atahualpa, y Calicuchima su verdugo. Frente a ellos Atox es como un niño.

-Dicen que el propio Huáscar se ha puesto al frente de sus tropas.

-¿Y qué sabe él de batallas? Yo soy soldado y lucho de modo muy distinto cuando confío en quien me manda. Con Rumiñahui o Quisquis iría al fin del mundo; con Huáscar me limitaría a tratar de salvar el pellejo. Ésa es la diferencia.

-¿Qué piensas hacer? -quiso saber el «curaca». El otro se limitó a encogerse de hombros.

-No lo sé. Me siento incapaz de desertar para unirme, a las gentes de Atahualpa, pero acudir junto a Huáscar me antoja un empeño inútil.

-Quédate aquí.

-¿Cuando todos mis compañeros luchan en uno u otro bando...? -se asombró-Sería una cobardía.

-Más vale pasar por cobarde que por estúpido o traidor -señaló el andaluz que había llegado a tomarle un sincero afecto al oficial inca-. Si te vas a matar gente sin estar plenamente convencido de por qué lo haces, te arrepentirás mientras vivas. Lo sé por experiencia.

-¡Pero se trata de una guerra civil...! -Razón de más. ¿Qué te importa quién se siente en el trono? Cuando las cosas vuelvan a su cauce te felicitarás por las vidas salvadas: la tuya, y las de aquellos a quienes no mataste en el combate.

-Si todos pensaran así, nadie lucharía.

-Sólo los dos hermanos... -admitió Alonso de Molina-. Y es lo que deberían haber hecho si realmente amaran a su pueblo: evitar derramamiento de sangre y sufrimientos. Al fin y al cabo, todo esto ha ocurrido porque el viejo Huayna Capac se encoñó con una muchachita del Norte cuando ya ninguna otra conseguía ponérsela gorda. No es justo que miles de inocentes paguen por sus debilidades.

-A menudo planteas las cosas de un modo que desconcierta -comentó Chabcha Pusí alisándose incómodo el borde de su túnica, lo que indicaba que volvía a sentirse profundamente inquieto-. Tienes la extraña capacidad de trastocar los conceptos minimizándolos de una forma ridícula. Transformar la tragedia de todo un pueblo en un simple problema de impotencia se me antoja llevar tu visión del mundo a un extremo indignante.

-Indígnate si quieres -replicó el andaluz con absoluta naturalidad-Pero si tu adorado Huayna Capac se hubiera limitado a legar el trono a su justo heredero sin dejarse seducir por la ambición de la única mujer que le hacía feliz en la cama, el imperio que levantaron sus antepasados no correría ahora el riesgo de desmembrarse, y miles de sus inocentes

súbditos conservarían la vida. Así lo veo yo y no tiene vuelta de hoja. Y ahora me voy a dar un baño, porque tengo polvo del maldito desierto hasta en las orejas.

Allí lo encontró poco después Shungu Sinchi, y la muchacha no se anduvo con rodeos, ya que tomando asiento en el borde del agua, contempló durante unos instantes aquel cuerpo inmenso y velludo que atormentaba sus sueños y señaló roncamente:

-Esta noche iré a tu habitación.

-Pues jugaremos a la «conkana» -replicó el andaluz burlonamente- En mi país tenemos un juego parecido, que se llama «parchís». A tu edad, yo era un maestro.

-¿Es que nunca vas a tomarme en serio?

-Cuando cumplas veinte años.

-Entonces ya estaré casada. Naika tiene mi misma edad y la tomas en serio. ¿Qué harías si esta noche entrara en tu habitación?

-Seríamos más para jugar a la « conkana »... –señaló en idéntico tono- Naika es la esposa de mi mejor amigo y tú su hija, y antes de ofenderle me la corto en rodajas.

Shungu Sinchi permaneció unos instantes cabizbaja, y por último alzó de nuevo el rostro, le miró fijamente a los ojos y comentó muy seria:

-Tal vez preferirías que te visitara un sacerdote del templo de Pachacamac.

El español no respondió; se limitó a alargar la mano, atraparla por un tobillo, y tirar de ella atrayéndola al agua, donde le dio la vuelta, le subió la túnica y comenzó a azotarle el trasero hasta que comenzó a gritar como si la estuvieran desollando en vida, lo que provocó que a los pocos instantes hicieran su aparición Naika, Calla Huasi y Chabcha Pusí.

-¿Qué ocurre? --quiso saber este último alarmado.

-Estoy enseñándole educación a tu hija -fue la sencilla respuesta.

-Falta le hace -admitió el «curaca» tomando asiento dispuesto a contemplar el espectáculo- ¡Sigue, sigue...! ¡Por mí no te detengas...!

Pero el efecto del agua hizo que pronto las nalgas de Shungu Sinchi apareciesen de un rojo violento, e incluso al andaluz comenzara a dolerle la mano, por lo que la dejó en libertad para que corriera a refugiar su vergüenza en el rincón más escondido de la casa.

-¡Eres una bestia! -protestó Naika indignada- . Si así es como tratáis en tu país a las mujeres, no me extraña que no os dejen tener varias.

Salió en pos de su amiga, lo que aprovechó el «curaca» para despojarse de la ropa e introducirse a su vez en la pequeña piscina al tiempo que inquiría dirigiéndose a Calla Huasi:

-¿Por qué no te casas con mi hija?

-¿Para qué?

-Para lo que se casa todo el mundo: para tener una esposa.

-Ya tengo una.

-¿Y te basta?

-Más bien me sobra. Está en mi pueblo, a orillas del Titicaca, y cada vez que voy de permiso se queda embarazada. No necesito recordar los años que llevo en el ejército: me basta con contar cuántos hijos tengo... -Hizo una corta pausa-. Y no están los tiempos como para complicarse más la vida.

-No -admitió el otro- No están los tiempos para nada. -Se volvió al español-. ¿Por qué no te unes a Huáscar? -inquirió.

-Porque ésta no es mi guerra. Ninguna lo es ya, pero ésta menos aún.

-Puede que, en efecto, no sea tu guerra, pero ¿sabes lo que hará Atahualpa cuando te atrape?

-Me lo has repetido veinte veces, pero para despellejarme vivo primero tendrá que atraparme. -Cambió bruscamente el tono que se hizo más serio-. Quien realmente me preocupa eres tú. Si ese bastardo es tan hijo de puta como dicen, nadie que haya estado al servicio de su hermano volverá a vivir en paz. ¿Qué hay al Sur?

-El lago Titicaca y más allá un territorio hostil poblado por tribus que nos odian.

-¿Y al Este?

-Selvas infinitas, ríos que se precipitan al abismo y «aucas».

-Hermoso panorama con Atahualpa al Norte y los desiertos y un océano sin límites al Oeste... Empiezo a tener la impresión de que me he metido en una trampa. No cabe duda de que éste no es el idílico país del que me habían hablado. En alguna parte equivoqué el rumbo.

Chabcha Pusí no se dignó siquiera responder; permaneció en silencio, meditabundo, y por último, sin dirigirse a nadie en particular, señaló:

-Mandaré hacer un sacrificio. Tal vez los dioses me señalen el camino a seguir.

-¿Qué clase de sacrificio? -se alarmó el español.

-¡Un sacrificio, -fue la evasiva respuesta---. ¿Qué importancia tiene eso?

-Mucha... -replicó de inmediato Alonso de Molina---. Sí se te ha pasado por la cabeza la idea de asesinar a un niño, tendrás que vértelas conmigo.

-Los momentos difíciles exigen soluciones difíciles.

-Pero ésa es la más cruel. Me decepcionas -añadió-. Creí que en este tiempo te había enseñado algo.

-Nunca me has enseñado cómo salvar a los míos de las iras de Atahualpa -señaló el «curaca»-. Indícame un camino y lo seguiré, pero me consta que no conoces ninguno.

-Lo buscaremos juntos.

-¿Cuándo? -quiso saber Chabcha Pusí- Desde el momento en que Huáscar pierda la última batalla, las tropas de Calicuchima tardarán dos días en ponerse a las puertas del Cuzco. A la espalda no tendremos entonces más que montañas inaccesibles, y «aucas» hostiles. ¿Qué haremos, di, qué haremos?

La pregunta quedó flotando en el ambiente, y esa noche Alonso de Molina le dio una y mil vueltas en busca de una solución, hasta que al

amanecer, cuando tan solo Naika y su inseparable *Punchayana* se encontraban ya en pie, salió al jardín y le pidió que despertara a su esposo.

-¿Para qué?

-Tú llámale.

Regresaron juntos, y cuando el somnoliento «curaca se encontró frente a él, el andaluz le espetó sin preámbulos:

-Envía un mensaje a Huáscar. Si me da un mes de tiempo, tal vez pueda proporcionarle la victoria. ¿Recuerdas cómo rugió el caramillo la noche que maté, Poma Yaguar...? Pues conseguiré lo mismo centuplicado. Lo único que necesito es azufre, salitre y carbón de madera... -Hizo una corta pausa-. Y tiempo...

-¿Y de dónde piensas sacar el tiempo? Atahualpa atacará en cualquier momento.

-Si Huáscar se retira a esta orilla del Apurímac y corta el puente, dispondremos de todo el tiempo que queramos.

-¿Cortar el Huaca-Chaca? -se asombró-. ¡No sabes lo que dices! Es un puente sagrado y quien se atreviera a cortarlo atraería sobre su cabeza las iras de los dioses.

-¡No empieces con tus malditas supersticiones! -protestó el español-. No es más que un puente.

-Que aísla el Cuzco del resto del Imperio... Los ejércitos de Huáscar aquí encerrados acabarían debilitándose por el hambre, mientras los de Atahualpa se fortalecerían día tras día. ¡No! -repitió-. Atravesar el Apurímac sería como meterse voluntariamente en una ratonera.

-De todas formas envía ese mensaje -insistió el otro---. Si me proporciona tiempo, un mes a lo sumo, le puedo conseguir cañones. Auténticos cañones que de una sola andanada destrozarían para siempre las filas enemigas.

-¿Qué es un cañón?

-Un «Tubo de Truenos» cien veces más potente.

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, pareció impresionado por la idea de que pudiese existir semejante tipo de arma, pero al fin negó con la cabeza.

-¡Eso es absurdo! -dijo-. No sé de qué está hecho, pero lo he estudiado y te garantizo que ese metal no existe entre nosotros.

-Lo sé -admitió el andaluz---. Se trata del mejor acero toledano, pero para una sola batalla no necesito cañones de acero; me basta con que resistan dos o tres andanadas.

-¿Y de qué los fabricarías?

-De oro.

-¿De oro? -repitió el inca-. ¿Te has vuelto loco? ¿Pretendes fabricar armas de oro?

-¿Por qué no, si oro es lo que os sobra? Si fabricáis flores, plantas, animales, paredes e incluso techos de oro... ¿por qué no armas?

-Porque es demasiado blando y funde a muy baja temperatura.

-A mí me basta. Para disparar tres o cuatro veces, hacer mucho ruido y escupir metralla aunque sea sin ninguna precisión, me basta y

me sobra. Y te garantizo que en cuanto retumben, esos hijos de puta echan a correr.

Chabcha Pusí, que se alisaba una y otra vez, maniáticamente, el borde la túnica, alzó por último la cabeza y observó con fijeza al «hombre-dios» que nunca cesaba de asombrarle.

-¿Serán esos « cañones » lo que traerá tu gente cuando decida regresar?

-Probablemente.

-¿Cuentan con ellos para derrotar a nuestros ejércitos?

-Con ellos y la caballería.

-Entiendo... -susurró el «curaca»-. Enormes bestias capaces de transportar velozmente a un guerrero... -Agitó la cabeza con gesto pesimista- Avisaré a Huáscar -dijo- Pero no puedo garantizar que te escuche. Yana Puma le aconsejará que no se fíe de ti.

-Correremos el riesgo. Mientras llega la respuesta, manda a tu gente a por azufre, salitre y carbón de madera.

-¿Para qué?

-Para fabricar « pólvora».

-¿«Pólvora»...? ¿Qué es «pólvora»?

El andaluz sonrió de nuevo al replicar:

-«El espíritu del trueno.»

Chabcha Pusí tenía razón y Yana Puma se opuso rotundamente a las pretensiones de Alonso de Molina porque cada día nuevos desertores se pasaban al bando rebelde atraídos por las promesas de saqueo y rapiña, con lo que unas instituciones que se habían mantenido intactas a través de los siglos comenzaban a tambalearse peligrosamente.

-¿Quién asegura que no está de parte de Atahualpa? -inquirió agresivo- Nos pide tiempo cuando todos sabemos que el tiempo corre en contra nuestra y estoy de acuerdo con Atox en que debemos plantar batalla antes de que el desorden y la anarquía concluyan por apoderarse del país.

-¿Y si es cierto que puede disponer de armas capaces de salvarnos? -insinuó con cierta timidez su desmoralizado sobrino- ¿No valdría la pena intentarlo?

-¿Salvarnos...? -repitió airadamente el anciano sacerdote- ¿Quién habla de salvarnos? Es Atahualpa quien tiene que pensar en salvarse. Los dioses están de nuestra parte.

-Últimamente nos han vuelto la espalda. ¿Por qué?

-Porque sus caminos son más oscuros que los de la más cerrada noche. Están intentando ponerte a prueba para que demuestres que eres un auténtico Hijo del Sol, digno de tus antepasados, al que la adversidad no consigue abatir. Esta mañana sacrifiqué a una llama negra, y el mensaje de sus pulmones no admite lugar a dudas: obtendrás una gran victoria y la sangre de tus enemigos teñirá las

aguas del Apurímac hasta el punto en que se une con el gran río, allá en Oriente.

Lo único que deseaba en aquellos momentos el atemorizado Huáscar, era poder creer en las profecías de su tío, y poner en manos de dioses y augures el destino de su trono. Tras la cruel batalla de Cocha-Huaylas, en la que sus mejores cuerpos de ejército -honderos, arqueros y lanceros de contrastado valor y efectividad- habían resultado masacrados, su confianza en Atox se había esfumado, y pasaba los días y las noches buscando cómo enfrentarse a la astucia de Rumiñahui y Quisquis con unas mínimas garantías de triunfo.

-Tal vez el «Viracocha»... -se atrevió a apuntar de nuevo.

-El «Viracocha» es la encarnación de Sopay, el maligno, aliado de Atahualpa, y lo mejor que podrías hacer es ordenar su muerte. ¿A quién vas a escuchar: a un demonio extranjero, o a quien te ha cuidado y protegido desde el día en que naciste?

-Si en verdad me hubieras protegido, nunca hubieras consentido que mi padre -tu hermano- le entregara a Atahualpa las provincias del Norte.

-Tu padre, Huayna Capac, fue uno de los más valientes y poderosos «Incas» de nuestra historia, nadie osó discutir jamás sus decisiones, y si cometió un error poca importancia tiene frente a la magnitud de sus aciertos. A él le debes el trono, y tu misión es conservarlo.

-¿Cómo?

-Si me hubieras hecho caso ajusticiando al traidor cuando lo tenías en tus manos, ya todo sería agua pasada. Pero aún estás a tiempo.

-¿Cómo? -insistió el «Inca» tercamente-. Atox tiene miedo, lo sé. *El Zorro* se ha enfrentado por dos veces ese viejo tigre que es Rumiñahui, y por dos veces salió malparado. Ahora no sabe hacer otra cosa que lamerse las heridas y preguntarse, atónito, qué puede hacer para evitar nuevos zarpazos. Medio millón de hombres al mando de un general acobardado, no serán nunca más que medio millón de cobardes.

-Sustitúyelo.

-¿Por quién? ¿Por ti, que eres hombre de dios, o por mí, que apenas sé en qué se diferencia la estrategia de un regimiento de lanceros de la de uno de maceros...? -Paseó de un lado a otro de la estancia como un oso enjaulado, y por último pareció tomar una decisión irrevocable-: Enviaré un mensajero a Quisquis -señaló-. Si se pasa a mi bando lo nombraré general en jefe de todos los ejércitos y gobernador del Norte con rango de miembro de la realeza. ¿A qué más puede aspirar alguien que comenzó de simple peluquero?

Seis días más tarde el «Inca» Huáscar recibió la respuesta a tal pregunta, ya que su mensajero entró en Jauja a hombros de ocho porteadores. Había sido desollado en vida y su piel armada sobre un esqueleto de ramas cuyo estómago formaba una gran caja de resonancia que la convertía en un macabro tambor. Entre las agarrotadas manos sostenía un pífano encajado entre los dientes, y de las enormes orejas le colgaban pequeños platillos que le convertían en

un dantesco y espeluznante cadáver de hombre-orquesta de órbitas vacías.

Fue un duro golpe. El golpe que le empujó, quizás, a tomar la decisión de comenzar a moverse abandonando Jauja donde sabía que sus enemigos jamás le atacarían limitándose a permitir que continuara debilitándose por la imparable sangría de hombres que desertaban, para buscar las abruptas laderas del Apurímac desde las que confiaba en plantar cara con unas mínimas garantías de éxito a las ansiosas y sanguinarias huestes de su hermanastro.

El general Atox, aunque desmoralizado, se puso una vez más al frente de sus tropas dispuesto a vender cara su vida y hacer bueno, aunque fuera por última vez, el viejo dicho de que era un astuto zorro del que siempre cabía esperar una nueva e imprevisible añagaza.

Alonso de Molina trabajaba a marchas forzadas.

A la espera de la respuesta del «Inca» había dedicado todo su tiempo y saber en preparar la mezcla que conformaba «El espíritu del trueno», y aunque los elementos de que disponía no eran en absoluto los idóneos, consiguió fabricar una pólvora, que si no muy potente, producía al menos un humo espeso y negro, y un estruendo notable que causaba a todas luces más espanto que daño.

Dos de los mejores orfebres del palacio real le concluyeron en pocos días un cañoncito que no era en realidad mucho mayor que una corta y gruesa culebrina de salvas de honor, y el andaluz lo montó sobre una pesada cureña afianzada con grandes bloques de piedra en un extremo del gran patio, lo cargó de pedazos de oro y pequeños guijarros, y apuntando a una plancha de madera que había colocado contra el muro, prendió la mecha y corrió a esconderse junto a Naika, Shungu Sinchi, Chabcha Pusí y Calla Huasi.

La mecha, un simple cordel untando en pólvora y puesto a secar, comenzó a crepitar lanzando chispas, y por primera vez en mucho tiempo Alonso de Molina se sorprendió a sí mismo suplicándole a Santa Bárbara que no le abandonara.

El oro del cañón lanzó destellos al sol, la mecha cesó de chisporrotear al desaparecer de la vista el extremo encendido, transcurrieron unos segundos que se dirían eternos, y de improviso una espantosa explosión pareció conmover hasta los cimientos del palacio del «curaca» de Acomayo.

Un áspero humo que obligaba a toser se adueño gran patio, las dos muchachas dieron un alarido cayendo, de espaldas para quedar cómicamente espatarradas en el suelo. Calla Huasi escondió la cabeza cubriéndose los oídos con las manos y Chabcha Pusí concluyó por desgarrarse la túnica de tanto intentar alisársela.

Cuando por fin se disipó la humareda y el acre olor se perdió en la distancia barrido por la suave brisa cuzqueña, contemplaron, entre felices y horrorizados, el montón de astillas en que se había convertido la gruesa plancha de madera.

-¡Santo cielo! --exclamó el español-. ¡Menudo zambombazo!

Se aproximó a observar el estado del cañón, casi arrancado de cuajo de su soporte, y comprobó, satisfecho, que no mostraba síntomas de haber sufrido demasiados desperfectos, aunque el desgaste interior evidenciaba que el oro no era un metal en absoluto indicado para fabricar armas.

-¡Funciona! -masculló-. ¡Por los clavos de Cristo, esto funciona...! Aún aguanta por lo menos dos cargas más, y con treinta iguales consigo que esos cabrones se caguen patas abajo. -Se volvió a Chabcha Pusí que se esforzaba por vencer el ligero temblor de sus rodillas-. ¿Qué te parece? -inquirió-. ¿Tenía o no tenía yo razón?

-Obra del diablo... -fue todo lo que acertó a replicar el anonadado inca-. Esto no puede ser otra cosa que obra de Sopay, o de Pachacamac que ha despertado de su sueño para agitar el mundo.

-¡Ni Sopay ni Pachacamac, ni cuernos...! Cosa de chinos. Dicen que fueron ellos los que inventaron la pólvora aunque tan sólo la empleaban para fuegos de artificio. Nosotros la aprovechamos para la guerra, y a fe que se pueden hacer milagros. ¡Envía un mensaje a Huáscar! Asegúrale qué en quince días estaremos listos.

Pero el «chasqui» que corría hacia Jauja se cruzó cerca del puente de Huaca-Chaca con otro que llegaba.

Sus noticias no eran buenas. Más al Norte, a orillas de aquel mismo Apurímac cuyas aguas bajaban oscuras, frías y turbulentas, los ejércitos de Huáscar habían tomado posiciones y al amanecer del día siguiente se enfrenta- rían por última y definitiva vez a las tropas del traidor Atahualpa. El «Inca» ordenaba, por tanto, que todos los habitantes del Cuzco acudieran a los templos a rogar por la victoria de su dueño y señor, único heredero legítimo del dios Sol.

-¡Estúpido! -exclamó indignado Alonso de Molina-. ¡Mil veces estúpido! Le bastaba con un poco de fe... ¡Tan sólo un poco! Yo hubiera puesto en fuga a sus enemigos sin apenas resistencia, pero ahora se matarán a pedradas y lanzazos hasta que no quede nadie. ¿Por qué? ¿Por que, maldita sea?

-Son hombres... -musitó quedamente Naika, que era quien le había traído la triste nueva- les gusta la guerra. Mi madre me contaba que desde que recordaba, los hombres no habían hecho nunca más que luchar por una u otra razón y un día quemaron su pueblo y se la llevaron a la fuerza. Todo lo que conoció siempre fue violencia, y cuando descubrió que mi padre tan sólo amaba la paz y el silencio de las estrellas, le confió su vida como si al fin hubiera encontrado el paraíso.

-Debió ser una gran mujer.

-Así la hizo mi padre. Se pasaban las noches arrebujados en una manta estudiando el movimiento de los astros, y a menudo, cuando me levantaba, descubría que 7 se habían quedado dormidos, mirando el cielo y abrazados. -Sonrió tristemente- Me gustaba aquella vida. Nadie fue nunca tan feliz como pude serlo yo en « La Ciudad Secreta».

-¿Por qué te fuiste?

-Allí sólo pueden vivir los sabios, sus esposas y sirvientes y los niños pequeños. Cuando cumplen los doce años tienen que irse porque no se puede permitir que población de la ciudad aumente. No dispone

de demasiadas terrazas para cultivo y debe ser autosuficiente, puesto que de lo contrario estaría obligada a abastecerse desde fuera y eso pondría en peligro el secreto de su emplazamiento.

-¿Tú lo conoces?

-Exactamente, no. Cuando nos sacaron de allí nos vendaron los ojos y luego nos tuvieron una semana dando vueltas por selvas y montañas para acabar entregándonos a unos soldados que nos trajeron al Cuzco. Ser guía o guardián de la ciudad secreta es un honor reservado a los oficiales que a lo largo de los años han demostrado más valor y lealtad al «Inca».

-Curioso... -admitió el andaluz---. Aunque no deja de ser una magnífica idea eso de mantener oculta la esencia de una cultura dispuesta a renacer sean cuales sean los avatares de la Historia. Cuando los moros invadieron España y pareció que se habían aposentado en ella definitivamente, quedó un reducto en el corazón de los montes asturianos desde donde se inició la Reconquista porque unos cuantos habían conservado allí el espíritu del cristianismo. Imagino que vuestra ciudad secreta debe ser una especie de Covadonga para el caso de que vengan malos tiempos. No cabe duda de que sois un pueblo tremendamente previsor.

-«Ellos» son tremendamente previsores -puntualizó la muchacha con marcada intención- Recuerda que sólo soy medio inca y me parezco a mi madre. Por mis venas corre más sangre rebelde, que sumisa. Por eso estoy segura de que algún día regresaré a la selva. Cuzco me ahoga.

-Me temo que Cuzco nos ahogará muy pronto a todos como el bueno de Atox no se espabile... -sentenció el andaluz con ironía- Si mañana se libra la batalla, dentro de nada tenemos aquí al Calicuchi, Cuchiquima o comoquiera que se llame ese bestia, dispuesto a cortarnos el cuello. Y la única solución que se me ocurre para impedir su llegada es quemar ese maldito puente.

-Ningún habitante del Cuzco quemará nunca el Huaca-Chaca -sentenció Naika segura de lo que decía-. El Cuzco es «el ombligo», y el puente el cordón umbilical que le une al mundo del cual se alimenta y al cual da la vida. Morir por el Cuzco no tiene importancia para un inca, porque si el Cuzco muriese, la Tierra y todos sus habitantes morirían también.

-¿Tú crees eso?

-No.

-¡Vaya! Por lo menos somos dos. Esto no es más que una ciudad, y el puente, un puente. -Extendió la mano y con la punta del dedo le rozó apenas el antebrazo como si temiera quebrarla- Hay algo que siempre he deseado preguntarte -añadió-. ¿Por qué te casaste con Chabcha Pusí?

-Es muy sencillo... -señaló con una leve sonrisa que la hizo aún más bella-. Cuando me trajeron al Cuzco me confiaron a su custodia a la espera de que el «apopoñaca», el que selecciona las niñas que se convertirán en Vírgenes del Templo del Sol, hiciera su elección. La mayoría de las muchachas ansían ser «ñustas», ya que es el primer paso

para convertirse en concubina del «Inca» y acabar de esposa de un miembro de la familia real, pero eso no era lo que yo deseaba.

-¿Por qué?

-Porque mi madre me educó de otra manera. Para ella ser concubina del «Inca» no constituía un gran honor, sino la peor de las degradaciones, y por ello el día de la elección me disfracé de tal manera pintándome los dientes de negro, fajándome el pecho y ensuciándome el pelo, que el «apopoñaca» casi se desmaya al verme... -Sonrió divertida- Lo difícil fue no echarme a reír en sus narices.

-¿Y Chabcha Pusí?

-Era como un padre: bueno, justo y cariñoso. Yo sabía que si no me casaba pronto me designarían un marido «de oficio»; un muchachito estúpido que me cargaría de hijos y a los pocos años, cuando me hubiera deformado, buscaría otra mujer más joven. Un día Chabcha me propuso convertirme en su última y definitiva esposa, y le dije que sí. Mi padre lo comprendió y no se opuso.

-¿Ves a menudo a tu padre?

-Le permitieron asistir a mi boda, pero regresó a la ciudad y ya no creo que vuelva a salir nunca. Está bien allí.

-¿Te apetecería regresar?

-¿A la ciudad ... ? Mucho, pero tan sólo podría hacerlo, como esposa de un sabio importante, y yo ya no puedo ser esposa más que de Chabcha... -Hizo una corta pausa-. O tuya.

Los templos se abarrotaron muy pronto de gente ya que cuantos aún perma- necían en la ciudad acudían a postrarse a los pies de los dioses, a rezar en silencio para que les fuera concedida la suprema gracia de una gran victoria sobre las sanguinarias tropas del bastardo Atahualpa.

Al español le impresionó vivamente aquella majestuosa demostración de fe, puesto que no se alzaba una voz, ni un susurro, ni un lamento, y en la quietud de la fría noche cuzqueña millones de diminutas y parpadeantes luces parecían estar reclamando la atención del cielo para que sus ojos se fijasen en tantos pobres condenados a muerte.

Le impresionaba sobre todo los pétreos rostros de impenetrables ojos: rostros de un pueblo que parecía haber nacido bajo la negra estrella del eterno sufrimiento; pueblo aplastado por el ingente peso de un paisaje grandioso y una historia de opresión e injusticia que llegaba al extremo de tener que pagar en sus carnes los estúpidos errores de aquellos que siempre les habían tiranizado.

Ni tan siquiera los niños lloraban, porque podría decirse que esos niños habían desaparecido tiempo atrás de la faz de la tierra, y el andaluz cayó de pronto en la cuenta de que apenas había visto ninguno desde que llegara a la capital.

No solían jugar en las plazas ni corretear por las calles, y aquella noche no hacían tampoco su aparición por parte alguna, y tan sólo

ancianos y mujeres se postraban de hinojos ante los dioses suplicando una protección que ya nadie más podía ofrecerles.

Eran como una callada manada de corderos aguardando la llegada de los lobos, o como los peces que tiemblan sobre la arena incapaces de lanzar ya tan siquiera un postrer coletazo, muertos en vida que conformaban la más aterradora visión de fatalismo colectivo a la que pudiera enfrentarse jamás un ser humano y le recordaron a los «salvajes» capturados durante las expediciones de castigo al interior de Nueva Granada que se acurrucaban en lo más profundo de los cercados observando con ojos dilatados de terror a aquellos inmensos hombres de ropas de metal que sus primitivas mentes convertían en hambrientos ogros dispuestos a devorarles.

Pero los impenetrables rostros de los incas ni tan siquiera demostraban miedo, y si es que lloraban, lloraban hacia dentro, anegando de pena su corazón y sus entrañas, pero sin permitir jamás que, su dolor aumentase el dolor del vecino, porque era aquella una raza que había sido educada desde el albor de los tiempos en la firme creencia de que los sentimientos tan sólo tienen cabida en lo más hondo del alma.

Anonadado, Alonso de Molina tornó asiento en un rincón de la Huaccapayta, aquella abierta plaza que constituía el centro mismo de la ciudad que se consideraba a su vez centro del mundo, y recorrió con la vista, muy despacio las flores y las hojas labradas en oro que lanzaban leves destellos al ser heridas por la danzante llama de las pequeñas luces, y sobre las cabezas de cuantos habían acudido allí a rezar con la esperanza de que el estruendoso clamor de su increíble silencio ascendiera directamente hasta la oculta morada de los dioses.

Hizo su aparición la luna.

Era una luna inmensa; aquella hermosa luna que «Viracocha» extrajo del abismo sin fondo del lago Titicaca, y que según una vieja leyenda durante mil años fue al parecer mucho más luminosa que el mismísimo Sol, hasta que éste, celoso de su brillo, le arrojó a la cara un puñado de ceniza empañando para siempre su incomparable belleza.

Miles de ojos se alzaron hacia ella y parecieron pretender robarle también una parte de ese brillo buscando en su rostro, siempre dulce y amable, un gesto, una sonrisa; una levísima indicación que permitiera abrigar la remota esperanza de que el día que estaba por llegar no sería, como todos auguraban, el más amargo de la historia del Cuzco, sino una nueva jornada de gloria y esplendor para la ciudad de las ciudades.

Pero la luna de los incas se mostró tan impasible como los propios incas, y nadie fue capaz de desvelar sus secretos, ni predecir si a la noche siguiente haría o no su aparición sobre las montañas tinta en sangre.

Poco después Calla Huasi surgió del interior del Quishuaracancha y vino a acuclillarse junto al español permaneciendo un largo rato en silencio. Por último, sin apartar los ojos de una llama que parecía hipnotizarle, musitó:

-Me he encontrado a un antiguo compañero... Ha desertado porque Huáscar ha tomado posiciones en los altos del Apurímac de tal forma,

que si Rumiñahui decide atacarle por el flanco le colocará de espaldas al abismo y sin capacidad de maniobra. En ese caso, a los honderos y arqueros les bastará con ir avanzando sus líneas para acabar por lanzarlos al fondo. Será una masacre.

-¿Y Atox?

-Nadie lo sabe. Por lo visto se ha encerrado en su tienda o ha desertado.

Alonso de Molina señaló con un gesto a los cientos de hombres y mujeres que continuaban orando.

-¿Qué será de ellos? -quiso saber.

-Si Quisquis llega antes, algunos se salvarán. Si lo hace Calicuchima la mayor parte serán degollados porque nació en el Norte y odia el Cuzco y cuanto representa. Su ilusión sería arrasar la ciudad y establecer la capital en Quito. Por eso, lo más probable es que, en cuanto acabe la batalla, avance a marchas forzadas para evitar que Quisquis, o el mismo Atahualpa, le refrenen.

-Aun así, nadie se atreve a cortar ese maldito puente -se lamentó el español-. ¡Están locos!

-Yo -replicó el oficial inca con firmeza-. Yo me atrevo.

Le observó sorprendido.

-¿Hablas en serio? --quiso saber.

-Completamente. Lo he estado meditando. Tal vez los dioses me maldigan, o tal vez pase a la Historia como el más canalla de los hombres, pero si cortar ese puente puede impedir que Calicuchima llegue el primero y arrase la ciudad, valdrá la pena. Si te decides, cuenta conmigo.

-Yo estoy decidido. Podemos llevar pólvora y hacerlo saltar en cuanto sepamos que ese cerdo está llegando. Yo no creo en las maldiciones de los dioses ni me importa que vuestra historia me marque para siempre.

Al amanecer se pusieron en camino porque les aguardaba toda una larga jornada de duro viaje hasta alcanzar las márgenes del Apurímac; la misma jornada en la que, a orillas de aquel mismo río, mucho más al Norte, cientos de miles de hombres se estarían matando ferozmente.

-Yo debería estar allí... -comentó Calla Huasi durante un alto que hicieron bajo un pequeño bosque de eucaliptos-. Allí está mi puesto y sin embargo, no alcanzo a sentirme culpable por haber desertado.

-Eso es lo único que importa -replicó el español serenamente-. Cómo te sientas contigo mismo. Cuando nos convertimos en soldados nos inculcan unas ideas que se nos antojan inamovibles, pero en algunos casos, como en el mío, y ahora el tuyo, llega un momento en que te obligan a plantearte hasta dónde debes consentir que continúen anulándote. Un día te das cuenta de que el sufrimiento ajeno te importa más que la gloria propia y a partir de ese instante todo cambia.

-¿Y si tan sólo fuese miedo?

-¿Miedo tú ... ? -se sorprendió el andaluz- No lo creo. En todo caso no sería miedo a morir, sino a hacerlo en circunstancias diferentes a las

que imaginabas. Una cosa es caer luchando contra los enemigos de tu patria, y otra muy distinta que te maten tus propios hermanos.

-¿Habías matado a algún español antes de Bocanegra?

Alonso de Molina se tomó un tiempo para responder. Hizo un largo viaje hacia atrás en la memoria y evocó una época de su vida de la que jamás había hablado con nadie y que siempre quiso olvidar. Por último, asintió: J<

-Sí -admitió-. A dos.

-¿Por qué?

-Se lo merecían.

-¿Por qué? -insistió el inca.

-Eran un par de asesinos... -Hizo una corta pausa, contempló las lejanas montañas como intentando buscar en ellas la fuerza que necesitaba para continuar su relato, y al reiniciarlo su voz no mostraba apenas inflexiones-: Cuando nos enviaron a conquistar el Nuevo Mundo algunos estábamos convencidos de que lo hacíamos para mayor gloria de Dios, y que nuestra principal misión era evangelizar a unas pobres gentes que vivían en las tinieblas del pecado y la ignorancia. Se suponía que al atraerlas a la obediencia del Emperador contribuíamos a salvar sus cuerpos y sus almas pero una gran mayoría de los que llegaron tan sólo buscaban su propio provecho y un lejano lugar en el que dar rienda suelta a sus más sucios instintos.

-Ocurre en todas las guerras.

-Aquello no era una guerra. Nadie nos atacaba. Oficialmente veníamos a «civilizar», pero aquel par de canallas, al querer apoderarse de unas tierras que ya tenían dueño, encerraron a cincuenta indios en una enorme choza, les prendieron fuego y reclamaron luego la propiedad alegando que la tribu se había rebelado huyendo a las montañas.

-¿Y tú los mataste?

Alonso de Molina señaló con un ademán de la cabeza el arcabuz recostado contra un árbol.

-Con un «Tubo de Truenos» parecido a ése. El otro observó impresionado el arma, como sí estuviera dotada de vida, y por último, con un esfuerzo, inquirió:

-¿Realmente es mágico ... ?

-No. En absoluto. Nada tiene de mágico. -Tomó el arcabuz y se lo mostró de cerca---. No es más que un pedazo de metal relleno con pólvora. Al apretar el disparador esta rueda gira provocando un haz de chispas que prenden en la pólvora que está en la cazoleta, y de ahí pasa a la del cañón que revienta lanzando lejos un pedazo de plomo que he introducido por la boca.

-Sigue pareciéndome mágico.

-Es diabólico, pero no mágico. Normalmente se emplea una mecha para encender la pólvora, lo que resulta a menudo complicado y engorroso, pero cuando decidí quedarme en Túmbez, Pizarro me regaló este modelo que acababan de enviarle desde España. Quien lo inventó tenía realmente una mente retorcida pero no es un mago.

-¿No eres entonces un dios?

-Tú sabes bien que no. No soy más que un pobre soldado que un día se cansó de matar y cometió el estúpido error de ponerse a pensar en nuevos horizontes.

-¿Me enseñarás a manejar el «Tubo de Truenos»?

-¿Por qué no? Hay tanto hijo de puta que sabe cómo hacerlo, que justo me parece que un hombre honrado aprenda a defenderse. Cuando todo esto acabe te enseñaré cómo hacerlo y haré que te fabriquen uno.

-¿Un «Tubo de Truenos» para mí? -se asombró el inca---. ¿Cómo lo harás?

Alonso de Molina se echó a reír.

-¡De oro! -replicó- Tendrás un «Tubo de Truenos» de oro puro.

Al anochecer avistaron el Huaca-Chaca. No tenía vigilancia ya que todos los hombres útiles se encontraban en el Norte, empeñados en la gran batalla, y nadie lo cruzaba porque se diría que la vida del país se había detenido de momento, e incluso las incesantes caravanas de llamas que traían la sal de la costa aguardaban en algún lugar ignoto a la espera de averiguar el destino final de su preciada carga.

Con las primeras sombras iniciaron el peligrosísimo descenso por la dantesca escalinata tallada en la roca, y era ya noche cerrada cuando se tumbaron a descansar al pie de los inmensos pilares del puente escuchando el bronco rumor de la corriente y los chirridos de la majestuosa obra de ingeniería estremecida por el viento.

-¡Será una lástima! -musitó Alonso de Molina antes de arrebujarse en el poncho dispuesto a quedarse dormido- Será una verdadera lástima, ya que se trata de uno de los más hermosos monumentos al esfuerzo y al talento humano que conozco.

Con el alba -un sereno y espléndido amanecer inolvidable- prepararon las cargas de destrucción ya que los cables de retorcida cabuya sobrepasaban a menudo el medio metro de diámetro y cortarlos hubiera requerido horas e incluso días de intensísimo trabajo por lo que decidieron minar los soportes de roca de modo que con su deslizamiento desnivelaran la pesadísima estructura de madera y cuerdas que acabaría por arrastrarlos al fondo del cañón. Probablemente no conseguirían con ello destruirlo por completo, pero sí inutilizarlo durante un largo período de tiempo y resultaba evidente que era lo único que estaba en aquellos momentos al alcance de dos hombres que no contaban con más ayuda que un saco de pólvora de escasa calidad.

Cuando el andaluz se sintió satisfecho de su tarea, lanzó un hondo suspiro y tomó asiento dispuesto a esperar.

-La suerte está echada que fue lo que dijo Julio César al atravesar el Rubicón. Ahora que sea lo que Dios quiera.

-¿Quién es Julio César? -quiso saber el inca. -Un general romano. Murió hace más de mil años, pero dejó escritas algunas de las cosas más importantes de la Historia. -Señaló el puente- Mi abuelo aseguraba

que todo lo que significaba algo para los seres humanos está en los libros, pero ahora veo que se equivocaba. A veces me pregunto cómo es posible que un pueblo que no conoce la escritura y carece por tanto de una memoria fiel, puede haber conseguido lo que habéis conseguido vosotros. Resulta ilógico.

-Conocí un «Quipu Kamayoc» que podía recitar durante cincuenta días y cincuenta noches todos los acontecimientos, hasta los más nimios, de cuanto ha ocurrido en el «Tihvantinsuyo», desde que Manco Capac lo fundó. Ésa es nuestra memoria.

-Pero los hombres mueren. Los libros no.

-Nacen nuevos hombres. Y seguirán naciendo hasta que no nazca ninguno y ya no haga falta por lo tanto memoria.

Quedaron en silencio, esperando con la vista clavada en la cima de la otra orilla del cañón, allí donde en cualquier momento podían hacer su aparición feroces soldados que se precipitarían dando alaridos hacia el Huaca-Chaca conscientes de que aquél constituía el último obstáculo en su camino hacia el Cuzco y su baño de sangre.

El sol ganó altura y penetró, vertical, hasta el fondo de las aguas violando las penumbras de una profunda garganta que no recibía luz más que media hora diaria y cambió el paisaje e incluso el rumor del agua entre las rocas como si el sol aplacase su turbulencia y la impulsara a refrenar sus prisas para buscar calentarse amansándose entre las piedras o los diminutos playones de gruesos callados.

Fueron unas horas dulcemente agradables, tumbados sobre la hierba sin otra cosa que hacer que observar el paisaje o las miríadas de diminutos colibríes de inmenso pico que anidaban en las oquedades de la pared acudiendo a libar en las amarillentas flores que crecían al borde del estrecho sendero.

Luego, allá arriba en la cima del farallón vecino, surgió la figura de un hombre.

Venía solo, corría como desalentado, y se lanzó por la escalinata de piedra con tanta furia que podría pensarse que de un momento a otro perdería pie y se precipitaría de cabeza al abismo.

Era un «chasqui» que lucía ropas multicolores y danzantes cintas que no dejaban lugar a dudas sobre el carácter, casi sagrado, de su oficio.

Alonso de Molina y Calla Huasi se irguieron. Observaron atentamente la cumbre aguardando la presencia de soldados, pero nadie más hizo su aparición más allá de las altas rocas mientras el velocísimo «chasqui» continuaba su precipitado descenso saltando de tres en tres los escalones como una enloquecida cabra montés.

Por fin encaró el puente y comenzó a cruzarlo pero las fuerzas le fallaron, buscó apoyo para que las piernas volvieran a sostenerle, y fue en ese momento cuando descubrió a quienes le aguardaban al otro lado.

Respiró hondamente por tres veces, se echó hacia atrás las cintas de su tocado, y reanudó su carrera cruzando el peligroso puente como si no existiera el profundo abismo dispuesto a devorarle.

Por último se detuvo a menos de cuatro metros de distancia de los dos hombres, tomó aire de nuevo y casi en el límite de sus fuerzas exclamó:

-¡¡VICTORIA ... !!

Alonso de Molina y Calla Huasi le observaron atónitos, se miraron y se volvieron de nuevo al «chasqui» inquiriendo incrédulos:

-¿Cómo has dicho?

-¡He dicho victoria...! El astuto Atox se ocultó, atacó sorpresivamente, y tras todo un día de dura batalla consiguió que al anochecer los traidores tiraran sus armas y huyeran en desbandada.

-¿Y Atahualpa? ¿Ha muerto?

-Nadie lo sabe. Hay miles de cadáveres y cayó la noche antes de que fuera posible examinarlos todos, pero ya es sólo cuestión de perseguirle. De sus ejércitos no queda nada; absolutamente nada... -Respiró de nuevo, se diría que el corto descanso y el anuncio de la buena noticia le había dado nuevas fuerzas, y se dispuso a reanudar su carrera encarando la empinada escalinata hasta la cinta-. He de irme... -dijo-. Huáscar ha ordenado tres días de fiesta y sacrificios a los dioses para celebrar la victoria... Cuzco necesita saberlo cuanto antes.

Partió de nuevo saltando de dos en dos los escalones, y Alonso de Molina no pudo por menos que preguntarse de dónde sacaba fuerzas para trepar por aquella pared, cuando unos minutos antes se le diría a punto de derrumbarse presa de un síncope.

Cuando al fin desapareció por completo de su vista, se miraron.

-¿Y bien?

-Los dioses escucharon las plegarias... -replicó Calla Huasi- No podía ser de otro modo cuando es todo un pueblo el que ruega con fe.

Recuperaron la pólvora y reemprendieron sin prisas el camino de regreso. A su paso, conocida ya la noticia que el «chasqui» había ido pregonando a los cuatro vientos, el país renacía a la vida, los campesinos abandonaban sus escondites, los rebaños volvían a pastar en las colinas, e incluso las caravanas de llamas cargadas de sal resurgían de nadie sabía dónde para encaminarse con su cansino paso de siempre hacia el «Ombligo del Mundo».

Llegaron de noche abriéndose paso por entre los campesinos borrachos, parejas que hacían el amor en los jardines e incluso chiquillos que parecían haber nacido de la nada inundando las calles, y ni tan siquiera el eternamente circunspecto Chabcha Pusí pudo ocultar su alegría cuando acudió a recibirles abrazándoles en un gesto impensable en él bajo cualquier otra circunstancia.

-¡Dichosos los ojos que vuelven a veros! -exclamó alborozado-. Os creíamos perdidos... ¿Dónde estabais?

-Intentando cortar el Huaca-Chaca... -replicó el español incapaz de mentirle- Pero no hizo falta; seguirá en pie diez siglos más.

-¡Debí imaginarlo! -admitió-. Pero bueno...: ahora todo ha pasado. El «Inca» ha ordenado que seamos felices y debemos serlo: estamos preparando un gran fiesta.

Fue en efecto una gran fiesta en la que no faltó de nada, ya que la noticia de la victoria había conseguido que como por arte de magia los

alimentos que habían comenzado a escasear hicieran de nuevo su aparición surgiendo de los oscuros sótanos en que habían sido atesorados, y la «chicha» corriera alegrando los corazones y nublando las mentes.

Naika se mostró más hermosa que nunca, feliz, radiante y divertida, y a los postres comenzó a entonar una dulce canción que relataba los tristes amores del valiente general Ollantay con la hermosa hija del «Inca» Pachacutec. Sabedor de que un simple mortal jamás podría aspirar a ser el esposo legítimo de una descendiente del Sol, decidió desposarla en secreto, lo cual trajo aparejada su caída en desgracia, el destierro, la separación de su amada y por último la rebelión de todo un pueblo contra unas leyes injustas e inhumanas.

-Porque nada existe más inhumano e injusto -concluyó- que el hecho de que dos seres que se aman se vean separados por no pertenecer a la misma estirpe, raza o religión...

-El único problema -añadió el «curaca» con el leve sentido del humor que le proporcionaba el alcohol- es que el amor suele pasar, mientras que las estirpes, las religiones y las razas permanecen. Y la historia no cuenta que cuando la princesa envejeció, Ollantay se buscó otra esposa, plebeya, pero mucho más joven.

-Eso no tiene gracia... -le recriminó la muchacha---. Y acabas de inventártelo.

-¡Es posible! -admitió su esposo divertido-. Pero estoy convencido de que es cierto. ¿Tú qué opinas Molina?

El andaluz, al que también empezaba a hacerte un cierto efecto la bebida, optó por encogerse de hombros:

-Las mujeres nunca fueron mi fuerte -admitió- Un soldado no dispone de mucho tiempo para ocuparse de ellas...

-Pero ya no eres soldado... -intervino Shungu Sinchi que no había abierto la boca en toda la noche-. Y si es cierto que piensas quedarte a vivir entre nosotros, deberías buscar una esposa. Como dice Yana Puma: «El Imperio necesita todo el semen de sus hombres.»

-El «Inca» puede continuar reinando sin mi semen -fue la rápida respuesta del español-. Y no pienso darle hijos para que los esclavice. Si aprendí a ser libre es para que el día de mañana mis hijos lo sean también, y si éste no es el lugar apropiado, algún otro existirá y yo lo encontraré. De eso puedes estar segura.

-Si te oyen hablar así pueden enviarte al «zancay» -señaló Calla Huasi.

-¿Qué es el «zancay»?

-Una cueva profunda y tenebrosa a la que arrojan a los agitadores. Está habitada por serpientes, alacranes, pumas, jaguares, águilas, buitres y cóndores. Se mantiene, allí a los reos una semana, y si al cabo de ese tiempo no lo han devorado las bestias o no se ha vuelto completamente loco, se le concede la libertad. Tan sólo dos hombres han sobrevivido al «zancay» en estos últimos cuarenta años. Uno de ellos fue mi abuelo.

-¿Te refieres a Huamán Huasí? -quiso saber Chabcha Pusí interesado-. ¿El general que se enfrentó a Huayna Capac a causa de la matanza de los «chibchas»?

-El mismo -admitió el otro- Aún le recuerdo despertándose en mitad de la noche porque creía sentir sobre la piel el paso de las fieras. Tuvo el coraje de desnudarse, tumbarse en el suelo y no mover un solo músculo durante los siete días a pesar de que una serpiente le anidó en el sobaco. Entró siendo un hombre joven y fuerte, y salió siendo un anciano de cabellos completamente blancos.

-Recuerdo a Huamán Huasi... -señaló el «curaca»-. Le admiraba de niño porque jamás existió guerrero más valiente de un extremo a otro del Imperio. ¡Lástima que fuera tan rebelde!

-Tan sólo los rebeldes son realmente valientes... -Sentenció Calla Huasi convencido-. Aquel que obedece las órdenes injustas no es un valiente, es un borrego...

Amanecía.

Había sido una noche hermosa y larga; noche en la que la luna se mostró más amable que nunca sobre una ciudad que celebraba la más gloriosa jornada de su gloriosa historia; noche de amor y risas en la que todos sus habitantes se sentían orgullosos de vivir en el «Ombligo del Mundo», indiscutible corazón del Universo.

Y el amanecer se anunció igualmente armonioso, con un sol que hacia su aparición justamente tras uno de los altos pilares que dominaban la ciudad por las colinas del Este, y que señalaban con matemática exactitud los doce meses del año a que correspondía su salida o su ocaso.

Cantaron las alondras, afloraron los primeros bostezos, un colibrí madru- gador violó a una flor que comenzaba a abrirse, y el fiel *Punchayana* acudió a mordisquear los dedos de los pies de su joven dueña.

Se escuchó un rumor lejano; como un trueno apagado; como el aullar del viento en noche de tormenta, o como el llanto de miles de gargantas que clamaran al cielo.

-¿Qué ha sido eso? -inquirió Shungu Sinchi.

Casi al instante un eunuco fofo y grasiento hizo una enloquecida entrada agitando sus fláccidas carnes para sollozar presa de un ataque de histeria:

-¡Quisquis...! ¡Viene Quisquis!

-¿Quisquis...? -se horrorizó Chabcha Pusí-. ¡No es posible!

-¡Lo es, mi amo! Anoche atravesó el Huaca-Chaca y viene hacia aquí con más de diez mil hombres.

-¡Pero si los ejércitos de Atahualpa han sido derrotados! La victoria de Huáscar fue total.

-¡No, mi amo...! No lo fue. Huáscar desoyó los consejos de Atox y en lugar perseguir a los fugitivos, prefirió celebrar una gran fiesta dando tiempo a Rumiñahui a reagrupar sus huestes y atacar por sorpresa. Ahora lo conduce preso ante Atahualpa mientras Quisquis avanza asesinando a todos sus partidarios.

Se hizo un largo silencio roto tan sólo por el piar de los pájaros y el lejano rumor que aumentaba de intensidad, porque la ciudad despertaba amargamente de sus sueños de gloria, y miles de seres humanos se pregun- taban angustiados cuál sería su destino a partir del momento en que los hombres de Quisquis hicieran su aparición por el camino de Abancay.

-¿Cuánto tardarán? -quiso saber Chabcha Pusí extrañamente tranquilo

-No lo sé. Vienen cansados después de la batalla y la larga caminata pero probablemente estarán aquí al atardecer.

-¿Y de Calicuchima? -añadió el otro- ¿Se sabe algo?

-Nada, mi amo, pero es posible que le siga de cerca.

El «curaca» de Acomayo se encogió de hombros con gesto fatalista:

-Al fin y al cabo... -dijo-. ¿Qué más da Quisquis o Calicuchima...? Todos saben que siempre he sido fiel a Huáscar y tanto yo como mi familia y mis siervos estamos condenados... -Lanzó una entristecida mirada a su alrededor-. Prenderán fuego al palacio y no dejarán piedra sobre piedra.

-Tienes que irte... -señaló Alonso de Molina decidido por primera vez a intervenir-. En realidad «todos» tenemos que irnos porque no creo que ese bastardo me tenga muchas simpatías. -Se volvió a Calla Huasi-. Ni a ti tampoco...

-¿Irnos adónde? -quiso saber Chabcha Pusí desalentado-. Huir nunca fue mi estilo.

-Cuando huir se convierte en la única salida, no cabe, siquiera planteárselo. Tienes una mujer, una hija y unos siervos que dependen de ti. ¡Vámonos! -insistió el español-. Algún lugar existirá. donde buscar refugio.

-¿Dónde? -repitió el otro machaconamente

-No se me ocurre ningún sitio seguro.

-En las montañas orientales -señaló Calla Huasi-. Siguiendo el cauce del Vilcanota y el Urubamba. Si nos dirigiéramos a la región del Titicaca, nos atraparían de inmediato. Nací allí y conozco bien la zona: es terreno abierto y los «urus» nos denunciarían porque jamás quisieron a Huáscar.

Chabcha Pusí se volvió a Naika:

-¿Qué opinas...? -quiso saber.

-Creo que tiene razón. Quedarse a esperar una muerte segura es una estupidez. Si existe una sola posibilidad de escapar debemos aprovecharla.

El «curaca» observo a su hija.

-¿Tú que dices? Será un viaje muy duro.

-¡Vámonos...! -replicó Shungu, Sinchi sin dudar-. He oído contar lo que hacen los soldados con las mujeres que capturan en las guerras y cualquier cosa es mejor.

Chabcha Pusí meditó unos instantes y por último lanzó un hondo suspiró de resignación:

-¡De acuerdo! -dijo-. Nos encaminaremos al Nordeste... -Se volvió al eunuco-. Reúne a los criados -ordenó-. Que recojan todos los víveres que haya en la casa... Saldremos de inmediato.

El sol caía a plomo cuando dejaron a la derecha la gran plaza de Huaccapayta y los palacios, e iniciaron la dificultosa ascensión hacia la majestuosa fortaleza de Saqcsaywaman que dominaba el Cuzco por su parte más alta en dirección opuesta a la que traían las tropas invasoras.

Cientos de fugitivos habían tomado también idéntico camino y una aterrorizada masa humana invadía el sendero volviéndose de tanto en tanto en un inútil afán por distinguir las vanguardias de Quisquis, y les llevó por lo tanto más del doble del tiempo acostumbrado alcanzar la amplia explanada que se extendía al pie de las murallas, para contemplar desde allí -tal vez por última vez- la inimitable «Ciudad de las Ciudades».

Los tejados de oro refulgían al sol y a Chabcha Pusí se le antojó que jamás había asistido a un espectáculo tan tristemente hermoso, pues sabía que fuera donde fuera llevaría el recuerdo de aquel amargo momento en lo más Profundo de su corazón, ya que en el interior de aquellos muros quedaban para siempre, sus dioses y los más dichosos años de su existencia.

Lejos, hacia el Oeste, por el camino que conducía al Huaca-Chaca y Abancay se distinguían claramente las agresivas columnas de humo que ensuciaban de miedo el cielo, y su progresión marcaba con tan perfecta exactitud el avance de las huestes del tirano, que un buen conocedor de la región podía determinar sin miedo a equivocarse qué palacios habían pasado ya a convertirse en humo.

-Será una noche negra para el Cuzco -sentenció Calla Huasi-. Tan negra como aquella en que le saquearon los «chancas».

El español no respondió, absorto como estaba en la contemplación de las gigantescas rocas que conformaban la primera línea de defensa de Saqcsaywaman, preguntándose qué clase de cíclopes o cuántos miles de hombres habrían sido necesarios para trasladar hasta allí y clavar en su sitio tan inconcebibles piedras.

«Nada existe en Europa que pueda compararse a esto -musitó para sus adentros-. Nada de nada, y sin embargo, aún habrá quien alegue que sus constructores son salvajes a los que tenemos la obligación de civilizar.»

Continuaron al poco su lento y trabajoso avance por el cañón del Vilcanota que aún tardaría en tomar su definitivo y sonoro nombre de Urubamba, y poco más de una hora después abandonaron el cauce del río para adentrarse hacia el Este por un serpenteante senderillo que trepaba hacía las primeras colinas boscosas.

La columna de fugitivos se había ido aclarando a medida que cada cual elegía la ruta que a su entender más aprisa le alejaba del peligro, y al atardecer se encontraron prácticamente solos en la cumbre de un cerro desde el que dominaban el Valle Sagrado de los Incas que

quedaba a sus espaldas, y abriéndose ante ellos la serena majestuosidad de la Cordillera Oriental.

Las dos muchachas comenzaban a sentirse fatigadas los porteadores sudaban y resoplaban bajo sus pesadas cargas, ya que el sendero se había ido haciendo cada vez más empinado, estrecho y resbaladizo, dificultando terriblemente la marcha.

-Acamparemos aquí... -señaló por fin el «curaca»-. Pronto caerá la noche y descender por la ladera significaría un suicidio. Por el momento estamos a salvo.

Con la llegada de las sombras el resplandor de los incendios iluminó el horizonte y Chabcha Pusí tuvo que perderse entre los árboles para que nadie advirtiese que estaba llorando por el triste destino de la ciudad que amaba.

Más tarde trepó hasta la cima del otero y tomó asiento sobre una losa de piedra sin apartar la vista de las llamas que se iban adueñando de la noche, puesto que los campos de maíz y los espesos bosques habían comenzado a arder también, y experimentó un dolor tan hondo al advertir cómo todo su mundo se derrumbaba que le pidió a los dioses que su corazón se partiera en mil pedazos para no tener que sufrir el castigo de un amanecer cubierto de cenizas.

Se sintió solo; solo y vencido porque las más amargas profecías comenzaban a cumplirse, ya que la leyenda aseguraba que el Cuzco tan sólo sería gobernada por doce «Hijos del Sol» y el último se encontraba ahora en manos de un bastardo indigno de ocupar el trono de los «Incas».

La segunda parte de aquellas profecías hablaba de la llegada de extraños hombres de otros mundos; falsos «Viracochas» que aniquilarían su cultura para siempre. y recordó a Guzmán Bocanegra preguntándose cuántos como él desembarcarían la próxima vez en Túmbez.

Alonso de Molina le había hablado a menudo del ansia de rapiña de sus compatriotas, y por su mente cruzó, como una pesadilla, el repulsivo rostro del marino y su asquerosa expresión al contemplar a Naika con ojos de cerdo hambriento. ¿Qué destino aguardaría a todas las Naike y Shungu Sinchi del Imperio cuando un ejército de Guzmán Bocanegras se precipitase sobre ellas...? ¿Quién les haría frente cuando el poder estaba en manos del traidor que había arrasado el Cuzco y al que la mayor parte de su pueblo odiaba?

El tiempo que llevaba junto al andaluz le había servido para no hacerse ilusiones consciente de que pronto o tarde los españoles volverían, y Pizarro, aquel tenebroso jinete que a menudo se le aparecía en sueños, se abalanzaría sobre su país como un cóndor sobre un «cuí» clavándole unas garras de las que ya jamás conseguiría zafarse.

¡Pizarro...! Su solo nombre le estremecía y había aprendido a temerle más que al bastardo Atahualpa o al demoníaco Sopay, porque le constaba que era el único de los tres que poseía el poder suficiente como para barrer del mapa a una nación. Atahualpa traicionaba a su hermano y Sopay robaba las almas de los hombres u ocultaba el fuego de su «Mal» en el interior de las mujeres, pero Pizarro era como el

huracán que todo lo destruye o aquel largo diluvio que una vez sumió al universo en el más profundo caos.

Sentado allí, indiferente al frío y la fatiga, Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, tuvo la clara visión de que nada de cuanto había aprendido a amar desde que tenía uso de razón prevalecería, su estirpe sería borrada de la faz de la tierra, y su pueblo se convertiría en un pueblo de esclavos y concubinas al que le serían arrebatadas las casas, los campos, los hijos y los dioses. Incluso la historia de sus antepasados sería borrada de la memoria de los sabios «amautas» para ser sustituida por otra falsa memoria hecha de signos y contra la que nada podrían nunca los humanos.

Comenzó a lloviznar y el resplandor de los incendios desapareció tras una cortina de agua que fue ganando espesor minuto a minuto, hasta que al advertir cómo le empapaba el cabello resbalándole a lo largo del cuerpo para acabar formando un charco bajo sus muslos, comprendió que los cielos le enviaban un mensaje y había llegado el momento de abandonar para siempre una existencia en la que no había sabido ser útil a su «Inca» ni salvar los peligros a su patria.

Arrojó al vacío la bordada túnica que proclamaba su origen y su rango, permaneció totalmente desnudo bajo la lluvia el resto de la noche, y con la primera claridad del alba llamó al eunuco y le ordenó que le rapara completo la cabeza y le trajera el más burdo vestido del más miserable de los siervos.

Luego pidió que todos acudieran a tomar asiento a su alrededor, y tras dirigirles una larga y dulce mirada, señaló:

-Abandoné a mi Señor, mi ciudad y mi casa. Abandoné cuanto fui desde el día en que me trajeron al mundo, y me he convertido por tanto en un sucio fugitivo que tan sólo confía en salvar una vida miserable. Si tal como perdí mi hacienda y mi honor, hubiera perdido también mi fe en los dioses de mis antepasados, pondría fin a mi triste existencia lanzándome a este abismo, pero como aún mantengo la esperanza de salvar un alma que es lo único que me queda, he decidido prescindir de cuanto fui por el resto de mis días...

Se dejó sentir un hondo lamento surgido de lo más profundo de las gargantas de Naika y Shungu Sinchi, y algunos de los criados inclinaron la cabeza bruscamente cerrando los ojos con gesto de resignación porque habían comprendido ya cuáles eran las auténticas intenciones de su amo.

-He renunciado a mi nombre, mi rango y mi estirpe. He renunciado a mis esposas, mis hijos y mis nietos. He renunciado a mi casa, mis tierras y mis siervos. He renunciado a todo cuanto no sea mi esperanza en un futuro mejor en otro mundo, y por lo tanto de ahora en adelante no seré más que un «Runa», y a nada responderé más que a ese tratamiento y a esa triste condición.

Se puso en pie y se alejó colina abajo con paso lento y cansino, seguido por el crispado dolor de todos los presentes, y cuando al fin se hubo perdido de vista entre los árboles, Alonso de Molina advirtió que tanto Naika como Shungu Sinchi y la mayoría de los criados lloraban mansamente.

-¿Qué ha querido decir? -inquirió volviéndose a Calla Huasi que se mordía los labios tratando de dominar sus emociones- ¿Nos abandona?

-No. No nos abandona, pero ha preferido convertirse en el más miserable y desamparado de los seres porque es la única forma que tiene de lavar en vida sus pecados y evitar la perdición eterna el día de su muerte. Ya tan sólo será para siempre un «Runa», un «Hombre», y por lo tanto ha pasado a situarse más allá del bien y del mal.

-**N**o debes entristecerte por mí... -le hizo notar Chabcha Pusí tomando asiento sobre un podrido tronco durante el alto que hicieron al mediodía- No estoy enfermo, ni muerto, y la decisión que he tomado atiende ante todo a lo que debe ser ya mi única preocupación: el más allá. Convertirse en «Runa» significa buscar la paz interior, y dicen que cuando lo consigues descubres que has encontrado al propio tiempo la auténtica felicidad.

-Lo entiendo... -admitió el español- En mi país hay ermitaños que se retiran a meditar y a ponerse a bien, con Dios en un lugar apartado, pero no por ello renuncian incluso a su nombre.

-Es una antigua costumbre de mi región, y como la decisión es sólo mía no debo implicar a mis parientes. Al convertirme en «Runa» es como si oficialmente estuviese muerto y por lo tanto ya no les cabe ninguna responsa- bilidad sobre mi comportamiento. Nuestras leyes especifican que los delitos de un miembro de la familia pueden repercutir sobre el resto de ella, y si se me acusa de traidor, mis esposas, mis hijos y mis criados deben ser ejecutados. Pero desde el momento en que elijo ser «Runa» quedan exculpados porque a todos los efectos ya no existo.

-¡Pero qué será de ellos?

-Vivirán mejor sin mí, ya que ha quedado demostrado que no supe protegerles y les arrastré en mi caída.

-No tuviste la culpa. Tan sólo aquellos que aspiran al poder son culpables de una guerra civil...

-Pero soy culpable de no haberles puesto a salvo en Acomayo cuando aún estaba a tiempo. Allí nadie habría ido a buscarles. -Le golpeó afectuosamente la mano que mantenía sobre el tronco-. Al fin y al cabo –añadió- ya nada de eso tiene importancia; pertenece al pasado y la principal virtud de un «Runa» es que jamás tiene pasado... -Agitó la cabeza como si estuviera dirigiéndose a sí mismo- Tendré que acostumbrarme a eso -murmuró-. Sé que conseguiré dominar mi cuerpo y mis sentidos, pero me consta que me resultará muy difícil dominar mi memoria.

-¿Seguirás con nosotros?

-Siempre que no moleste y os sobre un plato de comida. Tan sólo puedo aspirar a las sobras de los criados, y si no las hay dar gracias a los dioses porque cada día de hambre aquí arriba será un día de menos en las heladas cavernas del centro de la tierra... -Hizo una corta pausa-

Ten en cuenta que al ser derrotado mi Señor Huáscar he dejado de pertenecer a la casa del «Inca» y he perdido el lugar al Sol que tenía asegurado. Desde ayer estoy sujeto a las mismas leyes que el más humilde campesino, y mis pecados me pueden enviar a los infiernos. Antes jamás tuve que preocuparme por ello, pero ahora esa posibilidad me aterroriza.

Al español le hubiera gustado argumentar que aquélla constituía sin duda una forma ridícula de enfrentarse a la vida, la salvación eterna o la muerte, pero comprendió que no era momento para ponerse a discutir y lo que en verdad necesitaba su amigo era un silencio y una paz que le permitieran adaptarse al hecho de que acababa de convertirse en paria y debía desprenderse incluso de sus más profundos sentimientos hacia quienes habían constituido sus seres queridos.

Media docena de sus siervos, al saber que a partir de aquel momento eran libres y ningún vínculo les unía -para bien o para mal- a la casa del «curaca» de Acomayo, decidieron emprender el regreso al Cuzco, aunque la mayoría prefirieron sumarse a la aventura de la huida, atemorizados por cuanto estaba ocurriendo en la ciudad. Eran pobres gentes acostumbradas a que fueran otros los que tomaran las decisiones que afectaban a su futuro, y por lo tanto se sentían profundamente desorientados por el hecho de que unos acontecimientos tan desgarradores como los que se estaban sucediendo vinieran a desestabilizar una forma de vida que tradicionalmente no había sufrido alteraciones apreciables en el transcurso de los siglos.

Entre dos cargaron con el cañón que Alonso de Molina se había negado a abandonar en el Cuzco, y el resto se hizo cargo de las provisiones con aquella inconcebible capacidad de resistencia de que se mostraban capaces cuando, como en aquella ocasión, se trataba de subir y bajar empinadas montañas.

La majestuosa Cordillera Oriental se abría ante ellos constituyendo la última frontera que separaba los altiplanos de las inmensas selvas amazónicas, y en algunos profundos valles de la agreste orografía comenzaba a advertirse la influencia tropical en forma de espesos bosques, tupida vegetación de monte bajo y un calor húmedo y denso que hacía sudar a chorros a los porteadores.

Calla Huasi abría siempre la marcha ya que era el único que tenía una leve noción del lugar en que se encontraban, y le seguían el español, las muchachas, el resto los criados y en último lugar, siempre muy distancia el «Runa», que no daba sin embargo la impresión de sentirse amargado, sino más bien increíblemente sereno y en perfecta armonía con su destino y consigo mismo.

Más afectadas parecían encontrarse Naika y Shungu Sinchi que se volvían de tanto en tanto como para cerciorarse que no se quedaba atrás o no tenía intención de abandonarlas y al español le produjeron la impresión de dos chicuelas que súbitamente hubieran descubierto que se habían quedado huérfanas de padre.

Por su parte, el fiel oficial inca aceptaba los hechos con el inconcebible fatalismo característico de su raza, puesto que incluso a su propia familia había decidido renunciar para siempre, limitándose a

señalar que a partir de aquel momento era más el daño que el bien que podía causarle.

-Si no vuelvo a mi pueblo -dijo- creerán que fui uno de los miles de muertos de la batalla del Apurímac y nadie sería capaz de asegurar de qué lado luché. Los míos vivirán siempre en paz porque el «curaca» se encargará de que nada les falte. Pero si regreso descubrirán que fui un desertor con lo que, lo más probable, es que nos condenaran a todos a muerte. -Clavó la vista al frente, en las montañas, y concluyó-: No me siento capaz de convertirme en «Runa», pero confío en encontrar un lugar en que rehacer mi vida...

¿Pero existía ese lugar?

A la vista de la infernal sucesión de increíbles picachos, profundos abismos, espesas selvas y ríos torrenciales que se iban sucediendo a su paso, Alonso de Molina comenzaba a dudarlo ya que se le antojaba inconcebible que cualquier ser humano, incluidos aquellos sufridos incas, se sintieran capaces de habitar en tan hostil y olvidado rincón del universo.

No obstante, de tanto en tanto distinguían diminutos poblachos encarama- dos en las laderas de lejanas montañas o senderos que hablaban de invisibles lugareños, e incluso avistaron una monolítica fortaleza enclavada estratégica- mente sobre un desfiladero, pero día a día tales señales de vida fueron haciéndose cada vez más escasas, ya que Calla Huasi se esforzaba por dejar atrás cuanto antes todo aquello que pudiera convertirse en testigo de su paso.

-No podemos correr riesgos -dijo-. No somos un grupo más de fugitivos, porque un «Viracocha» resulta siempre inconfundible y lo más probable es que Atahualpa tenga un interés especial en apresarte.

-¿Por qué?

-La profecía sigue en pie, y sabe que nunca será el decimotercer «Inca» sino el primer usurpador tras el cual llegarán los «Viracochas» que arrasarán el Imperio. Por eso te necesita.

-Pues yo le necesito tanto como un forúnculo en el ano. Si en verdad se instala definitivamente en el Cuzco, mi estancia en este país habrá tocado a su fin. No me agrada la idea de pasarme el resto de la vida huyendo.

-¿Y adónde irás?

-Aún no lo sé. -Señaló al grupo que descansaba---. Ahora lo que importa es ponerlos a salvo.

Calla Huasi indicó con un ademán de la cabeza la figura del «Runa» que había tomado asiento a cierta distancia.

-Él ya está a salvo de todo, excepto de sí mismo. Ni siquiera el bárbaro Calicuchima osaría ejecutar a un «Runa».

-No cabe duda de que eso de convertirse en «Runa» no deja de ser una buena forma de salvar el pellejo. Luego, cuando el peligro ha pasado, te dejas crecer de nuevo el pelo y a vivir...

El oficial pareció desconcertarse y se diría que le costaba un gran trabajo admitir lo que había oído:

-Nadie haría algo semejante -replicó molesto y casi ofendido- Declararse «Runa» es aceptar libremente un hecho irreversible, pero volverse atrás significa la condenación eterna y exponerte a que el primero que descubra el engaño te cuelgue del pelo hasta que mueras. En toda nuestra historia no se recuerda ni a un solo «Runa» renegado.

-¿Quiere eso decir que, efectivamente, es como si Naika se hubiera quedado viuda?

-Al no tener hijos es como si jamás hubiera esta casada. Desde el día en que le baje la próxima regla, que significará que no se encuentra embarazada, es libre de aceptar por esposo a quien le plazca. -Hizo una corta pausa y añadió con marcada intención-: ¿Piensas casarte con ella?

-Aún es pronto para hablar de ello.

-Sabes que lo está deseando. Ahora fue Alonso de Molina el que indicó con un gesto la figura del «curaca».

-Debo respetarle -dijo- Sigue siendo mi mejor amigo y no puedo lanzarme sobre la mujer que ama cuando aún llevar su olor. Incluso si hubiera muerto tendría que dejar pasar un tiempo.

-Él ya no la ama. Su condición se lo prohíbe. No «existe» y lo que pretende es no haber existido jamás. Si te casas con Naika le estarás haciendo un favor puesto que le facilitarás la labor de convertirse en lo que desea: es decir, en nada.

-Cuesta trabajo aceptarlo.

-Porque aún no has conseguido entendernos. Hagas lo que hagas, siempre serás un «Viracocha».

Era cierto. Pese a todos sus esfuerzos por adaptarse, Alonso de Molina tenía que admitir que su mentalidad continuaba siendo la de un español de Úbeda al que aún le resultaba intragable la comida insípida negándose a lamer a cambio una piedra de sal, al igual que se negaba a aceptar que todos los hombres se encontraran sujetos al capricho de un «Inca» que disponía de ellos sin consentir siquiera una protesta.

Aún le costaba igualmente entender que aquellas gentes fueran incapaces de exteriorizar sus emociones o les estuviera vedada la búsqueda de la felicidad, por lo que se encontraba muy lejos de la mentalidad de quien decidía renunciar voluntariamente a cuanto había sido hasta el momento para pasar a convertirse en poco más que un perro abandonado.

Pero allí seguía sin embargo el «Runa», quieto, absorto y rodeado por una especie de invisible campana de cristal que le aislaba del resto de los humanos y le convertía en un ser diferente que producía un innegable malestar y al que costaba un gran esfuerzo aproximarse.

¿Por qué?

¿A qué se debía aquel impalpable halo de misterio que hora tras hora se iba apoderando de Chabcha Pusí transformándolo a ojos vista?

Su forma de hablar, de moverse, de caminar, e incluso de mirar parecía estar sufriendo una continua metamorfosis, y a ratos al español le asaltaba la desagradable sensación de que era un extraño quien les seguía en silencio o que estaba aprovechando su posición en la fila

para dejar colgados de las ramas de los árboles, sin que nadie los viera, los últimos jirones de su antigua personalidad.

Al amanecer del tercer día se había cargado al hombro el pequeño cañón que hasta aquel momento habían transportado entre dos porteadores, y marchaba con él a cuestas durante toda la jornada con la misma naturalidad con que Alonso de Molina se colgaba el arcabuz o Calla Huasi su corta lanza.

No era ya un hombre joven ni alguien que hubiera estado acostumbrado desde siempre a realizar grandes esfuerzos, y sin embargo no daba la impresión de que le fatigase en exceso la carga si se tenía en cuenta, además, que apenas se alimentaba de las escasas sobras que dejaban los peones.

Incluso parecía haber renunciado por completo a sus más arraigadas costumbres, ya que cuando todos se arrodillaban ante alguna de las múltiples fuentes que encontraban a su paso para arrancarse una pestaña y suplicar -según las viejas tradiciones- que jamás se secasen, él pasaba de largo sin dirigirles tan siquiera una mirada, al igual que cruzaba los arroyos y los ríos sin detenerse a rendirles pleitesía.

Ningún otro indígena osaba vadear una corriente por pequeña que fuese sin tomar antes un poco de agua en la mano y pedirle en voz muy baja que no le causara daño alguno, y era tan natural ese hábito que incluso Alonso de Molina se detenía a esperar que cumplieran el rito pero aun así el «Runa» parecía pretender ignorarlo, y si de improviso el río se hubiera vuelto profundo, se habría hundido en él arrastrado hasta el fondo por el peso del cañón.

Al español le preocupaba aquella posibilidad de que se ahogase o se precipitase al fondo de cualquiera de los peligrosísimos abismos que continua- mente se veía obligados a franquear, pero podría creerse que, al igual que el «Runa», se esforzaba por mantenerse al margen de las leyes naturales, éstas habían decidido ignorarle también de idéntica manera.

-¡País de locos...! -mascullaba una y otra vez el andaluz rascándose violentamente la espesa barba-. ¡Todos locos! ¿Dónde se ha visto que alguien pueda con un cañón al hombro como si se tratase de un loro…? ¡Todos locos!

Pero el más loco de todos era ahora el paisaje.

Quebrada tras quebrada las montañas parecían haber sido acuchilladas con ensañamiento por un furioso cíclope obsesionado por cortarlas como una inmensa barra de pan, y a cada hondonada seguía un nuevo picacho y a éste otro barranco aún más profundo cuya pared opuesta se alzaba casi a tiro de piedra en busca de otra cumbre.

Días de angustiosa marcha daban como fruto, por tanto, avances de no más de unos minutos a vuelo de pájaro, y al extender la vista desde un otero y distinguir todos los horizontes dominados por idéntica masa de agrestes cumbres, una especie de mudo terror o invencible impotencia se apoderaba de los ánimos, y a cuanto se aspiraba era a permitir que la paz de la muerte proporcionara algún descanso.

Muy abajo, en los profundos valles el húmedo y agobiante calor llegaba a hacerse asfixiante porque podría creerse que el aire no se había renovado durante los tres últimos siglos, al tiempo que en las cumbres el viento helado se metía en los huesos y obligaba a castañetear diente con diente.

Más tarde llegaron las grandes lluvias. Fue el día que avistaron, muy a lo lejos, el fin de la Cordillera y el nacimiento de la profunda depresión que iba a morir a las infinitas selvas orientales; selvas verdes y húmedas de las que llegaban, como ejércitos, compactas masas de espesas nubes que iban a detenerse contra las laderas de las altas montañas vaciando allí su carga de agua.

-Más hacia el Este, la mitad del año hay lluvia, y la otra mitad, diluvia... -sentenció Calla Huasi-. No existe paso alguno hacia las llanuras, y por lo tanto mejor es que busquemos de nuevo el cauce del Urubamba.

Habían dejado muy al Oeste, rodeándola, la poderosa fortaleza de Ollantaytambo que protegía el Cuzco de las improbables invasiones que pudieran llegar por el cauce de los grandes ríos que iban a desembocar en la cuenca amazónica, y cabía imaginar que incluso los cóndores habían decidido abandonar a su suerte una áspera región que no ofrecía más que hermosos paisajes, desolación y muerte.

Escaseaban los alimentos y el miedo había hecho presa tiempo atrás en los porteadores, a los que incluso las huestes de Calicuchima se les antojaban ahora menos crueles que aquel hostil tobogán sin horizontes, y Alonso de Molina comprendió que debían buscar el río Urubamba, o corrían el riesgo de no salir jamás de aquel terrorífico laberinto de montañas.

Como siempre, el «Runa» era el único que daba la impresión de no sufrir por las infinitas calamidades que estaban padeciendo, y continuaba subiendo y bajando riscos con el cañón a cuestas con la misma naturalidad que si estuviera dando un tranquilo paseo por las hermosas, colinas que circundaban el Cuzco.

-¿De dónde saca las fuerzas?

Naika, que era a quien iba dirigida la pregunta, se limitó a encogerse de hombros admitiendo su ignorancia

-No lo sé, porque jamás se ha dado el caso de que una mujer se convierta en «Runa» -sonrió con tristeza-. «Runa» significa «Hombre» y por definición nos está negado ese derecho a prescindir de todo. En realidad creo que tampoco lo haríamos porque hace falta un inmenso egoísmo para conseguir olvidar a cuantos has amado hasta ese instante.

-Chabcha Pusí no lo ha hecho por egoísmo, sino generosidad.

-¿Generosidad hacia quién? ¿Hacia Shungu Sinchi o hacia mí...? Privarnos de la posibilidad de demostrar que le queremos y le necesitamos no se me antoja una muestra de generosidad. Cuando alguien a quien amas, muere, sabes al menos que descansa en paz y su recuerdo se va diluyendo en tu memoria dulcemente. Pero verlo así, convertido en una especie de sombra vagabunda que no descansa pero te recuerda a cada instante sus sufrimientos resulta muy duro.

-No se me había ocurrido pensarlo de ese modo

-¿Y cuál otro existe? Para mí, más que un esposo, fue siempre un padre... ¿A quién le pido ahora consejo o a quien le demuestro que necesito protección?

-A mí -fue la sincera respuesta- Lo único que deseo es brindarte mi ayuda. ¿Por qué no te casas conmigo?

Habían tomado asiento sobre una ancha laja de piedra al borde de una agreste ladera teniendo bajo sus pies el blanco mar de nubes que se perdía de vista en la distancia, y resultó evidente que a la muchacha no le sorprendía en absoluto una proposición que parecía estar aguardando tiempo atrás, aunque resultó, eso sí, mucho más desconcertante, su firme respuesta:

-Me casaré contigo, si te casas también con Shungu. Sinchi.

-¿Cómo has dicho? -se asombró el español.

-Que nos casaremos las dos, o ninguna. Shungu Sinchi te ama tanto como yo, y también ha quedado desamparada. No es justo que yo encuentre la felicidad sin pensar en quien ha sido como mi hermana durante tanto tiempo.

-¡Pero eso es una locura...! -barbotó Alonso de Molina confuso-. ¡Casarse con dos mujeres a la vez...! ¿A quién se le ocurre?

-Aquí puedes hacerlo.

-¡Pero yo soy español...!

-Renunciaste a serlo... Estás en otro país y otras son las costumbres... -Hizo un amplio ademán señalando las nevadas cumbres y los profundos abismos-. Y aquí perdidos, ni siquiera esas costumbres cuentan. -Alargó la mano y acarició dulcemente el rostro del andaluz---. Nada deseo en esta vida más que unirme a ti para siempre, pero no quiero cimentar mi dicha sobre la infelicidad de Shungu Sinchi. Sé que podemos formar una hermosa familia y encontrar un lugar en que establecernos para vivir tranquilos... ¡Piénsalo!

Se alejó sin prisas dejándole para que meditase a solas sobre la más extraña propuesta que le habían hecho nunca y pudiera preguntarse por enésima vez qué demonios hacía un español de Úbeda sentado en la cima del mundo planteándose el hecho de que para unirse a la mujer que amaba tenía que cargar -como si fueran mantas- con otra de propina.

Observó a Shungu Sinchi a quien Naika debía estar poniendo al corriente de la conversación que acababan de mantener, y que le observaba a su vez con un extraño brillo en la mirada. Era una criatura delicada y armoniosa, casi una niña con cuerpo de mujer que atraía de inmediato el interés de los hombres, y que constituía sin lugar a dudas un magnífico regalo para la vista y los sentidos ya que se advertía claramente que todo su cuerpo estaba ansioso por entregarse sin reservas.

Y tuvo miedo. No era miedo a Shungu Sinchi, ni a compartir la vida con dos chiquillas adorables, sino miedo a sí mismo al comprender que aceptar unirse a ellas era tanto como romper de forma irreversible con todo su pasado. Casarse con dos mujeres a la vez, significaba

desligarse no sólo de su país y de sus leyes, sino incluso de su sentido de la moral y de sus más firmes creencias.

Dos días más tarde y cuando marchaban en busca del cauce del Urubamba, desembocaron de improviso en un diminuto valle rodeado de nevadas crestas que se encontraba curiosamente resguardado de casi todos los vientos dominantes y ofrecía el seguro refugio de una serie de grandes cavernas de angosta entrada que debieron constituir en tiempos muy remotos el escondido hábitat de alguna olvidada tribu primitiva.

Pululaban los «cuís» y las sabrosas «vizcachas» del tamaño de liebres, y en las inmediaciones de una diminuta laguna de aguas plomizas se distinguían las siluetas de guanacos salvajes y asustadizas vicuñas que se agrupaban en manadas de no más de veinte individuos cada una.

-Es un lugar perfecto... -señaló Calla Huasi- Hay carne abundante, peces y ranas en la laguna, y «totora» para el fuego. Deberíamos quedamos porque los porteadores están cansados y las mujeres agotadas.

Alonso de Molina compartió su opinión ya que también él se sentía fatigado de vagar sin rumbo por quebradas y montañas, y la triste tropa parecía haberse convertido en una sombra de la que abandonara precipitadamente el Cuzco.

Habían perdido la cuenta de los días de marcha y las noches pasadas a la intemperie, y aunque el frío no solía ser tan intenso como en la puna, ni el calor tan agobiante como el de los desiertos de la costa, el continuo cambio de clima les había ido debilitando, y algunos de los peones ofrecían un aspecto francamente lamentable.

Pasar la noche caliente en el interior de una gruta en la que ardía un hermoso fuego de reseca « totora » tras haberse atiborrado de jugosa carne de vicuña, constituyó para muchos una especie de reencuentro con la vida teniendo en cuenta que el peligro de las huestes de Quisquis había quedado atrás, pues no parecía lógico que nadie fuese capaz de seguir sus huellas a través del laberinto de selvas y montañas que habían tenido que atravesar.

La sensación de seguridad alegró por lo tanto los ánimos del grupo, aunque no hasta el punto de hacer olvidar que fuera, sometido al frío y al hambre, continuaba un hombre por el que todos sentían un profundo aprecio.

-¿Por qué? -quiso saber Alonso de Molina yendo a tomar asiento a su lado arrebujándose en su poncho del alpaca- ¿No has sufrido ya bastante cargando con ese maldito cañón que en mala hora se me ocurrió traer? Ven dentro, come y descansa.

-Aún no soy lo suficientemente fuerte como para permitirme el lujo de comer bien o descansar junto al fuego -fue la respuesta---. Aún

necesito templar mi espíritu porque mis padecimientos apenas han sido superiores los vuestros. Un auténtico «Runa» tiene que obligarse a renunciar a aquello que con más fuerza anhela, y nada hay que desee más en estos momentos que entrar en esa cueva.

Durante largo rato el español se limitó a permanecer a su lado, en silencio, haciéndole compañía y consintiendo que el frío de la noche se le metiera en los huesos como si de esa forma pudiese disminuir de alguna forma los padecimientos del mejor amigo que jamás había tenido, o consiguiese hacerse una idea de qué era lo que podía cruzar por la mente de un ser humano que había renunciado a todo en este mundo.

-¿Y si no existe otra vida? -inquirió al fin- ¿De que te habrá valido semejante sacrificio?

-De nada -replicó el «curaca» con naturalidad-. Y eso es algo que continuamente me pregunto, porque hacerlo y comprender que mi esfuerzo puede estar resultando estéril, acrecienta su valor. Sacrificarse manteniendo la absoluta seguridad de que sirve para algo, no tendría verdadero mérito, ¿no te parece?

No cabía más opción que guardar silencio o mandarle al infierno, por lo que Alonso de Molina se decidió por lo primero hasta que, casi tartamudeando de frío, comentó:

-Naika no aceptará casarse conmigo si no me caso también con Shungu Sinchi.

El «Runa» se limitó a observarle sin hacer comentario alguno y tras un incómodo paréntesis roto tan sólo por las lejanas voces que llegaban del interior de la cueva, el andaluz insistió:

-¿Qué opinas tú?

-No tengo nada que opinar.

-Se trata de tu hija... Y de tu esposa.

-Entiéndelo... -fue la sincera respuesta---. Yo ya no tengo hija, ni esposa... No existo.

-Eso es estúpido.

-La verdadera estupidez consiste en negar todo aquello que está más allá de nuestra limitada comprensión.

-Empiezas a sacarme de quicio. Y aquí hace un frío de todos los diablos.

-Vete dentro.

-No hasta que me des una respuesta...: ¿Debo o no debo casarme con Naika y Shungu Sinchi?

-Si las amas cásate con ellas.

-Amo a Naika.

-Pues si te impone esa única condición, acéptala.

-Pero no amo a Shungu Sinchi... ¿Cómo voy a casarme con alguien a quien no amo?

-En este país casi todo el mundo lo hace. Los sacerdotes suelen designar las parejas y éstas aprenden a amarse a través de los hijos. Shungu Sinchi te dará hermosos hijos. Su madre me dio cuatro.

-Yo ahora no pienso en hijos... En realidad nunca pensé en ellos. Mi forma de vivir no es la más apropiada para traer niños al mundo.

-Pues ya va siendo hora de que cambies... Tu gente vendrá, conquistará mi país y se mezclará con mi pueblo creando una nueva raza. ¿Quién mejor que tú y Naika o Shungu Sinchi para iniciar esta nueva raza? Necesitaremos que por sus venas corra la mejor sangre para que sepan enfrentarse a los tiempos venideros. Únicamente con buen estaño y buen cobre se consigue buen bronce. -Su tono cambió levemente, casi humanizándose, y por unos instantes el dulce y hermoso brillo de antaño reapareció en sus ojos-. Te conozco -añadió-. Y me sentiría muy feliz de que te convirtieras en el esposo de las dos mujeres que más he querido en este mundo.

-¿Me das tu consentimiento entonces...?

-Quien nada tiene, nada puede dar más que consejos... -fue la suave respuesta---. Y ahora es mejor que entres; está empezando a helar y debo procurar que nadie sufra por mi causa.

Alonso de Molina, que ya tiritaba, comprendió que nada más le quedaba por hacer allí, penetró en la cueva, decidido a tomarse un merecido descanso que buena falta le hacía y ni siquiera se sorprendió por el hecho de que la mañana siguiente aquel Chabcha Pusí que parecía haberse convertido en piedra, continuara exactamente en el mismo punto en que lo había dejado sin que la helada del amanecer le hubiese afectado en absoluto.

El incansable Calla Huasi, que había salido de exploración con la primera claridad del alba, regresó a media tarde con la buena noticia de que no muy lejos se abría una profunda quebrada en la que crecían la coca y varias especies de sabrosos tubérculos salvajes, y que desde lo alto de un picacho había creído distinguir, hacia el Oeste, el cauce de un caudaloso río que muy bien podía ser el Urubamba.

Algunos porteadores habían obtenido ya abundantes peces y gruesas ranas en la pequeña laguna, y otros habían localizado docenas de madrigueras en las que los «cuís» se amontonaban en familias de cinco a diez individuos, lo que significaba que podrían sobrevivir en aquel lugar durante meses sin el más mínimo problema en cuanto a la alimentación.

Esa misma tarde, y tras un ligero chaparrón, un hermoso arco iris que todos consideraron de magnífico augurio cruzó la laguna de lado a lado, por lo que Naike decidió bautizar el valle con el sonoro nombre de «Cuichi Cocha» o de la «Laguna del Arco Iris», y como las chinchillas abundaban hasta convertirse casi en una plaga, las dos muchachas se aplicaron a la tarea de darles caza, desollarlas y curtir sus pieles, con lo que confiaban en ser dueñas muy pronto de las más hermosas y confortables mantas que cupiera imaginar.

Al propio tiempo se dedicaron a visitar todas las cuevas de los alrededores para acabar eligiendo una, no demasiado grande y algo apartada de las restantes, que se apresuraron a limpiar y acondicionar cuidadosamente.

-Pasado mañana te casarás con Shungu Sinchi, y cuatro días más tarde, conmigo -señaló al fin Naika-. No tenemos sacerdote que oficie la ceremonia, pero no importa. En estas circunstancias la boda será válida.

Sonaba a ultimátum, pero al español se le antojó la más fascinante amenaza que nadie hubiera escuchado nunca, porque los últimos días los había dedicado a observar con atención a Shungu Sinchi, pudiendo comprobar cuán atractiva llegaba a ser una muchacha que sin contar con el fascinante encanto o el misterio de Naika poseía no obstante un hermoso cuerpo y una fresca belleza que se iban acrecentando a medida que se aproximaba el momento elegido.

Se la advertía feliz y sonriente y se pasaba las horas cuchicheando con su amiga, haciéndose sin duda picantes confidencias y observando a Alonso de Molina con la golosa mirada de quienes se están preparando para compartir en perfecta paz y armonía un apetitoso pastel.

-¿Por qué ella primero y tú cuatro días más tarde?

-Porque así Shungu Sinchi disfrutará de una iniciación apasionada. A mí me amas y por lo tanto sé que no vas a decepcionarme. Luego nos turnaremos de tres en tres días porque no quiero que existan favoritismos. ¿Está claro?

-Lo que está claro es que lo habéis organizado a vuestro gusto. -Se lamentó sin ningún convencimiento el español-. ¿Es que mi opinión no cuenta?

-En cuestiones domésticas las mujeres deciden, y ésta es sin duda una cuestión doméstica... -Sonrió con infinita dulzura-. No te inquietes... -señaló-. Nos hemos propuesto convertirte en el hombre más feliz del mundo.

El día señalado, Calla Huasi mató dos lustrosos guanacos, varios porteadores regresaron de la quebrada con sacos de patatas salvajes y fardos de coca, y en el banquete «nupcial» abundaron los peces, las ranas, varios tipos de pájaros pequeños y una gran cantidad de frutos silvestres. A la fiesta, celebrada en el interior de la mayor de las cavernas no le faltó por tanto más que maíz y «chicha», puesto que incluso el «Runa» aceptó asistir pese a que apenas probó bocado y se mantuvo al margen de la alegría general.

Cuando Shungu Sinchi surgió, resplandeciente, lo primero que hizo fue arrodillarse frente a su padre para arrancarse dos pestañas que colocó sobre las palmas de las manos soplándolas hacia él para solicitar su bendición, aunque el «curaca» se limitó a señalar que a un «Runa» no le estaba permitido bendecir a nadie, al igual que tampoco podía ser bendecido.

-Lo que sí puedo es desearte toda la felicidad del mundo -- concluyó-. Y asegurarte que anoche tuve sueño en el que vi que de tu vientre nacía un gran cacique que gobernará sobre inmensos territorios.

Esa noche, al gemir y llorar de placer y dolor al advertir cómo todo su cuerpo se desgarraba por culpa gigantesco «Viracocha», Shungu Sinchi abrigó la certeza de que el ardiente chorro de vida que la inundaba penetrando hasta lo más íntimo de su ser le estaba permitiendo engendrar en aquel mismo instante al primer miembro de una nueva raza que acabaría por convertirse en dueño y señor de inmensos territorios.

Durante tres días y tres noches apenas pusieron el pie fuera de la cueva y Alonso de Molina tuvo tiempo y ocasión de descubrir cuánto de maravilloso ocultaba aquella criatura sin tacha, y hasta qué punto había sabido aprovechar las enseñanzas de su amiga. Se mostró dulce y apasionada al propio tiempo, y de no haber tenido la evidencia de que jamás la había tocado ningún hombre, el andaluz hubiera podido creer que se trataba en verdad de una mujer ampliamente experimentada.

-Naika me dijo lo que tenía que hacer porque desea que de ahora en adelante todos los instantes de tu vida sean perfectos. Entre las dos lo conseguiremos... -Le acarició la barba con ternura-. Y ahora he de irme -añadió-. Esta noche debes descansar porque mañana tienes que hacerla tan feliz como me has hecho a mí.

-¡Una vez más!

-¡No! -Se inclinó y le besó muy suavemente como si estuviera despidiéndose de un amigo muy amado-. Ahora eres de Naika... -Rió divertida-. ¡Por tres días!

Fueron tres días y tres noches inolvidables, puesto que Naika era aún más hermosa y experta que Shungu Sinchi, y amaba y deseaba al andaluz desde el momento mismo en que le vio.

Si la relación con Shungu Sinchi era ante todo física, la unión con Naika contaba además con un ingrediente en cierto modo mágico, puesto que a su innegable encanto de «mujer-niña» la muchacha unía una especie de prematura madurez que le permitía dominar al hombre con esa indeterminada habilidad con que ciertos seres en apariencia débiles se las ingenian para imponer su voluntad a los más fuertes pese a que al español le hubiera bastado una mano para aplastar a aquella diminuta criatura que apenas le llegaba al pecho.

Naika y Shungu Sinchi, juntas, hubieran conformado una mujer de la edad y el tamaño apropiados para un hombre de la corpulencia y las vivencias de Alonso de Molina, pero la primera parecía bastarse para imponerle sus caprichos ya que como acostumbra a ocurrirle a ciertos gigantones, le divertía dejarse manejar por aquella muchachita vivaz y vitalista.

Las semanas siguientes se convirtieron por tanto en las más felices de la accidentada vida del andaluz, que jamás pudo imaginar que resultara factible alcanzar semejantes cotas de dicha, sintiéndose amado, mimado y agasajado a todas horas por dos maravillosas criaturas que parecían haber convertido su fuerte y velludo cuerpo en el altar en que moraban todos los dioses de su olimpo.

Desnudo sobre mullidas pieles de chinchilla, en el interior de una acogedora caverna y teniendo al alcance de la mano todo cuanto pudiera necesitar, permitía que hora tras hora Naika o Shungu Sinchi le besaran, acariciaran o poseyeran con tal apasionamiento que a menudo le obligaban incluso a sonreír por su infantil entusiasmo.

A la séptima semana no pudo ocultar sin embargo por más tiempo su leve desconcierto:

-No es que yo entienda demasiado de mujeres -admitió-. Pero siempre imaginé que en todas partes serían iguales... ¿A las de vuestra raza no les baja nunca la menstruación?

-Naturalmente.

-¿Cómo se explica entonces que jamás ninguna se haya indispuesto?

-Es que estamos embarazadas.

Las observó entre atemorizado y perplejo:

-¿Las dos? -tartamudeó.

Asintieron sonriendo:

-Las dos.

-Pero mi hijo nacerá antes -puntualizó Shungu Sinchi-. Y será un gran cacique que reinará sobre inmensos territorios. Mi padre lo ha dicho.

-Últimamente tu padre está chiflado... -El andaluz agitó la cabeza como si pretendiera alejar un mal pensamiento-. Y yo debo estarlo también porque siempre me las arreglé solo y de pronto me encuentro de cabeza de familia numerosa.

-¿Te arrepientes?

-No. No me arrepiento. De todo cuanto he hecho en mi vida, esto es de lo único de lo que estoy seguro jamás tendré que arrepentirme... Todo es perfecto.

Una semana más tarde, sin embargo, las cosas comenzaron a presentarse diferentes a partir del momento en que Calla Huasi acudió un amanecer para comunicarle que más de la mitad de los porteadores habían desertado.

-Hace días que les advertía nerviosos, esquivos y cuchicheando entre sí -se lamentó-. Pero nunca imaginé que quisieran marcharse. Se han llevado casi toda la provisión de coca, patatas y carne salada.

¿Hacia dónde pueden haberse dirigido?

-Imagino que al Urubamba. Seguirán por el cauce hacía el Sur hasta Ollantaytambo y desde allí al Cuzco.

-¿Cuánto calculas que tardarán en llegar?

-Un par de semanas, supongo... -El inca se había acuclillado y jugueteaba con unos guijarros tratando de acertarle a una piedra mayor---. Me preocupa -añadió-. Si cuentan que estaban contigo, Atahualpa enviará a buscarnos.

-¿Crees que sabrían encontrar el camino de vuelta?

-Bastará con que indiquen la zona, para que ese cerdo de Calicuchima ponga todo su ejército a rastrear la región y acabe encontrándonos.

-Entiendo... -admitió el español---. Lo entiendo, pero lo que no entiendo, ¡maldito sea!, es por qué demonios me tienen que ocurrir siempre estas cosas. Yo tan sólo busco vivir en paz aunque sea en el último rincón del universo, pero cada vez que creo que lo he conseguido, alguien viene a estropearlo... ¿Por qué?

Calla Huasi se limitó a encogerse de hombros.

-Yo ni siquiera me planteé nunca esa posibilidad de vivir en paz en alguna parte. Cuando tuve uso de razón me dijeron que sería soldado, que me casaría a los dieciocho años y que iría adonde me enviasen obedeciendo cuanto se me ordenase. Como ves, me concedieron muchas menos oportunidades que a ti y sin embargo no me quejo.,

-Ese es el gran problema de vuestra raza: hasta que no aprendáis a quejaros, no llegaréis a nada.

-¿Y de qué sirve quejarse? Si viene Calicuchima igual me despellejará vivo, si grito, que en silencio.

Quedaban once en total, incluido el «Runa» y las muchachas, que no se mostraron en absoluto partidarias de caer en manos de los hombres de Calicuchima, por lo que el parecer general fue tratar de reunir la mayor cantidad posible de víveres, y reemprender lo más pronto posible la marcha rumbo al Norte.

Esa noche, sin embargo, cuando se encontraban abrazados tras haber hecho el amor hasta agotarse, Naika alzó el rostro hacia Alonso de Molina, y casi en un susurro, como si temiera que alguien más pudiera oírles, musitó:

-Existe un lugar adonde podríamos ir... -Hizo una larga pausa, como si le costara un gran esfuerzo decidirse a continuar -: « La Ciudad Secreta ».

El andaluz se irguió de golpe y quedó sentado sobre el lecho observándola incrédulo.

-¿«La Ciudad Secreta»? -repitió-. ¿Y cómo la encontraríamos?

-Por las estrellas.

-¿Las estrellas ... ? -inquirió desconcertado- ¿De qué diablos estás hablando?

-De las estrellas que mi padre me enseñó a reconocer desde que apenas levantaba un palmo del suelo. Toda mi infancia las estuve observando y aún continúo haciéndolo.

-¿Y qué pretendes decirme con eso? Hay millones de estrellas y ni siquiera Bartolomé Ruiz, que es el mejor piloto que conozco, sería capaz de encontrar una ciudad oculta guiándose por ellas.

-Yo sí -fue la rápida respuesta-. Conozco de memoria el cielo de la ciudad en cada época del año e incluso durante las noches más señaladas. Por eso me di cuenta de que el Cuzco se encuentra al sudeste de la ciudad y el mar muy al Oeste. Ahora probablemente nos hallamos ligeramente al Este... -Señaló hacia delante- Tiene que estar muy cerca y estoy segura de saber llegar a ella.

-Y aunque así fuera... -admitió Alonso de Molina, del todo convencido-. ¿De qué nos serviría?

-De refugio -replicó la muchacha con firmeza-. Tú eres un auténtico «Viracocha» y un «amauta» que domina al trueno y la muerte. Tienes derecho a vivir en la ciudad con tus esposas y sirvientes.

-Hasta que Atahualpa se entere...

-Atahualpa no tiene ningún poder sobre una ciudad a la que Pachacutec concedió la condición de santuario y lo más probable es que incluso ignore su emplazamiento exacto porque los guías son elegidos entre los oficiales más fieles a Huáscar que nunca le reconocerán como «Inca». Allí estaremos a salvo...

Como solía hacer siempre que tenía una duda, Alonso de Molina acudió a pedirle consejo al «Runa», que meditó largamente antes de decidirse a señalar:

-Naika debería tener mucho cuidado con lo que dice, porque el solo hecho de insinuar que puede conocer el emplazamiento de «La Ciudad Secreta» la convierte en reo de muerte. -Hizo una corta pausa y agitó la cabeza en un ademán que parecía indicar que no deseaba comprometerse a dar una opinión personal, aunque añadió-: Su padre está considerado el mejor astrónomo del «Thavantinsuyo» y me consta que le enseñó muchas cosas sobre las estrellas, pero no soy quién para decidir si está capacitada o no para encontrar un lugar determinado en mitad de estás montañas.

-¿Quiere eso decir que tú también crees que puede encontrarse por aquí?

-Ésta es la región más abrupta e inexplorada del país, y su única entrada natural se encuentra protegida por las fortalezas de Sacsaywaman y Ollantaytambo. Resulta lógico imaginar que si pretendían buscar un lugar inaccesible, fuera en la Cordillera Oriental. -Con un ademán indicó cuanto les rodeaba---. ¡Mira a tu alrededor! -pidió-. Podrías vagar meses y meses sin distinguir más que picachos nevados y quebradas sin fondo... ¿Cómo pretende Naika descubrir una pequeña ciudad perdida en un valle minúsculo dentro de este laberinto?

-No está en un valle, sino en lo alto de una montaña e invisible desde abajo. Sólo se la distingue desde el cielo y algunos la llaman «El Viejo Nido del Cóndor». -El español hizo una corta pausa y añadió-: ¿Crees que deberíamos buscarla?

El «Runa» optó por encogerse de hombros.

-Si hay que marcharse más vale hacerlo en busca de algo concreto -sentenció- Las ilusiones acortan los caminos y aligeran las cargas.

-¿Vendrás con nosotros?

-¿Qué otra cosa puedo hacer? -fue la sincera respuesta-. No se lo digas a nadie, pero la única ilusión que me queda en esta vida, es conocer a mi nieto. Soñé que será un gran cacique que dominará sobre inmensos territorios.

-¡Sí...! -replicó el andaluz malhumorado-. Ya me lo ha dicho Shungu Sinchi, pero te agradecería que no le llenaras la cabeza de fantasías. El hijo de un soldado de fortuna muerto de hambre puede que llegue muy lejos, pero nunca muy alto... -Hizo una significativa pausa-. Naika también espera un hijo.

-Lo sé -admitió el otro-. Pero de él aún no he visto nada en mis sueños... -sonrió divertido- Lo único que puedo asegurarte es que será hermano de un gran cacique.

-¡Vete al infierno...! -le golpeó con afecto, la rodilla al tiempo que se ponía en pie pesadamente-. Te has vuelto aburrido. Echo de menos nuestras antiguas discusiones.

-Sólo discuten aquellos que están en desacuerdo, y un «Runa» tiene que estar de acuerdo con todo: incluso con la muerte.

El español se despidió con un gesto para dirigirse inmediato hacia donde se encontraba Calla Huasi con el fin de comunicarle que estaba pensando seriamente en tratar de encaminarse a «La Ciudad Secreta»,

El inca se limitó a encogerse de hombros:

-Si encontramos el camino a la ciudad, nos encontraremos con los guardianes de esos caminos que tienen orden de matar a todo el que se aproxime a menos de dos jornadas de «La Última Puerta de la Sabiduría». Lo sé porque mi abuelo, Huaman Huasi, fue uno de esos guardianes. Nadie, y menos que nadie un extranjero, llegará nunca vivo hasta allí.

-¿Por qué le llaman «La Última Puerta de la Sabiduría»?

-Porque únicamente los más sabios pueden atravesarla y cuando lo hacen es para quedarse al otro lado para siempre.

-¿Vendrás con nosotros?

-¿En busca de la muerte o «La Ciudad Secreta»? ¡Desde luego! Si Huaman Huasi jamás logró cruzar «La Última Puerta de la Sabiduría», tal vez su nieto lo consiga.

Emprendieron la marcha una semana más tarde y se diría que en ciertos aspectos el «Runa» se sentía feliz de sufrir de nuevo trepando montañas o bordeando abismos, cargado con un pequeño cañón, en lugar de permanecer cómodamente sentado en mitad de la helada noche en las proximidades de una caliente caverna.

Ocupó su puesto siempre bastante distanciado de los demás, ajeno a todo lo que no fuera concentrarse en sí mismo y en aquella invencible necesidad que parecía sentir de anularse por completo, mientras el resto del grupo avanzaba sin prisas volviéndose de tanto en tanto a contemplar aquel perdido valle en el que Alonso de Molina, Naika y Shungu Sinchi habían visto transcurrir días inolvidables.

-Lo recordaré mientras viva -señaló esta última dirigiéndose a su amiga- Y recordaré también que te lo debo a ti. -Se acarició levemente la cintura- . Saber que voy a ser madre de un «Viracocha» que además será rey me compensa por toda esta fatiga.

-No sueñes con reinos... -le aconsejó Naika-. sólo aquellos que llevan sangre de los «Incas» pueden gobernar sobre estas tierras, y ni siquiera un «Viracocha» conseguiría el milagro de cambiar esas normas. Conténtate con que encontremos un lugar en que vivir en paz.

Pero nadie lograría deshacer nunca los sueños de Shungu Sinchi, a la que primero una hechicera en Cuzco y más tarde su propio padre la habían convencido de que su hijo sería un gran cacique, digno hijo de aquel maravilloso «hombre-dios» del que se sentía tan profundamente enamorada.

Por su parte Alonso de Molina se sentía extrañamente inquieto, como si aquel sexto sentido que tantas veces le había salvado la vida le alertase sobre algún inconcreto peligro, aunque procuraba tranquilizarse achacándolo al hecho de que su nueva responsabilidad como cabeza de familia le hacía ver fantasmas donde no había más que nieve, soledad, y aisladas manadas de guanacos que observaban su paso con el estúpido aire de superioridad de todos los camélidos.

Pese a ello, extremó las precauciones manteniendo el arcabuz listo para entrar en acción a la menor señal de peligro, y enviando a menudo a Calla Huasi en misión de avanzadilla, ya que había aprendido a confiar ciegamente en la fidelidad a toda prueba del joven oficial inca.

Al igual que Naika, Calla Huasi se había empeñado en aprender a leer y empezaba a conocer el significado de las primeras letras pese a que el andaluz se cuestionase a menudo si hacía bien al tratar de integrar parte de su mundo al de los incas en lugar de limitarse a asimilar su forma de vida.

La muchacha sobre todo mostraba una inagotable curiosidad por cuanto se refiriese a Europa, sus gentes y sus costumbres, así como un ansia casi enfermiza por conocer el mundo femenino, sus modas y sus reglas. El simple hecho de que una mujer pudiera ser casi tan alta como Alonso de Molina, tener los cabellos rubios y una mata de vello bajo el sobaco se le antojaba una monstruosidad tan aberrante, que el andaluz se veía obligado a jurarle y perjurarle que pese a ello algunas llegaban a ser francamente atractivas.

-¿Y por qué no se bañan?

-Ya te he dicho que alguna vez se bañan.

-Pero no todos los días. ¿Son entonces tan sucias como las campesinas? ¿Huelen igual?

Resultaba difícil explicarle a alguien que usaba a diario una pequeña piscina, que las princesas europeas preferían los perfumes y afeites al agua corriente, y que con frecuencia utilizaban pelucas para ocultar sus liendres y piojos.

Así como los lugareños de los desiertos costeños o los pobladores del frío Altiplano podían competir con ventaja en falta de higiene con los más sucios montañeses españoles, los habitantes del Cuzco hacían gala por el contrario de tal meticulosidad en la limpieza, que Alonso de Molina comprendió bien pronto que tenía que esmerar su aseo personal si no deseaba sentirse en evidencia.

Sumergirse en una gélida laguna cuando corría un viento que cortaba la respiración constituía desde luego un duro sacrificio, pero el ejemplo que le ofrecían las muchachas le obligaba, aunque tan sólo fuera a causa de un absurdo machismo, a acompañarlas cada tarde en el martirizante baño.

-Esto no es el Guadalquivir en agosto, ni las Canarias en septiembre... -se quejaba tembloroso-. Y mi madre no me trajo al mundo para que acabara en carámbano... ¡Si me viera Pizarro, que jamás se baña...!

Solía salir corriendo del agua, dando diente con diente, para precipitarse de cabeza en la caverna, revolcarse sobre las pieles de chinchilla y permitir que Naika y Shungu Sinchi acudieran a friccionarle haciéndole entrar en calor, lo que a menudo traía aparejado que acaba haciendo el amor hasta que el sudor les corría de nuevo libremente por el cuerpo.

Durante el viaje empezó pronto a echar de menos los baños de la laguna y las noches de la cueva preguntándose si no hubiera sido

preferible permanecer en el valle confiando en que los fugitivos jamás contaran a nadie dónde se encontraba exactamente su refugio.

Aquél hubiera sido quizás un buen lugar para envejecer y criar hijos, lejos de guerras civiles e invasiones, sin tener que plantearse a qué bando inclinarse, y sin importarle poco o mucho si era Huáscar, Atahualpa, o tal vez un adusto emperador alemán, el que gobernaba en el resto del mundo.

Aquélla hubiera podido ser su diminuta «ínsula» en un mar de altas montañas; pequeño reino privado dentro de inmensos reinos ajenos; el lugar que venía buscando desde el día en que decidió desligarse del mundo y romper para siempre con todo su pasado.

Cuando al fin coronaron el último repecho desde el que se vislumbraba aún un rincón de «Cuichi Cocha» y la entrada a la mayor de las cavernas, experimentó una especie de amargo vacío en la boca del estómago y por primera vez entendió lo que debieron sentir Adán y Eva al ser expulsados del paraíso.

-¡Mierda! -fue todo lo que dijo.

Esa noche Naika se tumbó cara al cielo envuelta en una manta, y no permitió que nadie viniera a distraerla, pues estudiaba el firmamento con tal detenimiento que se diría que se le estaba escapando el alma por los ojos.

Al amanecer había trazado una serie de rayas en el suelo, marcando con una cruz los puntos cardinales para señalar por último en dirección al Noroeste:

-Por allí --dijo.

-¿Estás segura?

-Si las estrellas siguen siendo las mismas y se continúan comportando como lo vienen haciendo desde hace millones de años, lo estoy.

Era tal su firmeza, que el español no se atrevió a replicar, tal vez porque necesitaba más aún que el resto del grupo, creer que existía una esperanza y su destino no se limitaba a vagar eternamente por un agreste paisaje.

La angustia o fatiga motivadas por la altitud que con tanta intensidad le afectara en un principio, ya no solía aquejarle y se sentía perfectamente adaptado al aire limpio y pobre en oxígeno de la montaña, pero aun así continuaba en desventaja a la hora de recorrer largas distancias en compañía de aquellos hombrecillos de frágil apariencia y le preocupaban las consecuencias que el viaje pudiera tener para las criaturas que estaban en camino, pese a que tanto Naika como Shungu Sinchi se mostrasen fuertes, animosas y tan alegres, que llegaría a creerse que para ellas la pesada caminata no era más que una amable excursión en busca de su maravilloso hogar definitivo.

Surgieron de pronto, como nacidos de la tierra o caídos del cielo con aquella habilidad tan propia de su pueblo de camuflarse como auténticos camaleones, y eran tantos y se mostraban tan ansiosos por arrojar sus lanzas o disparar sus flechas, que el español y Calla Huasi

comprendieron de inmediato que ofrecer resistencia únicamente conduciría a provocar una masacre.

Vestían ropas de guerra, cubriéndose el pecho con gruesos petos multicolores y la cabeza con emplumados cascos, mientras en los redondos escudos lucían el llamativo dibujo de su «ayllu» o clan, una especie de águila de inmensas garras que Alonso de Molina recordó vagamente haber visto anteriormente.

Les maniataron hasta casi cortarles la circulación en las muñecas, arrojándoles al suelo sin miramientos, y el oficial que parecía comandar la partida, un manco cuyo rostro se hallaba surcado por profundas cicatrices, se apresuró a apoderarse del arcabuz, aunque resultaba evidente que la simple idea de poner su única mano sobre aquel diabólico «Tubo de Truenos» del que cualquier terrorífica sorpresa cabía esperar le atemorizaba.

Luego se sentaron a esperar.

Resultaron inútiles cuantas preguntas hiciera Calla Huasi tratando de averiguar quiénes eran o a quién estaban aguardando, puesto que ni siquiera se dignaban a pronunciar una palabra, limitándose a permanecer hieráticos y ensimismados, hasta que al atardecer un grupo de porteadores hizo su aparición en lo alto de la colina más próxima transportando en andas un palanquín cuyo ocupante aparecía oculto tras gruesas cortinas que reproducían el dibujo del águila de las desmesuradas garras.

Alonso de Molina lanzó un reniego al recordar al fin dónde había visto antes aquel estrafalario símbolo totémico.

-¡Chili Rimac! -exclamó-. ¡Maldito hijo de puta!

La sola idea de enfrentarse al sucio y cobarde «Orejón» que no había dudado en asesinar a Ginesillo y enviar luego a sus secuaces con la orden de acabar con él dondequiera que se encontrase, le revolvió el estómago y consiguió que las muñecas comenzaran a sangrarle a causa de las apretadas ataduras.

Los porteadores colocaron con sumo cuidado la litera justamente frente al grupo de cautivos, la cortina se abrió con estudiada lentitud, y el afilado rostro del ex gobernador de Túmbez hizo su aparición para observar con innegable satisfacción al indefenso «Viracocha», y comentar con voz gangosa:

-Llegué a pensar que no te encontraría.

-¿Qué he hecho para que me persigas? ¿Qué te hizo el pobre Ginés que jamás se metió con nadie?

-Era negro.

-¿Y yo?

-Tú eres blanco.

-¿Y tú qué diablos eres, maldito racista hijo de puta? ¿Verde?

-Yo soy inca y por mis venas corre sangre de dioses. -Mostró los dientes en lo que pretendía ser una sonrisa-. Me han contado que le exigiste a Huáscar mi cabeza. Aquí la tienes... ¿Qué piensas hacer con ella?

-Arrancártela a la primera oportunidad que se me presente, cara de flauta.

-Si por mí fuera pocas tendrías, ya que esta misma noche me haría un tambor con tu piel, pero por desgracia, mi señor Atahualpa quiere verte.

-¿Para qué?

-Para que le sirvas de intérprete. -Resultó evidente que lo que iba a añadir le inquietaba-. Los «Viracochas» han desembarcado de nuevo en Túmbez.

-¿Cuántos?

-Unos doscientos.

-¿Quién los manda?

-Aquel de quien siempre hablabas: Pizarro.

-¡Pizarro! -exclamó Alonso de Molina más para sí que para el otro-. ¡Dios bendito! El viejo embaucador cumplió su promesa y le creo capaz de haber vuelto con afán de conquista. ¡Jodido loco! -Alzó el rostro hacia Chili Rimac-. ¿Dónde está ahora?

-Continúa en Túmbez, pero ha enviado mensajeros a mi señor proponiéndole reunirse para rendirle vasallaje.

-¿Vasallaje Pizarro? -se asombró el español-. Raro me suena. Pizarro no agacha la cabeza más que ante Dios o el Emperador.

-Mi Señor Atahualpa es dios y emperador al propio tiempo. Acepta que le rindan vasallaje, pero antes de reunirse con ellos desea hablar contigo y con Chabcha Pusí. -Giró la vista a su alrededor y al fin inquirió molesto-: ¿Dónde está ese maldito «curaca» traidor?

-Decidió convertirse en «Rima»... -replicó de inmediato el andaluz-. Se quedó arriba, en las montañas.

-¿En «Runa»? -repitió Chili Rimac torciendo levemente el gesto- ¡Lástima! También hubiera sido un hermoso tambor... -Observó a las dos muchachas- ¿Cuál de vosotras era su esposa? -quiso saber.

-Yo... -replicó Naika con altivez. Y ella su hija. Y la ley señala que ningún daño se debe causar a la familia de un «Runa» porque ya está pagando todas sus culpas. -Hizo una significativa pausa y añadió agresiva-: ¿Te atreves a desafiar las leyes del Imperio?

El «Orejón» meditó unos instantes, y por último, con una leve sonrisa irónica comentó:

-Respetar a los «Runas» no ha sido considerado nunca una ley, ya que por propia definición, ni siquiera existen... Pero es una antigua costumbre casi olvidada, que no quiero contribuir a que desaparezca. Mi señor Atahualpa decidirá qué debo hacer con vosotras, aunque tal vez le pida que os permita entrar a mi servicio... Tienes aspecto de ser buena en la cama.

-Estoy esperando un hijo -fue la respuesta- ¿sabes lo que le ocurre a quien toca a una mujer embarazada?

-Lo sé -admitió el otro burlón-. Pero también sé que ningún embarazo dura eternamente... -Se volvió a Alonso de Molina-: ¿Eres tú el padre? -quiso saber.

-Lo soy.

-¿De los dos? -inquirió señalando a Shungu Sinchi, y ante el mudo gesto de asentimiento, añadió-: No cabe duda de que os divierte echar bastardos al mundo. Mi esposa Cusi-Cuyllur dio a luz un niño negro. -

Su tono de voz cambió súbitamente mostrando a las claras la magnitud de su rencor-. Lo ofrecí en sacrificio para que los dioses me ayudaran a encontrarte...

Tras la cruel batalla de Apurímac y su entrada en el Cuzco, Atahualpa se enfrentó a una ciudad prácticamente muerta, ya que la inmensa mayoría de los familiares del derrotado «Inca», que por tradición solían administrar el Imperio, habían huido presas del pánico y no parecían dispuestos a regresar mientras las tropas del general Calicuchima continuasen acantonadas en la fortaleza Sacsaywaman.

Pese a que mantuviera prisionero a su hermanastro, Atahualpa quiso dar muestra de una especial benevolencia proclamando una amnistía general y haciendo correr la voz de que si Huáscar reconocía formalmente ante la corte reunida en pleno que aceptaba la división del reino se retiraría con sus ejércitos estableciendo su capital en Quito y comprometiéndose a mantener una paz definitiva en el «Reino del Sur».

Fueron muchos los que dudaron de la sinceridad de sus intenciones, pero al advertir cómo poco a poco las aguas iban recobrando la calma y no se tomaban represalias contra los que decidían abandonar sus escondites el grueso de la nobleza cuzqueña optó por retornar a sus palacios y se fijó una fecha para que el derrotado «Inca» aceptase públicamente la partición del Imperio.

Se celebró una gran fiesta; hubo derroche de manjares, «chicha», música y bailes, y cuando al fin se hizo un respetuoso silencio aguardando la aparición de ambos hermanos, lo que penetró en el inmenso salón fue un regimiento de soldados de Calicuchima armados de pesadas mazas con las que aplastaron los cráneos de la casi totalidad de los presentes.

Más tarde se supo que Chili Rimac, ex gobernador de Túmbez y miembro de la familia real, había sido uno de los principales artífices de la cruel masacre, lo cual le permitió convertirse en hombre de confianza del nuevo «Inca» al que ya había liberado en Tunepampa.

La cobarde matanza acabó de una vez por todas con cualquier asomo de oposición al usurpador, pero lo que no pudieron conseguir Chili Rimac, Calicuchima, Quisquis ni aun el propio Atahualpa, fue que Huáscar, su tío Yana Puma, o alguno de los escasos conocedores del lugar en que se escondía «La Ciudad Secreta» revelara su emplazamiento exacto.

A unos se les quemó a fuego lento, a otros se les despellejó frotándoles al propio tiempo con sal la carne viva, y a Yana Puma, como miembro distinguido de la familia real, se le dio a beber oro derretido, pero todos supieron llevarse a la tumba su secreto y Atahualpa tuvo que aceptar, furioso, que existía un punto estratégico al que aún no alcanzaba su poder y podía convertirse en foco de futuras insurrecciones.

-¡Busca un guía! -ordenó fuera de sí a su fiel Rumiñahui-. Busca a uno de esos oficiales que conocen el camino y ofrécele lo que quiera porque mientras no domine el «Viejo Nido del Cóndor» no podré considerarme auténtico «Inca».

-Ningún guía está autorizado a recorrer todo el camino... -fue la desalentadora respuesta---. Se encuentra dividido en etapas, y nadie, bajo pena de muerte, puede conocer más allá de una jornada. Así lo dispuso el «Inca» Pachacutec, y así se ha mantenido siempre.

-Mi padre me amaba... -se lamentó amargamente Atahualpa-. Me amaba más que a ese inútil de Huáscar, Pero aun así nunca me reveló el emplazamiento de la ciudad... ¿Por qué?

-Porque la tradición exige que únicamente el «Inca» y sus más íntimos consejeros lo conozcan. Huayna Capac deseaba que tú fueses únicamente rey del Norte y lo sabes.

-¿Me estás acusando de oponerme a los deseos de mi padre?

-Yo no soy quién para juzgarte, mi señor. Tan sólo te obedezco. Perdí un ojo por ti y te ofrecería el otro si sirviera para averiguar dónde está esa ciudad, pero jamás te oculto lo que pienso: ¡Déjala en paz! No es ni tu tierra ni tu gente. Forma tu propio reino al norte de Cajamarca y extiende tu imperio hacia el Oriente; hacia la tierra de los «aucas». Huáscar es débil y no osará atacarte nunca. Aprendió la lección y se quedará tranquilo para siempre. ¡Vámonos de aquí!

Pero la ambición de Atahualpa era ser «Inca», no rey de Quito y de los «aucas», y se limitó por tanto a enviar a Rumiñahui al Norte, quedándose en el Sur obsesionado por la idea de encontrar «La Ciudad Secreta», hasta que dos semanas más tarde un fatigado «chasqui» se arrojó sus pies para comunicarle que las grandes casas flotantes de los «Viracochas» habían fondeado frente a Túmbez, y ciento ochenta de éstos habían desembarcado armados hasta los dientes.

-Algunos tienen cuatro patas... -concluyó-. Son inmensos, con piel de metal, orejas picudas, dos cabezas. Y un rabo tan largo como el de un zorro.

El peso de la leyenda cayó, como una losa, sobre las espaldas de un hombre ya de por sí atribulado por la carga de sus culpas, y le obligó a temer que aquellos mismos dioses que se negaban a permitirle hollar la sagrada tierra del «Viejo Nido del Cóndor», le enviaran a un enemigo mil veces más poderoso que los ejércitos de Huáscar.

-¡Ni siquiera llegan a doscientos...! -se dijo, y únicamente la seguridad de su escaso número le permitía conciliar el sueño, consciente de que contra tan ridícula tropa podía alzar cuando quisiera un ejército de casi un de millón de soldados.

¿Pero eran acaso dioses, como pretendían muchos, o tan sólo hombres distintos como aseguraba aquel Chili Rimac que había tratado a fondo a uno y asesinado a otro...?

-¡Tráeme a Alonso de Molina! -le ordenó imperativamente- Huyó con Chabcha Pusí a las montañas de Oriente. ¡Ve allí y no regreses sin él! Necesito verle antes de enfrentarme a los que acaban de llegar, que no entienden nuestro idioma.

Ahora Chili Rimac lo tenía ante él, vencido y humillado, y nada hubiera deseado más en este mundo que acabar con él aquella misma noche, pero el temor a la ira de Atahualpa y la seguridad de que constituía la única posibilidad de conocer el punto débil de los extranjeros, le contuvo.

-Que cuatro hombres le vigilen continuamente -ordenó al oficial que mandaban sus huestes-. Si se escapa, os haré despellejar a todos.

El manco, que conocía de sobras la afición a la sangre de su amo, se limitó a asentir con un gesto.

-Descuida, mi señor -dijo-. No se atreverá ni a pestañear sin mi consenti- miento.

Así fue, en efecto, pues cuando a la mañana siguiente emprendieron el camino de regreso al Cuzco, cuatro hombres con afiladas lanzas firmemente empuñadas rodearon al español, que no conseguía realizar un solo movimiento sin tenerlos pegados a la espalda.

Calla Huasi recibía un trato semejante, e incluso las mujeres se veían estrechamente vigiladas, porque resultaba evidente que Chili Rimac no se encontraba dispuesto a perder ni a uno solo de sus prisioneros, decidido a hacer una triunfal entrada con ellos en el palacio del «Inca».

Durante tres largos días el andaluz avanzó por tanto a paso de carga, tropezando y cayendo, destrozándose el rostro, los brazos y las piernas, sudando y maldiciendo, siempre maniatado y siempre sujeto a la férrea custodia de unos soldados conscientes de que un descuido les costaría la vida, mientras Chili Rimac, cómodamente recostado en su litera, sonreía disfrutando con los tropiezos y fatigas de su aborrecido enemigo, aunque no cabía duda de que le preocupaba su seguridad ya que cada vez que bordeaban un precipicio o cruzaban un río ordenaba a sus hombres que lo sujetaran con firmeza.

El paisaje continuaba siendo agreste, anormalmente escarpado, y en apariencia desconocido incluso para los encargados de llevar a cabo la difícil tarea de conducir al grupo, ya que continuamente se detenían a cuchichear desconcertados e incluso discutían agriamente sobre la conveniencia del rumbo a seguir.

Todos sabían que el Cuzco se encontraba al Sudoeste, pero el Sudoeste se mostraba a menudo como un lugar absolutamente inalcanzable, dado que cabría imaginar que las más inaccesibles montañas jugaban a moverse de sitio e interponerse una y otra vez en su camino.

En su afán por evitar el peligroso cauce del Urubamba que en su parte más alta corría encajonado y violento por entre farallones cortados a cuchillo o infranqueables laderas cubiertas de una impenetrable selva de apariencia casi tropical, se habían desviado excesivamente hacia levante adentrándose en un dédalo de altivos picachos y profundos barrancos que comenzaban a agotar la paciencia del irritable Chili Rimac.

-Por aquí no pasamos a la ida --dijo- ¿Por qué ese cambio?

-En algún lugar los guías se confundieron -replicó sumisamente el manco- Ahora estamos perdidos.

-Recuérdame que les corte la cabeza en cuanto lleguemos al Cuzco. ¡A todos!

A la mañana siguiente, sin embargo, un murmullo corrió de boca en boca, y los guías acudieron a notificar alborozados, que al fin habían encontrado un sendero que tenía todas las trazas de haber sido recientemente transitado.

No era ancho ni cómodo, serpenteando de continuo por entre rocas, bosques y cañadas, pero lo siguieron, felices durante cuatro o cinco horas, hasta que de improviso un hombre armado de un pesado arco hizo su aparición en la cima de la roca que dominaba estratégicamente un paso, ordenando con voz autoritaria que no siguieran adelante.

-¿Por qué? --quiso saber Chili Rimac.

-Porque ésta es zona prohibida -fue la respuesta-. Y quien no tenga permiso del «Inca» Huáscar para pasar, es reo de muerte. @ 44

-Huáscar ya no es «Inca» -replicó de inmediato Chili Rimac furiosamente- Atahualpa es el «Inca».

-Yo únicamente reconozco la autoridad de Huáscar -insistió el otro-. ¡Volved atrás!

Pero Chili Rimac se limitó a apuntarle con el dedo al tiempo que ordenaba histéricamente al manco:

-¡Mátalo!

El pobre oficial no tuvo oportunidad ni de echar mano a sus armas, ya que una certera flecha silbó en el aire para atravesarle, de parte a parte, la garganta.

Casi al instante, y tal como había surgido, el arquero desapareció de lo alto de la roca, y cuando media docena de soldados consiguieron coronarla, tan sólo fue para encontrarla vacía y comprobar que desde algún oculto rincón surgía una nueva saeta que ponía fin a la vida del más arriesgado.

-¡El camino de «La Ciudad Secreta»! -musitó Calla Huasi bajando la vista como si le costara trabajo creer que estuviera pisándolo-. Tenía razón Naika y estamos cerca.

-¿Y qué va a pasar ahora? -quiso saber el español.

-Que tendremos que volver atrás o nos matará a todos.

-¿Un hombre solo? -se sorprendió Alonso de Molina-. Ellos son más de treinta.

-Es un «guardián» -fue la admirativa respuesta---. Tan sólo los mejores oficiales del Imperio; los más fieles, hábiles y valientes, pueden aspirar al supremo honor de vigilar los caminos de «La Ciudad Secreta». Conocen a la perfección su territorio, tienen cien escondites, y quien no venga acompañado por un guía de Huáscar, jamás conseguirá sobrepasarles.

Como para corroborar su afirmación, una tercera flecha cruzó el aire y un tercer hombre se derrumbó con un estertor agónico.

Chili Rimac, asomando apenas su afilada nariz por detrás de la litera que le servía de protección vociferaba ordenando a sus hombres que avanzaran en busca del invisible arquero, pero cada vez que alguno intentaba dar un paso fuera de su refugio era para encontrarse con la muerte.

-¡Carajo! ---exclamó el andaluz que se había dejado caer al suelo apoyándose contra una roca- Esto empieza a ponerse interesante... ¡Eh, tú cara de flauta! –gritó-. ¿Por qué no te ríes ahora?

Pero resultaba evidente que el ex gobernador de Túmbez no tenía la más mínima intención de reírse, ya que acababa de perder a su mejor oficial y se encontraba clavado en mitad de un diminuto sendero sin más opciones que una flecha al frente y un laberinto de barrancos y montañas a la espalda.

-¿Qué hacemos? -inquirió de pronto dirigiéndose al soldado que tenía más cerca y que no hizo más que volverse a mirarle estupefacto ya que jamás se había dado el caso de que un superior -y menos aún un miembro de la familia real- le preguntase su opinión sobre algo.

Pasó el tiempo.

Primero fueron largos minutos; luego unas horas que se antojaron intermina- bles, y mientras el sol iba ganando altura la tensión se acentuaba, ya que un pesado silencio se había convertido en el único dueño de las montañas y el estrecho camino.

Todos aguardaban la decisión de Chili Rimac, pero Chili Rimac tenía plena conciencia de que aunque consiguiese superar al solitario «Guardián» más allá tropezaría con otro, y luego otro y otro más, y cada uno de ellos le iría diezmando hasta aniquilar a aquellos de sus hombres que no hubieran decidido ponerse a salvo por su cuenta.

-¡Eh! -gritó por último-. ¡Arquero...! ¿Me escuchas?

-Te escucho... -fue la respuesta y la voz resonó tan próxima que podría creerse que su dueño se encontraba a menos de quince metros de distancia-. ¿Qué quieres?

-Que me indiques el camino para volver al Cuzco... -Hizo una corta pausa- Sé que nos hemos metido inadvertidamente en zona prohibida, pero te juro que no tengo ningún interés en llegar a «La Ciudad Secreta». Tan solo llevo a este hombre a presencia de Atahualpa para que sirva de intérprete cuando tenga que reunirse con los «Viracochas».

-Demasiado tarde... -La voz llegaba ahora casi encima mismo de sus cabezas-. Atahualpa ya fue a reunirse con los «Viracochas» en Cajamarca.

-¡No es posible! -Se diría que la noticia caía como un mazazo sobre Chili Rimac, cuyo escuálido rostro pareció afilarse aún más como si de improviso le hubieran arrancado todas las muelas- ¡No es posible! –repitió-. No puede haber cometido un error semejante. ¡Se trata de una trampa ... ! -Se volvió airado hacia Alonso de Molina- Es una trampa, ¿verdad? ¡Oh, dioses...! ¡Oh, dioses...! -aulló alzando melodramáticamente los ojos al cielo- El fin del Imperio se aproxima, yo podría evitarlo, pero un solo hombre armado de un miserable arco me detiene... ¿Por qué? ¿Por qué?

-¡Vete al diablo! -fue la tranquila respuesta del guardián-. Mis órdenes son que nadie cruce este camino ni aunque el mundo se parta en dos. Así que ya puedes dar media vuelta y tratar de salvar el Imperio en otra parte.

-¡Te acordarás de esto! -replicó el otro- Como Chili Rimac que me llamo que maldecirás haber nacido.

-¡Chili Rimac...! -exclamó de inmediato el arquero cambiando súbitamente el tono de voz---. Haber dicho antes quién eras, maldito asesino hijo de puta. ¿Tú, que aniquilaste a lo mejor del Imperio te atreves a hablar de salvarlo...?

Una nueva flecha silbó furiosamente y el ex gobernador de Túmbez tuvo el tiempo de lanzarse al suelo para no recibir el impacto en el centro del difícil blanco que constituía su flaca y esquiva nariz.

-¡Los escudos! -gritó aterrorizado-. ¡Traed los escudos! ¡Rápido! ¡Atrás...! ¡Atrás!

Los soldados corrieron a arremolinarse ante él conformando una auténtica barrera que le ocultara por completo a la vista del arquero, y juntos comenzaron a recular precipitadamente atentos a vigilar todos aquellos puntos de los que pudiera llegar algún peligro.

Fue aquel momento de confusión y profundo desconcierto entre la tropa, el que aprovechó Chabcha Pusí para surgir como una sombra de entre las rocas en que había permanecido largas horas oculto, cortar de un hábil tajo las ligaduras del español, y arrastrarlo fuera del camino obligándole a rodar por un terraplén que les alejó de la vista de sus captores antes incluso de que tuviera tiempo de comprender qué era lo que estaba ocurriendo.

-¡Creí que no llegarías nunca...! --exclamó, cuando al fin consiguió reaccionar y recuperar el equilibrio-. ¿Dónde estabas?

El otro señaló unos matorrales a medio centenar de metros de distancia.

-Siempre cerca, pero nunca se me presentaba la oportunidad de intervenir

-¿Y el cañón?

-En la quebrada...

Minutos más tarde, cuando el ex gobernador de Túmbez aún estaba tratando de reagrupar sus fuerzas y buscar una fórmula que le permitiera acabar con el solitario arquero que pretendía matarle, tuvo de pronto la impresión de que había llegado el fin del mundo, porque una terrible explosión ensordeció a sus hombres, el fuego los aterrorizó, el humo acabó de confundirlos, y los alaridos de dolor de los heridos consiguieron que todo aquel que conservaba las suficientes fuerzas como para mantenerse en pie iniciara una loca desbandada arrojando sus armas y perdiéndose inmediatamente de vista entre la rocas.

Fue una auténtica masacre ya que una lluvia de tralla se había abatido casi a quemarropa sobre la masa humana que conformaban los apiñados soldados que siquiera tuvieron tiempo de intentar protegerse con sus endebles escudos de liviana madera viendo cómo sus cuerpos se convertían de improviso en un informe amasijo de sangre y de miembros arrancados de cuajo por culpa de un inmenso «Tubo de

Truenos» de oro que aparecía ahora abierto en gajos como una trágica flor de muerte.

Alonso de Molina se aproximó despacio hasta el punto en que Chili Rimac agonizaba con los intestinos derramados por el sendero y tras dirigirle una larga mirada de conmiseración, asco y desprecio, comentó:

-Ahora tu piel ya no sirve ni para hacer tambores, pero ni aun así pagas por tus crímenes...

El otro se limitó a lanzarle una angustiada mirada en la que los ojos parecían salírsele de las órbitas e hizo un supremo esfuerzo para alzar la mano y señalar lo que quedaba del cañón como si pretendiera hacer una pregunta que no consiguió aflorar a sus labios, puesto que cuando consiguió abrir la boca fue para vomitar un espeso chorro de sangre y quedar muerto.

El español aún le observó largo rato, incómodo y pensativo, porque se trataba de la primera vez que mataba a un hombre a traición, a sangre fría y sin previo aviso.

En el momento de prenderle fuego a la mecha tenía ante sí a una veintena de esbirros comandados por un sucio asesino que había convertido en tambor a Ginesillo y había sacrificado a su hijo a los dioses paganos, por lo que lanzarle encima un diluvio de metralla aunque se encontrara de espaldas, no podía considerarse un acto de cobardía, sino más bien un acto de justicia. En el transcurso de toda una larga vida de hombre de armas, Alonso de Molina jamás había actuado de una forma semejante, pero por más que se esforzaba por buscar en el fondo de su alma, no conseguía descubrir ni siquiera un ápice de culpabilidad.

Eran demasiadas las cosas que se encontraban en aquellos momentos en juego, y lo que en verdad importaba era que habían conseguido quedarse solos, ya que incluso los porteadores habían huido, y se observaron por tanto en silencio, impresionados por la magnitud de la tragedia de que acababan de ser testigos, hasta que al poco una voz de sobras conocida resonó sobre sus cabezas.

-¿Qué ha ocurrido?

Alzaron el rostro hacia la figura del guardián que había hecho de nuevo su aparición sobre la roca.

-El «Viracocha», que es Señor del Trueno y de la Muerte, aliado de Huáscar, acabó con sus enemigos... -señaló Calla Huasi serenamente-. Huíamos del usurpador Atahualpa buscando «La Ciudad Secreta» cuando Chili Rimac nos apresó, pero ahora ya no existe y podemos continuar nuestro camino.

-La ciudad es un lugar de estudio y paz, no de guerra y muerte -replicó secamente el arquero-. No necesita gente como vosotros y no seríais bienvenidos.

-¡Espera...! -se apresuró a intervenir Naika- El «Viracocha» no es tan sólo Señor del Trueno y de la Muerte... Es un «amauta» sabio en otras muchas ramas del conocimiento humano, y quizá mi padre, Urco Capac, puede convencer a los restantes miembros del Consejo para que nos acojan.

-¿Urco Capac? -se extrañó el vigilante del camino- ¿El astrónomo real? ¿Cómo te llamas?

-Naika.

-Urco Capac no tiene ninguna hija con ese nombre.

-Mientras habité en la ciudad me llamaba Quindi Quillu, «Colibrí Amarillo», pero en el Cuzco me obligaron a cambiármelo al cumplir trece años porque decían que no es nombre de mujer sino de niña.

-Quindi Quillu... -repitió el otro como para sí- Recuerdo que pasaste por aquí cuando te llevaban al Cuzco. En aquel tiempo eras una chiquilla. -Abrió las manos en un ademán que mostraba la magnitud de su impotencia-. Pero lo siento -añadió-. Mis órdenes son tajantes, nadie puede cruzar sin permiso de Huáscar. -Indicó con un gesto a Alonso de Molina- Y menos aún, un extranjero.

-Es mi esposo... -replicó orgullosamente la muchacha- Y el padre del hijo que espero. ¿Dónde nacerá? No encontramos un lugar que nos acoja?

-Lo ignoro... -fue la respuesta- Pero no puedo hacer nada. Me va la vida en ello.

-¡Escucha...! -intentó hacerle razonar el andaluz-. Huáscar continúa preso, la mayoría de sus fieles han sido asesinados y lo más probable es que nadie vuelva a transitar por este camino... ¿Qué piensas hacer? ¿Morirte de viejo aguardando a unos viajeros que nunca llegarán?

-¿Por qué no? -La voz sonaba absolutamente sincera-. El «Viejo Nido del Cóndor» tendrá que mantenerse oculto incluso cuando de los nietos de mis nietos no quede ni el recuerdo. Para eso se construyó: para que prevalezca más allá de todos los Atahualpa y todos Huáscar. Y por eso estoy yo aquí: para guardarlo sin que importe si la muerte me llega violentamente o por los años. Así ha sido siempre, y así continuará siendo durante muchos siglos.

-¿Y no puedes ir a comunicar al menos lo ocurrido?

-Cuando alguien venga a relevarme, lo haré. Pero pasará más de un mes antes de que eso ocurra... -Hizo una significativa pausa- Además... -añadió-, yo no sé dónde se oculta la ciudad. Nunca estuve allí.

-Estamos perdiendo el tiempo... -señaló impaciente Calla Huasi-. Mi abuelo, Huamán Huasi, fue guardián del camino, y aseguraba que antes hubiera aceptado que le encerraran de nuevo en el «zancay» que permitirle el paso a nadie sin permiso.

-Huamán Huasi es como una leyenda entre nosotros -replicó el arquero- El más valiente y fiel de los guardianes que hayan existido, pero por eso mismo, por ser su nieto, debes comprender mejor que nadie mi postura.

-¿Y adónde iremos? El país continúa en manos de Atahualpa y a nuestra espalda no quedan más que montañas y las grandes selvas de los «aucas»... ¿Qué rumbo tomaremos?

-Lo siento, pero no puedo aconsejaros. No puedo hacer otra cosa que continuar aquí, cumpliendo mi trabajo... ¡Adiós y mucha suerte...!

Desapareció tal como había surgido, como por arte de encantamiento y se hizo un profundísimo silencio.

Se miraron.

Sabían que los habían dejado solos en mitad de un camino prohibido, en pleno corazón de un infierno de picachos y barrancos, rodeados de un montón de cadáveres sobre los que pronto comenzarían a revolotear los cóndores y no tenían ni la más mínima idea de qué hacer ni a dónde dirigirse.

Alonso de Molina, que había recuperado sus armas cerciorándose de que el arcabuz no había sufrido daños, acabó por ceñirse la espada a la cintura y señalar:

-Lo mejor será volver atrás y buscar un lugar en el que descansar. Empiezo a estar harto de patear montañas porque desde que desembarqué en este dichoso país no hago más que vagabundear de un lado a otro. -Se volvió al «curaca»- ¿Se te ocurre algo mejor?

El otro negó con un gesto. -Yo no opino, porque no pienso acompañaros -dijo- Continuar a vuestro lado me impide convertirme en auténtico «Runa» porque, lo quiera o no, acabo involucrándome en vuestros problemas. -Señaló con un gesto los cadáveres-. Lo intenté... -añadió- Pero he aquí el resultado. -Alzó la mano interrumpiendo a su hija que pretendía protestar---. ¡No! No digas nada -rogó- Es mejor así.

-¡Pero te necesitamos...! -se lamentó Shungu Sinchi.

-Ese es el problema -fue la respuesta-. Un «Runa» no debe necesitar a nadie, ni permitir que nadie le necesite, o deja de cumplir su misión en la vida. He de irme -añadió-. Solo.

Se puso en pie y les dirigió una larga mirada, como si pretendiera llevarse para siempre un recuerdo en la retina.

-Aquí debemos separarnos definitivamente... -Apuntó con un dedo a Alonso de Molina-. Cuida bien de mi nieto -dijo-. Volví a soñar que será un gran cacique.

El otro asintió, convencido:

-Lo haré.

-Que los dioses os protejan.

Inició muy despacio la marcha, pero el español le detuvo con un gesto.

-¡Espera! -señaló- ¿Adónde vas?

-Al «Viejo Nido del Cóndor» -replicó sin volverse.

-Te matarán.

-Lo dudo. Pese a todo, continúo siendo un «Runa» por lo tanto tienen la obligación de acogerme... -Sonrió dulcemente-. Y si me matan, ¿qué mejor lugar puedo encontrar para morir...?

Cruzó bajo la roca con paso cansino, arrastrando los pies como si de pronto hubiera envejecido cien años, y se perdió de vista tras la próxima curva del sendero.

Urco Capac pasó la noche -como la casi totalidad de las noches de su vida- en la azotea del «Torreón de los Amautas» observando el lento vagar de las estrellas de un horizonte a otro y hablándoles como se habla a los objetos muy amados que acaban por convertirse en nuestros únicos amigos cuando los humanos han dejado de interesarnos.

Llamaba a cada estrella por su nombre y conocía sus rutas y costumbres; en qué fechas gustaban exhibirse con más brillo, o cuándo corrían a esconderse en la profundidad de oscurísimas cavernas, agrupándolas por familias, pueblos, tribus y hasta reinos, atento siempre a la aparición de un nuevo y distante individuo de escaso brillo o personalidad esquiva que no se encontrase perfectamente registrado en su pasmosa memoria de los cielos.

Luego, tan inevitable como siempre, llegó un alba sucia y gris que ponía fin a aquel único auténtico placer que le quedaba en la vida, preludio de la aparición de la grosera bola de fuego que su pueblo adoraba y que él secretamente aborrecía, consciente de que en realidad no era más que una minúscula estrella de ínfima categoría que con su avasalladora y prepotente proximidad le privaba cada mañana de continuar contemplando indefinidamente el espectáculo sin par del firmamento.

Le molestaba el sol en todas y cada una de las manifestaciones de su supuesta grandeza; desde la falsa divinidad que le atribuían los sacerdotes, al pegajoso calor que desprendía o aquella irritante luminosidad con que borraba del cielo las estrellas, y desde su último viaje al Cuzco para asistir a la boda de su hija, apenas había vuelto a verle, ya que, en cuanto anunciaba su presencia, abandonaba la cima del Torreón para ir a refugiarse en la dulce penumbra de su estudio o acudir, como aquella mañana, al Salón del Consejo.

Siempre había sido, por lógica y por tradición, el primero en penetrar en la gran estancia circular y acomodarse en el asiento de piedra negra destinado desde el lejano día de la fundación de la ciudad al astrónomo real, ya que su observatorio se encontraba tan sólo dos plantas más arriba, y su vivienda justamente debajo, y le agradaban aquellos largos minutos de espera en los que acostumbraba a pasar revista a los acontecimientos de la semana, tratando de hacerse una idea de cuáles serían los temas de discusión que propondrían en aquella ocasión los diferentes miembros del Consejo.

Cinco semanas atrás él mismo se había extendido largamente sobre las peculiaridades del cometa que acababa de hacer su aparición en el firmamento, intentando aclarar, en contra de la mayoría de las opiniones personales, que no tenía por qué tratarse necesariamente de una señal de mal agüero o el anuncio de desgracias sin cuento, sino tan sólo el resultado lógico de una inmutable mecánica astral perfectamente estudiada por sus antecesores, que habían predicho con matemática exactitud, qué noche y en qué punto del horizonte tendría que reaparecer años más tarde.

Últimamente, sin embargo, la mayor parte del tiempo los consejeros se habían dedicado casi exclusivamente a discutir sobre los confusos y violentos acontecimientos que convulsionaban al Imperio, ya

que si bien nunca había sido atribución de los «amautas» del «Viejo Nido del Cóndor» intervenir en política, la actual situación afectaba tan directamente a la ciudad, que pocos habían conseguido sustraerse a la tentación de plantearla.

Podría creerse que el mundo se había vuelto loco y todo cuanto permaneciera inmutable a través de los siglos se encontrase ahora en entredicho, y ni el más anciano «Quipu Camayoc» de indiscutible memoria recordaba que a lo largo de la dilatada historia de los «Incas» se hubiese producido ningún hecho remotamente semejante a los que durante aquellos días se sucedían con desconcertante asiduidad.

Una hora más tarde, el grueso Topa Yupanqui hizo su silenciosa aparición cargado como siempre de manojos de hierbajos que recogía durante su diaria excursión matutina, y tras saludarle con un leve ademán de cabeza fue a tomar asiento en su puesto aplicándose de inmediato a la tarea de examinar con infinita paciencia las muestras que traía.

Era un hombre ensimismado, silencioso y poco amigo de intervenir en los debates del Consejo o de exponer públicamente la importancia de los hallazgos que hacía en el campo de la botánica, limitándose a compartir el inmenso caudal de sus conocimientos con el pequeño puñado de discípulos que le seguían fielmente a todas partes.

Urco Capac le apreciaba por su prudencia y su modestia, aunque hubiese preferido que participase más activamente en las decisiones del Consejo, ya que las raras veces que salía de su abstracción, sus juicios solían ser plenamente acertados.

Aquella mañana, sin embargo, se mostraba particularmente ausente, sumido por completo en el estudio de una especie de hongo grisáceo que había envuelto en un gran pañuelo, hasta el punto de que no pareció reparar en que el resto de sus compañeros hacían su entrada de uno en uno ocupando sus respectivos asientos, sin decidirse a alzar la cabeza hasta que el Gobernador de la ciudad, que no poseía rango de «amauta» pero gozaba por su cargo del privilegio de presidir el Consejo, llamó la atención de los presentes haciendo tintinear una especie de diminuta campanilla.

Ocho pares de ojos se clavaron en el severo rostro de Tito Amauri, y Urco Capac, que lo conocía desde hacía más de veinte años, supo de inmediato que algo particularmente grave le inquietaba.

-He recibido noticias del Cuzco... -comenzó el Gobernador sin dirigirse a nadie en particular y empleando el tono imperial y distante con que acostumbraba informar de los acontecimientos del mundo exterior---. Desconcertantes noticias: al parecer el traidor Atahualpa ha caído víctima de una emboscada en Cajamarca y en estos momentos se encuentra en poder de los «Viracochas» que desembarcaron en Túmbez.

Hizo una larguísima pausa para permitir que los presentes tuvieran tiempo de asimilar la magnitud del hecho o hacer algún pequeño comentario en voz muy baja con su vecino más cercano, y cuando llegó a la conclusión de que volvían a dedicarle la atención que el difícil momento exigía, añadió:

-Aparentemente, lo único que los extranjeros desean es oro, ya que como rescate han exigido llenar una estancia algo mayor que ésta hasta la máxima altura que un hombre pueda alcanzar con la mano...

-¿Oro...? -se sorprendió Mayta Roca, «Arquitecto de Arquitectos» y el hombre al que se debía el diseño de algunas de las más hermosas construcciones del imperio -. ¡Es absurdo! ¿Quién puede tener en sus manos a un «Inca», aunque sea usurpador, y pedir a cambio únicamente oro? ¿Por qué oro?

-Al parecer a los «Viracochas» les interesa más que ninguna otra cosa en este mundo -fue la indiferente respuesta- No quieren poder, tierras, esclavos, mujeres, víveres o armas... ¡Únicamente oro! Deben ser como los salvajes «aucas» de las selvas orientales, a los que se les deslumbra con telas de colorines y abalorios inútiles.

-¿Y han venido desde tan lejos y corrido tantos riesgos únicamente por oro? -quiso saber Airy Huaco, el hombre cuya prodigiosa memoria y capacidad para interpretar los secretos de los «quipus» le había valido llegar a convertirse en maestro de historiadores-. Lo dudo.

-También yo -admitió el Gobernador---. Pero lo cierto es que en estos momentos están saliendo del Cuzco centenares de llamas cargadas de oro con dirección a Cajamarca. -Hizo una corta pausa-. Cumplir con ese deseo de los extranjeros no es difícil, pero debemos plantearnos la complejidad de la presente situación...

Hizo una nueva pausa que aprovechó para echarse a la boca un puñado de hojas de coca que masticó muy despacio como si buscara en ellas un alivio a sus preocupaciones y continuó-: Nuestro Señor, Huáscar, único «Inca» reconocido, descendiente directo del Dios Sol y por cuyas venas corre la sangre de todos nuestros Reyes, se encuentra en la fortaleza de Sacsaywaman, prisionero del bastardo, que ha caído a su vez en manos de esos extraños hombres blancos cuyas auténticas intenciones ignoramos. ¿Qué puede ocurrir?

Resultó evidente que ninguno de los presentes deseaba aventurar una hipótesis, y preferían que el Gobernador continuase, como era de esperar, exponiendo el hilo de sus pensamientos.

-Lo más lógico -añadió al fin-, es que Atahualpa imagine que Huáscar intentará hacer un trato con los «Viracochas» ofreciéndoles mucho más oro a cambio de mantener prisionero a su hermano y liberarle a él. En ese caso lo más probable es que lo primero que haga Atahualpa al verse en peligro sea ordenar que ejecuten a Huáscar.

-¡Eso no es posible! -exclamó Urco Capac-. Ni siquiera Atahualpa se atrevería a matar a un «Inca».

-Atahualpa se atreve a todo -replicó con su ronca voz de bajo profundo Tici Puma, Sumo Sacerdote de la ciudad, hermano de Yana Puma y tío por tanto de Huáscar---. Y estoy de acuerdo con Tito Amauri en que la vida del «Inca» corre más peligro que nunca... -Agitó la cabeza pesimista-. Hace unos meses teníamos dos soberanos y en estos momentos los dos se encuentran encarcelados... ¿Quién detendrá a los extranjeros si deciden avanzar sobre el Cuzco?

-¿Avanzar sobre el Cuzco los extranjeros? -repitió incrédulo Mayta Roca---. ¿Cómo soñarían con intentarlo siquiera? ¡Son menos de doscientos!

-Pero ya se han apoderado de Cajamarca y de Atahualpa... -le hizo notar Tito Amauri-. Son dueños del Trueno y de la Muerte, y poseen bestias inmensas que los trasladan a más velocidad que el más ágil de nuestros «Chasquis».

-¿Y qué puede importar eso? -insistió el «Arquitecto de Arquitectos-. Podemos oponer cinco mil hombres a cada uno de los suyos.

-¿Y quién los dirigirá? ¿Quién sabrá cómo enfrentarse a esas nuevas armas y esas diabólicas bestias? Los soldados no lucharán con fe si no llevan al frente a un auténtico Hijo del Sol en quien confiar y por quien ofrecer la vida. Rumiñahui y Quisquis son buenos generales, lo sé, pero los dos no sirven de nada. Necesitamos a Huáscar.

-Pero Huáscar está preso...

-Hay que liberarle. Hay que conseguir que escape de Sacsaywaman antes de que Atahualpa lo mande matar.

Los ocho «amautas» a los que se les había otorgado la máxima distinción de «Maestros de Maestros» en cada una de las principales ramas del saber humano ganándose a pulso por su dedicación e inteligencia el inmenso honor de formar parte del Consejo Supremo de «La Ciudad Secreta», se observaron confusos y podría pensarse que casi avergonzados, porque ninguno de ellos tenía la más mínima idea de cómo podía llevarse a cabo un proyecto tan manifiestamente descabellado.

-Somos gentes de paz... -intervino por primera vez el gordo Topa Yupanqui olvidando por unos instantes aquel extraño hongo que parecía obsesionarle- Y cuando el «Inca» Pachacutec mandó construir el «Viejo Nido del Cóndor» especificó muy claramente que sería un lugar de estudio y conservación de conocimientos, sin facultades para intervenir en los asuntos del mundo exterior fueran éstos cualesquiera que fuesen. Si intentamos hacer lo que pretendes iremos contra nuestra propia razón ser y el destino de la ciudad quedará marcado para siempre.

-Olvidas que soy el Gobernador -le hizo notar Tito Amauri- Y el primero, por tanto, en respetar las leyes y tradiciones que siempre nos rigieron. Pero jamás, hasta el presente, se había dado el caso de que seres que más parecen llegados de otro planeta que de lejanas tierras hayan invadido el Imperio en unos momentos en que, también por primera vez, se acaba de librar una guerra civil. -Mascó con rabia las hojas de coca escupiendo sobre una bacinilla de oro que tenía a su lado el espeso líquido verdoso-. Recordaréis que fui el primero en negarme a aceptar la autoridad de Atahualpa, manteniendo la ciudad oculta y fiel a la legalidad establecida, pero esto es distinto... ¡Muy distinto!

-Estoy de acuerdo -admitió Urco Capac-. Mantener una posición excesivamente conservadora en estos momentos puede llevarnos al hecho incuestionable de que pronto no tengamos nada que conservar.

Mayta Roca y Tici Puma se sumaron a su punto de vista, mientras el historiador Airy Huaco se opuso frontalmente y el resto de los

miembros del Consejo optó por mantenerse al margen de una cuestión sobre la que apenas tenía opinión propia. Topa Yupanqui lo único que deseaba era volver cuanto antes al estudio del hongo grisáceo mientras el Químico y el Médico demostraron una vez más el sentido de la prudencia que les había hecho famosos guardando un absoluto mutismo.

-Yo, antes de dar mi voto, necesito saber qué es lo que se piensa hacer exactamente -musitó apenas Tupac Queché observándose las yemas de los dedos de las habilísimas manos que le habían valido ser considerado el mejor orfebre de la dilatada historia del Imperio-. Si el «Viejo Nido del Cóndor» decide abandonar su neutralidad, debe ser con total garantía de éxito o de lo contrario es preferible permanecer en silencio. Un fracaso dañaría la imagen de la ciudad de forma irremediable.

-Estamos aquí para eso... -señaló el Gobernador-. Mayta Roca dirigió las obras de reacondicionamiento de Sacsaywarnan diseñando la mayoría de sus pasadizos secretos, y se supone que en este Torreón se encuentran reunidas las más preclaras mentes del Imperio. Si entre todos no somos capaces de trazar un plan inteligente abandonaremos la idea.

-He dedicado mi vida a conseguir que las semillas germinen o las cosechas sean más abundantes... -puntualizó Topa Yupariqui- No veo en qué puede ayudar eso a liberar a un hombre, aunque sea el «Inca», pero lo intentaré... ¿Qué tengo que hacer?

-Pensar.

-De acuerdo. Pensaré... ¿Quién está ahora al mando de Sacsaywaman?

-Calicuchima.

No cabía duda de que el nombre impresionaba a los presentes y por unos momentos Urco Capac temió que más de uno se pusiera en pie dando por concluida allí mismo la discusión, pero milagrosamente incluso Airy Huaco se mantuvo en su puesto pese a que el miedo planeaba, como un inmenso cóndor, sobre sus cabezas.

-¡Calicuchima...! -repitió con su agudo tono de voz Tupac Queché-. Atahualpa no pudo elegir un guardián más sanguinario.

-Sin embargo, eso nos favorece... -señaló Topa Yupanqui- Facilita las cosas.

-¿Qué quieres decir?

-Que consciente del temor que despierta, jamás se le ocurrirá que nadie sueñe con libertar a Huáscar de la fortaleza más segura que existe. Eso en sí, ya se me antoja una notable ventaja.

-La única ventaja que advierto... -cortó con brusquedad Mayta Roca- es el hecho de que conozcamos al dedillo cada pasadizo de Sacsaywaman, pero resulta evidente que, aunque encontráramos la forma de llegar hasta Nuestro Señor, ninguno de nosotros sería capaz de sacarlo de allí. Ni un solo hombre de guerra ha puesto nunca el pie en esta ciudad... ¿Quién sabría cómo asaltar un torreón o matar silenciosamente a un centinela? Yo no, desde luego.

-Los guardianes del camino... -aventuró Urco Capac- han sido especialmente seleccionados entre los mejores soldados de la nación y son fieles a Huáscar.

-Ningún guardián aceptará abandonar su puesto aun para intentar salvar al «Inca» -atajó el Gobernador de forma inapelable-. Su juramento lo prohíbe bajo pena de muerte, y yo mismo no dudaría en ejecutar al que actuara de otro modo. El «Viejo Nido del Cóndor» tiene prioridad porque Huáscar es mortal, y la ciudad, no. Hay que pensar en alguien más.

-No lo hay.

Todos se volvieron a Airy Huaco, que continuaba siendo el que con más firmeza se oponía a la idea de iniciar una acción que se apartara un ápice del espíritu que animaba al gran «Inca» Pachacutec en el momento de concebir «La Ciudad Secreta». El historiador, que podía repetir palabra por palabra todas y cada una de las ordenanzas de los doce reyes, conocía, mejor que nadie, hasta qué punto su fundador -arriesgado conquistador y feroz guerrero- había deseado sin embargo que en el «Viejo Nido del Cóndor» tan sólo se hablara de paz y progreso. El Gran Consejo había sido creado como testigo y reserva espiritual de una nación, no como árbitro o parte, y por lo tanto, tradicional y fundamentalista inamovible como siempre había sido, consideraba poco menos que una herejía incalificable el hecho de que allí, en el mismísimo «Torreón de los Amautas» alguien osara hablar abiertamente de violencia y muerte.

-No lo hay... -insistió-. Porque si hubiera alguien capaz de empuñar las armas, sería indigno de pisar el sagrado suelo de la ciudad. ¡Si Pachacutec viviera...!

-...no tendríamos este problema -le interrumpió agriamente Tito Amauri- Sabemos que votas en contra y se tiene en cuenta tu voto, pero, por favor, de momento mantente al margen. ¿Alguna idea?

-Tal vez en el mismo Cuzco... -aventuró Tici Puma.

-En el Cuzco no queda nadie fiel a Huáscar -sentenció el Gobernador---. Todos han sido ejecutados y se ha convertido en un nido de espías de Calicuchima. Tiene que ser alguien de aquí.

-Pues en eso Airy Huaco tiene razón -admitió el botánico- No creo que encontremos en toda la ciudad a una sola persona que sepa manejar un arma. -Dejó caer las palabras-. O que desee hacerlo.

El largo silencio que siguió mostró bien a las claras que habían llegado a un callejón sin salida, y ninguno de los presentes pareció tener solución válida al problema, hasta que Urco Capac señaló no sin un cierto reparo:

-El otro día vino a visitarme un «Runa»... Supongo que todos lo habéis visto porque se ha retirado a vivir en la antigua cabaña de los pastores. -Aguardó unos instantes a que los demás asintieran y continuó en el mismo tono de escaso convencimiento-. Antes de convertirse en «Runa» estuvo casado con mi hija, Quindi Quillu, a la que la mayoría recordaréis. Me contó que Quindi Quillu está casada ahora con un «Viracocha», del que espera un hijo... -Hizo una nueva y larga

pausa- Al parecer ese «Viracocha» es un valiente soldado que renunció a su pueblo y adoptó nuestras costumbres. Tal vez quiera ayudarnos.

-¿Un «Viracocha»? -se escandalizó Airy Hurco-. ¿Un extranjero? Lo más probable es que se trate de un espía enviado para intentar averiguar dónde se encuentra la ciudad... ¿Cómo puedes plantearlo siquiera?

-Porque no tenemos otra salida... -intervino el Gobernador hoscamente- Sé de quién hablas... -admitió dirigiéndose ahora al astrónomo. Ese « Viracocha » se ha instalado con dos mujeres y un ex oficial de lanceros en uno de los «tambos» del camino, a tres días de aquí. Al parecer no tiene adónde ir y las mujeres están embarazadas. Nuestros guardianes lo vigilan día y noche aunque, aparente- mente no abriga intención de aproximarse.

-Tendrían que haberlos matado. Ésa es la ley. Tito Amauri lanzó una torva mirada de fastidio al incordiante historiador.

---Conozco las leyes tan bien como tú --dijo- Y olvidas que en todo cuanto se refiere a la seguridad de la ciudad soy el único responsable. Para llegar aquí tendrían que superar al menos siete controles, y opino que es preferible dejarlos en paz que enfrentarnos a su temible «Tubo de Truenos».

-No es más que un hombre.

-Que acabó con Chili Rimac y parte de su escolta haciendo retumbar un arma infernal...

-¿Mató a Chili Rimac? -se interesó de inmediato Sumo Sacerdote-. Ese traidor hijo de puta fue el instigador de la matanza del Cuzco. Quienquiera que acabado con él merece todo mi respeto, mi amistad y bendiciones.

-Pero continúa siendo un extranjero...

-Chili Rimac, Calicuchima o el propio Atahualpa son peores que cualquier extranjero, porque fueron capaces de traicionar a su pueblo, provocar una guerra civil y asesinar a sus hermanos... -Tici Puma hizo una significativa pausa y añadió con marcadísima y retorcida intención-: Y al fin y al cabo, debemos tener en cuenta que si un extranjero fracasa a la hora de intentar salvar a Huáscar, nuestro prestigio nunca sería puesto en entredicho, porque sabido es que ningún extranjero ha puesto el pie jamás en el «Viejo Nido del Cóndor».

P*or allí se va a Panamá, para vivir siempre en la miseria y la deshonra... Por aquí, a lo desconocido y sufrir penalidades o a conquistar nuevas tierras y conseguir la gloria y la riqueza...*

Alonso de Molina se preguntó una vez más qué clase de gloria y riquezas había obtenido después de pasar un sinfín de penalidades atravesando de Norte a Sur y Este a Oeste el mayor de los Imperios del Nuevo Mundo, porque lo cierto era que estaba sentado a la puerta de un, viejo «tambo», contemplando el mar de nubes y los altos picachos

que parecían atravesarlo como dedos ansiosos, con la grave responsabilidad de dos mujeres escasamente alimentadas que esperaban sendos hijos suyos y sin ningún futuro a la vista.

Se encontraba a mitad del camino entre la ciudad de Cuzco, a la que no podía volver, y un misterioso lugar al que no le permitían acceder, manteniendo una dura puna entre optar por convertirse en miembro de un pueblo que no acababa de aceptarle, o regresar junto a unos compatriotas con los que no tenía ya nada en común, y cabía duda de que constituía una difícil hazaña haber alcanzado un fracaso tan sonoro para alguien que ha abandonado su Úbeda natal con la firme esperanza conquistar el mundo.

La noticia de que el viejo Pizarro había desembarcado en Túmbez, le había sumido al propio tiempo en un mar de inquietudes, puesto que el andaluz sabía, mejor que nadie, que si el feroz extremeño se había propuesto apoderarse del Imperio, no tendría más opción que hacerlo a base de sangre, traición y muerte, puesto que de lo contrario su ridícula tropa resultaría aniquilada de un simple manotazo.

Y él, Alonso de Molina, no estaba dispuesto a tomar parte en la sucia y feroz contienda que irremediablemente se avecinaba, puesto que aunque aún no se atreviera a confesarlo abiertamente, lo cierto era que en su fuero interno se sentía mucho más unido a Naika, Shungu Sinchi o el propio Calla Huasi, que a Pizarro, Bartolomé Ruiz o cualquiera de sus antiguos compañeros.

Había perdido la noción del tiempo que llevaba en el país, pero en los últimos meses se había adaptado a él hasta el punto de que toda su existencia anterior parecía haberse sumido en una especie de confusa nebulosa de la que únicamente emergían de tanto en tanto los rostros de su madre o su abuelo Rúgero; aquel que le enseñó a amar los relatos de Marco Polo inculcándole sus ansias de aventura.

El andaluz no se arrepentía de haber desembarcado en Túmbez, de haber iniciado un enloquecido viaje repleto de incidencias que parecía haber concluido en el más desolado rincón de las más altas y perdidas montañas del más desconocido de los Imperios, y menos aún de haberse casado por dos veces, y al distinguir a lo lejos la figura de Naika lavando sus maltrechos vestidos al borde de un diminuto riachuelo de aguas casi heladas, tomó conciencia de que pese a saberse perdido, apátrida, abandonado y harapiento, en el fondo de su alma se sentía básicamente feliz porque al fin había encontrado lo que siempre había ido buscando: la paz consigo mismo y el amor de una mujer con la que se sentía plenamente identificado.

Dos, para ser más exactos, puesto que aunque en un principio le costara trabajo hacerse a la idea de que se pudiese querer a más de una mujer al mismo tiempo, en aquellos momentos había llegado a la conclusión de que también amaba a Shungu Sinchi, que había demostrado ser una de las criaturas más tiernas, afectuosas y sacrificadas de este mundo.

Su mayor preocupación actual, se centraba, por ello, en encontrar un lugar en que asentar definitivamente a su «familia» a la espera de los acontecimientos que tenían que llegar, pues tanto a la diminuta Naika,

como a la espléndida Shungu Sinchi, comenzaba a advertírseles los primeros síntomas de su próxima maternidad.

El «tambo» había constituido hasta el momento un cómodo refugio, ya que había sido construido dos siglos atrás con el fin de brindar cobijo a los viajeros que se encaminasen a «La Ciudad Sagrada» y siempre había sido mantenido en perfecto estado de conservación, pero los víveres que por tradición solía almacenar para uso de sus no muy frecuentes huéspedes, comenzaban a agotarse y la agreste región circundante ofrecía escasos recursos en cuanto a caza, pesca o frutos salvajes se refería.

¿Qué hacer y hacia dónde dirigirse?

¿Qué hogar tendrían sus hijos cuando se viera obligado a abandonar aquellos gruesos muros porque ya quedasen más que piedras para comer?

Se contempló las destrozadas botas, cien veces remendadas por la hábil Shungu Sinchi, o los jirones de lo que un día fueran orgullosos ropajes de capitán español, y comprendió que estaba llegando a una situación parecida a aquella de la isla del Gallo, cuando junto al viejo Pizarro y un puñado de locos, se vieron obligados a comerse los correajes en un absurdo intento de aplacar el hambre.

Algunas patatas heladas, tres vasijas de maíz y docena de tiras de carne seca era todo cuanto quedaba en el «tambo», y se hacía necesario tomar cuanto antes determinación, puesto que de lo contrario la llegada de las nieves cerraría los pasos de las montañas manteniéndoles allí clavados para siempre.

Calla Huasi era partidario de emprender el regreso a la laguna de «Cuichi Cocha» y tratar de resistir en sus cuevas los peores meses de frío y lluvia, pero el español temía que Naika, a la que el embarazo parecía haber debilitado de forma notoria, no soportase la larga caminata teniendo en cuenta que tras los últimos cambios de rumbo efectuados por los guías de Chili Rimac, no estaban en absoluto seguros de dónde podría encontrarse exactamente el diminuto valle.

La perspectiva de pasar semanas marchando a trompicones por un terreno escabroso y que las mujeres tuvieran que dormir luego al aire libre le inquietaba, y se resistía a dar la orden de partida aun a sabiendas de que el tiempo se les echaba encima y cada día de retraso empezaba a contar en contra suya.

Acostumbrado desde que tenía memoria a no preocuparse más que de su propia seguridad, Alonso de Molina se sentía en cierto modo abrumado por la magnitud de sus nuevas responsabilidades, ya que súbitamente había pasado de no ser más que un arriesgado soldado de fortuna amante de la aventura, a un doble esposo y padre de familia obligado a velar por la seguridad y el bienestar de los suyos.

Ahora la solución a todos sus problemas no estaba como siempre en la empuñadura de su espada, el gatillo de su arcabuz o, en casos extremos, la velocidad de sus piernas, ya que para cada gesto que hacía o a cada paso que daba tenía que contar con la carga que representaban dos mujeres en avanzado estado de gestación que nunca podrían, por más que lo intentaran, ponerse a su altura ni a la del

resistente y silencioso Calla Huasi, cuyo sentido de la lealtad continuaba asombrándole a diario.

El ex oficial inca seguía siendo un individuo hermético que podía permanecer semanas sin pronunciar una sola palabra sumido en aquel impenetrable mutismo que parecía hacerle plenamente feliz, comiendo apenas lo justo para no caer desvanecido, soportando estoicamente el frío y la fatiga, y durmiendo aparentemente con un ojo cerrado y otro abierto como los buenos perros de caza.

No existía hombre menos servil y al propio tiempo más servicial, ni compañero más seguro y fiel incluso a la difícil hora de las diferencias de criterio, y Alonso de Molina abrigaba a menudo la curiosa impresión de que se trataba de alguien que habiendo perdido de improviso todo cuanto constituyera su universo, se había aferrado a sus amigos como a la única esperanza de salvación que le quedaba en esta vida.

Sin mujer a quien amar, hijos a los que proteger, «Inca» a quien servir, ni superiores a los que obedecer, lo único que al parecer permitía a Calla Huasi continuar respirando, era aquel indestructible sentido de la amistad con el que trataba de sustituir al resto de sus desaparecidos afectos.

Alonso de Molina y su familia, se habían convertido en «su» familia, y resultaba evidente que le preocupaba casi tanto como al español la seguridad y el bienestar de las mujeres, por lo que juntos constituían un extraño y harapiento grupo cada vez más escuálido, terriblemente desorientado y huérfano desde el momento en que el «Runa» les había abandonado para siempre y no percibían su reconfortante presencia aunque tan sólo fuera en la distancia.

Acurrucado por tanto a la entrada del «tambo» el andaluz dejaba pasar las horas y aun los días buscando inexistentes respuestas a problemas que se le antojaban irresolubles, confiando tal vez en que un milagro -la postrer esperanza que le quedaba ya- acudiera en su ayuda.

-Podríamos viajar de noche, cruzar a oscuras el Cuzco, y reunirnos con los españoles en Cajamarca... -había insinuado Calla Huasi en cierta ocasión---. Aparte de regresar al valle es la única solución que se me ocurre.

-Eso nunca ... -fue la seca respuesta---. Volver con ellos significaría abandonar la forma de vida que deseo. Naika y Shungu Sinchi se convertirían en simples «salvajes» concubinas de uno de tantos capitanes de fortuna y mis hijos en «mestizos» rechazados por todos. ¡Eso nunca! -repitió convencido- Nunca.

-Te estás condenando a quedarte solo. El español señaló a las muchachas que a la sazón dormían:

-Me quedan ellas... -Sonrió levemente-. Y tú... Y unos niños que vendrán al mundo sin que nadie les eche en cara que sus padres pertenezcan a distintas razas o tengan diferente color. -Con un ademán de la cabeza señaló las montañas que se alzaban como un muro infranqueable pero que se perdían de vista, infinitas, en la distancia---. Con tanto espacio vacío, algún lugar existirá en donde el oro, las creencias religiosas o el color de la piel no sigan siendo lo más importante.

-Sueñas.

-Si no hubiera sido siempre un soñador no habría abandonado Úbeda, no hubiera seguido a Pizarro a la isla del Gallo, ni hubiera desembarcado en Túmbez. -Agitó la cabeza---. Y me niego a aceptar que éste sea el fin de mis sueños.

-¡Vámonos entonces! -insistió el otro-. Podemos construir unas parihuelas y cuando alguna de las muchachas se encuentre muy cansada, cargaremos con ella. ¡Somos fuertes!

Eran fuertes, en efecto, pero más fuertes parecían los picachos, precipicios y ríos torrenciales de la Cordillera Oriental, y el andaluz continuaba dudando de la conveniencia o no de arriesgar a las dos mujeres a los mil peligros de la penosa caminata.

Resonó una caracola.

Su llamada retumbó en la quebrada, saltando de roca en roca profunda y grave, y cuando el denso eco de aquel primer aviso se perdió en la distancia llegó otro, anuncio inequívoco de que alguien se decidía a hacer acto de presencia y pretendía advertir de ese modo que venía en son de paz y no estaba en su ánimo sorprender con su llegada.

Pese a ello, Alonso de Molina dejó a Calla Huasi al cuidado del «tambo» y aprestó su arcabuz, avanzando sin prisas para aguardar a la nutrida comitiva en la parte más ancha del camino.

Le sorprendió ante todo que no se distinguiese ni tan siquiera a un hombre armado y las extrañas vestiduras de los porteadores que no presentaban los tradicionales colores de su «ayllu», sino tan sólo ponchos negros sobre los que destacaba una solitaria estrella plateada.

Negra era también la litera, y negras las cortinillas adornadas únicamente con la estrella de cinco puntas, y cuando al fin un anciano de cabello entrecano puso el pie en tierra ceremoniosamente, vestía también una larga y sencilla túnica negra adornada con un pesado collar de plata del que pendía otra estrella semejante.

Se observaron unos instantes, y Alonso de Molina supo, antes de que pronunciara una sola palabra, quién era su inesperado visitante.

-Urco Capac, Astrónomo Real.

-Alonso de Molina, natural de Úbeda; tu yerno.

-¿Cómo se encuentra Quindi Quillu?

-Bien, aunque algo débil. No hay mucho que comer aquí...

El anciano hizo un leve gesto con la mano y varios de los porteadores cargados de grandes cestos cruzaron junto al andaluz -que pese al hambre que le acuciaba no les dirigió siquiera una mirada-, para encaminarse directamente al «tambo».

-Traigo una proposición del Gran Consejo... -señaló de inmediato Urco Capac que al parecer tenía intención de ir directamente al grano- Si liberas al «Inca» Huáscar de su cautiverio en Sacsaywaman, acogeremos gustosamente a tus mujeres y te ofreceremos un lugar en el que establecerte definitivamente.

-¿Y Atahualpa?

-Tus gentes lo tienen preso en Cajamarca.

-¿Preso? -Se asombró el andaluz- ¿Pretendes hacerme creer que el viejo Pizarro ha sido capaz de dar golpe de mano y apoderarse de Atahualpa?

-Exactamente.

-¡Maldito demonio! -Lanzó un hondo bufido- ¡Lo ha conseguido! El astuto zorro puso el pie en tierra y a la primera ocasión se apoderó del «Inca»... ¡Santo cielo!

-Atahualpa no es el «Inca». El «Inca» sigue siendo Huáscar que está en poder de su hermanastro. Y tememos por su vida.

-Haces bien en temer por ella. Estando en manos los españoles Atahualpa no puede permitirse el lujo de que exista otro «Inca» con el que tengan oportuni- dad de negociar.

Urco Capac prefirió silenciar que ya tenían conocimiento de que se había realizado un primer contacto entre Huáscar y los capitanes españoles Hernando de Soto y Pedro del Barrio, en el transcurso del cual el «Inca» había comentado imprudentemente:

-«Triplicaré el rescate que Atahualpa ha ofrecido sin poner línea alguna como tope, llenando el salón hasta el techo, puesto que conozco el lugar secreto en que mi padre y sus antepasados amontonaron sus inmensas riquezas, mientras que mi hermanastro lo ignora y para cumplir su promesa tendrá que recurrir a despojar de sus adornos a los templos...»

Dentro del seno del Gran Consejo semejante declaración había producido una profunda y pésima impresión, ya que constituía un prueba evidente de que Huáscar parecía dispuesto a ofrecer los tesoros de «La Ciudad Secreta» e incluso ponerla en grave peligro al admitir abiertamente su existencia en un desesperado esfuerzo por salvar la vida.

Una vez más se había planteado por tanto la difícil cuestión de si tenía más importancia el «Inca» que la ciudad en sí, pero al fin había prevalecido la opinión de quienes consideraban que salvar a Huáscar constituía la mejor forma de salvar al propio tiempo la ciudad.

Tal como su hermano pronosticara, Atahualpa había tenido que recurrir a despojar de sus tesoros a los templos del Cuzco pero aunque interminables rebaños de llamas cargadas de oro arribaban continuamente a Cajamarca, la avaricia de las gentes de Pizarro -a las que se habían unido las tropas de su socio Almagro- no parecía conocer límites, y viendo en peligro su seguridad personal lo más probable era que el usurpador ordenara torturar a Huáscar para que confesase dónde se encontraban las inmensas riquezas de sus antepasados y poder saciar de ese modo el ansia de rapiña de sus captores.

Fuera por propia voluntad o por la fuerza, lo cierto era que el destronado «Inca» ponía en serio peligro el secreto mejor guardado de la historia del Imperio, lo cual había influido de forma notable sobre los miembros del Consejo a la hora de tomar la decisión de ofrecerle a Alonso de Molina el mando de la arriesgada operación de rescate.

El español, por su parte, captó de inmediato el grave peligro que la descabellada empresa representaba, pero el riesgo propio era algo que

siempre había sabido asumir, y aquélla constituía sin duda una perfecta solución para la casi totalidad de sus problemas.

-Acepto con una condición... -señaló cuando esa noche se reunieron a cenar en torno al fuego en el interior del «tambo»- En caso de que no consiguiera regresar, mis esposas, mis hijos y Calla Huasi se quedarían a vivir definitivamente en «La Ciudad Secreta».

-Yo no... -puntualizó de inmediato Calla Huasi-. Yo voy contigo, y si tú no vuelves yo tampoco.

El andaluz sabía por experiencia que resultaba inútil discutir con alguien que lo único que hacía era encerrarse en un pétreo mutismo y hacer al fin lo que se le antojaba, por lo que optó por encogerse de hombros y añadir:

-De acuerdo; vienes conmigo. Pero las condiciones siguen siendo las mismas: Naika y Shungu Sinchi serán trasladadas de inmediato a la ciudad y tratadas como corresponde a su rango.

-Naika es mi hija -le recordó con una leve sonrisa, Urco Capac-. Y Shungu Sinchi, la del que fuera mi amigo, que cuidó además de Naika durante años antes de casarse con ella. Como comprenderás, soy el primero en desear que esa parte del trato se cumpla, pero existen dos problemas... -Extendiendo las manos con las palma hacia arriba como pretendiendo indicar que no era culpa, suya-. El primero es que tendréis que hacer el resto de viaje con los ojos vendados. Es una ley que viene de los tiempos de Pachacutec y nadie ha transgredido. El segundo es que tú, como extranjero, no visitarás más que una determinada zona de la ciudad. Te está vedado con su emplazamiento y configuración y no podrás hablar más que con aquellas personas que se te autorice expresamente.

Al andaluz se le antojó que llevaban demasiado lejos las medidas de seguridad, pero tenía plena conciencia, que no se encontraba en condiciones de elegir y de que en el fondo hacían bien al extremar las precauciones ya conociendo como conocía a Pizarro estaba convencido que la simple sospecha de que pudiese existir un lugar como el «Viejo Nido del Cóndor» le lanzaría sobre su pista decidido a saquearlo.

Había algo, sin embargo, que en aquellos momentos le desconcertaba profundamente, y era el hecho de que habiéndose apoderado de Atahualpa y teniendo aparentemente expedito el camino hacia el Cuzco, su antiguo Capitán aún no se hubiera decidido a avanzar sobre la capital.

A los seis meses de haber desembarcado en Túmbez el viejo zorro ya se las había ingeniado para apresar a su principal enemigo, pero sorprendentemente en lugar de aprovechar esa ventaja para asestar un golpe definitivo conquistando la capital del Imperio, prefería permanecer inactivo, limitándose a atesorar riquezas mientras afirmaba públicamente que dejaría en libertad a su prisionero en cuanto éste hubiera cumplido su promesa de llenar de oro un salón hasta donde alcanzaba la mano.

O el ladino extremeño no concebía siquiera que Atahualpa pudiera cumplir su parte del trato, o no estaba dispuesto a cumplir la suya, lo

cual significaba que el futuro del usurpador lo tenía ya previamente decidido.

«Se quedará con el oro y más tarde le rebanará el pescuezo -sentenció- Ese sucio marrullero es como los perros de presa: cuando clava los dientes, no suelta a su víctima hasta que se los arrancan…»

Alonso de Molina conocía ya lo suficiente sobre el carácter de los incas y su estructura social, como para comprender que, con Atahualpa muerto y Huáscar encarcelado no quedaría nadie con la autoridad suficiente como para tomar decisiones y aquél era un pueblo que había sido educado -para bien o para mal- bajo una férrea disciplina que especificaba que sin una orden llegada directamente de lo alto no se podía mover un solo dedo.

¿Qué harían unas gentes habituadas a regirse por unas normas de conducta tradicionalmente inamovibles, cuando se enfrentasen a las improvisaciones y los apaños de una banda de anárquicos aventureros acostumbrados a sobrevivir a base de ingenio y artimañas?

Cada español podía ser al propio tiempo soldado, ladrón o general, según las circunstancias, mientras que los incas tan sólo eran soldados, y tan sólo en muy determinadas circunstancias y el día que Pizarro descubriera ese hecho se sentaría a esperar a que Atahualpa acabara con Huáscar para ejecutarle luego y permitir que un país de cinco millones de habitantes le cayera cómodamente en las manos.

Pensándolo bien, lo más probable era que ya lo hubiera descubierto, y aquella inexplicable pasividad de los últimos meses respondiera a un plan perfectamente concebido, consciente de que ejecutar a Atahualpa o avanzar hacia el Cuzco demasiado pronto traería aparejado que todo el pueblo se uniera en tomo a Huáscar ofreciendo una resistencia que de otro modo confiaba en no encontrar.

Si hasta el presente no se había derramado ni una gota de sangre española ya que durante la feroz matanza de Cajamarca en la que perecieron cientos de incas, tan sólo el propio Pizarro había sufrido un ligero corte en la mano al impedir que uno de sus más violentos capitanes acabara con la vida de su regio prisionero, tal vez el cazurro porquerizo extremeño aspiraba a llevar a feliz término la inconcebible hazaña de apoderarse del mayor y más rico de los imperios conocidos sin contar con una sola baja entre sus huestes.

Alonso de Molina evocó una vez más sus palabras la isla del Gallo…

«…O a conquistar nuevas tierras y conseguir la gloria y la riqueza …», y tuvo que admitir desconcertado, que el viejo Pizarro parecía a punto de materializar sus más enloquecidos sueños.

Mayta Roca, «Arquitecto de Arquitectos» y Tupac Queché, Orfebre Real, habían empleado todo su tiempo, habilidad y memoria, en confeccionar una maqueta de la portentosa fortaleza de Sacsaywaman,

a la que no faltaba ni siquiera el detalle de minúsculos muñecos que marcaban el punto en que debían encontrarse los centinelas, y la celda de máxima seguridad en que mantenían prisionero al «Inca» Huáscar.

Para Alonso de Molina, que tan sólo había tenido oportunidad de contemplar su majestuoso muro exterior, ya de por sí impresionante, conocer en detalle la prodigiosa complejidad de aquella inimitable obra de ingeniería le reafirmó en su idea de que a todo lo largo y lo ancho del Viejo Continente no existía nada remotamente parecido a la maravilla que habían levantado al norte del Cuzco veinticinco mil obreros trabajando ininterrumpidamente durante ocho largos años.

Toda la población de la capital y sus alrededores podía recibir cobijo en el interior de aquel gigantesco recinto abastecido para resistir de ese modo un año de asedio, y ni al más enloquecido general de la Historia se le habría ocurrido intentar el asalto de un baluarte que parecía ideado para engullir sin esfuerzo ejércitos enteros de atacantes.

Únicamente la astucia, un valor sin límites, y un perfecto conocimiento de cada uno de sus innumerables pasadizos secretos y túneles subterráneos, conseguiría burlar su indiscutible inaccesibilidad, y el español pareció comprender al primer golpe de vista que pese a los esfuerzos de Mayta Roca y el entusiasmo del gobernador Tito Amauri, las posibilidades de llevar a feliz término tan arriesgada empresa eran de apenas una entre un millón.

-Tal como lo planteas... -le dijo a Mayta Roca- Es muy posible que pasemos días perdidos en ese laberinto. Quien lo diseñó, tenía en verdad una mente retorcida.

-Fui yo.

-¡Enhorabuena...!

-En realidad no lo diseñé. Tan sólo lo reacondicioné, mejorando la vieja construcción original que un terremoto había dañado... -De una bolsa de piel extrajo una larga cuerda de la que pendían otras muchas de distintos colores- Este «quipus», y algunas marcas que encontrarás en las piedras de las esquinas, te indicarán el camino.

-¡Fantástico ... ! -exclamó irónicamente el español-. Ahora tan sólo necesito tomar un curso de desciframiento de «quipus»... ¡Hermoso panorama!

-Uno de mis hombres irá contigo -replicó molesto, Mayta Roca, cuyo sentido del humor no se diferenciaba mucho del del resto de sus compatriotas-. Tú concéntrate en los soldados.

-¿Cuántos?

-La guarnición actual puede calcularse en unos dos mil hombres, pero por donde yo te haré ir no creo que encuentres más de treinta.

-¿Y nosotros cuántos seremos?

-De momento tú, Calla Huasi y el guía... -intervino Tito Amauri-. No tenemos a nadie más en quien confiar.

-¿Y los guardianes del camino?

-Son intocables.

-Pero buenos... -insistió el español- Vi cómo actuaba uno de ellos... Necesito a ése y dos más.

-¡No!

-¡Escucha...! -protestó Alonso de Molina- No puedes pedirme milagros... Ignoro cuántos guardianes tenéis pero supongo que serán los suficientes como para que de tanto en tanto descansen y se releven. No creo que sea mucho pedir que para una ocasión tan especial distraigas a tres a costa de exigir un esfuerzo suplementario a los demás. Las posibilidades de éxito parecen mínimas, pero para dos hombres solos, son nulas.

Todo cuanto obtuvo fue una vaga promesa de meditarlo, y los días siguientes el español los pasó por tanto aguardando su respuesta y tratando de memorizar, punto por punto, la compleja distribución de la gigantesca ciudadela, puesto que desde que habían llegado al «Viejo Nido del Cóndor» se encontraba prácticamente prisionero.

Su horizonte se limitaba a un gran patio de altos muros, un pedazo de cielo gris durante el día y miríadas de estrellas en la noche, y en las escasas ocasiones en que había tenido ocasión de hablar con Calla Huasi éste no pudo o no quiso proporcionarle ninguna información sobre la ciudad.

A menudo se rebelaba por el hecho de saber que se encontraba en pleno corazón de lo que suponía uno de los lugares más maravillosos del planeta y no poder admirarlo, pero cuando su ira y frustración alcanzaba sus cotas más altas trataba de calmarse argumentándose a sí mismo que el gobernador Tito Amauri obraba correctamente al no permitir que un extranjero tuviera conocimiento directo del prodigioso «Viejo Nido del Cóndor».

Naika le había contado que existían allí mil veces más tesoros que en el mismísimo Cuzco, y que el fabuloso disco de oro representando al dios Sol que había podido contemplar en el palacio del Inti-Huasi durante su primera entrevista con Huáscar no era en realidad más que una triste imitación del verdadero disco que el «Inca» Pachacutec plantó en el centro de la plaza principal de «La Ciudad Secreta».

-Lo adornan esmeraldas como puños, y una de ellas, «El Ojo de la Luna» tiene el tamaño de la cabeza de un niño.

El andaluz no cesaba de preguntarse qué cara pondrían sus compañeros de armas cuando se enfrentasen a semejante espectáculo, y cuánta sangre estarían dispuestos a derramar con tal de apoderarse de tan inconcebibles riquezas.

Poco podía imaginar entonces, que aquel fastuoso disco del Sol que había admirado en el Cuzco le correspondería en el reparto del botín a uno de sus más antiguos amigos, el inveterado jugador Pedro Manso de Leguizamo, quien esa misma noche lo perdería en el transcurso de una partida de dados.

Por el momento debía contentarse con alimentar la absurda esperanza de que tal vez conseguiría evitar que un país tan hermoso cayera definitivamente en manos de un puñado de aventureros sin escrúpulos, intentando encontrar una fórmula que le ofreciese una remota garantía de rescatar con vida a Huáscar, aunque con frecuencia se preguntaba qué diferencia existía en el hecho de que el Imperio lo gobernase Huáscar, Atahualpa o el propio Pizarro, ya que estaba demostrado que los gobernantes eran una raza de la que no importaba

en absoluto su color, idioma o lugar de origen, como si la ambición los hubiera. dado a luz a todos juntos, y ellos se hubieran encargado de desperdigarse más tarde por el mundo.

Había conocido al suficiente número de gobernantes, como para comprender que tan sólo les movía su irrefrenable ansia de poder, y tanto el lujurioso Huáscar de las cinco mil concubinas, como el místico Emperador Carlos, el sanguinario Atahualpa o el ascético Pizarro del que malas lenguas aseguraban que a sus cincuenta y tantos años aún era virgen, tenían como vínculo común el desenfrenado deseo de imponer su voluntad a toda costa, como si el hecho de ser obedecidos constituyese la única auténtica razón de su existencia.

Aquella angustiosa necesidad de mandar se le ha antojado siempre la más esclavizante de las servidumbres, ya que por pura lógica para mandar se hacía necesario depender de quienes debían obedecer y él, Alonso de Molina, seguiría siendo Alonso de Molina, allí, en Úbeda o en mitad del océano, mientras que el poderosísimo Emperador Carlos dejaría de ser tal en cuanto pusiera un pie fuera de los límites de su reino y se supiera solo.

Vivir con la carga de tener que arrastrar tras sí a miles de seres humanos a los que decirles lo que tenían que hacer constituía a gusto de alguien tan amante de la libertad individual como él había sido siempre, un precio demasiado costoso, y por ello había aprendido tiempo atrás a despreciar a quienes acababan por no ser más que víctimas de sus ansias de gloria.

El «Inca» Huáscar había convertido a sus súbditos en simples marionetas, Atahualpa en meros soldados, y si Pizarro conseguía apoderarse del país, los transformaría en esclavos al servicio de la Iglesia y la Corona, y sentado en un rincón del patio contemplando la lluvia que comenzaba a caer mansamente sobre la ciudad, el andaluz se preguntaba una y otra vez en qué cambiaría realmente el destino de aquellas pobres gentes a la hora de ir pasando de una mano a la siguiente.

«Se destruirá un orden y llegará otro nuevo, pero no aportará nada positivo al mísero campesino, ni al solitario pastor del Altiplano, y todo ello tan sólo traerá aparejado el aumento de las luchas religiosas y los odios raciales ...»

Sabía que sería así porque así había visto que ocurría en todos los lugares que sus compatriotas habían conquistado anteriormente, puesto que pese a la aparente buena voluntad de algunas leyes y los esfuerzos de hombres como fray Bartolomé de las Casas, lo único que la mayoría de los capitanes españoles solían hacer cuando tomaban posesión de un territorio, era tratar de imponer a la fuerza una religión y unas costumbres que la mayor parte de las veces chocaban frontalmente con la idiosincrasia y las necesidades de los nativos.

El analfabeto Pizarro, viejo porquerizo resentido y sanguinario, no tenía por qué ser necesariamente mejor pacificador ni más respetuoso con la cultura autóctona, que Cortés, Balboa, Alvarado o cualquiera de los muchos «conquistadores» que había conocido desde su llegada al Nuevo Mundo, por lo que todo resultaría saqueado, se borrarían las

huellas de mil años de Historia, y el fanatismo religioso arrasaría con cualquier clase de fe que no fuese el más cerril y férreo cristianismo, con lo que infinidad de obras de arte y un inapreciable bagaje de conocimientos acumulados a lo largo de decenas de generaciones, pasarían de la noche a la mañana a convertirse en polvo.

Alonso de Molina tenía muy claro que tras la espada que cortaba cabezas llegaba siempre la cruz que cercenaba ideas, y tras los soldados que saqueaban palacios y violaban mujeres, curas fanáticos que incendiaban templos y destruían imágenes, por lo que le asaltaba un profundo temor sobre la suerte que pudieran correr los hermosos edificios que había admirado en el Cuzco, y aquellos otros que no le permitían contemplar en el «Viejo Nido del Cóndor».

Nada hubiera deseado más en este mundo que visitar la ciudad y poder describirla para que los siglos venideros tuvieran constancia de cómo había sido cuando ya de ella no perdurara más que un montón de piedras y ruinas, y recordó a Marco Polo y lo que había conseguido aportar a la Humanidad con sus relatos, envidiando el hecho de que todo aquello de lo que había sido tan privilegiado testigo quedara registrado hasta el fin de los siglos en unos libros que harían volar la imaginación de hombres y mujeres que tal vez aún tardarían quinientos años en nacer.

Le asaltaba por tanto en esos momentos una casi irresistible necesidad de aprovechar la oscuridad, trepar a lo alto del muro y aguardar escondido el amanecer para asistir al inigualable espectáculo que debía constituir la aparición del primer rayo de sol que golpearía justo en centro del inmenso disco de oro, pero recordaba entonces que ponía en peligro con ello la seguridad de su familia y se veía obligado a continuar allí sentado tratando de imaginar los mil prodigios que se alzaban al otro lado de la ancha pared de piedra negra.

Luego pasó dos días sin recibir la habitual visita de Mayta Roca, el gobernador, o Calla Huasi, y sin obtener ni una sola palabra de explicación de la mujeruca que traía la comida, hasta que un plomizo atardecer anunciaba la llegada de las grandes lluvias que pronto anegarían la región, un lejano lamento, que fue ganando en intensidad hasta conseguir que el vello de todo el cuerpo se le erizara, pareció adueñarse por completo de la ciudad.

Un pueblo lloraba y su pena rebotaba contra los muros de las casas o las laderas de las montañas vecinas que devolvían como un eco la más honda amargura que jamás se hubiera expresado, porque era aquél un dolor que iba más allá de los propios egoísmos, ya que cada ser que lloraba lo estaba haciendo por sí mismo y por cuantos le rodeaban.

¡Huáscar ha muerto!

¡El «Inca» ha muerto!

¡Dios ha muerto!

-Atahualpa lo mandó asesinar, y Calicuchima se encargó de cumplir la orden... -le explicó esa misma noche un envejecido Urco Capac que parecía anonadado- Le despedazaron en vida, arrancándole entre cinco hombres un brazo que Calicuchima y sus oficiales asaron y

devoraron allí mismo obligándole a mirarles. Luego, el general le sacó un ojo y se lo comió también. Más tarde le desgajaron el otro brazo, y al fin, tirando entre todos de uno y otro lado, la cabeza... Nadie ha podido tener nunca un final tan atroz.

-¡Bestias!

-¡Y era Dios, el Hijo del Sol! -se lamentó el anciano- ¿Qué será ahora de nosotros? -sollozó quedamente- ¿Qué destino le espera a un pueblo que se destroza entre sí de esa manera...?

El español no supo qué responder porque aún se sentía impresionado por la terrible muerte que había tenido el hombre que conociera como Todopoderoso Señor de un gigantesco Imperio, pero en cuyos ojos podía leerse ya el mudo temor que sentía por un futuro que los augures le habían pronosticado horrendo.

Ni en sus peores pesadillas habría conseguido imaginar que asistiría a una escena de canibalismo en la que actuaría a la vez de víctima y de testigo, y que sería su propio hermano, aquel con quien jugara de niño, quien ordenara tan cruel, demoníaca y macabra ceremonia.

Urco Capac, que había tomado asiento en el suelo, desmadejado e incapaz de mantener ni tan siquiera su dignidad de ser humano, apoyó la cabeza en el alto muro y contempló largamente unas estrellas que pugnaban tímidamente por aparecer y que tan perfectamente conocía pero que en aquella ocasión se le antojaban diferentes.

-A veces desearía que una de ellas comenzara a crecer y crecer cayendo sobre nosotros hasta aplastarnos -dijo-. Semejante catástrofe sería más rápida y soportable que el cataclismo que mi pueblo tendrá que sufrir, calladamente, hasta el fin de los siglos. Nuestra suerte está echada.

El español no quiso responder porque sabía perfectamente que tenía razón, y que la muerte de Huáscar era sin duda la ocasión que el astuto Pizarro había estado aguardando, consciente de que teniendo en su poder a Atahualpa no quedaba nadie en torno a quien pudiera aglutinarse la oposición a los conquistadores. Al desmembrar al «Inca», el cruel y estúpido Calicuchima había desmembrado también a la esencia misma del Imperio porque cinco millones de hombres y mujeres habían dejado de pronto de constituir un pueblo preocupado por un destino común para pasar a convertirse en cinco millones de desilusionados seres a los que no les interesaba ya más que asegurar su propia subsistencia.

¿Quién les diría ahora lo que tenían que hacer?

¿Quién les marcaría las pautas del trabajo comunitario, los días de descanso, la repartición de las cosechas, el momento o la persona con la que debían casarse, e incluso los dioses a los que debían o no debían adorar?

Ellos, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos habían nacido, habían crecido, se habían reproducido y habían muerto a la sombra de los Hijos del Sol que habitaban en el palacio de oro del Cuzco, pero de pronto descubrían que aquellos semidioses, en lugar de protegerles se dedicaban a destrozarse entre sí abandonándolos a su

suerte mientras otros nuevos dioses, probablemente tan falsos como los anteriores, se paseaban libremente por el país a lomos de terroríficas bestias linchantes.

¿Qué hacer?

Tal como Alonso de Molina imaginaba, no hicieron nada. Se limitaron a continuar cumpliendo la última orden que recibieran: enviar todo el oro del Imperio a Cajamarca, y aguardar con los brazos cruzados y un profundo desconcierto a que alguien impartiera nuevas órdenes.

Pero esas órdenes no llegaban.

Nunca llegarían.

Los capitanes españoles recorrían el país de punta a punta sin más escolta que una docena de arcabuceros, y ejércitos enteros de incas los veían pasar sin alzar un dedo. A patadas, a pedradas o a simples puñetazos podrían haber acabado con ellos, pero un inveterado fatalismo y un invencible temor supersticioso les impedía alzar siquiera la cabeza.

Media docena de monstruos barbudos vestidos de metal penetraban de improviso en una choza violando a las mujeres, pero nadie pronunciaba una palabra; un arcabucero le volaba la cabeza a un campesino por mero capricho y ni siquiera se movía una rama; los palacios y los templos se veían despojados de sus tesoros y sus dioses, y el mundo continuaba girando indiferente, porque el conjunto de una nación hasta aquel momento activa se había sumido de pronto en un estupor inexplicable.

Incluso los árboles del bosque o las piedras del camino hubieran reaccionado con más violencia, pero tan sólo la oculta ciudad secreta parecía capaz de seguir siendo la misma frente al desmoronamiento general, porque su indomable espíritu de continuismo a ultranza era el que sin duda se había empeñado en inculcarle el «Inca» Pachacutec a la hora de su fundación.

Durante más de cien años, el «Viejo Nido del Cóndor» había estado preparándose para la difícil prueba que ahora se avecinaba, y sus dignatarios dieron evidentes muestras de haber asumido a la perfección su papel en la vida, puesto que a partir del momento en que dieron fin los días de luto por la muerte del «Inca», comenzaron a mentalizar al pueblo de cara a su incierto futuro.

El gobernador Tito Amauri convocó una reunión extraordinaria del Gran Consejo, anunció que, lógicamente, se cancelaba ya la inútil aventura de intentar asaltar la fortaleza de Sacsaywaman, y tras un confuso discurso en el que evitó exponer abiertamente su opinión personal, puso a votación el tema de aceptar o no la autoridad de Atahualpa dado que el «Inca», al que siempre se habían mantenido fieles, había dejado de existir.

El historiador Airy Huaco expresó sin embargo el sentir general por medio de una corta intervención no exenta de cierto dramatismo en el tono de voz:

-Atahualpa sigue siendo un bastardo usurpador, traidor, asesino y fratricida. Al saberse apresado tenía la obligación de liberar a Huáscar para que éste se enfrentase a los extranjeros expulsándolos del país y

dejando para más adelante las luchas internas, pero antepuso sus mezquinas ambiciones a los intereses del Imperio, por lo que lo considero indigno de gobernar sobre la sagrada ciudad de Pachacutec. Propongo, por tanto, que reconozcamos como único «Inca» a Manco Capac, hijo de Huáscar.

La moción fue aceptada por unanimidad y se designó al Sumo Sacerdote, Tici Puma, para que acudiera secretamente al Cuzco y comunicara a su sobrino-nieto la decisión del Gran Consejo de considerarle heredero del Imperio y señor indiscutible del «Viejo Nido del Cóndor».

Fue Topa Yupanqui el que inquirió a punto ya de darse por concluida la sesión:

-¿Qué hacemos con Alonso de Molina?

La cuestión, presente en el ánimo de todos, no ofrecía sin embargo una solución tan simple como la de elegir a quién reconocer como «Inca», pues mientras Airy Huaco encabezaba el grupo de los partidarios de ejecutarle mayor dilación, Urco Capac y el arquitecto Mayta Roca, se opusieron frontalmente alegando que aquélla constituiría sin duda una muerte inútil, estúpida y contraproducente.

-No sólo se trata de mi yerno y de un hombre dispuesto a ayudarnos a rescatar a Huáscar, sino también del único extranjero que habla nuestro idioma, conoce nuestras costumbres y se encuentra ligado a nosotros por lazos de sangre -puntualizó el astrólogo- Matarle constituiría un error, una traición y un desprecio hacia mi persona y mi dignidad, ya que fui yo quien le convenció para que viniera en mi propia litera y bajo mi protección.- Recorrió uno tras otro, alternativamente, todos los rostros, y añadió-: Y os recuerdo que fue el Gran Consejo en pleno el que me pidió que fuera a buscarle.

-Estoy de acuerdo -admitió Tito Amauri, cuya opinión solía inclinar la balanza hacia uno u otro lado-. Matarle sería absurdo e indigno... ¿Pero qué hacemos con él? Como gobernador no puedo permitirle que conozca los pormenores de la ciudad.

-Déjale donde está.

-¿Para siempre?

-Al menos hasta que encontremos una solución mejor. Tal vez podríamos enviarle a parlamentar con Pizarro pidiéndole que acepte la autoridad de Manco Capac por encima de la de Atahualpa.

-¿Crees que alguien sería tan estúpido como para aceptar a un «Inca» que está libre y puede enfrentársele, teniendo en sus manos al único gobernante existente en estos momentos...? -inquirió el reservado y lógico Topa Yupanqui- Yo, desde luego, me reiría de quien me hiciera semejante propuesta.

Una vez más el botánico demostró su indiscutible habilidad para poner el dedo en la llaga, por lo que el Consejo en pleno llegó a la conclusión de que por el momento no existía más alternativa que dejar encerrado al español a la espera de nuevos acontecimientos que, sin duda, no tardarían en hacer su aparición.

-¡Es injusto...! -protestó Alonso de Molina cuando el gobernador acudió a comunicarle la decisión del Gran Consejo- Vine confiando en

la palabra de Urco Capac, y hasta el presente he cumplido con mi parte del trato. Si no quieres que conozca la ciudad, deja al menos que me marche.

-¿Adónde?

-Adonde pueda vivir en paz con mi familia. El trato fue que si os ayudaba a liberar a Huáscar me proporcionarías un lugar en que establecerme con Naika y Shungu Sinchi.

-Huáscar ha muerto y el país se encuentra ahora en manos de Calicuchima, Quisquis o unos «Viracochas» con los que no podemos consentir que te reúnas. Les hablarías de este lugar y no cejarían hasta encontrarlo.

-Jamás revelaría el secreto y tú lo sabes.

-Lo imagino -aceptó Tito Amauri-. Pero nunca podré tener una absoluta certeza... -Había tomado asiento en un pequeño taburete y se le advertía profundamente fatigado-. En este tiempo he aprendido a apreciarte y a confiar en ti... -añadió-. Pero tan sólo a título personal. Oficialmente, y como gobernador del «Viejo Nido del Cóndor», mi obligación es mantener a toda costa la seguridad de la ciudad y antes te cortaría en pedazos que correr el más mínimo riesgo. Mientras los españoles continúen en el país, no te dejaré salir de aquí.

-Pizarro nunca se irá.

-Cuando tenga el oro que busca, lo hará.

-Te equivocas. A él, personalmente, el oro no le interesa. No es más que una forma de pagar a sus hombres y mantener contento al Emperador para que le deje las manos libres. Lo suyo es el poder, y sabiéndose a punto de adueñarse de un Imperio no dará un paso atrás ni aun después de muerto. Entrará en el Cuzco o se dejará la vida en el camino.

-En ese caso jamás volverás a salir de aquí.

-¿Debo considerarme por tanto prisionero?

-«Todos» somos hoy en día prisioneros... -fue la extraña respuesta- Tú, de estos muros; nosotros, de una ciudad que ya nunca podremos abandonar; Atahualpa de Pizarro, y Pizarro de una ambición que le impide marcharse de un país que no es el suyo... -Le observo amargamente, y tras unos instantes inquirió interesado-: ¿Qué es lo que impulsa a un hombre como él a atravesar los océanos para buscar la muerte tan lejos de su patria?

-Allí cuidaba cerdos.

El otro meditó largamente y por último agitó la cabeza desconcertado:

-En eso estriba sin duda la diferencia: ninguno nuestros pastores aspiraría a hacer nada que no fuera cuidar ganado. Tan sólo a los reyes les está permitido conquistar imperios. Cada cual conoce su lugar en la vida y nunca lo abandona.

De nuevo a solas, contemplando una vez más la lluvia que parecía pretender apoderarse de la Tierra, Alonso de Molina rememoró la conversación que había mantenido con Tito Amauri y llegó a la conclusión de que éste «sabía», como lo sabían ya todos en la ciudad, que la antigua profecía de los doce Incas estaba a punto de cumplirse, y

el final de una forma de vivir que había durado cuatro siglos se encontraba muy cerca.

Quienes durante cuatrocientos años habían sabido oponerse a una orografía demoníaca, un clima agresivo, centenares de destructivos terremotos y docenas de salvajes tribus hostiles, no encontraban sin embargo la forma de oponerse a un puñado de aventureros inconcebiblemente individualistas, con lo que una de las más perfectas organizaciones sociales jamás creadas estaba a punto de desmoronarse por culpa de la más anárquica de las desorganizaciones imaginables.

Recordó por enésima vez la escena en que un hambriento y destruido anciano de abollado yelmo blandía su herrumbrosa espada suplicando a una docena de desarrapados vagabundos que le siguieran al otro lado de la delgada línea que había trazado en la arena, y llegó a la conclusión de que las burlas del destino superaban en mucho al más absurdo sentido del humor de los humanos, y que si alguien había escrito alguna vez el libro del futuro, estaba loco.

El hijo de Shungu Sinchi nació en primer lugar.

Naika dio a luz una semana más tarde y trajo al mundo otro niño, más pequeño y delicado, aunque de piel más clara y rasgos que recordaban ligeramente a los de su padre.

Éste recibió las noticias en su encierro, y aguardó, impaciente, a que ambas mujeres acudieran a mostrarle a los pequeños, que se le antojaron en un principio dos monitos peludos que no parecían tener más empeño en la. vida que buscar desesperadamente el pecho de sus madres.

-¿Te gustan?

-Esperaba otra cosa.

-¿Qué clase de cosa?

-No lo sé, porque nunca había visto criaturas tan diminutas, pero supongo que mejorarán con el tiempo... ¿Cómo se llaman?

-Aún no tienen nombre -señaló Naika-. No lo tendrán hasta que los conozcamos mejor. De momento al mío lo llamamos Puñuisiqui, que significa «dormilón», y al de Shungu Sinchi, Huacaisiqui, que significa «llorón».

-Puñuisiqui y Huacaisiqui... -repitió el español-. Parece un trabalenguas... -Señaló con un gesto fatalista a su alrededor- Por lo menos aquí tendré tiempo de sobras para aprendérmelos.

-¿Hasta cuándo te mantendrán encerrado?

-¡Difícil pregunta ... ! -replicó él encogiéndose de hombros-. Tal como andan las cosas, lo más lógico es que no me dejen salir con vida... -Acarició distraídamente la barbilla de uno de los pequeños-. Y lo entiendo... -admitió resignado-. Tito Amauri no es mala persona, pero

yo en su lugar me libraría cuanto antes de una carga tan pesada como la que ahora significo.

-Mi padre no permitirá que te hagan daño.

-Tu padre no es más que uno de los miembros del Consejo y tendrá que someterse a la voluntad general... -Tomó las manos de ambas y se las acarició con afecto-. Y si la única opción que me dan es pasar el resto de mi vida entre estos muros, prefiero que acaben conmigo cuanto antes. Sé que nací para morir, pero no para que me enjaularan.

-¡Te ayudaremos a escapar! El andaluz sonrió con tristeza.

-¿Cómo? ¿Cargando con dos mocosos a la espalda? -negó convencido- .Tampoco es solución. No podríamos huir juntos, ni me apetece hacerlo solo... ¿Adónde iría? ¿A reunirme con Pizarro? Empezaría a hacer preguntas y si sospecha que existe este lugar, lo encontrará aunque tenga que levantar hasta la última piedra del país.

-¿Por qué es tan importante el oro para los tuyos? -quiso saber Shungu Sinchi- Perseguirlo de ese modo se me antoja pueril.

-En mi país el oro es muy escaso y se convierte en un símbolo de riqueza y poder. Quien tiene oro, lo tiene todo.

-Mi madre me contaba que allá en las selvas de Oriente existe una región en la que no se encuentran piedras -señaló Naika- No hay más que ríos, árboles y tierra fangosa, y para los «aucas» de aquella región, tener una piedra constituye también un símbolo de riqueza y poder... ¿Acaso sois tan primitivos como ellos?

-Es muy posible... -admitió él-. Aunque debo reconocer que después de haber visto tantas cosas, me siento incapaz de decidir qué es lo «primitivo», y qué lo «civilizado». A veces tengo la impresión de venir de un mundo salvaje, y otras, que los salvajes sois vosotros, aunque ésa es una duda que la Historia se encargará de resolver: el que pierda será el salvaje, y el que venza el civilizado. Siempre ocurre igual...

Empezó a ocurrir, en efecto, semanas más tarde, cuando el Dieciséis de Julio de Mil Quinientos Treinta y Tres, Francisco Pizarro, paladín del cristianismo y del Emperador Carlos, mandó ajusticiar, en la plaza triangular de Cajamarca, al pagano «Inca» Atahualpa pese a que éste había entregado ya la mayor parte del oro exigido por su rescate.

La disculpa fue la usurpación del trono y el asesinato de su hermano Huáscar.

Nadie quiso mencionar siquiera que Pizarro podía haber negociado la libertad de Huáscar percibiendo a cambio tres veces más oro del que Atahualpa ofrecía, ni que se había aliado secretamente al general Calicuchima que era quien, a la hora de la verdad, había torturado al «Inca» devorándolo en vida.

Con su maniobra a tres bandas, el porquerizo extremeño se había deshecho de un solo golpe de sus tres principales enemigos, ya que en cuanto se le presentó una pequeña oportunidad hizo quemar a Calicuchima alegando una nueva traición.

El camino hacia el Cuzco, «Ombligo del Mundo», quedaba por lo tanto libre y si nadie lo impedía el resto de la conquista del país no sería más que un paseo triunfal puesto que arrancada su piedra angular, el

majestuoso edificio social incaico amenazaba con venirse abajo sin provocar tan siquiera estruendo en su caída, diluyéndose en el aire como si más que una civilización diseñada meticulosamente durante largos años, se tratase de una ilusión óptica o un espejismo que en realidad nunca había existido.

El Imperio del «Tihvantinsuyo» el más extenso, poderoso, rico y tecnócrata de su tiempo, parecía querer pasar del máximo esplendor a la más absoluta ruina de noche a la mañana, víctima de su inamovible estructura de pirámide invertida en la que todo parecía descansar sobre el frágil vértice de una autoridad suprema.

Cinco millones de activos incas se habían convertido en estatuas de piedra que veían pasar ante ellos a una triste banda de zarrapastrosos salteadores sin pestañear siquiera, e incluso algunos se lanzaban a sus pies a adorarles como sí en lugar de saqueadores y violadores se tratase de auténticos dioses que venían a liberarles.

¿Liberarles de qué?

Tal vez de cuatrocientos años de esclavitud bajo un régimen que había acabado por despojarles incluso de su más elemental condición de seres humanos que tan sólo unos cuantos privilegiados se empeñaban en mantener.

¿Eran peores los que venían que los que se marchaban?

¿Hubiera asesinado Francisco Pizarr1o a su hermanastro ?

Cuantos no pertenecían a la cerradísima casta real asistían a la llegada de los invasores con la escéptica indiferencia de quien sabiendo desde siempre que nada tiene, nada puede perder, pero los otros, los que sí tenían mucho que perder, se afanaban por encontrar una fórmula que les permitiese mantener en pie el viejo edificio que amenazaba ruina, y tras un rápido y sigiloso viaje al Cuzco, el Sumo Sacerdote de «La Ciudad Secreta», Tici Puma, consiguió entrevistarse a solas con el jovencísimo Manco Capac, hijo primogénito del difunto Huáscar.

Se arrojó a los pies de su sobrino-nieto, y le ofreció, en silencio, la roja borla distintiva de los «Incas», Hijos del Sol.

-¿Qué quieres que haga con ella? -fue la fría respuesta.

-Coronarte «Inca» conforme la decisión del Gran Consejo del «Viejo Nido del Cóndor». Tú serás Nuestro Señor de ahora en adelante.

-¿Para acabar devorado como mi padre, o estrangulado como mi tío...? ¿Qué me ofreces además de un pedazo de tela, para enfrentarme a los soldados extranjeros? ¿Palabras?

-Y un ejército de un millón de hombres. Todo el pueblo te seguirá en la batalla.

-¿Y es que entiendo yo de batallas...? ¿Dónde están mis generales? Mi padre fue derrotado en el Apurímac, y todos sus seguidores asesinados. ¿A quién llamo en mi ayuda...? ¿A Quisquis y Rumiñahui que me odian por ser hijo de quien soy? Antes de entregar mis ejércitos a ese par de traidores, me encerraría voluntariamente en el «zancay»...

-Alguien más existirá.

-¿Quién? -El joven Manco Capac había aprendido en carne propia las enseñanzas de la Historia, y no parecía dispuesto a dejarse seducir

por vanas promesas inconsistentes- ¿Quién? -repitió casi agresivo- Incluso con el viejo Atox me atrevería a enfrentarme a los monstruosos «Tubos de Truenos» y las bestias piafantes de esos demonios, pero el pobre «Zorro» está muerto... -Hizo un imperativo gesto con la mano para que se alzara del suelo, y concluyó-: Tráeme a alguien que sea capaz de enfrentarse a los «Viracochas», y te prometo que tomaré esa borla, me coronaré «Inca», y me enfrentaré a Pizarro. En caso contrario, si veo que no puedo vencerle, me pondré de su lado.

-¿Te aliarás con él? -se escandalizó Tici Puma-. ¿Serás capaz de convertirte en instrumento de los enemigos de tu pueblo?

-Si no lo hago yo, lo hará mi primo Toparca, que con su debilidad se convertirá en un títere en manos de los invasores. Si Pizarro me ofrece el trono, aceptaré y permaneceré al acecho para arrojarlo al mar a la primera oportunidad que se me presente.

-Un juego peligroso...

-Más peligroso resultaría alzarme ahora con las manos vacías -fue la seca respuesta-. Aún no conocemos a los «Viracochas»; no sabemos cuáles son sus auténticos poderes, y qué refuerzos pueden recibir del otro lado del mar. Deben tener un punto débil, pero hasta que no lo descubra no pienso dar un paso. -Le. entregó la roja borla-. ¡Llévatela...! -ordenó-. Cuando considere que estoy preparado para aceptarla, te avisaré.

Tici Puma regresó al «Viejo Nido del Cóndor» convencido de que el joven Manco Capac podría ser un excelente «Inca», puesto que demostraba mucha más astucia, prudencia y habilidad de la que demostraron a todo lo largo de su vida su padre o su tío. En realidad, su forma de actuar le había recordado mucho la de su abuelo Huayna Capac, que había sabido convertirse en uno de los más inteligentes gobernantes del Imperio.

-Lo primero que tenemos que hacer es eliminar a Toparca, el hijo de Atahualpa... -señaló seguro de sí mismo en cuanto se enfrentó al Gran Consejo reunido en el circular «Torreón de los Amautas»-. Pizarro parece haberle elegido para que ocupe el trono del Cuzco y si lo sienta allí gobernará a través de él, y en muy poco tiempo será el dueño absoluto del país. Librarnos de Toparca resulta, por lo tanto, imprescindible.

-¿Cómo? -quiso saber Tito Amauri.

-¿Qué importa cómo? -replicó Tici Puma fríamente-. Tiene que morir, eso es todo. Está en juego el futuro del Imperio porque no podemos correr nuevamente el riesgo de que existan dos «Incas».

-Estás en pleno corazón del «Viejo Nido del Cóndor» y hablando de cometer un crimen -le hizo notar Airy Huaco- ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

El otro se limitó a apuntarle con el dedo y replicar en idéntico tono, helado y resuelto:

-¡Escúchame bien, Airy Huaco...! Si pretendes tener una historia que contar en el futuro, es aquí y ahora donde hay que hacer esa historia porque de lo contrario nos barrerán de ella para siempre. Toparca debe morir y Manco Capac tiene que subir al trono y encontrar

un general capaz de derrotar a los extranjeros... -Su tono se hizo más dramático que nunca---. ¡Es eso, o el fin!

Los restantes componentes del Consejo conocían lo suficiente a Tici Puma como para saber que no era aficionado a las palabras grandilocuentes, y que si había llegado a semejante conclusión era porque, en verdad, no existía otra.

Permanecieron por lo tanto en silencio, meditando en cuanto acababan de oír y tratando de hacerse a la idea de que tenían que tomar una decisión histórica, hasta que Topa Yupanqui, a quien los acontecimientos habían obligado a dejar a un lado sus hierbajos para concentrarse en los difíciles problemas políticos, señaló con notable, desgana:

-Existe un medio para acabar con Toparca... -dijo-. Pese a que aún es muy joven su padre le introdujo en el mundo de la coca y los hongos alucinógenos, y sé que abusa de ello con frecuencia. -Hizo una corta pausa---. He conseguido una variante experimental que si cae en sus manos puede matarle en cinco días. -Se la haremos llegar -sentenció el gobernador como si con ello diera por zanjado un espinoso asunto-. Queda el segundo punto del problema: muerto Atox y desechados Quisquís y Rumiñahui, no existe un solo general con el prestigio y la capacidad suficientes como para reorganizar nuestros ejércitos... -Recorrió uno por uno los rostros de todos los presentes y por último inquirió-: ¿Alguna sugerencia?

Naika, Shungu Sinchi y sus hijos fueron autorizados al fin a compartir el alojamiento de Alonso de Molina, que tras meses de cautiverio en casi absoluta soledad, se sintió profundamente feliz y agradecido por tener de nuevo consigo a su familia.

Los niños habían cambiado a ojos vista, y ya no eran los diminutos y simiescos pingajos del primer momento, sino dos robustas criaturas que iban ganando peso a medida que pasaban los días y comenzaban a hacer las delicias del andaluz que veía nacer así, gracias al contacto personal, sus auténticos sentimientos paternales.

Transcurrieron por tanto dos de las semanas más felices de su vida, ya que pese a que no podía abandonar el recinto amurallado, tenía a su alrededor todo cuanto necesitaba, puesto que incluso Calla Huasi había sido autorizado a visitarle y aunque el inca nunca había sido un hombre particularmente hablador, su compañía resultaba sumamente agradable.

El amor de sus esposas y sus hijos, la presencia de su amigo y una excelente cocina que había acostumbrado a Shungu Sinchi a sazonar los alimentos antes de cocinarlos, era bastante más de lo que se podía pedir en semejantes circunstancias, y como las horas se hacían pese a ello muy largas empleaba gran parte de ese tiempo en acelerar el ritmo de alfabetización de Naika y Calla Huasi.

Se habían fabricado también una pelota de cuero y cuando no llovía jugaban al frontón contra uno de los altos muros del patio, lo que les ayudaba a mantenerse en buenas condiciones físicas y a no pensar

demasiado en la complejidad de un futuro que se les presentaba cada vez más incierto.

Por lo que Calla Huasi había podido averiguar, «El Viejo Nido del Cóndor» comenzaba a prepararse para un largo aislamiento cortando el único contacto que mantenía con el resto del mundo a través del intrincado camino de las montañas, para pasar así a convertirse en un ente absolutamente autónomo, olvidado e independiente, pero que mantuviese vivas las costumbres, leyes y tradiciones de los incas durante los años -o los siglos- que pudiese perdurar la invasión extranjera.

Ya no existía ni siquiera una autoridad suprema a la que someterse, puesto que el «Inca» había muerto y su hijo no había aceptado momentáneamente la sucesión, y el Gran Consejo no tenía por tanto que dar explicación alguna sobre sus decisiones ni señalar una fecha para volver a entregar al pueblo el inmenso caudal de sus tesoros y conocimientos.

-Si Pizarro se apodera del Cuzco... -señaló Calla Huasi- será como si «La Ciudad Secreta» desapareciese de la faz de la Tierra, porque nadie fuera de estos muros conoce su emplazamiento y nadie podrá salir de ella bajo pena de muerte.

-¿Hasta cuándo?

-Hasta que el cometa que aparece en el cielo cada setenta años, regrese... Ese día se enviará un espía al Cuzco, y si todo continúa igual, habrá que esperar otros setenta.

-¡Setenta años! ¡Están locos!

-¿Te parece más cuerdo permitir que Pizarro venga a saquear como está haciendo por donde quiera que pasa?

-No, desde luego... ¡Pero setenta años son demasiados...!

-Fue la ley que impuso el fundador Pachacutec. Nació bajo la luz de ese cometa que muchos consideran portador de malos augurios, pero que él adoraba.

-Una ciudad no puede encerrarse en sí misma, escondiéndose como si fuera una persona... -protestó el español-. ¡Resulta absurdo!

-¿Por qué? -se sorprendió el otro-. «El Viejo Nido del Cóndor» fue diseñado para permanecer oculto y convertirse en auto-suficiente. Tiene terrazas para cultivar, inmensos aljibes para almacenar agua, y pastos para el ganado. Un ejército puede pasar mil veces a tiro de piedra sin descubrir que se encuentra aquí arriba, y un perfecto control impide que la natalidad desorbite la población. Si durante un siglo ha sobrevivido sin mantener apenas contactos con el exterior, podrá resistir muy bien mil años más.

-¿Como una isla en mitad de las montañas?

-Exactamente.

-¿Y cuándo ocurrirá? ¿Cuándo cerrarán definitivamente los caminos?

-Eso nadie puede saberlo... Se rumorea que Tici Puma va a viajar de nuevo al Cuzco, a entrevistarse secretamente con Manco Capac, y que a su vuelta el Gran Consejo tomará una decisión. -Se advertía que el tema preocupaba profundamente a Calla Huasi-. Tienen que

pensárselo bien -añadió-. Saben que el día que den la orden será definitiva.

-¿Y qué harán con nosotros?

-No tengo ni la menor idea... -fue la evasiva respuesta.

-¿Estás seguro?

-No. No lo estoy... -replicó el otro malhumorado-. ¿Cómo podría estarlo...? Supongo que nuestro futuro dependerá del Gran Consejo. Tú eres extranjero, y yo un soldado, dos condiciones que las leyes fundamentales de la ciudad rechazan categóricamente... -Hizo una larga pausa-. No quisiera parecer pesimista, pero temo que a la hora de la verdad no contemos más que con tres de los nueve votos posibles: Urco Capac, el gobernador, Tito Amauri, y tal vez el arquitecto, Mayta Roca...

-¿Nos matarán?

-¿Qué harías tú en su lugar...? Esta gente ha acabado por convertirse en una casta especial para la que lo único que importa es su ciudad. Incluso renuncian a sus hijos en cuanto alcanzan la pubertad, porque desde que atraviesan «La Ultima Puerta de la Sabiduría», su vida está consagrada casi fanáticamente al culto al pasado y su conservación de cara al futuro. Aquí se guardan todos los conocimientos que poseemos sobre botánica, arquitectura, historia, química, medicina o astronomía y la mayor parte del botín obtenido a través de siglos de guerras y conquistas... -Abrió las manos con un gesto claramente fatalista que pretendía indicar que nada podía hacerse frente a una realidad tan manifiesta-. Yo entiendo, y acepto, que alguien que entregó su vida a la causa de preservar todo esto, no pueda detenerse a la hora de eliminar a dos simples soldados. Millones de ellos han muerto en estúpidas batallas por razones mucho menos importantes.

-¿Y si escaparas? -le animó el español-. Al fin y al cabo nada te ata aquí y te metiste en este asunto por nosotros. Vete antes de que sea demasiado tarde.

-«Ya» es demasiado tarde -le hizo notar el otro con una leve sonrisa-. Si difícil resulta entrar en la ciudad, imposible es salir, porque nos rodean precipicios cortados a cuchillo y tan sólo existe un sendero de salida férreamente vigilado. Si en un momento dado el gobernador ordenara cortar los puentes, nadie podría volver a subir o bajar de aquí, jamás. Los ingenieros de Pachacutec sabían lo que hacían. Si «El Viejo Nido del Cóndor» se pierde, puedes estar seguro de que por siglos tardarán en encontrarlo.

Al regreso de Tici Puma de su nuevo viaje relámpago al Cuzco, el Gran Consejo se reunió una vez más en el «Torreón de los Amautas», y tras largas horas de deliberación obligaron a abandonar el lecho al español para que se presentase ante ellos.

El gobernador Tito Amauri, que fue el primero en tomar la palabra, se mostró muy distinto a como solía comportarse normalmente, pues su

aspecto era ahora el de un hombre frío, decidido y duro, dispuesto al parecer a conseguir su objetivo a cualquier precio.

-Pizarro tiene intención de avanzar hacia el Cuzco -dijo yendo como siempre directamente al grano-. Si entra en la capital se adueñará del país y pasaremos a ser siervos de los españoles. -Comenzó a mascar coca rabiosamente-. Por suerte para nosotros, su candidato a ocupar el trono, Toparca, acaba de morir, pero por desgracia para nosotros, la única persona que podría enfrentársele, Manco Capac, hijo de Huáscar, no está dispuesto a hacerlo hasta que no encuentre quien mande sus tropas... -Le miró directamente a los ojos-. Hemos decidido que seas tú.

-¿Yo? -se asombró Alonso de Molina estupefacto.

-Exactamente.

-¿Quieres decir que se os ha ocurrido la absurda idea de que un capitán español al servicio de Francisco Pizarro y del Emperador Carlos, se enfrente a sus propios compatriotas y sus antiguos compañeros de armas...? ¡Es cosa de locos!

-Es cosa de desesperados, no de locos... -puntualizó Tito Amauri con frialdad-. No tenemos otra opción, puesto que ninguno de nosotros conoce la forma de luchar de los extranjeros, sus puntos débiles o cómo quebrar las defensas de alguien que posee bestias inmensas y poderosos «Tubos de Truenos»... ¿Quién mejor que tú?

-Cualquiera mejor que yo, puesto que no nací traidor.

-Ellos ya no son tu pueblo ni tu gente -le hizo notar el otro tras escupir el verde jugo de la coca en su bacinilla de oro-. Tus esposas, tus hijos y tus amigos están aquí, y es a ellos a quien debes defender.

-No enfrentándome a los españoles.

-¿Por qué no? Son una pandilla de bestias que violan y saquean cuanto encuentran en su camino. Han ajusticiado en buena hora a Atahualpa y Calicuchima, pero también han asesinado a cientos de inocentes que lo único que desean es no convertirse en sus esclavos. ¿Permitirás que hagan lo mismo con tus esposas y tus hijos? Pertenecen a nuestra raza y para ellos no somos más que salvajes como los «aucas» de las selvas de Oriente.

-¡Escucha...! -le interrumpió bruscamente Alonso de Molina-. ¡Escuchad bien todos, porque esto es algo que no pienso repetir! Nunca, bajo ninguna circunstancia, me enfrentaré a los españoles. Puede que se me considere un desertor y un apátrida puesto que renuncié a mi emperador, mi fe y mi nacionalidad, pero lo que sí es seguro, es que jamás intervendré en una contienda entre vosotros. ¡Jamás!

-¿Quiere eso decir que no te consideras uno de los nuestros? ¿Un inca? -quiso saber Tici Puma.

-¿Me habríais tenido tanto tiempo encerrado si lo fuera? -replicó con marcada intención-. Día a día me recordabais que soy un extranjero, y ahora, de pronto, pretendéis olvidarlo... -Agitó la cabeza desconcertado-. ¡Y sois estúpidos! -exclamó-. ¡Completamente estúpidos! Si traicionara a los míos aceptando el mando de vuestro Ejército, ¿quién os garantizaría que no iba a volverme contra vosotros? Traidor una vez, traidor todas...

-Tus esposas y tus hijos se quedarían aquí y responderían, con su vida, por tus actos, pero no deseamos tener que llegar a esos extremos... Intenta entenderlo... -Se advertía que Tito Amauri procuraba mostrarse conciliador por todos los medios a su alcance-. Conoces bien a tu gente: sabes que vienen dispuestos a destruirnos; a aniquilarnos como país y como cultura; a esclavizarnos... ¿Por qué?

-Porque están convencidos de que lo suyo es lo mejor.

-¿Y lo es?

-No. Decididamente, no.

-¿Entonces? ¿Por qué no ayudarnos a detenerles? Nosotros no estamos invadiendo sus tierras; no estamos matando a sus hombres ni violando a sus mujeres. Tan sólo queremos que se vayan.

-No se irán... Lo he dicho cien veces: conozco a Pizarro y sé que no abandonará su empresa más que muerto.

-¿Y es su vida más valiosa para ti que la de Naika o Shungu Sinchi? -quiso saber Urco Capac-. ¿O que la de Puñuisiqui y Huacaisiqui...?

-No, desde luego -admitió el español-. Pero del mismo modo que jamás alzaría mi mano contra ellos, tampoco la alzaré contra mi antiguo capitán.

-¡Tendrás que hacerlo...!

Alonso de Molina se volvió a Airy Huaco, que era quien había hecho tan rotunda afirmación.

-¿Acaso piensas obligarme? -inquirió agresivo.

-Yo no -fue la agria respuesta-. El Congreso en pleno lo ha decidido aunque nadie se haya atrevido a exponerlo aún abiertamente... Irás al Cuzco y te pondrás al frente de nuestros ejércitos derrotando a los demonios extranjeros y arrojándolos al mar definitivamente. Si así lo haces, serás nombrado general en jefe de por vida, pasando a formar parte del Gran Consejo del «Inca» Manco Capac con rango de miembro de la realeza. En caso contrario, tus esposas serán enterradas vivas y tus hijos sacrificados a los dioses para que propicien la victoria de nuestras tropas.

-¡Maldito hijo de puta...!

El andaluz trató de abalanzarse sobre él, pero Tito Amauri y Urco Capac se interpusieron protegiendo al historiador.

-¡Espera...! -gritó el primero-. Airy Hurco no tiene la culpa. Lo que ha dicho es verdad: ¡Se trata de una decisión unánime!

-¿Unánime? -se asombró el español volviéndose incrédulo a Urco Capac-. ¿Tuya también?

-Las votaciones del Consejo son secretas... -señaló el gobernador-. Pero sus decisiones son responsabilidad común. Tendrás que elegir entre tus compañeros de armas o tu familia.

-¡Canallas...!

-Nadie desea matar a nadie. Y menos a criaturas recién nacidas. Pero se trata de un pueblo; de millones de otros niños que nacerán esclavos de ahora en adelante... ¡Compréndelo, por favor...! No nos han dejado alternativa.

-Sacrificar niños nunca es alternativa. Ni poner entre la espada y la pared a un hombre para que se enfrente a los suyos...

-¡Ya no son los tuyos! Lo has dicho muchas veces.

-Sí... -admitió el andaluz súbitamente fatigado-. Lo he dicho muchas veces. Pero una cosa es decirlo, e incluso sentirlo, y otra muy distinta descubrir de improviso que ya no estás junto a ellos, sino frente a ellos. ¡Es distinto! -exclamó con amargura-. Muy distinto...

Permaneció unos instantes cabizbajo, sentado sobre uno de los escalones de piedra del estrado, con la cabeza entre las manos, contemplando fijamente el suelo y escuchando el rumor de la lluvia que caía con fuerza en el exterior, y por último, sin alzar los ojos, inquirió:

-¿Y qué sé yo de cómo organizar vuestros ejércitos...? Jamás los he visto luchar y no tengo ni idea de cómo acostumbran a hacerlo ni qué tipo de estrategia utilizan. No soy más que un simple capitán de arcabuceros, bueno en mi trabajo siempre que no tenga que manejar a más de un millar de hombres... De ahí para arriba no sabría qué hacer con ellos. Un general no se improvisa.

-Pero tú sabes cómo funcionan sus grandes «Tubos de Truenos». Fabricaste uno con el que acabaste con el traidor Chili Rimac. Aquí tenemos tanto oro y tantos orfebres, que podrías construir docenas, incluso centenares, diez veces más grandes.

-¿Cañones...? -inquirió el andaluz alzando el rostro para mirar al gobernador-. ¿Me estás pidiendo que te enseñe a fabricar cañones...? ¡Dios bendito!

-¿Y por qué no? Tan sólo necesitamos que nos proporciones las mismas armas...: «Cañones», y el polvo negro que constituye su espíritu.

-¿Crees que basta con eso? ¿Con pólvora y cañones?

-¡Desde luego! -intervino agresivo Airy Huaco-. En igualdad de condiciones los arrojaríamos al mar de una vez por todas.

-¡No es tan fácil...! -insistió el español seguro de lo que decía-. Hace falta algo más que cañones y un millón de hombres para acabar con Pizarro.

-¿Acaso es Dios?

-No. No es Dios. Tan sólo es un hombre... Y viejo. Pero duro de roer.

-¿Un cañón puede matarle?

-¡Desde luego...!

-En ese caso, proporciónanos cañones y nosotros acabaremos con él.

-Lo dudo.

-¿Por qué? -se impacientó el historiador-. ¿Por qué, si es que puede saberse?

-Simplemente, porque se trata de Pizarro y ha demostrado que con menos de doscientos hombres puede apoderarse de un Imperio.

-¡No lo haría si tuviéramos sus armas!

Alonso de Molina observó uno tras otro a los miembros del Gran Consejo, y se diría que podía leerse un leve matiz de desprecio en sus ojos al replicar casi provocativamente:

-Lo haría de igual modo. Aunque yo os proporcionara cincuenta cañones y cien sacos de pólvora, entraría en el Cuzco aunque le colocaseis enfrente, además, un millón de soldados.

-¿Tanto nos menosprecias?

Negó convencido:

-De ninguna manera... Os admiro. Como pueblo y como soldados. Sé que sois grandes y que merecéis mejor destino que caer en manos de Pizarro, pero existe algo en él que supera toda medida humana... -Hizo una pausa, meditó largamente, y por último pareció tomar una difícil decisión-: ¡Está bien! -dijo-. Fabricaré cañones y pólvora, y os enseñaré a manejarlos con una condición. ¡Una sola!: El día que esos cañones y esa pólvora salgan para el Cuzco, yo saldré de aquí con mi familia completamente libre.

-¿Para ir a dónde?

-A las selvas de Oriente. A las inmensas tierras de los «aucas», en las que confío en no volver a oír jamás de Pizarro o Manco Capac. Estoy cansado de guerras, de muertes, y de sentirme desgarrado entre la fidelidad a la que fue mi patria, y la que lo es ahora... -Se rascó la barba con un gesto de hastío que parecía indicar su profunda desmoralización-. Tan sólo busco un lugar tranquilo en el que organizar mi propia vida con los seres que amo. Con eso me basta.

El Sumo Sacerdote Tici Puma le observó con profundo detenimiento, y tras intercambiar una mirada de inteligencia con el Gobernador, inquirió:

-¿Si aceptáramos jurarías no volver jamás?

-¡Desde luego!

-¿Y no mencionar a nadie la existencia de «El Viejo Nido del Cóndor»?

-Lo juraría por mi honor.

Los nueve miembros del Gran Consejo cuchichearon en voz baja, y por último, Tito Amauri tomó de nuevo la palabra en su condición de portavoz oficial:

-¿Cuántos cañones nos proporcionarías?

-Unos cincuenta.

-¿Y pólvora?

-Cien sacos.

-¿Qué necesitarías...?

-Oro para los cañones, y salitre, azufre y carbón de madera para la pólvora.

-¿Nos enseñarás cómo manejar esos cañones?

-Naturalmente.

-¿Cuánto tiempo tardarás?

-Eso depende de vosotros... -replicó el andaluz alzando la voz porque el ruido de la lluvia aumentaba por momentos-. Pero supongo que en un par de semanas todo puede estar listo.

-Quisiera creer que no tratas de engañarnos... -señaló Urco Capac-. Me dolería que lo hicieras.

-¿Engañaros...? -se sorprendió el español-. ¿Cómo diablos podría engañaros a partir del momento en que os entregue los cañones y la pólvora?

-Eso es lo que me gustaría saber.

-¡Escucha...! -replicó Alonso de Molina esforzándose por no perder la calma-. Tú una vez me engañaste haciéndome venir para acabar encerrándome entre cuatro paredes, pero prefiero olvidarlo. Lo que sí te digo... -Señaló a los presentes con un amplio ademán del brazo-. ¡Lo que os digo a todos!, es que ya no me importa lo que hagáis... Podéis machacar a los españoles o permitir que os pongan el pie en el cuello para siempre. Procuraré no llegar a saberlo nunca porque pienso perderme en lo más profundo en la selva... A mis ojos ya todos seréis iguales y habré terminado con unos y con otros. -Guardó silencio unos segundos, y por último, desafiante, concluyó-: De ahora en adelante ya para mí no existirán ni incas, ni españoles. De ahora en adelante, ya para mí sólo contará Alonso de Molina y su familia. Al resto os considero a todos muertos.

Llovía.

Seguía lloviendo.

Había llovido durante horas.

Durante días y semanas. Durante meses.

El mundo parecía haberse convertido en una cortina de agua que dificultaba la visión de la inmensa, inacabable, infinita llanura verde que se extendía a los pies de la alta montaña; la escarpada montaña; la última y escurridiza montaña del inconcebible laberinto de barrancos y montañas de la altiva e inaccesible Cordillera Oriental.

Allí, a sus pies, tres metros más abajo, nacía al fin la oscura, densa, húmeda, tenebrosa e impenetrable selva de los salvajes «aucas», que se extendía a través de casi seis mil kilómetros de imperceptible declive hasta las perdidas orillas del océano Atlántico; aquel mismo océano que bañaba también las costas españolas.

Llovía.

El suelo era puro fango resbaladizo sobre el que a menudo costaba trabajo mantener el equilibrio, se encontraban empapados hasta los mismos huesos, y únicamente Puñuisiqui y Huacaisiqui se mantenían calientes y secos dentro de los amplios sacos de piel de alpaca que sus madres cargaban a la espalda.

Se detuvieron tras la pesada caminata, y contemplaron, ensimismados, la alfombra esmeralda sobre la que blancos manchones de niebla y nubes desgarradas dejaban su huella aquí y allá, apareciendo y desapareciendo como si un invisible duende se entretuviera en pintarlos o borrarlos a su capricho sobre el mayor de los lienzos imaginables.

Llovía.

Tomaron asiento sobre una roca, indiferentes a un agua que parecía formar ahora parte de sus vidas, y permanecieron en silencio observando con un cierto temor el mar de altísimos árboles que muy pronto los engulliría definitivamente, y en el que iniciarían una nueva vida que nada tendría en común con todo cuanto habían conocido hasta el presente.

-Ahí está... -exclamó al fin Alonso de Molina, indicando con un ademán de la barbilla hacia delante-. Toda una jungla para nosotros.

-¿Qué nos espera?

Se volvió a Shungu Sinchi que era quien había hecho la difícil pregunta:

-Sólo Dios lo sabe... Aunque visto desde aquí arriba, tengo la impresión de que ni él mismo puede distinguir lo que ocurre allá abajo.

-¿Existirá lo que buscamos? -quiso saber Naika-. No pido mucho: un lugar en el que podamos estar juntos... Y secos.

-Si existe, lo encontraremos -replicó el español-. ¿Tienes miedo?

-Lo tengo.

-¿Y tú?

Shungu Sinchi asintió con la cabeza, y se volvió a Calla Huasi que permanecía absorto con la mirada perdida en el vacío:

-¿Qué piensas? -quiso saber.

-En que me siento como si me estuvieran arrancando otra vez del vientre de mi madre -replicó el inca en voz muy baja-. Jamás imaginé que algún día podría vivir lejos de las montañas. Es como si me obligaran a nacer de nuevo.

-Aún estás a tiempo de volver -señaló el español.

-No -fue la firme respuesta-. Al igual que tú, prefiero ignorar qué va a ocurrir en Cuzco y quién aniquilará a quién. Quiero vivir manteniendo la esperanza de que mi mundo continúa siendo el mismo, nada ha cambiado, y el Imperio sobrevivirá mil años.

-Yo también lo espero -admitió el andaluz-. Algo, en tantos aspectos tan hermoso, no merece desaparecer.

-Pero no estás seguro de que lo consiga, ¿no es cierto?

-No. Desde luego. No estoy seguro.

-¿A pesar de lo que hiciste?

-No hice nada... -replicó Alonso de Molina seguro de lo que decía-. Absolutamente nada.

-Desequilibraste la balanza.

-¿Quién soy yo para intentar desequilibrar la balanza de la Historia? -fue la suave respuesta-. La mitad de mi ser se sentía español; la otra mitad, inca... ¿Qué podía hacer más que lavarme las manos y mantenerme al margen de sus luchas?

-Pero no te mantuviste al margen.

-Sí me mantuve porque tenía la obligación de jugar limpio con unos y con otros. Manco Capac cuenta con casi un millón de hombres; Pizarro con sus cañones y arcabuces... Tan injusto hubiera sido proporcionarle hombres a Pizarro, como cañones a Manco Capac.

-¡Pero yo vi cómo se los proporcionabas...! -protestó Calla Huasi-.

¡Cincuenta cañones de oro y cien sacos de pólvora...! Y vi cómo aprendían a manejarlos.

-¿Estás seguro?

-Completamente. Los vi disparar. Todos funcionaban. Y luego vi cómo se los llevaban al Cuzco. Es un viaje muy largo, pero ya deben estar a punto de llegar.

-Es posible -admitió el español con una extraña tranquilidad-. Es posible que funcionaran y se los llevasen al Cuzco, pero de la misma forma que a veces conviene creer en lo que no se ve, otras veces conviene no creer en lo que se ve. ¡Así es la vida!

-No consigo entenderte.

-Algún día lo entenderás, pero hay algo de lo que puedes estar completamente seguro: pese a que esos cañones y esos sacos de pólvora lleguen a su destino, a la hora de la verdad, cada cual luchará con sus propias armas, y ganará o perderá según sus propios méritos aunque eso ni tú ni yo llegaremos nunca a saberlo.

-¿Por qué?

-Porque estaremos lejos... ¡Muy, muy lejos...!

Se puso de nuevo en pie, alzó el rostro al cielo para permitir que la lluvia le empapara una vez más, y recogiendo el arcabuz y la impermeable bolsa de piel de alpaca que constituía el único medio de conservar perfectamente seca y útil la pólvora en aquel mundo que parecía hecho de agua, se dispuso a iniciar el peligroso y resbaladizo descenso hacia la infinita selva amazónica y su nuevo futuro.

-¡En marcha! -dijo-. ¡Los «aucas» esperan!

Madrid-Lanzarote, 1987